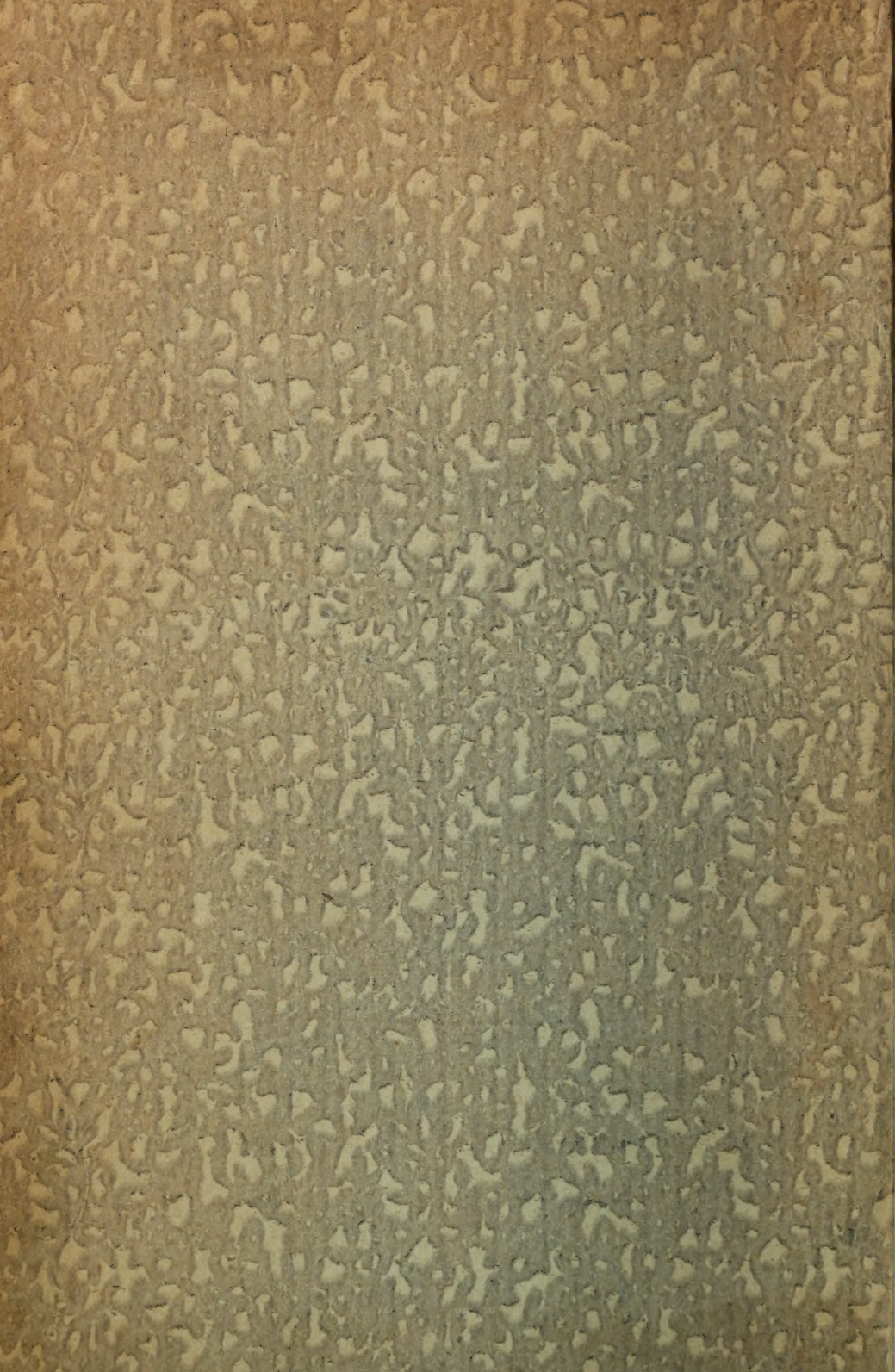
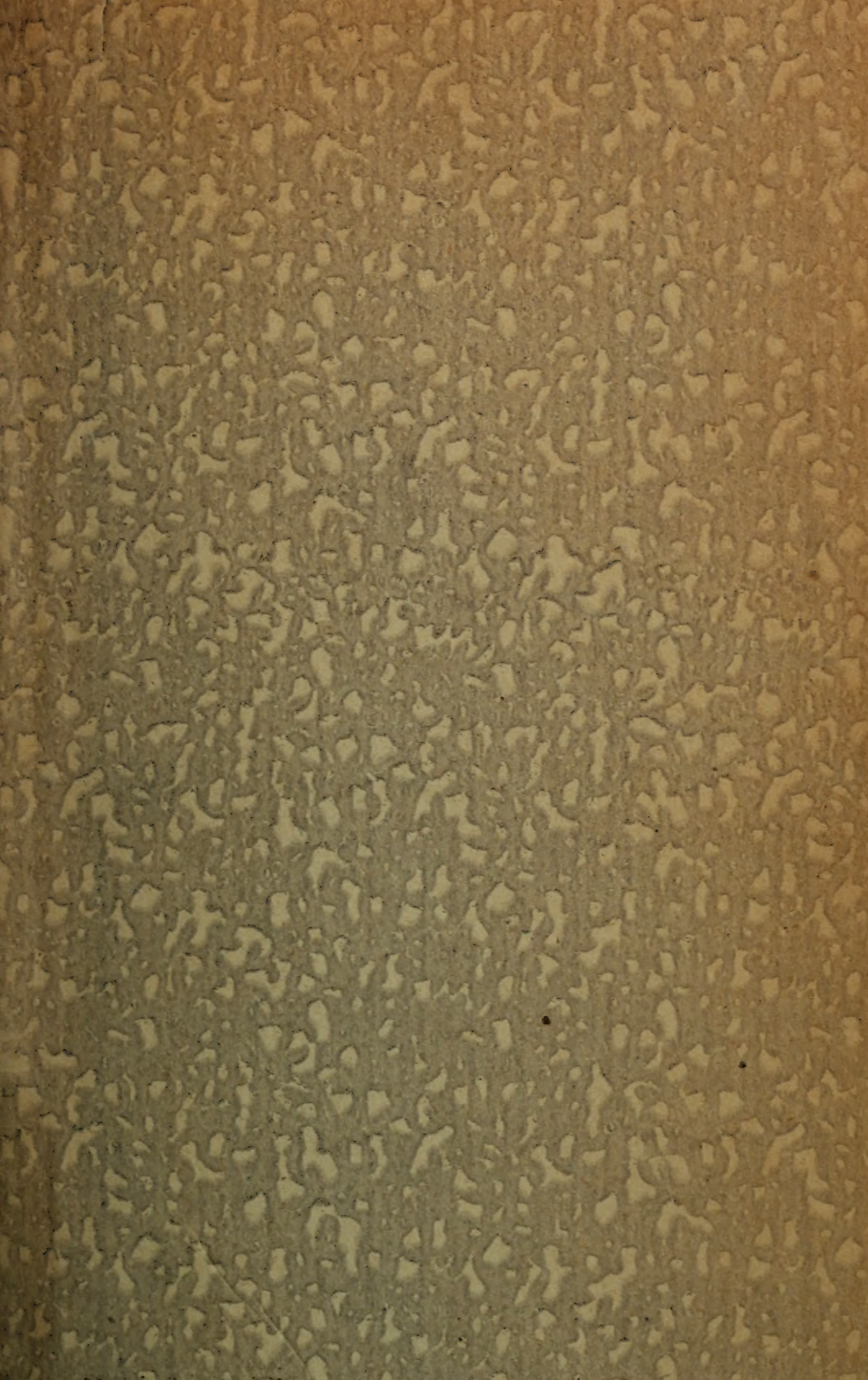
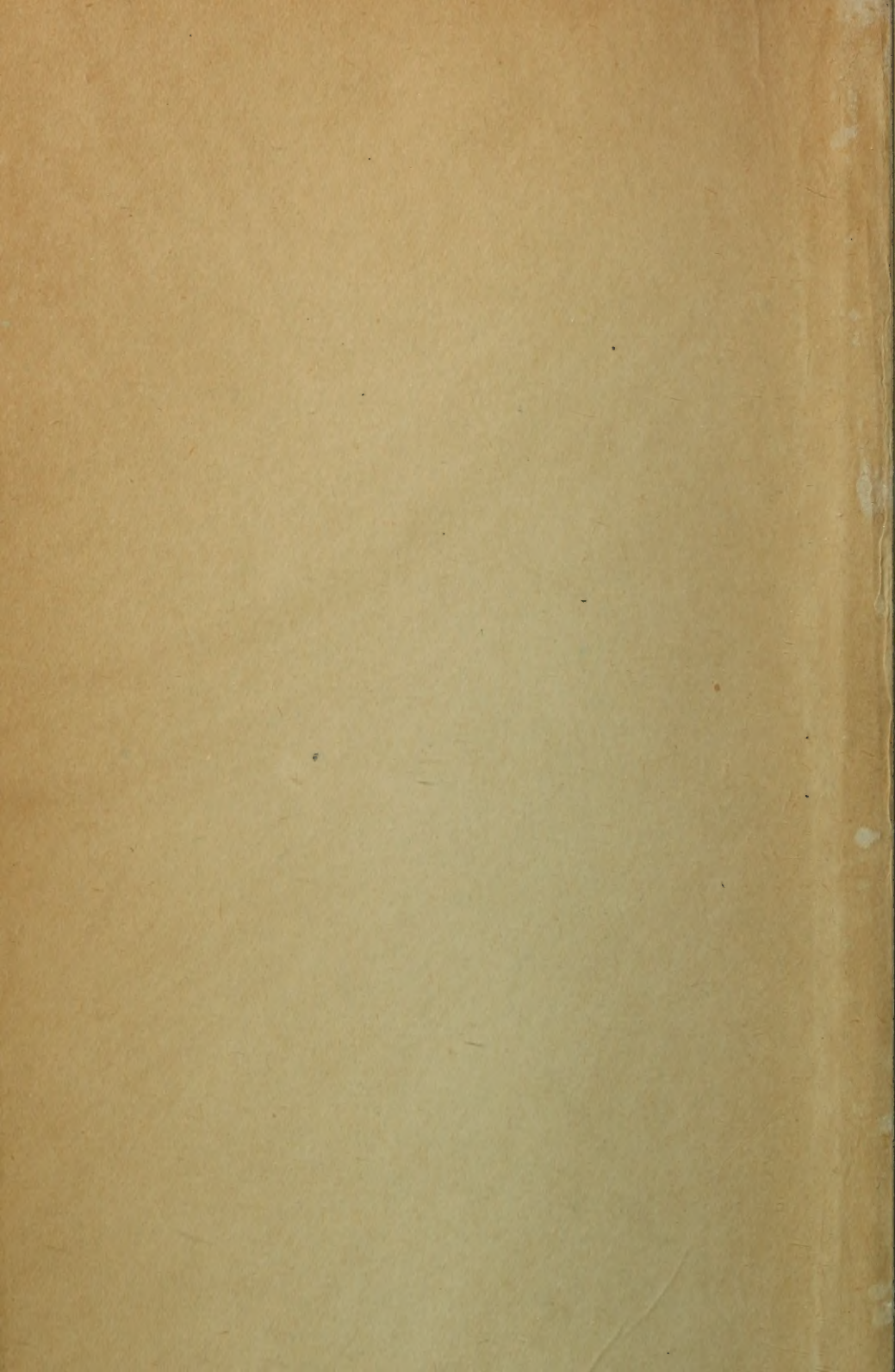


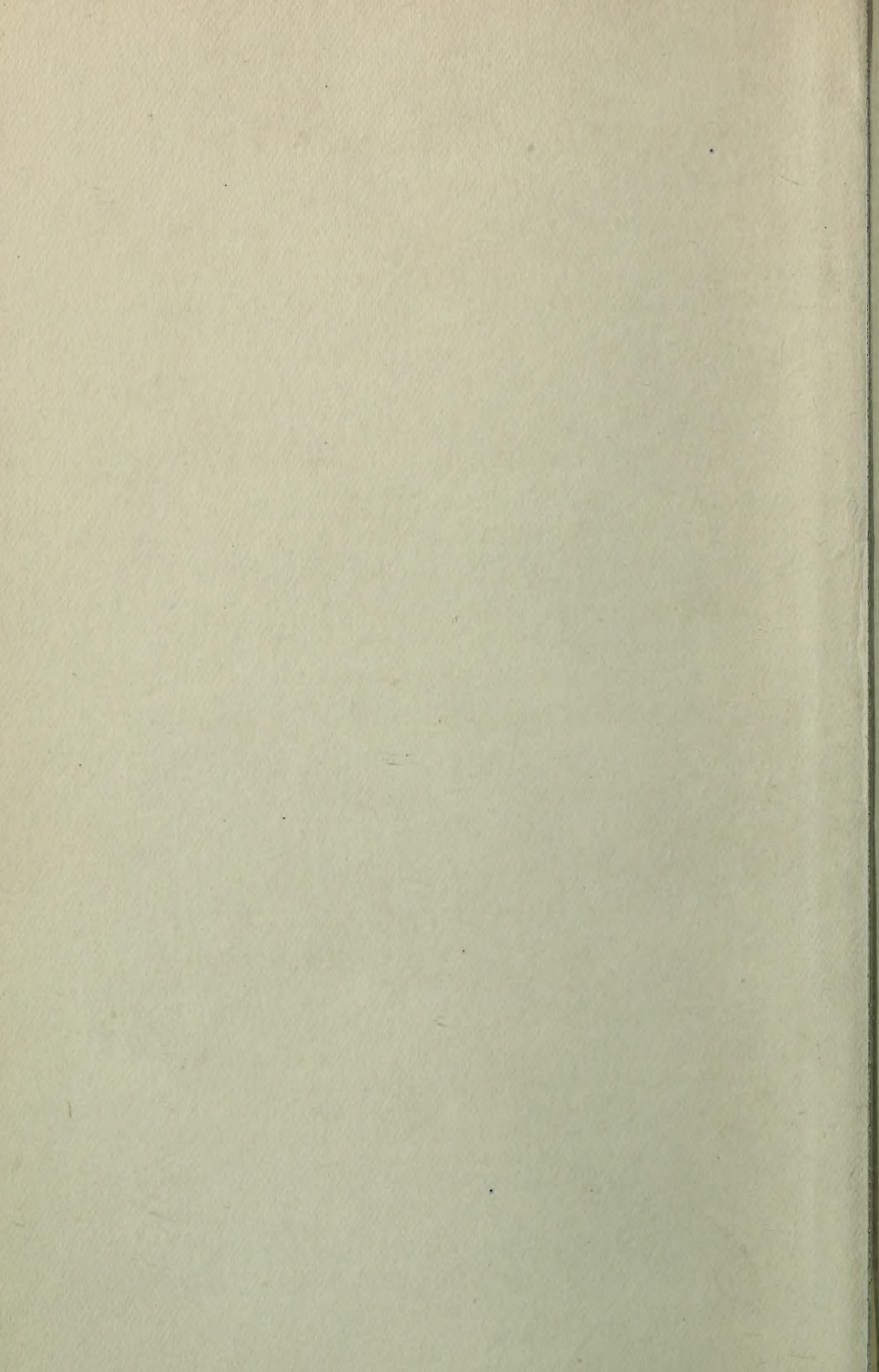


3 1761 07802923 8









OBRAS PUBLICADAS

PIO BAROJA

“Paradox, Rey“, 3 ptas.—“La feria de los discretos“, 3,50.—“La busca“, 3,50.—“Nuevo tablado de Arlequín“, 3,00.—“Juventud, egolatría“, 3,50.—“El árbol de la ciencia“, 3,50.—“La veleta de Gastizar“, 4,00.—“Los caudillos de 1830“, 4,00.—“Idilios y fantasías“, 3,00.—“Mala hierba“, 3,50.—“Las horas solitarias“, 3, 50.

JULIO VALLÉS

“El Niño“ (vida de Jaime Vingtras), 4 ptas.

ENRIQUE BARBUSSE

“El fuego en las trincheras“ 4 ptas.

CARLOS RIVET

“El último Romanof“ (historia del Tsar de Rusia y su corte), 3,50 ptas.

JUAN GUALBERTO NESSI

“Aventuras del submarino alemán U...“ 2 ptas.

JULIÁN SOREL

“Los hombres del 98“ Unamuno, 2 ptas.

STENDHAL

I.—“Un oficial enamorado“ (Luciano Leuwen), 2,50

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA

“Los conquistadores“. El origen heroico de América, 3,50 ptas.

LORENZO GALLEGO CARRANZA

“Lecciones de Topografía“. Obra adaptada al nuevo programa de esta asignatura en la Academia de Infantería y aprobada como texto definitivo para la misma por R. O. de 25 de junio de 1917, 9 ptas. Contiene 32 láminas en colores.

OBRAS DE PÍO BAROJA

“Vidas sombrías” (agotada).—“Idilios vascos” (agotada).—“El tablado de Arlequín”, 1 pta.—“Nuevo tablado de Arlequín”, 3,00.—“Juventud, egolatría”, 3,50.—“Idilios y fantasías”, 3,00.—“Las horas solitarias”, 3,50.

LAS TRILOGÍAS

TIERRA VASCA

“La casa de Aizgorri”, 1 pta.—“El Mayorazgo de Labraz”, 3,00.—Zalacain el Aventurero, 1,00.

LA VIDA FANTÁSTICA

“Camino de perfección”, 1 pta.—“Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox”, 1,00.—Paradox, Rey”, 3,00.

LA RAZA

“La dama errante”, 3 ptas.—“La ciudad de la niebla”, 3,00.—“El árbol de la ciencia”, 3,50.

LA LUCHA POR LA VIDA

“La Busca”, 3,50 ptas.—“Mala hierba”, 3,50.—“Aurora roja”, 3,50.

EL PASADO

“La feria de los discretos”, 3,50.—“Los últimos románticos”, 3,00.—“Las tragedias grotescas”, 3,00.

LAS CIUDADES

“César o nada”, 4 ptas.—“El mundo es así”, 3,50

EL MAR

“Las inquietudes de Shanti Andía”, 3,50 ptas.

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

“El aprendiz de conspirador”, 3,50.—“El escuadrón del Brigante”, 3,50.—“Los caminos del mundo”, 3,50.—“Con la pluma y con el sable”, 3,50.—“Los recursos de la astucia”, 3,50.—“La ruta del aventurero”, 3,50.—“La veleta de Gastizar”, 4,00.—“Los caudillos de 1830”, 4,00.

LAS HORAS SOLITARIAS

*Copyright by Rafael Caro Raggio 1918.
Es propiedad.
Prohibida la reproducción.*

Imprenta y litografía de Rafael Caro Raggio.

43
B264h

P Í O B A R O J A

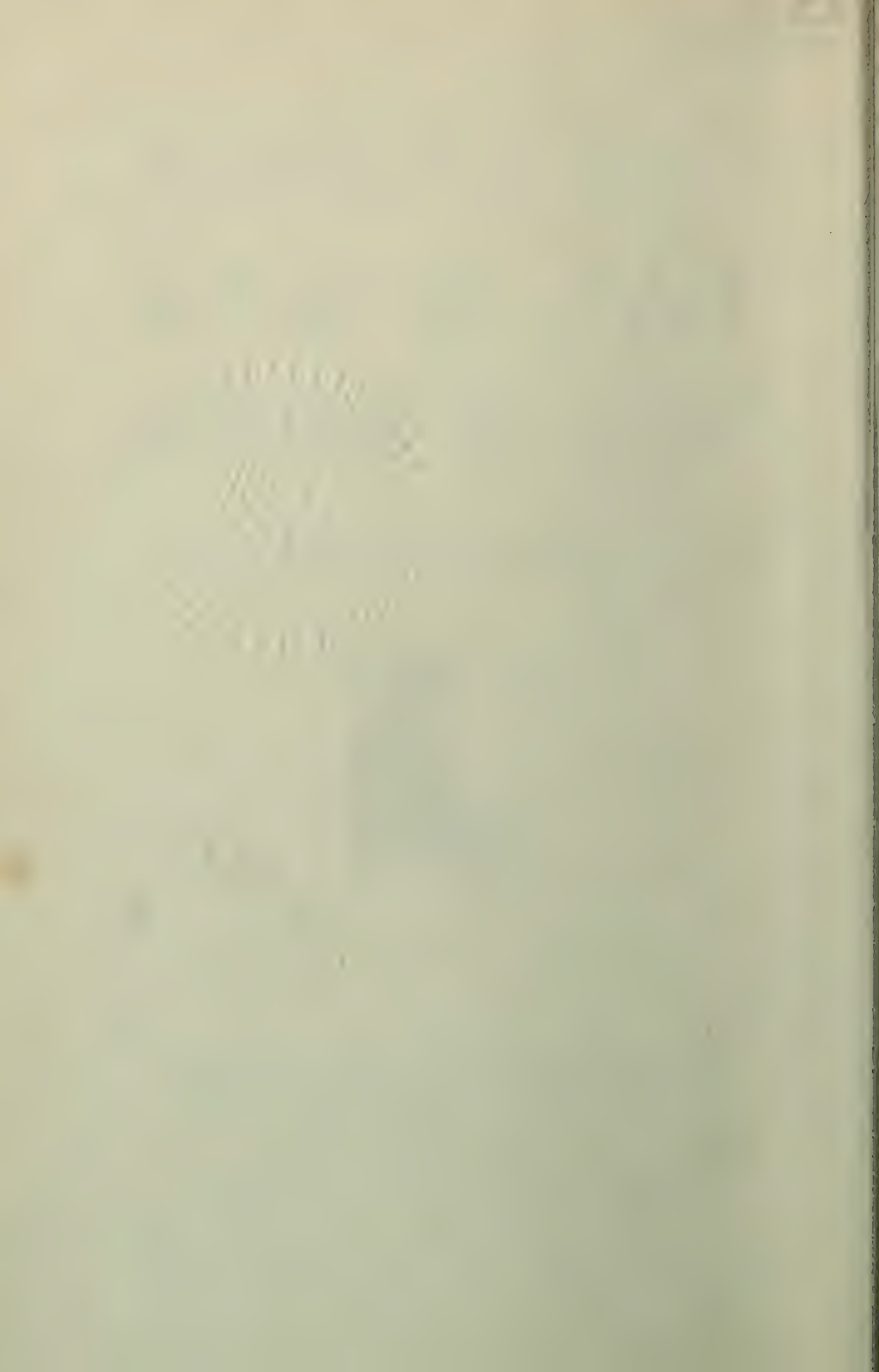
LAS HORAS SOLITARIAS

(NOTAS DE UN APRENDIZ DE PSICÓLOGO)



145906
11/9/20

RAFAEL CARO RAGGIO: EDITOR
VENTURA RODRÍGUEZ, 18
1918



PRÓLOGO

Yo no soy de los hombres que saben especializarse y permanecer tranquilos en la casilla que les corresponde. Desde hace algún tiempo me he metido en el campo de la novela histórica, pero no estoy completamente a mi gusto en él y tengo que salir para hacer mis escarceos y ocuparme de las cosas del día.

Tampoco soy de esa clase de escritores que llevan cuatro años defendiendo a Francia o a Alemania con una pesadez y una incomprensión triste, golpeando con su martillo sobre el clavo, sin sospechar que a éste le falta la punta.

Yo me siento un poco voltario; no tengo el reposo de los grandes espíritus, ni la inmovilidad y la anquilosis de las gentes

torpes; no puedo dedicarme de lleno a una cosa sin sentir curiosidad por las otras; así mientras escribo una novela que pasa en el año 1833 necesito hablar de lo que ocurre en el presente.

Estas dos líneas que trazan ante mí lo novelesco inactual y la actualidad son dos paralelas, los carriles por donde marchó en este momento.

La paralela de la actualidad se reducía antes para el campo visual mío a un par de artículos que jalonaban mi camino. Ahora, un poco corrompido por el relativo éxito que ha tenido *Juventud, egolatria*, pretendo que la paralela de la actualidad sea completa y forme un libro.

El que vaya leyendo las páginas de LAS HORAS SOLITARIAS verá que al hablar de actualidad no me refiero precisamente a la actualidad política ni a la internacional, sino a la actualidad de una persona en un tiempo, es decir, a la representación de la vida ambiente en mi conciencia en el momento que pasa. Un libro que comienza con este propósito no puede tener un plan arquitectónico y éste no lo tiene. He ido escribiendo

do sin orden lo que me ha ido pasando por la imaginación y me han sugerido los acontecimientos.

LAS HORAS SOLITARIAS es un libro como los de juventud en que el autor habla demasiado de sí mismo, pero esto no importa. ¿Por qué no va uno a tener un brote de juventud cuando uno va siendo viejo?

.....

En un periódico de Barcelona y en un periódico de Buenos Aires me reprochan mi afición a la vida solitaria.

Yo no sé si es que nadie se conoce o es que a nadie le conocen; pero es lo cierto que yo no soy hombre aficionado a la vida solitaria. Me gusta la soledad una pequeña parte del día, pero me gusta y me parece necesaria la vida social.

Alguno me dirá: ¿Cómo deja usted entonces la ciudad y se va usted a vivir al campo? Me marché al campo precisamente por eso, porque no hay vida social en la ciudad española.

Hemos sustituido la vida antigua por la moderna, hemos perdido nuestra fe y nuestras costumbres y no hemos podido soste-

ner prestigio alguno. Así es que el dinero se muestra omnipotente. Hoy en Madrid, en Barcelona o en Bilbao el que no tiene dinero no es nada.

Claro que lo mismo pasa, en parte, en París, en Londres o en Berlín, pero en estas ciudades hay, además del dinero, otros valores cotizables y en España no hay nada cotizable mas que el dinero. En Italia sucede lo mismo. La influencia americana acabará por afear definitivamente nuestra vida.

En una sociedad así, plutocrática, ¿qué puede hacer un hombre que no sea rico? No tiene más remedio que retirarse. En nuestra sociedad, este señor se ocupa de botánica, pero a nadie le importa nada la botánica; el otro hace versos, todo el mundo cree que los versos son una lata; el de más allá se dedica a investigaciones históricas... la opinión general es que las investigaciones históricas son una ridiculez. Y así todo. De aquí resulta un tremendo materialismo práctico. El que no es millonario, ni tiene un título decorativo, ni es diputado u hombre joven y guapo, no es nada y no se le acepta ni siquiera de comparsa. Somos

todos como jugadores a quienes no interesa más que la ganancia.

Claro que quedan otras formas pobres de satisfacción del instinto social, ir a un café a reunirse con otros que tampoco sirven para comparsas o entrar en un teatro o en un cinematógrafo y sentir al prójimo en que respira y suda.

Yo, de joven, he tenido la preocupación de la vida de sociedad. Recuerdo que un verano fuí, siendo estudiante, a San Sebastián y hablé con algunas muchachas que había conocido en la infancia, esforzándome por parecer amable. Ellas me contestaban: «Sí...» «No...» Me miraban, sin duda, como un pedante aburrido. Si yo hubiese leído entonces *Le Rouge et le Noir*, de Stendhal, me hubiera encontrado pariente de Julián Sorel, un Julián Sorel sin éxito. Probablemente Stendhal fué también un Sorel sin éxito, porque de tener los éxitos de su personaje no hubiera conservado amargura.

Luego, más tarde, andando el tiempo, fué para mí una grata sorpresa, encontrándome fuera de España, el sentar plaza de hombre ameno y sociable.

¿Cómo yo, que pasaba por aburrido en mi pueblo, he sido en, pequeños círculos de París, de Londres y de Roma, hombre de conversación? Creo que esto depende de que en España hay muy pequeña capacidad de interesarse generosamente por las cosas y por las personas.

Madame Tencin solía repetir que las personas de ingenio cometen muchas faltas en su conducta porque nunca creen al mundo bastante tonto, todo lo tonto que es.

Sólo cuando se ve a un personaje grosero y vulgar que hace las delicias de gente que se cree distinguida, es cuando se impone esta idea de la ramplonería general.

No podemos hacer que los hombres, en bloque, sean amables e interesantes y que las mujeres, sin excepción, sean graciosas y espirituales; pero está bien el ensayarlo y aquí no lo ensayamos.

En todas partes hay la vida inmediata: el hombre joven que busca el destino, la mujer o la dote, la muchacha que busca el novio, el político que quiere prosperar, el hombre de bolsa que espera la ocasión propicia de una jugada, pero además alrededor

de estas gentes hay otras de menos voluntad, de menos apetitos que ponen el comentario.

En España toda la vida social no es más que un reflejo de la vida inmediata, individual e instintiva. De lo colectivo ya no se cuida nadie. ¿Quién va a sentir esta obligación que antes era como el deber de la aristocracia? Nadie. De aquí procede esta forma de sociabilidad a la americana tan fea: bailes en los hoteles y en los casinos, etc.

En una vida social así ¿qué podemos hacer los que no tenemos dinero, ni juventud y nos gusta fantasear sobre las cosas y sobre las ideas? No podemos hacer más que retirarnos. Por eso yo me retiro, no porque tenga afición a la soledad, sino porque no encuentro una vida social aceptable.

.....

Alguno me dirá: Tiene usted menos vida social en la aldea. Comparativamente no. La aldea, al menos la aldea vasca que yo conozco, tiene en proporción como aldea mucho más vida social que Madrid, Barcelona o Bilbao, como ciudades. Además que

a la estampa no se le puede pedir el color del cuadro.

Entre una aldea vasca y una aldea bretona o inglesa no hay mucha diferencia, en cambio, entre San Sebastián o Bilbao y una ciudad francesa o inglesa hay mucha distancia.

.....

No soy yo, pues, un solitario de méritos propios. No dejaría como el príncipe Sakya-muni mi palacio y mis mujeres para ir como un mendigo a peregrinar por el mundo, pero, en fin, aunque sin méritos, soy un tanto solitario... a pesar mío.

El hombre que puede ser solitario de buen grado tiene que tener una gran dosis de indiferencia y de insensibilidad y bastarse a sí mismo.

Así era Pirron, según dice Diógenes Laercio. Posidonius cuenta de él que como en una navegación estuviesen todos amenazados de una borrasca él estaba tranquilo de ánimo y, mostrando un lechoncito que allí estaba comiendo, dijo: «Conviene que el sabio permanezca en tal sosiego».

Fontenelle dicen que era también así y Helvetius considera esta insensibilidad como una virtud.

La mayoría de los que no vivimos en sociedad no es porque nos bastemos a nosotros mismos sino porque nos parece que las cosas están bastante tontamente dispuestas para no dejar un pequeño resquicio para la gracia, la bondad y la simpatía.

Chamfort dice: «On dit quelquefois d'un homme qui vit seul: Il n'aime pas la société. C'est souvent comme si l'on disait d'un homme qu'il n'aime pas la promenade, sous le prétexte qu'il ne se promène pas volontiers le soir dans la forêt de Bondy.»

El bosque de Bondy tenía en Francia, en otro tiempo, fama de ser refugio de bandidos.

No tiene a mi modo de ver completa razón Chamfort en esta frase, no son los bandidos los que hacen desagradable la sociedad, sino la incomprensión, la estupidez y el fanatismo. Por eso no nos produce la sociedad odio sino impaciencia. En ese teatro del mundo nos parece que las cosas andan trastornadas, que la tiple no tiene voz, que

el tenor debía ser barítono, que los coros debían agruparse de otro modo.

La no conformidad con los demás nos hace muchas veces la soledad agradable.

La soledad, indudablemente, tiene sus ventajas; inclina a inventar un comentario acerca de cosas corrientes que de otra manera pasan inadvertidas.

Los hombres completamente negados, los que no han encontrado dentro de ellos la más ligera sombra de espiritualidad se aburren en la soledad, pero es que llevan el aburrimiento dentro.

Otros piensan que la soledad del campo produce el reposo del espíritu. No creo que sea cierto.

El reposo también lo lleva uno dentro, y puede uno sentirse tranquilo en medio de una multitud bulliciosa e inquieto en la calma de la naturaleza.

Lo que sí hace la soledad es producir la digestión completa de los recuerdos y de las ideas. Esto, naturalmente, cambia la perspectiva de las cosas. ¿Cómo son éstas? ¿Cómo son en el momento que pasan o cómo se recuerdan? Difícil sería decirlo.

En general el suceso cuando se recuerda se ve más completo y más pequeño que en el momento en que ocurre, pero se comprende que es necesario, que es imprescindible ver las cosas muy amplificadas y deformadas para intervenir en ellas con energía. El ideal sería tener un alcohol que produjera el entusiasmo, la fiebre y la acción y después abandonarlo y marchar a la soledad y crear el comentario.

Como yo no he encontrado para mí ese excitante para la acción y sí la soledad en donde germina fácilmente el comentario, en este libro habrá más comentario que acción. Este comentario será directo sobre las cosas, quizá sea el único mérito que tenga.

.....

Hay dos maneras de escribir principales; una es la clásica, la académica, que consiste en componer los libros y escribirlos a base de la lectura de los antiguos, siguiendo ciertas reglas; la otra es la anárquica, la romántica, que estriba en imitar la naturaleza sin preocupación de regla alguna.

La manera de escribir anárquica no tiene reglas, se limita a copiar y a interpretar la vida a su capricho. La académica mueve su rueda con el agua que ha movido otros molinos, la anárquica tiene un pequeño salto de agua para su uso.

No hay para que decir que yo no tengo nada de académico, soy individualista y dionisíaco. Nietzsche, que en cuestiones literarias me parece un tanto *philistin*, se lamenta de que en el siglo XIX no se haya seguido a Racine y a Voltaire.

A mí me parece bien que existan escritores académicos; yo no los leeré, probablemente, pero me parece bien. Al mismo tiempo debe haber escritores anárquicos. Unos y otros se completan.

La obra de arte anárquica, como hecho de la naturaleza, que aunque nazca conforme a ciertas reglas nace sin tenerlas en cuenta, no tiene tampoco fácil sanción.

¿Este paisaje es hermoso o es feo? ¿Es extraordinario o es vulgar? Yo no lo sé. A mí me gusta, al otro no le gusta, éste lo encuentra raro, el otro chabacano.

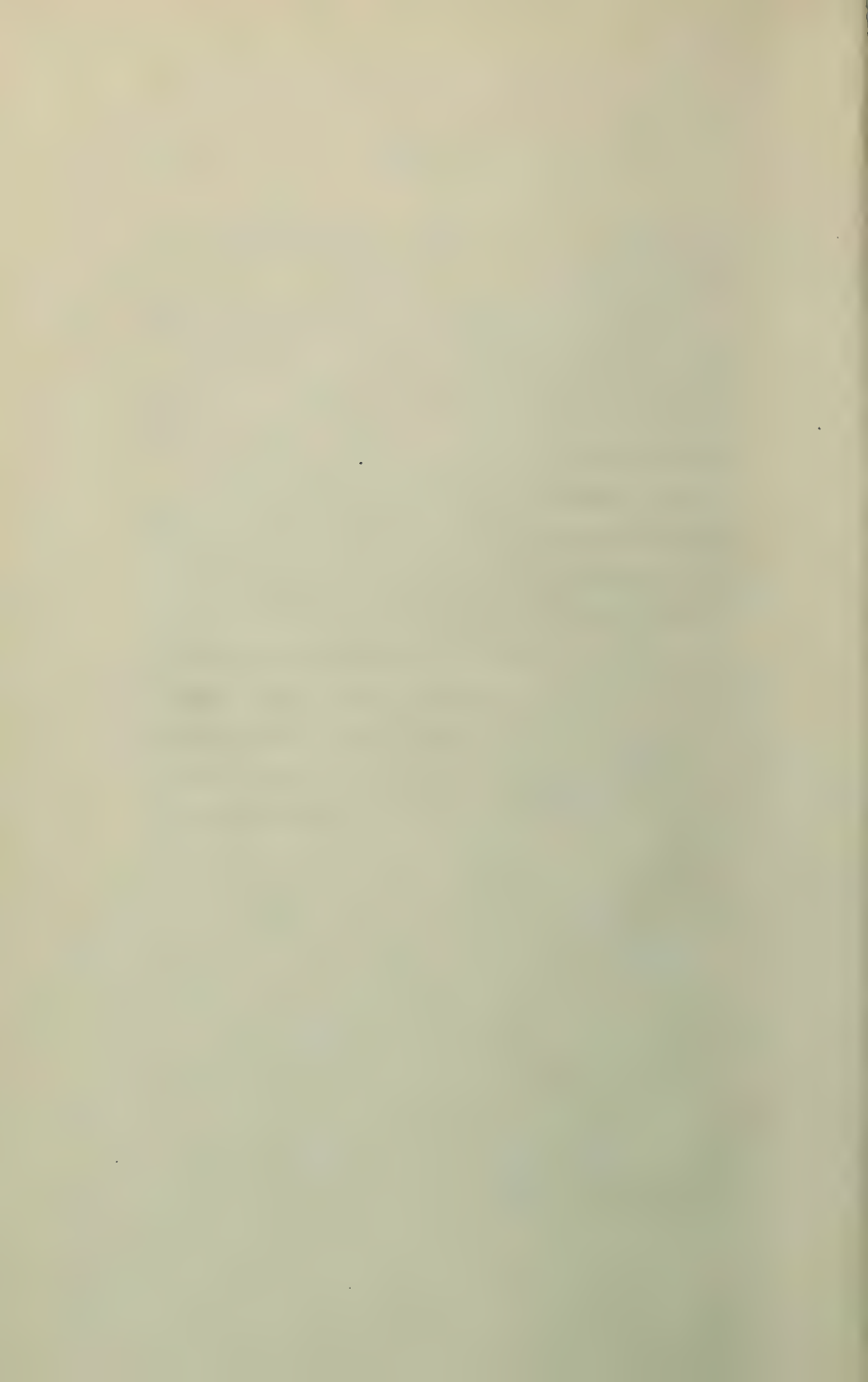
No creo en la exactitud de la crítica ni

en que haya un valor estético como un valor matemático.

«Excepción hecha de Homero—escribió en un artículo Bernard Shaw—no hay ningún gran poeta, ni siquiera Walter Scott, a quien yo desprecie tan profundamente como a Shakespeare.»

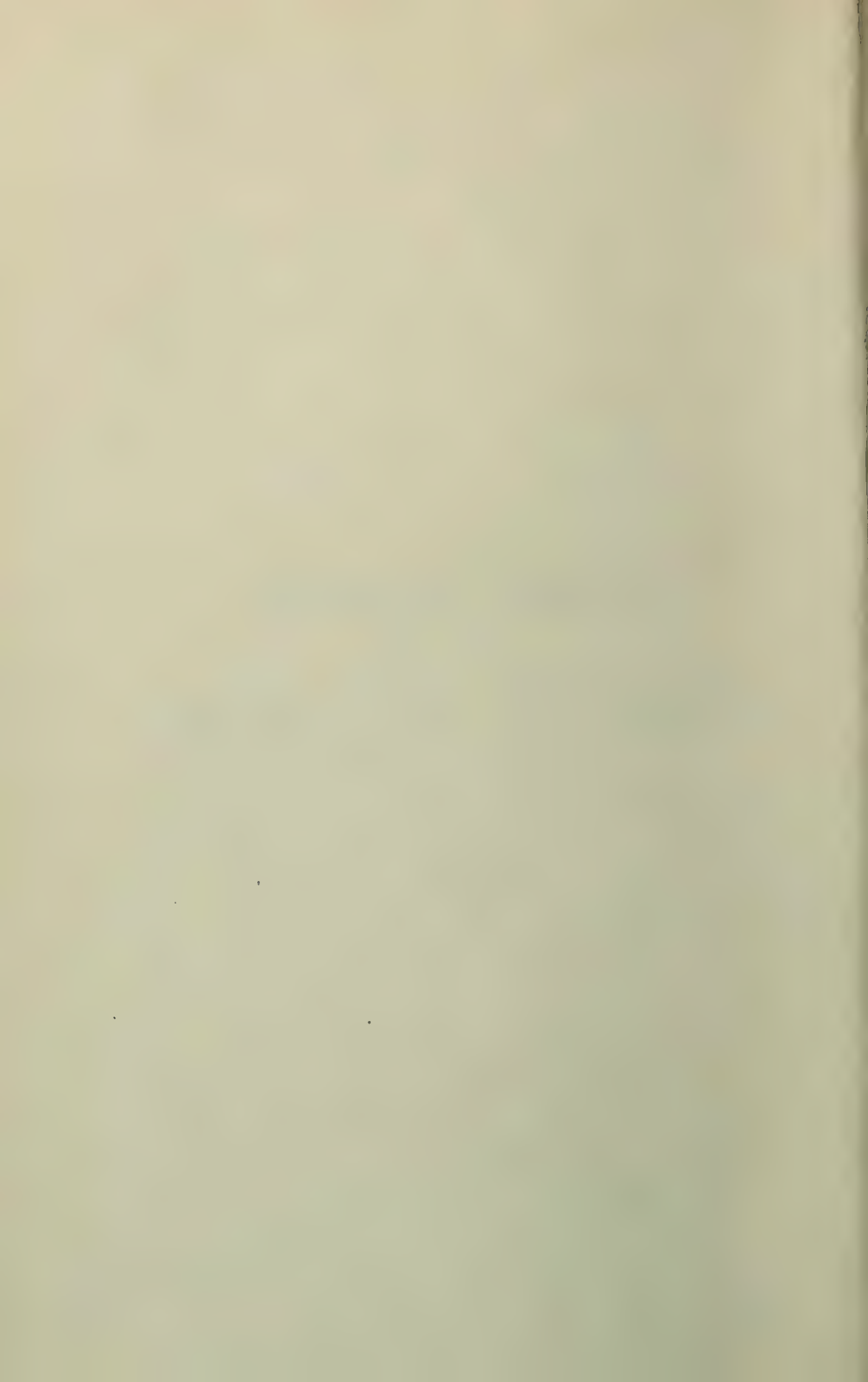
¡Bah! ¡Paradoja! ¡Mixtificación! ¡Ganas de asombrar!—dirán los tontos—. ¡Por qué? Yo creo que en literatura y en arte todo es posible para el hombre sincero.

Es posible que este libro sea íntegramente bueno o íntegramente malo, que tenga algo que esté bien y algo que esté mal, que sea mediocre en su totalidad... Como digo, para mí, en arte y en literatura todo es posible.



LIBRO PRIMERO

VIDA DE INVIERNO



LOS LIBROS VIEJOS

LA vida que llevo en Madrid es bastante sosa. Por la mañana leo o escribo, por la tarde salgo, compro libros viejos y voy a charlar a la redacción de *España* y por la noche vuelvo a leer.

No tengo que escribir cartas, parte porque me escribe poca gente y parte porque no contesto a nadie.

A veces tengo que salir por las mañanas, cosa que no me gusta. Las mañanas de Madrid, de invierno, de cielo claro y hermoso, andando por las calles, me dan mucha tristeza. Los carros, las verduleras, las criadas que van al mercado, los dependientes que limpian sus tiendas, el olor a café tostado... todo esto me recuerda la época de estudiante en que iba al Instituto de San Isidro y en que me sentía tan desvalido y tan tímido. En aquella época a fuerza de timidez hubiera sido capaz de hacer algo de una gran bravura.

Es curioso que habiendo tenido una infancia insignificante, toda la vida me la paso pensando en ella. El resto de la existencia me parece gris y poco animado.

De chico ya compraba libros viejos, folletines y novelones, que devoraba en casa. En conocimientos sobre literatura folletinesca soy una especialidad.

Cuando comenzaba a estudiar medicina conocía el plano de las librerías de viejo de Madrid con detalles. De entonces acá ha cambiado la geografía y el personal de esas librerías de lance. Yo solía charlar mucho con un viejo que tenía su puesto en la calle de Capellanes, en un esquinazo que hacía esta calle que ahora se llama de Doña Mariana de Pineda, cuando era un callejón estrecho.

En las covachuelas de la iglesia del Carmen había también un librero de viejo, un hombrecito flaco, de lentes, con unas barbuchas medio rubias, medio blancas. Era éste un volteriano y tenía un gran entusiasmo por el autor de *Cándido* y por Pigault-Lebrun. Había también puestos de libros en la iglesia de Santo Tomás y en la de San Luis. El amo de este último se encuentra hoy en un puestecillo en la plaza de la Bolsa. Este librero y un manco de la Travesía del Arenal, ahora empleado en casa de Molina, siguen impertérritos desde mis tiempos de estudiante, como si no hubieran pasado más de treinta años sobre ellos.

También solía ir a una librería de la calle de Jacometrezo, de un masón, y a otra de la calle de Preciados, de un tal Vicuña, en un sótano donde había al mismo tiempo un horno y élía a bollos. El tal Vicuña era un viejo gordo y blanco.

Hoy ha cambiado un tanto la geografía de los libreros madrileños de lance. El más fuerte de todos y el que tiene quizá más libros es García Rico, de la calle del Desengaño. Al frente del establecimiento está Ontañón, que es un burgalés del valle de Mena, que tiene una memoria y unos conocimientos bibliográficos tremendos.

La librería de García Rico ha sustituido a la de Vindel desde que se retiró éste. Vindel era un mozo de cuerda del Rastro, que no sabía leer y a fuerza de paciencia y de suerte se hizo rico. El caso suyo parece que es el modelo ideal de los libreros de viejo.

Ontañón es hoy el primero en cuestiones de libros antiguos, y se dice que hace envíos de treinta y cuarenta mil duros a América.

Después de Ontañón están los libreros que no tienen tantos vuelos. En la calle Ancha hay varios: Melchor García que antes era dueño de un bar que está al lado de su barraca, Julio que tiene otro tinglado, la Viuda y ahora Manuel Juncosa a quien algunos llaman el Albañil porque antes tuvo este oficio.

En la calle de la Abada había este invierno

pasado cinco o seis librerías que ya se han debido cerrar por los derribos de la Gran Vía, en la de Mesonero Romanos hay dos, una la de Fé y otra la de los hermanos Rodríguez.

La calle del Horno de la Mata era antes calle de muchas librerías que se han ido cerrando y en la esquina de esta calle con la de Mesonero Romanos hay una barraca bastante sucia de un catalán que parece que se llama Gayo y a quien llaman, confundiendo el sonido de la ll y de la y como hacen los madrileños, el Gallo. Este librero suele hacer en el fondo de su barraca una especie de tienda de campaña con cuatro lonas y allí suele estar escondido a las miradas del público, el invierno al lado del brasero donde quema tablas que echan un humo irrespirable.

En la calle de la Paz hay dos librerías, una de ellas de Dafauce, al lado de un bar estrechito, con un orquestón que toca a todas horas y la otra cerca de la calle de la Bolsa.

Después de estos libreros, que tienen tiendas importantes, vienen otros de menor cuantía.

En general el librero ve el libro sólo como cosa vendible; en este sentido los que han dado más sordidez al negocio han sido unos cuantos que han venido de Levante. El Atila de la librería de viejo es el Valenciano, un hombre de pelo rojo y de gafas que tiene un barracón en la calle de Atocha, y que se de-

dica a estropear los libros, cortándoles con la guillotina los márgenes para vender después éstos como papel.

La esfera del libro viejo se extiende por calles y plazas y llega también al Rastro, en donde están, como representantes de la cultura, Elías, el Chanela y alguno que otro que no sabe leer.

Alrededor de los libros, de correrlos, de cambiarlos, vive bastante gente, claro que la mayoría mal.

Entre los bibliófilos hay los ricos que compran libros para formar colecciones y muchas veces para venderlas al extranjero, y los eruditos y los escritores que buscan datos o padecen la bibliomanía, que es una enfermedad incurable.

.....

Azorín me manda un periódico francés con un artículo titulado *Le bouquin cher*, en el cual se asegura que los libros que se veían en los cajones de los muelles del Sena van escaseando y subiendo de precio.

Ya parece que no se encuentra nada por allí. ¡Oh tiempos de D. José Segundo Flores, de Román Salamero, de Cervigon y de otros rebuscadores que recorrían diariamente los muelles del Sena mezclados con bibliófilos de todos los países del mundo!

Yo también he inspeccionado en estos ca-

jones de los muelles parisienses, y he mirado una por una todas las estampas.

Había vendedores sabios; recuerdo un viejecito vestido de negro, con melenas, que tenía el puesto entre el Instituto y el Puente Nuevo, a quien compré una litografía, «Embuscade espagnole», de Horacio Vernet, y que me habló de retratos de políticos y cabecillas españoles con grandes conocimientos.

Yo solía mirar estos cajones con cuidado. Mi amigo el doctor Larumbe, que vivía en el mismo hotel que yo y que casi siempre solía acompañarme en la busca, se impacientaba a veces, a pesar de su buena pasta, con mis largas paradas.

Además de los muelles recorría las estamperías de la calle Mazarina y de sus inmediaciones y de la calle del Sena.

Aquí, cerca del Instituto, en una tienda de una mujer roja, alguna vez, mientras yo estaba mirando estampas, apareció Anatole France y se sentó a mi lado. Yo nunca le hablé, porque me dijeron que era hombre a quien no gustaba la conversación con desconocidos y menos con extranjeros.

II

AGNOSTICISMO Y TELEOLOGÍA

SUELO discutir con frecuencia en la redacción de *España* con francófilos que creen como en un dogma que Francia, Inglaterra y los aliados representan íntegramente la Justicia, el Derecho y la Civilización, y los alemanes y austriacos la brutalidad, la rapiña y el militarismo.

Yo tengo una actitud que se podría llamar agnóstica, y creo que mientras no se conozcan, se compulsen y se comprueben los datos de la derecha y de la izquierda no se vendrá a saber con exactitud la cantidad de responsabilidad en el comienzo y de brutalidad en el curso de la guerra que haya en unos y en otros. Claro que cuando estos datos estén reunidos será dentro de bastante tiempo, y entonces habrá otras actualidades que interesarán más.

En esta cuestión, como en casi todas, hay dos posiciones preliminares: una, el Agnosticismo; otra, la Teleología.

Para cierta plebe beocia toda palabra un poco rara es un camelo y una pedantería, yo he oído a gente, al parecer ilustrada, reirse de los nombres que se emplean en medicina, creyendo que son un capricho de los médicos para darse importancia. Claro que a mí no me importa nada la opinión de la beocia cerril que va a los toros y oye misa con devoción.

Hecho este pequeño inciso sigo adelante.

Para mí hay pues dos posiciones: una el Agnosticismo o sea la afirmación de la ignorancia de fines en el universo y en la humanidad; la otra la Teleología o la creencia en fines y en intenciones de la humanidad y del universo.

El Agnosticismo produce el criticismo, el cientifismo, el determinismo, la noción puramente mecánica del mundo.

La Teleología lleva al misticismo religioso o humano. El hombre ha venido al mundo para sufrir y ganar el cielo (Teleología religiosa). El hombre ha venido al mundo para realizar el progreso (Teleología humana).

El Agnosticismo afirma que el hombre no ha venido al mundo, sino que está en el mundo, y que no se advierte que tenga objeto determinado, que puede ser lo principal del universo y que puede tener la misma importancia de un zoofito o de un líquen.

El Agnosticismo, como doctrina de un es-

cepticismo no sistemático, marcha en política al pragmatismo, al oportunismo.

La Teleología conduce al absolutismo y a la teocracia por un extremo, al socialismo y al anarquismo por otro.

Del Agnosticismo saldrán Maquiavelo y Bismarck, de la Teleología Robespierre y Torquemada.

La degeneración del tipo agnóstico produce el cínico: Talleyrand, Fouché. El tipo teleológico creyente en los fines últimos no necesita degenerar para ser un fanático.

Indudablemente las dos tendencias, la de afirmar y la de dudar, son lógicas y humanas; el afirmar es más biológico, el dudar más intelectual.

Desde un punto de vista crítico toda Teleología es una ilusión humana. ¿Dónde están los fines de la naturaleza ni aun siquiera de la humanidad?

Hablar de la providencia al estilo de Bossuet es una niñería insustancial. ¿Vamos a creer, como dice Victor Hugo en *Los Miserables*, que Napoleón perdió la batalla de Waterloo porque incomodaba a Dios? La cosa parece un poco cándida. La teleología no es capaz de señalar donde apuntan las intenciones divinas ni transcendentales. Lo único que hace es disfrazar las intenciones humanas y presárselas artificialmente a la naturaleza.

III

CÓRDOBA

COMO no tengo gran cosa que hacer y me sobran muchos kilómetros de un billete kilométrico decido hacer un viaje por Andalucía.

He pensado primero detenerme en Córdoba. Hace ya años que estuve aquí con el pintor Regoyos. Como yo he escrito una novela que pasa en Córdoba con algún cariño, me parece que tengo cierta relación con esta ciudad ilustre.

Séneca, Lucano, Averroes, Góngora... son nombres luminosos hasta para los que somos antihistóricos.

He ido como la otra vez a Córdoba a un hotel del Gran Capitán y he andado paseando por las calles estrechas. El pueblo está bastante cambiado; han tirado muchas casas, han ensanchado algunas calles y la ciudad romántica tiene bastante menos carácter que antes.

Uno de esos anchurones producido por un

derribo en medio de unas calles estrechas y tortuosas basta para quitar a todo un barrio el misterio y el encanto.

Yo no le encuentro a esta ciudad tan árabe como dicen. Me parece bastante castellana y hasta un tanto romana, no solo en su tradición sino en su actualidad.

La Mezquita, que a todos asombra, es lo que a mí menos me gusta. Recuerdo que Gautier, en su *Viaje por España*, habla con entusiasmo de ella, y en cambio dice algo con desdén de la torre de la catedral que a mí se me figura muy hermosa.

Yo, la verdad, no he comprendido nunca el arte árabe. Me parece insustancialidad, baratija. La única sugestión simpática que me produce la civilización árabe es la figura de Averroes, y aunque no haya dato ninguno para creerlo yo me figuro que Averroes no era un moro. Su familia vivía hacía tiempo en España, es probable que estuviera mezclada con elementos ibéricos o góticos. El moro puro nunca ha sido hereje ni librepensador y Averroes era librepensador y hereje...

He estado en el Círculo de la Amistad a preguntar por el bibliotecario que yo conocí. Me dicen que murió. Después voy al Museo del Potro y preguntó por Enrique Romero de Torres; no está.

Por la tarde, después de comer, marché al paseo de la Victoria y contemplo la campiña,

limitada por la muralla negruzca de Sierra Morena. Todos los campos andaluces me parecen tristes. Voy bajando por el paseo, bastante descuidado, hacia el río, contemplo las murallas y entro en el patio de la Catedral. Tristeza, abandono, melancolía. Todo parece que se deshace en polvo.

Pobre Córdoba. Luego salgo cerca del puente Romano y voy por la orilla del Guadalquivir. Esta parte de la Ribera está muy cambiada desde que la ví; la encuentro muy polvorienta y con muchos derribos. Me meto por una callejuela y salgo cerca de San Pedro, y de allí bajo a la calle del Sol. En uno de estos viejos palacios puse yo la acción de una novela mía: *La Feria de los Discretos*. Al ver ahora el caserón me parece que yo mismo he vivido parte de mi vida allí.

Me produce cierta melancolía pensar que quizá ninguno en Córdoba haya leído mi novela...

Es ya el anochecer; un jinete montado en un potro va galleando por una callejuela. Las herraduras suenan en los pedruscos y a veces saltan miles de chispas.

Me marchó al hotel un poco cabizbajo, cenó y me meto en la cama a leer...

IV

KIERKEGAARD

LEER a Kierkegaard en Córdoba es un poco absurdo. El libro que leo es una obra no completa, es una colección de trozos traducidos al castellano por el escritor uruguayo Alvaro Armando Vasseur.

Soren Kierkegaard es un pastor evangélico dinamarqués de quien ha hablado exclusivamente y con mucha frecuencia Unamuno y que murió hace más de setenta años.

El tal Kierkegaard es un dionisiaco, pero un dionisiaco religioso y protestante.

Cuando cierro este libro siento que el que lo ha escrito es un hombre de gran talento. pero no me atrae absolutamente nada su espíritu. Desear la angustia y la desesperación casi por sistema me parece una extraña anomalía. Desear la vida intensa con alternativas de alegría y de pena es, sin duda, natural, pero buscar sólo la contricción es aberrante.

Todavía se explica el ir tras los dolores y

los martirios con un fin religioso, como los santos. En ellos hay un espejismo de vida ultra terrena, pero este Kierkegaard no parece que esté muy convencido de la existencia de Dios, aunque hable de Dios a cada paso.

Se me figura, por los trozos que acabo de leer de él, que al teólogo protestante le queda toda la armazón de la teología sin la idea madre, es decir sin Dios.

Es una forma de pensamiento ésta que existe entre los protestantes y que no se puede dar entre los que tenemos la tradición católica y latina.

Recuerdo que en París, en casa de un escritor conocí a un estudiante de teología sueco y en el curso de la conversación le pregunté:

—Si fuera posible demostrar que en el universo no hay más que lo natural la teología desaparecía, ¿verdad?

Y él me contestó mirándome con su cara fría de ojos claros:

—No. ¿Por qué?

Estas cosas la cabeza de un meridional no se las explica. Yo no entiendo cómo puede existir una teología sin Dios, pero parece que hay algunos que lo comprenden.

Kierkegaard, como todos los pastores protestantes, está, sin duda, muy inspirado en la *Biblia*. Le gustan los personajes bíblicos porque pecan y se arrepienten.

En esto yo no estoy conforme. En general

los personajes bíblicos me parecen unos perfectos miserables. Además los que no creemos en el pecado ¿por que nos hemos de entusiasmar con los pecadores, se arrepientan o no se arrepientan?

Kierkegaard da la impresión de un hombre enfermo, arbitrario y sombrío que no sólo no quiere curarse sino que se recrea en sus propios dolores.

Parece que algunos de sus libros los firmaba con el seudónimo de Frater Taciturnus. ¡Buen seudónimo para un hombre tan desesperado y tan desgarrado como este teólogo!

Cuando se acerca uno a espíritus de esta clase es cuando nota uno todo lo pagano que es sin proponérselo.

No hace mucho leía yo un estudio de Federico Lolieé acerca de Talleyrand, y después una biografía, llena de anécdotas, del célebre obispo y diplomático.

Talleyrand es el polo opuesto de Kierkegaard: el uno todo vida interior, el otro todo vida exterior, vida de aparato, de placer, de ambición y de ostentación.

Seguramente Talleyrand no hubiera cambiado su vida por la de Kierkegaard, pero, probablemente, Kierkegaard tampoco hubiera cambiado su vida por la de Talleyrand.

Lo que demuestra, a mi manera de ver, que no hay un tipo de vida sino muchos y que cada cual elige, si puede, el que mejor le cuadra.

Yo, pudiendo elegir mi tipo de vida, no hubiera sido ni Kierkegaard ni Talleyrand. La existencia del uno me entristece, la del otro me repugna.

La acción por la ambición y el placer me parece poca cosa. A mí me gustaría la acción, la gimnasia del espíritu, la superación de mí mismo pero no por el placer, sino por un sentimiento de orgullo.

El amor por lo difícil lo he tenido siempre. Yo no seguiría al poeta latino en aquello de *Carpe diem*. Yo no creo que valga la flor del día sino tiene algo de único y de raro.

Pero la rareza y la dificultad me gustaría unida al esfuerzo. Muchas veces me he despertado yo soñando que tenía que hacer algo, algo extraordinario.

—¡Vamos! ¡Vamos!—me decía.

Al despertar comprendía que no tenía nada que hacer.

Lo mismo que en el sueño me pasa siempre en la vida.

V

MÁLAGA

LA lectura de Kierkegaard me ha producido un profundo sueño. Me he levantado, he dado un paseo al sol, y al mediodía he tomado el tren para Málaga. El viaje, que dicen que es muy bonito, no me ha parecido nada extraordinario.

Dos jóvenes malagueños han entablado conversación conmigo. Hemos hablado de los paisajes de España, y uno de ellos, educado en un colegio del Norte, decía:

—Cuando me llevaron por primera vez al colegio nos detuvimos un momento en Alsasua. Cuando me encontré entre aquellos montes y miré al cielo y ví que había árboles hasta arriba quedé horrorizado.

Este *horrorisao*, como dice él, me lleva a pensar en el concepto distinto de la belleza del paisaje que tenemos los hombres. De cincuenta en cincuenta leguas en dirección del meridiano el concepto de la belleza de la na-

turalaleza cambia. Llegamos a Málaga con tres horas de retraso. Entro yo en un coche, tiene un cartel con el rótulo «Hotel Hernán Cortés». El coche se llena y nos acercamos al pueblo. Llegamos a un hotel de una calle muy iluminada, la calle de Larios, y bajan todos los viajeros.

—Pero yo quería ir al hotel Hernán Cortés—le digo al mozo.

—Ahora vamos.

Dejamos la calle iluminada y vamos por un parque hasta detenernos delante de una casa pequeña y blanca.

El encargado del hotel, un hombre que me recuerda un antiguo amigo mío, me conduce a un cuarto grande que da a la carretera. Se oyen los timbres de los tranvías.

—¿No tiene usted algún cuarto más silencioso hacia el otro lado?—le pregunto.

—Sí, pero es muy pequeño.

—No importa.

Voy al cuarto pequeño que da a un jardín y después bajo con el encargado a escribir mi filiación.

Este encargado es, *rara avis* entre los encargados de hotel, un hombre amable; tiene una cara arrugada y comprensiva y una risa que sólo se observa en las gentes que pertenecen a razas viejas de cultura antigua.

El encargado lee mi nombre, sabe que yo soy escritor aunque no ha leído nada mío. Hablamos.

—Tenemos muy mala fama en Madrid los andaluces ¿verdad?—me dice.

—No.

—Sí, no diga usted que no. Como no damos más que toreros y jugadores.

Quedamos de acuerdo en que hay algo de verdad en esa fama y voy al comedor a cenar.

Parece que en este hotel se lleva una vida de balneario. Después de cenar la gente se reúne en el vestíbulo a charlar.

En esta tertulia oigo una frase a una señora granadina, que me hace mucha gracia. Habla de que en Andalucía los hombres son muy tumbones.

—En Granada — dice — mi marido y sus amigos se pasan la vida en el Círculo, echados en un sillón con los pies en alto. Yo le digo a mi marido. Ya que no hacéis *ná*, ¿por que no os dedicáis a hacer media?

El encargado del hotel se ríe desde su mesa poniéndose la mano en la boca.

Antes de marchar a mi cuarto voy con el chico a una terraza a ver el mar de noche. Hay un poco de luna, el agua está tranquila, cerca brilla la luz roja de un faro.

Por mi gusto me quedaría allí toda la noche, arrullado por el ruido de las olas.

Desecho este proyecto poco conveniente para un artrítico y me voy a la cama.

Desde el balcón de mi cuarto se sigue oyendo el ruido del mar.

Al día siguiente me levanto y vuelvo a la terraza del hotel. El cielo está radiante, el mar azul añil; lleno de velas latinas. A la derecha se yergue la torre blanca y gallarda del faro.

Veo que otros cogen un sillón de mimbre y se ponen al sol. Yo hago lo mismo.

No tengo grandes curiosidades que satisfacer en Málaga. Aviraneta estuvo aquí en Julio de 1836 en un movimiento revolucionario en que perdieron la vida el general Sant Just y el conde de Donadio, pero no parece que él tomara parte muy activa en el movimiento.

Le pregunto al encargado del hotel hacia dónde desembarcó Torrijos con sus compañeros, pero me dice que la playa aquella ha variado mucho. Le pregunto después por el café de la Loba. Me dice que se cerró. Agotados mis conocimientos malagueños no pregunto más.

He pasado unos días desvariando al sol.

.....

Muchas veces, al llegar a un pueblo, sin motivo ninguno especial, siento como el deseo de no entrar en él, de no ocuparme de lo que pasa en sus calles y en sus plazas.

¿De dónde le puede venir a uno este desamor por las cosas y por los hombres? ¿Cuál es la raíz de este resentimiento? ¿Qué hubiera uno exigido de la vida para mirarla de una manera mansa, apacible y tranquila? ¿Quizá

el dominio? ¿Quizá el placer? ¿Quizá la belleza? Extraña soberbia. Uno no le reprocha al destino ser injusto, lo que uno le reprocha es no haber sido injusto a favor de uno, no haberle dado suerte, es decir, no haberle otorgado lo caprichoso, lo arbitrario.

Segismundo en *La vida es sueño* razona los motivos que tiene para pedir más libertad que los brutos y las aves. Los hombres no necesitamos, en general, razonar sobre esos puntos, porque no queremos lo que merecemos, sino lo que no merecemos. Conseguir ésto es lo que nos enorgullece, lo que llena nuestra soberbia.

En política, en literatura, en el trabajo, pedir el favor es una vergüenza, en cambio, en el amor, en la religión, en las cosas que nos parecen más serias no pedimos justicia, sino favor, es decir, la suerte casual y sin merecimientos.

.....

Pensar en el pasado es siempre tristeza, melancolía, pensar en el porvenir es casi siempre esperanza. Haré, ¡qué ilusión! No haré nada. Y si hago algo no me ilusionará.

En un libro de Séneca hay una frase curiosa sobre los hombres dice «que como las hormigas suben por los árboles y después de haber llegado a la cima bajan vacías al tronco». En ese mismo libro, que creo que se

titula *De la tranquilidad del ánimo*, se copia una frase de Lucrecio, en donde hablando del cansancio de los desocupados dice: «Volvamos a la ciudad, porque hace ya mucho tiempo que nuestros oídos carecen del estruendo y del aplauso, y tenemos gusto de ver en los espectáculos derramar sangre humana.»

Otra comparación recuerdo de Séneca; es aquella en que, al referirse a los hombres amigos de las locas empresas, dice que son como los niños que quieren saltar por encima de su sombra.

Tenía hace tiempo un tomo con los siete libros de Séneca, traducidos al castellano por el licenciado Navarrete en una edición antigua. Ya no lo conservo. Una noche bajando del pico del Urbión hacía tanto frío que tuve que quemar a Séneca para hacer arder unas matas y calentarnos. Yo me resistía, pero los dos amigos que iban conmigo me convencieron de que era una ridiculez sacrificar nuestros cuerpos por un libro viejo.

.....

Esta permanencia al sol me hace divagar y pensar confusamente en muchas cosas. He fantaseado durante algún tiempo en la posibilidad de hacer versos.

Yo concibo una poesía a base de una sen-

sación fuerte y de un ritmo paralelo que le sirva de complemento.

Después de la sensación y del ritmo vendrían las palabras y las ideas.

Para mí la poesía está en un extremo de lo intelectual, casi en los confines de la música, por eso yo comprendo la poesía sin conceptos, lo que no comprendo es la poesía sin compás. El concepto me parece que en poesía casi siempre sobra.

.....

Al fin he salido y he ido a ver Málaga. La verdad, no me ha gustado gran cosa. Su parte moderna tiene como en todas las ciudades actuales el prurito de lo grande. Lo *Kolossal* no es manía sólo alemana, sino del mundo entero. El parque me parece demasiado grande para la ciudad. La Alameda no, la Alameda tiene proporciones bonitas.

No hay muchos edificios hermosos en Málaga; la catedral es espléndida, todo lo espléndida que puede ser una catedral que no es gótica, la Aduana también tiene gran aspecto. Lo que me ha parecido que falta en Málaga es la calle, la calle con carácter típico.

Si yo tuviera algún recuerdo, alguna evocación de Málaga, quizá me gustara más, pero no tengo engranaje ninguno con esta ciudad.

De Andalucía las primeras ciudades que visité fueron Córdoba, Sevilla y Cádiz y de las

tres guardo un recuerdo romántico. Córdoba tiene mucho de castellana, de hidalguesca; Sevilla es una ciudad armónica, completa, y en Cádiz hay para un vascongado la relación del mismo mar. Todavía quedan nombres vascos en las calles y en las muestras de los almacenes gaditanos.

En Málaga no; Málaga se corresponde con Valencia, con Barcelona, con el Mediterráneo.

.....

Me he detenido en una callejuela en donde he sentido un olor de espliego o de cosa parecida que me ha llevado la memoria sensitiva al recuerdo de los olores. He pensado en lo que me sugieren los olores.

El olor del nardo me recuerda las calles de Madrid de cuando era estudiante y me da la impresión de algo femenino y muy sensual; el olor del azafrán, unas calles estrechas de Valencia; el olor del espliego, las callejuelas de Madrid y el brasero de las porterías; el olor del tabaco egipcio me trae a la imaginación Oxford Street y Bond Street de Londres, con sus damas y sus caballeros elegantes; el olor de las naranjas no me recuerda Valencia sino Madrid, los Cuatro Caminos, la Bombilla, soldados y criadas de domingo; el olor de arena húmeda y caliente me trae a la imaginación el metropolitano de París; el olor de azahar me recuerda Burjasot; el olor de la jara de las pa-

naderías, una mañana de un pueblo de la Vera de Plasencia. Mi infancia está unida al olor de alquitrán y siempre que siento este olor recuerdo el pequeño puerto de mi pueblo.

.....

No hay apenas librerías de viejo en Málaga y ninguna tienda importante de antigüedades; solamente en el camino de la Caleta, a mano izquierda, enfrente de una casa grande de oficinas de los Ferrocarriles Andaluces, a la que llaman la Casa de la Tinta, he visto dos tiendecillas pequeñas con aire mixto de prenderías y tiendas de antigüedades.

Entro en una de ellas. El dueño es un hombre moreno con cierto aire de gitano, sus hijas unas muchachas muy sonrientes. En Málaga me ha parecido ver que la gente del pueblo es mucho más amable que la gente rica. Cierto que en toda España empieza a pasar lo mismo.

Pregunto al dueño de la tienda si tiene algunos grabados o estampas.

—Aquí tengo—me dice—unas estampas de la Revolución Francesa.

—Hombre, a ver.

Me enseña unas estampas de la guerra de la Independencia.

—No son de la Revolución Francesa—le advierto yo.

—¿Cómo que no? ¿No es esto una revolución? ¿No es del tiempo de los franceses?

—Sí, si en parte tiene usted razón. ¿Cuánto valen?

Me pide un duro, se lo doy y me enseña los trastos que tiene en la casa.

.....

Por la noche, en el tranvía de la Caleta he visto dos mujeres verdaderamente sugestivas y las dos de tipo completamente distinto. Iban al teatro a la última función de la compañía de la Guerrero.

Una de ellas, la que más me ha llamado la atención, era alta, morena, de más de treinta años. Tenía una cabeza clásica, de una arquitectura romana, el color pálido y los ojos y el pelo muy negros. Sobre estos rasgos de belleza comunes tenía una expresión al hablar endiablada. Los ojos, la boca, todos los músculos de la cara se movían, se iluminaban, con una expresión tan acusada de risa, de alegría o de sorpresa que era un espectáculo contemplarla. Quizá iba un poco *maquillada*. Una que iba con ella le indicó la atención con que yo la contemplaba, y ella me miró con su mirada penetrante y burlona. Me debió tomar por un extranjero. La otra mujer era también guapa, un tipo germánico, una rubia un tanto tostada por el sol.

Todas estas señoras pararon cerca de la Aduana y fueron por unas callejuelas hacia el teatro. Al llegar a la parte de calle iluminada

por las luces del teatro ví que la dama morena me miraba con cierta sorna. Yo me decidí a entrar. Fuí a la taquilla; no había localidades. Era el beneficio de la Guerrero.

—Bueno. Sin duda mi sino no es ser un don Juan—me dije—. No lo he sido de joven, no lo voy a ser de viejo—y me volví al hotel.

VI

OTRA VEZ CÓRDOBA

HE decidido marcharme de Málaga, el sol y la temperatura tibia han exacerbado mi artritis de mala manera; además no he vuelto a ver a esa dama morena tan sugestiva.

Tomo un coche y voy a la estación. Me meto en un vagón donde no hay nadie. Saco un libro de la maleta, es el *Reisebilder* (*Los cuadros d^o viaje*), de Enrique Heine, traducidos al francés. Es un autor Heine que no conozco apenas. Me pongo a leer el libro y no me gusta todo lo que creí que me iba a gustar. Indudablemente, hay un talento grande en el autor, pero hay también mucha petulancia. Parece una mujer guapa que hace mone-rías sabiendo que es guapa y confundiendo la gracia natural con el amaneramiento. Esa constante alusión al judaísmo y a los judíos, como si éstos fueran algo esencial de la vida de todos los pueblos, me llega a fastidiar.

No me parece una obra fundamental, ni mu-

cho menos, este *Reisebilder*. Debe ser el primer libro de Heine y se ve que el autor se esfuerza en demostrar su ingenio a todo trance.

En los *Fundamentos del siglo XIX*, de Houston Stewart Chamberlain, se compara, si mal no recuerdo, a Heine con Luciano de Samosata.

La comparación no es nada exacta. La obra de Luciano, como crítica satírica, es mucho más fuerte, más densa que la de Heine.

Se puede decir que Heine no está de cuerpo entero en sus libros de viajes sino en sus poesías.

Esta forma del heinismo, este mariposeo aparatoso sobre las ideas no me llega a entusiasmar. Es una ligereza y una frivolidad más que de espíritu de manera, una ligereza que no es completamente espontánea sino forzada.

Heine ha tenido imitadores en todas partes, en España los tiene también. El heinismo sin Heine me parece odioso. Esa suficiencia, eso de considerarse al final de todo es un poco ridículo.

Este libro que creía me iba a encantar no me encanta. El viaje por las montañas de Harz y la isla de Nordernay no me parece gran cosa. La historia del tambor Legrand, con su aire imperialista y francesista, en parte la encuentro bien; la admiración por Napoleón se me figura un poco ridícula y las notas hostiles so-

bre Inglaterra las hallo muy vulgares y muy banales...

Al llegar al final de la primera parte no tengo ánimo para seguir leyendo más. Voy solo, cierro las cortinillas y me tiendo todo a lo largo en el vagón.

El tren se detiene y me asomo a la ventanilla a ver lo que pasa. Estamos enfrente de un pueblo que es Casariche. El sol ha bajado en el horizonte y alumbra con su luz roja unos cerros cercanos. Veo enfrente las calles de casas bajas, las lámparas eléctricas que apenas brillan en la luz dorada del crepúsculo. Recuas y más recuas llegan al pueblo y alguna columna de humo tenue sale de las chimeneas.

En esta calle, que se alarga en línea recta delante de mí, hay unas mujeres que charlan en los portales, un perro que ladra, un burro que marcha con la cabeza baja.

Por fin el tren arranca.

En una estación entra un señor de barba. Charlamos un rato y al llegar a Córdoba nos saludamos.

—El conde de Casa Padilla—me dice él.

Yo le digo mi nombre.

.....

Son las diez de la noche y en vez de ir al hotel del Gran Capitán voy al Hotel Suizo. No sé por qué he supuesto que éste ha de ser un hotel silencioso, pero no acierto.

Ceno, me acuesto y no oigo más que sonar de timbres, ruido de pasos, voces, conversaciones.

Me levanto impaciente y le digo al del escritorio:

—Yo quisiera que me trasladara usted a otro cuarto, aunque sea a una guardilla, donde no se oiga ruido, porque aquí no puedo dormir.

—Dentro de un cuarto de hora no se oirá nada—me contesta.

Efectivamente, se hace el silencio en el hotel y duermo.

Al día siguiente es domingo, Casa Padilla me ha dicho que vaya al Café Suizo por la tarde, donde se reúnen algunos amigos y voy. Me presenta a varias personas, entre ellas a varios jóvenes republicanos y regionalistas que escriben el semanario *Córdoba*.

—Estos son nuestros Kerenskys—dice Casa Padilla.

También me presenta a un señor apellidado Cabrera.

Cabrera da la nota de la exageración y de la hipérbole grave del cordobés, cosa que suele ser divertida. Hablamos de bandidos y de caballistas con un interés infantil.

Cabrera cuenta historias de bandidos en este tono:

—Luego el pobrecito que era un muchacho bueno, de gran corazón. (El pobrecito es el

Pernales o el Niño del Arahal u otro bandolero).

En estas historias la guardia civil hace, naturalmente, muy mal papel.

A la media hora de estar allí ya me parece que conozco a todos y que los contertulios del café me conocen a mí también.

Los jóvenes de la tertulia han leído mi novela *La feria de los Discretos*, lo que me allaga.

Uno de ellos afirma que se ve que conozco bien Córdoba.

Cabrera dice:

—A mí Sánchez Guerra me preguntó: «Oiga usted, ¿Pío Baroja ha estado en Córdoba?» «¡No ha de estar! Y se ha tomado unas copas con el marqués de Benamejí.»

Con este motivo Cabrera me invita a ir a beber un vaso de Montilla y vamos los dos por callejuelas extraviadas a sentarnos en el patio de una taberna.

De allí marchamos a dos o tres casas de anticuarios, y como se pasa la tarde pronto yo me voy a cenar.

Después de la cena vuelvo al café a reunirme con los amigos que acabo de conocer.

—Usted debía quedarse aquí—me dice Cabrera—podía usted hacer un libro muy interesante con la vida de esos pueblos de bandidos. Iríamos a Estepa, a Casariche, a Benamejí, a Roda...

—No he hecho preparativos para estar mucho tiempo.

—¿Qué importa?

—A mí lo que me gustaría—indico yo—es hacer la ruta de los bandidos a caballo, desde la venta de Cardenas y de Almuradiel a Sevilla.

—Pues nada, la prepararemos.

Llega la hora, y yo me despido porque voy a coger el coche para ir a la estación a tomar el expés. Al poco rato les veo a Casa Padilla, a Cabrera y a los demás, que vienen a charlar un rato conmigo en el andén. Gente amable esta gente cordobesa.

VII

EL CURA SANTA CRUZ Y EL MONOTEISMO DE LOS VASCOS

HE publicado un folleto acerca del cura Santa Cruz y su partida. El cura ha muerto en Pasto (Colombia), aunque me han asegurado después que la noticia es inexacta.

Algunos se han ocupado de mi folleto, entre ellos Díez Canedo en *El Sol*, y don Julio de Urquijo, filólogo, dedicado principalmente al estudio del vascuence, en *El Pueblo Vasco* de San Sebastián.

Urquijo ha escrito varios artículos. Yo no he leído estos artículos, porque cuando me he enterado de que se habían publicado no los he podido encontrar, así que tengo que hablar de ellos por lo que me han dicho.

Parece que el señor Urquijo defiende varios puntos de vista contrarios a los míos. Los míos, principalmente, son éstos:

El bizkaitarrismo y el euskarismo son hechuras de Loyola.

Los vascófilos—yo no digo todos—han inventado desde hace tiempo una porción de mentiras.

La palabra *Faungoicoa* no es una forma primitiva de denominar a Dios y debe ser una adaptación de la idea católica y latina de la divinidad.

Por último, que todo hace creer que es falso el deísmo de los antiguos vascos y que, por lo tanto, no existía entre los primitivos euskaldunas un monoteísmo claro como en los pueblos semíticos.

Yo no podría desarrollar estas afirmaciones rápidamente y con documentos. Además no creo en la polémica.

La cosa sería demasiado larga y muy complicada. Habría que comprobar los datos, ir a buscar los textos en las mismas fuentes, cotejarlos, cosa para lo cual yo no tengo preparación. Esto no quita para que leyendo lo que está al alcance de un curioso y procediendo con serenidad los hechos salten a la vista.

Sobre el punto concreto de la idea de Dios, el que lea los datos que han dado Menéndez Pelayo, Campión, el libro del peregrino francés Aymeric Picaud, la crónica del Gerundense adquiere la convicción de la falsedad del monoteísmo vasco.

La cosa es lógica y natural. El vasco, como todos los pueblos de Europa, excepto Grecia y Roma, pasó de la magia y de las religio-

nes primitivas al cristianismo, y, seguramente, el vascongado hizo esta evolución más tarde que los demás pueblos españoles.

El dato de la crónica del Gerundense es de gran valor.

Este obispo comenta un párrafo de Estrabón, en el cual el geógrafo griego afirma que los gallegos de España y los vizcaínos no tenían Dios, y añade, por su parte, que en ese tiempo (siglo xv) los vizcaínos nada veneraban y llamaban a los cristianos *cultores*, considerándolos como gente extraña.

Mientras los investigadores vascongados quieran hacer política con la ciencia, ésta será siempre de mala ley, únicamente cuando intenten construir la ciencia, pensando en ella misma y no en el Sagrado Corazón de Jesús, quizá lleguen a hacer algo respetable.

VIII

UNA REUNIÓN

HE ido a una reunión de una señora amiga. Había unas cuantas damas y varios extranjeros. Hemos tomado té.

Cuando estamos reunidos varios hombres o mujeres me da la impresión de que todos nos reprochamos algo los unos a los otros. Parece que uno encuentra siempre al prójimo deficiente.

—Si esta mujer tuviera un poco de imaginación—piensa uno de nosotros.

—¡Si este hombre fuera más cariñoso o más amable, más joven o más rico!—piensa la mujer.

Todos suponemos que a los demás les falta algo. Naturalmente, lo que nos falta a nosotros o lo que nos sobra no lo notamos.

.....

Se siente a veces el deseo de averiguar como se representa uno ante los demás.

No cabe duda que un hombre en presencia de otro se modifica y a su vez modifica también él. Hay una auto-sugestión que hace que uno sea como la gente que le rodea quiere que sea.

A veces la auto-sugestión obra por antítesis en sentido contrario e impulsa a colocarse en una actitud negativa. Pero las más de las veces es uno, o intenta ser, gracioso donde le creen a uno gracioso, triste donde le creen a uno triste, malhumorado donde le tienen por malhumorado.

Parece que allí donde uno va tiene su careta preparada, que se la pone al llegar. Cuando uno está solo supone que ya aquella cara es su cara, pero muchas veces parece también una máscara y que es uno farsante consigo mismo.

.....

He hablado con una señora de los escritores españoles. La verdad es que éstos no tienen gran éxito con las mujeres. Falta el prestigio. El único escritor actual que ha tenido verdadero prestigio entre ellas es el que ha sentido menos inclinación por el bello sexo, así que no se ha formado la tradición de que las mujeres se inclinen hacia los escritores. En general, el prestigio del escritor español no llega a ser nunca tan grande que deslumbré a las mujeres; las españolas, por

su parte, son mujeres de una seriedad y de una fuerza admirables desde el punto de vista moral, aunque fastidiosas desde un punto de vista literario.

Nuestras mujeres son principalmente instintivas, y todo lo que sea alejamiento de su función les parece inútil y peligroso. Por eso son tan reaccionarias y conservadoras. Su ideal es hacer un nido y para eso se necesita una rama firme. Una sociedad insegura y revuelta es para ellas poco simpática, y, ¿qué puede haber tan inseguro y tan revuelto como el pensamiento! Prefieren con mucho la rutina.

A las mujeres españolas no les gusta leer, y mientras tengan esa moral—admirable para el señor obispo y aburrida para el escritor—no se acercarán a la literatura.

Esto indica, indiscutiblemente, una conformidad con la vida tal cual es, que, según desde el punto de vista que se mire, se puede elogiar o despreciar.

Nuestras mujeres, en su mayoría, consideran que el mundo, la sociedad, el papel que ellas tienen en la vida está todo muy bien. Solo algunas pocas empiezan a creer que podrían tener una esfera de actividad más extensa.

Este sentimiento de conformidad proviene de su falta de sentido literario y filosófico.

El sexo está indudablemente privado de eso. Yo creo que la misma doña Emilia Pardo

Bazán, que escribe muy bien, según dicen, no tiene sentido literario y filosófico alguno.

A esto dirán esos pobres conquistadores que no han conquistado nunca nada:

—A las mujeres no hay que hablarles de cosas serias, sino decirles cosas bonitas.

¡Qué ilusión creer que un cualquiera va a decir cosas bonitas! ¡Así como así se dicen cosas bonitas!

La receta para que las mujeres hagan caso de un hombre es sencillísima, consiste en ser joven, fuerte, guapo y bien plantado. Lo demás, hablar, o no hablar, galantear o no galantear es accesorio.

.....

Fantasear, charlar, sin objeto determinado, es cosa que a la mujer no le entusiasma.

Una señora de Londres solía decir:

—No me gustan los escritores. No tiene interés hablar con ellos.

—¿Por qué no?

—Son como limones exprimidos.

Y otra, que sin duda había conocido a varios literatos, aseguraba:

—Ustedes son un poco como el agua que corre: ruido, espumas, nada.

.....

—Y usted, ¿por qué no se ha casado?—me pregunta una señora de la reunión.

—Nunca he ganado bastante dinero para vivir medianamente—le contesto yo.

—¿Nada más que por eso?

—Y también por que no he encontrado una mujer que me gustara exclusivamente hablar con ella y a ella le gustara hablar conmigo.

—¿Nada más que hablar?

—Nada más que hablar. Cada cual tiene sus valores. Ustedes dicen de un hombre: «Es un hombre bueno, es un hombre serio, es un hombre de posición». Los hombres dicen de las mujeres: «Es una muchacha guapa, es una muchacha lista, es una muchacha trabajadora». Para mí lo principal en una mujer es que tenga encanto su charla. Lo demás casi no me importa. El diálogo, eso me parece lo transcendental.

—Eso es quitar toda posibilidad de lucimiento a la mujer.

—¿Cree usted?

—Claro. Si usted piensa que tener la casa bien arreglada, criar bien los hijos... eso no vale, pues quita usted a la mujer toda posibilidad de éxito. Es como si una mujer dijera: «Para mí el mérito de un hombre no es que sea un buen abogado o un buen médico, sino que sepa cuidar de la casa y de los hijos». La idea de usted es demasiado egoísta, demasiado de hombre.

—Egoísta, ¿por qué? Cada cual concibe una manera de vivir bien.

—¿Y usted no ha pensado nunca en la idea de la familia, de los hijos?

—Sí; he pensado, pero con disgusto.

—No diga usted eso.

—Sí, con disgusto. ¡Tener un chico malhumorado, descontento, que se pareciera a mí! ¡Qué cosa más desagradable! Esa vida de las familias en la ciudad, llena de pequeños cuidados y miserias, me repugna. Me hubiera gustado tener una gran familia viviendo en una granja en América o en Australia, con una vida amplia, fácil. Pero, ¡aquí! ¡En esta estrechez! ¡En esta mezquindad! De empleadito, de mediquito, no, no.

—Que hombre es usted. No me gustaría vivir con usted.

—Lo creo.

—Iba usted a contestarme que a usted tampoco le gustaría vivir conmigo.

—No señora, no. Sería un sustituto de su marido con verdadero entusiasmo.

—Bah. Si fuera usted mi marido, un día se marcharía usted de casa porque había dicho una palabra mal o había escrito vino con b.

—¡Jamás! ¡Jamás! Por eso jamás. No sabe usted hasta qué punto desprecio la ortografía.

IX

A PAN Y AGUA

PORQUE he cobrado por un cuento doscientas pesetas se ha hablado entre algunos escritores y periodistas como de una cosa inaudita.

—Es mucho—me decían todos.

—No creo que sea mucho—replicaba yo—. Por mi parte yo no soy capaz de escribir un cuento medianamente divertido todas las semanas. Si lo fuera y publicase uno cada ocho días cobrando doscientas pesetas, ganaría diez mil ochocientas pesetas al año, es decir, mucho menos de lo que cobran una porción de generales inútiles, de ministros inútiles, de subsecretarios inútiles, de profesores inútiles, de abogados mediocres y de médicos mediocres.

—¿Pero hombre, usted se quiere comparar?

—Por qué no.

—Es un orgullo satánico.

—Hay que ver lo difícil, lo extraordinario

que es escribir algo divertido y ameno. La gente no quiere creerlo así. Supone que es mucho más serio lo que le aburre que lo que le divierte, considera mucho más lógico que un señor gane cuatro mil duros por dormirse unas horas en un sillón que por escribir algo. Si a la mayoría le enseñan un mamotreto de abogado ilegible y le dicen: «Por esto se ha cobrado diez mil duros», le parecerá muy natural, pero si le mostraran una novela de cien páginas de Turguenef o un sainete de Moliere y le dijeran: «Por esto se ha cobrado diez mil duros», le parecería un absurdo.

La literatura y el arte cada vez se pagarán más y se cotizarán más alto.

¿Qué no daría Inglaterra por tener un nuevo Shakespeare, un nuevo Dickens? Podría dar la India y el Canadá y saldría ganando. ¿Qué no daría Francia por un Balzac? ¿Qué no daríamos nosotros por un Cervantes? En menores proporciones, los pequeños Dickens, los pequeños Balzac, los pequeños Cervantes, representan mucho más para la vida que todos los jefes de administración de todas las clases. Estos, como útiles, no son casi nunca, lo más que se les puede pedir es que no sean perjudiciales.

Mucha gente cree lo mismo, pero sigue pensando que los inútiles deben tener la compensación de los buenos sueldos. Se piensa, también, que un poco de miseria es cosa bue-

na para el escritor y que el régimen de pan y agua aviva el cerebro y aligera la vista.

¿No es la tradición literaria que el literato se muera de hambre?

En esto, como en todo lo demás, yo soy antitradicionalista.

.....

La mayoría cree que es una prueba de mal gusto persistir en la lucha por las ideas y que hay un momento en que se debe ceder.

Hay una frase de Voltaire que no la he leído en el original sino copiada en *Parerga y Paralipomena*, de Schopenhauer. Dice así: «On ne reussit dans ce monde qu'a la pointe de l'épée et on meurt les armes a la main».

Otro francés, Montesquieu, escribió esta sentencia, también muy exacta: «Pour reussir dans le monde il faut avoir l'air fou et être sage».

Estas dos frases deben pertenecer al evangelio de los ambiciosos.

X

BILBAO

EN la redacción de *España*, Gutiérrez Abascal (Juan de la Encina) dice un día:

—Tengo ganas de pasar una temporada en Bilbao.

—¡Hombre!, yo también.

—Pues si usted quiere, vamos.

—Bueno; vamos cuando a usted le parezca.

Tomamos el tren y nos marchamos a Bilbao.

Llegamos con unas horas de retraso. Yo me voy a hospedar al hotel Antonia, y Juan de la Encina va a casa de un conocido.

Por la tarde nos encontramos en el café con algunos amigos, Maeztu, Murlane Michelena y Arteta. Por la noche vamos a cenar a la Sociedad Bilbaína con Jesús de Sarria y otros señores que hacen la revista *Hermes*.

Los días se pasan rápidamente. Juan Echevarría, que es una excepción entre los artistas, porque es rico y un mirlo blanco entre

los artistas ricos porque es espléndido, nos lleva de aquí para allá en automóvil.

Bilbao es un pueblo que cada vez se va haciendo más denso y más interesante. La ría es una de las cosas más sugestivas de España. Yo no creo que haya en la península nada que dé una impresión de fuerza de trabajo y de energía como esos catorce o quince kilómetros de vía fluvial. Lo que me parece es que la gente de Bilbao no está todavía a la altura de su ciudad, al menos a la altura de su río.

Al cuarto o quinto día me dice Juan de la Encina que la Sociedad de Artistas Vascos ha pensado en darme un banquete íntimo.

—¿Pero sin discursos?—digo yo.

—Hombre, alguna cosa tendrá usted que decir.

—¿Y sobre qué voy a hablar?

—Diga usted algo sobre Bilbao.

—¿Algo encomiástico?

—No, no; lo que se le ocurra a usted.

—Bueno, ya escribiré unas cuartillas.

El banquete se va a celebrar en el casino de Archanda, el domingo.

Juan Echevarría nos ha convidado a ir a Bermeo en automóvil a Juan de la Encina, al pintor Barrueta y a mí. Por la mañana pasamos algún tiempo buscando a Barrueta, y al fin lo encontramos. Comemos en la isla de Chacharramendi y pasamos la tarde en Bermeo.

Volvemos a Bilbao y Echevarría y yo vamos a la Sociedad Bilbaína. Allí le leo yo a Echevarría las cuartillas que he escrito, y él pone una cara un poco triste y resignada. Vamos a Archanda, subimos en el funicular; la sala está fría y yo me quedo con el gabán y con el sombrero puesto.

A los postres, Gustavo de Maeztu se levanta y lee unas cuartillas. Yo me levanto después y leo las mías, que son éstas:

«Señores: Yo quería, únicamente, daros las gracias por vuestra amabilidad y por vuestra cortesía, sin necesidad de leer mis frases, escritas en unas cuartillas.

Antes, en época ya lejana, haciendo un esfuerzo, pude llegar a hablar en público con relativa facilidad; pero he perdido el impulso, y, ahora, no sabría coordinar medianamente y con espontaneidad mis ideas. Como la mayoría de los vascongados, soy, por naturaleza, alalo. No en balde parece que nosotros descendemos de la raza de Cro Magnon, pariente próxima del pithecantropus, que, como se sabe, o se supone, era hombre de acción y de pocas palabras. Los antecesores de la raza de los oradores parece que hay que buscarlos entre los chimpancés.

Algún amigo me ha dicho que no basta que yo diga solamente «¡gracias!», sino que es necesario que añada unas cuantas divagacio-

nes, más o menos exactas y más o menos discretas.

—¿Acerca de qué?—le he preguntado yo.

—Acerca de Bilbao.

—No sé qué podré decir. Poca cosa, seguramente. Yo he venido aquí a pasar unos días y a gastar un kilométrico; no traigo ningún objeto, ni fin trascendental; soy, como decía Dickens, en uno de sus artículos de viaje, un comisionista que no tiene comercio. Además de esta condición de hombre sin plan, tengo la de ser un poco lento en mis comentarios, y muchas veces, al cabo de meses o de años, se me ocurre pensar en una cosa pasada y juzgarla a mi modo. Así, pues, la impresión que tengo de Bilbao es todavía muy somera y poco profunda. Indudablemente, y a primera vista, éste parece un pueblo que marcha. Si hay que fijarse en las chimeneas, en los humos, en las máquinas, este pueblo avanza a pasos agigantados; en cambio, si se fija uno en los hombres y en los hombres de empresa, ya no parece que marcha tanto; es más, se llega a sospechar, a veces, si las gentes de España, las del Norte como las del Sur, las del Este como las del Oeste, seremos todas de la misma casta ininteligente e insignificante.

La verdad es que, por ahora, los vascos asombramos un poco a los palurdos del interior con nuestras novedades mecánicas; pero esos palurdos nos podrían decir, si lo supie-

ran, que ellos hicieron antes algo muy original y que nosotros no hacemos ahora más que repetir lo que se hace fuera de España. También se deslumbra a la gente de fuera con el dinero. Es cosa ésta que no me produce ningún fervor ni ningún respeto. En Bilbao, como en todo el país vasco, echan más chispas las chimeneas que el espíritu de los hombres. No inventamos, no podemos inventar. ¡Inventar! Esta es la gloria de la humanidad.

La invención, como las grandes concepciones de la Filosofía, nos están, por ahora al menos, vedadas. Llevamos mucho lastre inútil para ser ligeros, ágiles e inventores; llevamos el peso de todos los mitos semíticos, de esos mitos que, como dice Nietzsche, ni son europeos ni nobles; llevamos el peso de todas las viejas, de todas las muertas fórmulas latinas.

Cuando se ve a un moro que tiene en un libro toda la verdad, se comprende que su raza no podrá dar nunca un Kant o un Newton. La mayoría de los españoles, y la casi totalidad de los vascos, son moros que, en vez de llevar el Corán, llevan en el espíritu la doctrina del Padre Astete.

Pero perdonad si mi divagación toma un giro agrío, político y lamentable. Yo no sé decir más que lo que pienso, aunque lo que piense sea malo.

...Y ahora una esperanza, quizá quimérica,

quizá lejana: hay la esperanza que estas sociedades plutocráticas se espiritualicen con el tiempo, se compliquen, se exalten, y den entonces productos refinados a la civilización. Si esto llega a ser alguna vez, a vosotros: escritores, pintores, artistas, que habéis hecho vuestros nidos frágiles a la sombra de las negras chimeneas y de los sombríos talleres, se deberá la gloria y el honor, vosotros seréis los guías, seréis como mineros que llevan la luz del espíritu a las oscuras entrañas de la vida inconsciente, mecanizada y brutal. Nunca, para mí, ocasión tan propicia de insistir en la solidaridad del arte y del espíritu como en los pueblos en donde se tiende a no creer más que en el dinero.»

Después de leer estas cuartillas, un redactor de *El Liberal* me las pidió, se las dí, y, concluída la fiesta, tomamos de nuevo el funicular y nos volvimos a Bilbao.

Me despedí de Echevarría, que por la mañana se marchaba a San Sebastián, y me fuí a dormir.

Al día siguiente tenía que ir a comer a casa de un amigo de Vera y luego tomar el tren.

En el camino compré *El Liberal*, y ví que traía una caricatura mía, hecha por Bagaria, y mis cuartillas. En éstas había una errata: ponía «sensitivos» por «semíticos».

—Voy a irritar un poco los sentimientos

religiosos del pueblo—le dije a mi amigo—. Voy a escribir una carta.

—Ahí tiene usted tintero y pluma.

En una tarjeta postal escribí esto:

«A D. Francisco Villanueva, director de *El Liberal* de Bilbao.—Bilbao, 16 diciembre 1917. Mi querido amigo: En las «Cuartillas de un alalo», que publica *El Liberal*, hay la errata, para mí importante, de decir «mitos sensitivos» donde yo puse «mitos semíticos». Si hubiera mitos sensitivos, no sería yo ciertamente enemigo de ello. De los semíticos, y principalmente del cristiano, soy poco partidario. De ese dijo Nietzsche—y su frase me produce una gran satisfacción interior—que no era europeo ni noble. Cuando pienso en el cristianismo me viene a la imaginación los ghettos, la escrófula, la sarna y los frailes. Es de usted afectísimo amigo y pagano.—*Pío Baroja.*»

Comí en compañía de mi amigo, de su señora y de una señorita; después cogí mi maleta y me fuí a la estación.

.....

Unos días después me enviaron de Bilbao unos cuantos periódicos, entre ellos varios números de *Euzkadi*, donde me insultaban con el repertorio clásico de toda la hueste sacristanesca, sea carlista o bizkaitarra.

Es curiosa esta gente que está tan cerca de

Dios, según ellos. Creen que sus tonterías son **las únicas respetables**. *Euzkadi* estuvo diciendo necedades, a las que yo, naturalmente, no contesté.

El *Liberal* de Bilbao me defendió, dándome en la defensa un carácter anti-vasco que yo no tengo. ¿Por qué he de ser anti-vasco? Cierto que no tengo ese entusiasmo místico por la raza que tienen los bizkaitarras. Yo que me llamo Baroja y Nessi, y que soy mixto de vasco y de italiano del Norte, no voy a cantar las excelencias de los individuos de razas puras. Puede uno, como me pasa a mí, no leer *Euzkadi* ni tener el menor aprecio por ese periódico y ser vascongado y estar tranquilo con serlo. Yo soy tan vasco como pueden serlo los de *Euzkadi*, ahora que no me parece indispensable para ello llevar escapulario, ni ser de los luises...

Si el mítico padre Aitor renaciera de sus cenizas es posible que dijera, mirando las cabezas piriformes de los redactores de *Euzkadi*:

—Por Urtzi y por Azaos (divinidades de los antiguos vascos). ¿Quiénes son estos cretinos apostólicos y romanizados que se consideran mis representantes? ¿Qué clase de país es ese que ahora llaman *Euzkadi*?

.....

Un mes después del banquete un curita vascófilo de estos que sirven de moscas car-

narias del vascuence, don Resurrección María de Azkue, dijo en una conferencia, ante el aplauso de un público bizkaitarra, que yo era un botarate y que me debían expulsar del país vasco. Yo no sé si este señor, don Resurrección, es un botarate o no, es cosa que no me interesa. Lo que siempre es de alabar es este sentimiento de delicadeza, de finura y de cortesía que muestra siempre la gente de iglesia.

Estos ganapanes eclesiásticos en lo primero que piensan es en expulsar. Consideran al enemigo como a la solitaria. No se les ocurre procedimientos de persuasión, sino enseguida la expulsión.

No harán, seguramente, como San Francisco de Asís, cuando en Agubbio fué a ver al terrible lobo que assolaba al país, y le dijo:

—Hermano lobo, estás haciendo mucho daño en estos contornos, yo quiero hermano lobo que haya paz entre los hombres y tú, y que no les ofendas más.

A estos ganapanes no les entusiasma la persuasión; ellos quieren la expulsión.

Mas que el papel de santo prefieren el papel de santonina.

.....
Bagaria me suele decir:

—El porvenir de usted es el aeroplano. Tendrá usted que andar por el aire preguntándose para bajar a tierra: ¿Dónde habrá un sitio por ahí del que yo no haya hablado mal?

XI

SOBRE LA MANERA DE ESCRIBIR NOVELAS

HE publicado un tomo de *Páginas escogidas* por encargo de la casa Calleja.

A la mayoría de los amigos le ha parecido bien el texto y las notas.

Ortega y Gasset me dice que quizá debía haberme extendido más en la parte que trata de la técnica de la novela.

También hace otras observaciones.

—En el prólogo de las *Páginas escogidas* —dice— da usted la impresión de que usted escribe sus novelas así como de primera intención, sin trabajo preliminar. ¿Es cierto esto? ¿No toma usted antes notas?

—Yo siempre tomo notas, aunque no en el mismo momento. Cuando me ha impresionado un lugar, un sitio o un pueblo, al cabo de algún tiempo escribo la impresión, y si ésta me deja el deseo de seguir, le voy añadiendo y quitando, pensando en los tipos que me sugieren aquellos lugares.

Yo creo que todo el mundo que escriba obras de imaginación hará algo parecido. La única diferencia que yo tengo con los naturalistas es que éstos toman las notas inmediatamente y yo las tomo después, recordando las cosas.

De pensar en los mismos lugares y acontecimientos, salen los personajes y las ideas. Los nombres de los personajes suelo tomarlos muchas veces de las muestras de las tiendas.

Creo que es muy difícil que un autor invente de golpe un asunto con sus derivaciones; supongo que la mayoría, como yo, va escribiendo e inventando. Sin embargo, yo recuerdo haber inventado varias obras de teatro completas, que luego no he podido escribir; me parecía, al comenzarlas, que ya estaban escritas.

Para mí, y creo que para la mayoría de los escritores, tiene que haber un aliciente, una pequeña sorpresa en su misma obra.

A mí, por ejemplo, se me ocurrió primero hacer con Aviraneta un capítulo para una novela, después un tomo y luego una porción de tomos.

Cuando ya tengo un conjunto de impresiones reunidas y de tipos ideados, pienso si todo este conjunto tendrá para mí algún sentido, y entonces comienzo a forjar un plan. A veces tomo deliberadamente una dirección falsa y entonces tengo la idea algo parecida

a la del nadador que ha de calcular que en la diagonal de la dirección que lleva con la fuerza de la corriente está su verdadero camino.

Muchas veces he pensado si se podrían idear planes de novelas echando mano de la Geometría y del Algebra, pero no he dado con solución alguna.

Cuando encuentro algo aproximado a un plan para escribir un libro, empiezo a la buena de Dios. Después mi preocupación es hacer la novela poco aburrida, para lo cual dejo los capítulos breves y los párrafos cortos.

Lo que no hago nunca es poner notas melodramáticas de las que le gustan al público, ni voy tampoco por el camino que la gente cree que uno debe ir.

Cuando publiqué *La dama errante*, un escritor me decía:

—El libro interesa, pero a todo el mundo le parece absurdo que haya usted escamoteado de su libro la escena más sensacional del drama de la calle Mayor: la de la explosión de la bomba. Blasco Ibáñez hubiera hecho treinta o cuarenta páginas con ello.

—¡Ah! ¡Claro! Es que Blasco Ibáñez es un novelista público y yo soy un novelista privado.

La verdad es que en el arte de hacer novelas, como en casi todas las demás artes, se aprende muy poco. La cuestión es tener vida, fibra, energía o romanticismo o sentimiento o

algo que hay que tener, porque no se adquiere.

Si no fuera por la vida que tienen, novelas como *Le Rouge et le Noir* o *Crimen y castigo*, serían muy poca cosa. Lo que salva al novelista y al poeta es lo que pone y no se puede aprender. Los motivos que cada escritor tiene para dedicarse a escribir serían interesantes si se pudieran conocer bien.

Indudablemente hay mucho de imitación. Si yo no le hubiera visto escribir artículos y versos a mi padre quizá no se me hubiera ocurrido escribir.

¿Por qué no me lancé yo también a hacer versos? Creo que para esto ha sido un obstáculo mi falta de memoria. Yo recuerdo bien las cosas vistas, en cambio las palabras y lo escrito no lo recuerdo bien.

Las mismas impresiones visuales no las conservo con fidelidad y las transformo sin querer a mi modo.

Si yo recordara tan bien como lo que he visto, lo que he leído, quizá no pudiera escribir; pero no me pasa esto, sino todo lo contrario, se me confunden las ideas y llega un momento en que no sé la génesis de mis pensamientos que me parecen completamente originales.

XII

UNA CARTA Y ALGUNAS DIVAGACIONES

UN periódico de Barcelona, *La Publicidad*, publica un artículo sobre mi libro *Juventud Egotría*, y entre varias cosas equivocadas dice que la posición mía con relación a la guerra actual es idéntica a la de Román Rolland. Como no creo que sea cierto yo escribo esta carta:

Sr. director de *La Publicidad*.

Muy señor mío: He leído un artículo de Carlos Costa en *La Publicidad*, sobre mi libro *Juventud Egotría*, y voy a rebatir no sus juicios literarios, cosa que yo no rebato nunca, sino su crítica acerca de mi actitud indiferente y agnóstica ante la guerra.

No hay paridad ninguna entre el caso de Román Rolland, ni tampoco entre el estudiante filósofo de Alemania y el caso mío. Román Rolland es un escritor francés, de raza francesa, que ha tenido grandes éxitos en París,

que debe parte de lo que es a Francia. Yo no sé lo que dice Rolland en su libro *Au dessus de la mêlée*, porque no lo he leído; lo que sí sé es que una actitud serena e indiferente en un francés con respecto al conflicto actual es absurda y falsa. Lo mismo digo del estudiante alemán kantiano que se bate. Su inteligencia le puede decir que lo que hace es horrible, pero sus instintos le impulsan a ello.

Pero yo español, ¿qué tengo que ver con la *mêlée*? Yo no soy francés, ni alemán, ni debo nada a Francia ni a Alemania, ni tengo obligaciones de ninguna clase para una nación ni para otra. Ya sé yo que hay una palabrería místico-religiosa como hay otra místico-revolucionaria, y con la primera me quieren convencer de que Jesucristo murió por mí y con la segunda me dicen que soy libre por obra y gracia de la Revolución francesa. Yo me permito no creer en estas mixtificaciones piadosas.

Poniendo ejemplos ilustres se puede reprochar a un Goethe y a un Hegel, que mientras los franceses bombardeaban los campos de Jena el uno estuviese escribiendo tranquilamente en la ciudad sitiada la segunda parte del *Fausto*, y el otro estuviera terminando la *Fenomenología de la Moral*, pero no se les podrá reprochar a Hegel ni a Goethe que escribieran sus obras mientras los franceses caño-

neaban Zaragoza o los ingleses peleaban en Arapiles.

Cuando atacan el país de uno lo instintivo, lo natural, lo biológico es defenderlo. Yo creo que lo haría si lo viera invadido por el enemigo.

A esto dirá la turbamulta de aliadófilos con su fraseología ridícula que unos combatientes representan el derecho y la justicia y los otros la barbarie. Yo, como no lo creo, no puedo estar dentro de la *melée* periodística; otros dicen que debemos estar al lado de los unos y no de los otros, porque los unos son hermanos nuestros de raza.

Yo no creo en esta hermandad de la raza. No sé si como vasco, soy latino o no, si lo soy no tengo ningún entusiasmo por serlo.

Como ve usted, no siendo beligerante, no creyendo que unos tengan razón y otros no, no sintiendo como no siento ninguna efusión latina, tengo el derecho de mirar desde mi rincón el conflicto actual, en su aspecto político de una manera fría e indiferente, aunque en su aspecto humano me parezca algo horrible, como una calamidad cósmica. Es de usted atento, s. s. q. b. s. m.,

Pío BAROJA.

A esta carta *La Publicidad* pone un comentario desprovisto de sentido.

Dice que yo me preocuparé de las extrava-

gancias del hombre boa o de un sopista mendrugo, y no de las cuestiones de derecho que origina la guerra. Naturalmente. Hay en esto una cuestión de oficio. Yo tengo el oficio de ser novelista y me preocupan las cosas de mi oficio, como al médico las suyas y al arquitecto las suyas. Tendría gracia que al director de *La Publicidad* le dijeran: «La impresión se ha empastelado, la máquina se ha roto», y él contestara: «¿Qué importa? La cuestión es ver cómo se resuelve esto de los Balkanes».

Me reprocha el periódico catalán de nacionalista porque digo que defendería el país si lo atacaran. No hay tal nacionalismo. Yo no sólo soy enemigo del nacionalismo, sino de la misma idea de la patria. «El mundo para todos los hombres», ese sería mi lema, y si éste pareciese demasiado amplio, me contentaría con este otro: «Europa para los europeos.»

Pero en el estado actual, si el país de uno fuera atacado, ¿qué iba a hacer el habitante? Naturalmente, contestar a la agresión.

Otros pequeños absurdos dice el periódico barcelonés, que no vale la pena de comentar, por ejemplo: que yo tengo desprecio por Francia. ¡Qué he de tener desprecio por Francia! Sería un imbécil si lo tuviera. Al revés; siento envidia, cuando voy a Francia, al ver un país tan fértil, tan bien cuidado, con ríos tan hermosos, con ciudades tan espléndidas

y en el cual no tiene uno el derecho de ciudadano.

Ya he dicho varias veces que para mí Francia es el primer pueblo, el mejor situado, el que tiene un clima de Europa más propicio; por lo tanto, aquel que puede tener condiciones de alimentación, de vida y de cultura general más completas. De eso a que sea indiscutible, a que tenga razón en su soberbia, en su vanidad, a que quiera ser el árbitro de todo, hay una gran diferencia.

Por muy grandes que sean Francia, Inglaterra y Alemania, no deben imponerse a ningún país, ni al más miserable.

.....

¿Desprecio? ¡Qué tontería! Siempre he creído que el francés es el pueblo de más genio político y de más condiciones militares. En lo que no creo es en ese monopolio del ingenio, de la gracia y de la simpatía, que se adjudican ellos. Tampoco creo que sean los primeros en exaltación individual.

Todos los pueblos de Europa, incluso España, han dado una cima en la vida, en el arte o en la ciencia, más alta, más fuerte, más característica que Francia. Se trata de heréticos, no hay ninguno en Francia tan grande como Lutero; se trata de sabios, tampoco hay ninguno como Copérnico o como Newton; entre los escritores no hay un Shakespeare; en-

tre los músicos no hay un Beethoven; entre los filósofos no hay un Kant, entre los pintores idealistas no hay un Rafael o un Botticelli; entre los realistas no hay un Velázquez o un Goya; entre los escultores no hay un Donatello o un Miguel Angel; entre los hombres de acción no hay un Hernán Cortés o un Pizarro.

En todas las esferas del pensamiento y de la acción, no es casi nunca lo más alto un francés.

La excepción, indudablemente, es la política, en donde el francés está por encima de todos. Algo como Mirabeau, como Danton, como Robespierre, no ha habido en el resto de Europa.

Lo más bello que ha hecho Francia en arte, lo gótico, que yo no creo que sea exclusivamente francés, es una obra colectiva y anónima.

.....

Puesto que me ha venido a la imaginación el arte gótico, tengo que hacer una ligera divagación acerca de él.

Desde hace tiempo es un lugar común de los críticos de arte el decir que el arte gótico no debía llamarse así, que este nombre, puesto por primera vez por el Vasari, es inexacto. Según esos señores, el arte gótico es exclusivamente francés. La afirmación de los tales críticos se basa en que los primeros edificios

góticos aparecieron en Normandía, en la Champaña y, principalmente, en la isla de Francia, y en que no había godos en Francia en el siglo XIII. Creen que estos argumentos son definitivos, y no lo son. Naturalmente, todo arte de construcción rico y suntuoso aparece en los países ricos, lo cual no basta para que sea exclusivamente de ellos.

El arte gótico es una derivación científica, técnica, de elementos existentes en las artes anteriores. La historia de la ojiva no está aún bien documentada, aunque parece que va encontrándose en el arte románico; respecto al contrafuerte, elemento indispensable para poder elevar la bóveda, cosa esencial del arte gótico, fué empleado en las iglesias de Lombardía, tierra impregnada de germanismo.

El arte ojival no tiene de nuevo, probablemente, más que su espíritu. Es este arte al románico lo que el cristianismo al judaísmo.

Jesucristo, según afirma la crítica de los rabinos, no dijo nada específicamente nuevo que no hubiesen dicho los profetas judíos, pero lo dijo con más fuerza, con más pasión.

Este espíritu nuevo del arte gótico, ¿de dónde puede provenir? Si hay una relación en el espíritu de las obras de un país, no cabe duda que no la hay entre lo que se llama hoy el espíritu francés, galo-romano, y el arte gótico, y que lo hay entre este arte y el espíritu germánico.

Aunque el arte ojival no tuviera precedentes y hubiera nacido espontáneamente en la isla de Francia y en Normandía, sería siempre más germánico que galo.

En Francia ha habido tres grandes núcleos de población: el galo (céltico, ve!che, etc.); el latino (ibérico, mediterráneo, liguro, etc), y el franco (gótico, germánico). Que el arte gótico ha nacido en los lugares ocupados por los pueblos francos, germanizados, góticos, no cabe duda; que se extendió igualmente por las zonas germanizadas de Europa, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y España, es también indudable; por último, que su espíritu se encuentra más dentro de la corriente germánica que de la gala o de la romana, tampoco se puede negar.

No estaba, pues, tan descaminado el Vasari cuando llamó a este arte, arte gótico. Es, en el fondo, un arte de espíritu germánico.

.....

La primera impresión que un español obtiene al ascormarse a la cultura es que todo es francés; la segunda es que muy pocas cosas son originariamente francesas. Cierta que esto mismo ocurre con todos los países, desde la antigua Grecia hasta los Estados Unidos. La cultura francesa, como algo muy bien armonizado, tiene la ventaja de servir de nodriza a gentes de cierta mediocridad, como nuestros

ateneístas, los sociólogos hispano-americanos, etc., etc. Vale más que éstos sepan algo, aunque sea superficialmente, que no que no sepan nada.

.....

Con los franceses en grande me pasa como con los sevillanos en pequeño.

Un sevillano me decía:

—Aquí somos gente indolente, vivimos con la imaginación, no se trabaja mucho, pero hay ingenio y gracia.

Yo le contesté:

—Hombre, yo no veo eso como usted. Yo encuentro que los sevillanos son muy trabajadores, sobre todo teniendo en cuenta este clima cálido y enervante, me parece que es gente seria, honrada y de palabra, de quien se puede uno fiar a cierra ojos... Ahora gracia no, yo no les encuentro ninguna.

Lo mismo me pasa con los franceses, yo creo que es gente inteligente, fuerte, valiente, honrada. ¿Pero gracia? ¿Espiritualidad? ¿Simpatía? Yo no la encuentro más que en los demás países, quizá menos que en los hombres de la Europa excéntrica.

El tipo del centro de Europa es, indudablemente, fuerte, pero siempre un tanto pesado.

Fouillée en su libro sobre los pueblos europeos, en el que dice cosas bastante absurdas, cree, naturalmente, como buen francés, que

las características de sus compatriotas son el ingenio, la gracia, la simpatía, etc.

No es posible que nos pongamos todos de acuerdo acerca del sentido de estas palabras. Respecto al ingenio, suponiendo que se sobreentiende con esta palabra el ingenio fácil, yo creo que estas razas meridionales, incluyendo la española, han sido más ingeniosas que la francesa. Yo lo digo sin ningún entusiasmo, porque no creo que tenga gran valor el ingenio fácil.

El ibero de ingenio mediocre, dice el señor Fouillée, con una seguridad un poco cómica. Ni el señor Fouillée ni yo sabemos lo que era el ibero, ni si ha existido alguna vez, pero si con el ibero se quiere dar a entender el español de antes de la colonización griega y romana, no se puede decir que fuera de ingenio mediocre.

Por el contrario, inmediatamente que el español fué aleccionado por el romano y aprendió el latín lo que demostró enseguida fué ingenio: Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, son gentes principalmente de ingenio. Después, en la época cristiana, nuestros ortodoxos y nuestros heterodoxos son más que nada gentes de ingenio; Averroes y Raimundo Lulio, Vilanova y Miguel Servet, San Ignacio de Loyola y Santa Teresa son también principalmente ingeniosos.

Toda la casuística de los jesuitas españo-

les, toda la poesía, toda la novela y todo el teatro nuestros están hecho a base de ingenio. ¿Qué son Lope de Vega, Quevedo, Góngora sino el summum del ingenio? Lo que falta a la producción intelectual española no es ingenio, sino profundidad, simpatía, humanidad. Mientras no se trató más que de probar ingenio el español hizo un buen papel en la Europa culta; cuando ya no basto esto, sino que se necesitó precisión, técnica, organización científica, capacidad de abstracción, entonces fué cuando el español se desacreditó por completo. La edad de la oratoria, la edad de la retórica han pasado y el español no se ha dado cuenta. De aquí que para el mundo los españoles tengamos aire de fósiles, de viejas momias acartonadas.

Volviendo de nuevo al libro de Fouillée se ve que el francés, desde el momento que echa la mirada fuera de su país, no entiende nada; todo lo ve en francés. Este francesismo inconsciente le lleva a Fouillée a extremos graciosísimos; por ejemplo, a decir que en España la mayoría de la población es dolicocefala, cosa cierta, y que hay una pequeña cantidad de braquicéfalos entre... la aristocracia.

Si se analizara esta opinión se vería claramente que Fouillée supone que en España la aristocracia—es decir, lo mejor para un francés demócrata—es braquicéfala, porque los

franceses son braquicéfalos. Naturalmente, según él, la población superior de España debe ser algo parecido a lo que es la población de Francia. El francés tiene una miopía para todo lo que no sea Francia extraordinaria.

XIII

XENOFOBIA

PERO usted que es un hombre independiente, ¿cómo puede usted tener simpatía por la disciplina alemana?

—Yo no tengo ninguna, ni por la alemana ni por la francesa. En último término acepto como más posible la primera que la segunda, porque me parece más lógico que intenten conmigo la intimidación que la persuasión.

Si a un lado me ponen la obediencia y al otro la muerte, obedeceré, ¡claro es! Pero, ¡que me persuadan! No, no. Esto me parecería demasiado débil y demasiado vil. Que el Estado me diga: «Toma esta arma y vete adelante; si no, te matamos»; yo tomaré el arma y marcharé. Pero que el Estado me quiera convencer, que mi deber, mi honor, etc., es el de servirle; no, no. Hay gentes que han nacido para ser ladrillos de estas torres que se hacen, como la de Tamerlán, con cadáveres humanos; yo no tengo vocación de ladrillo.

Para mí el militarismo francés y el alemán son por el estilo. Yo siento por los dos el mismo asco; ahora el francés me parece aún más grotesco.

Respecto al militarismo alemán, al menos hay la esperanza de que cuando caiga el Imperio con sus Hohenzollern, desaparecerá de allí la peste militar; en cambio Francia ya se sabe que con Imperio, República o Monarquía, será siempre un país militarista y patriotero.

El otro día me contaba un señor, en Irún, que a un amigo suyo de Bayona, persona respetable, en el curso de una conversación sobre la guerra, dijo: «Y, al menos, si no perdiéramos más que la Alsacia y la Lorena...» Acababa de decir esto, cuando sintió la mano de un policía en el hombro y... ¡a la cárcel! Dos meses de prisión por hacer campaña derrotista. ¡Y esto a nombre de la libertad!

Todo el mundo tiene la posibilidad de ser eunuco, pero de ser eunuco por la fuerza a ser eunuco por afición, hay un abismo.

Esta guerra me ha producido a mí una verdadera xenofobia y un gran contento de ser de un país neutral.

Siento por franceses, alemanes e ingleses, cada vez menos simpatía y un deseo mayor de no enterarme de lo que hacen. Sobre todo estos agentes franceses y alemanes que andan por España catequizando a unos y a otros,

me son repulsivos. Comprendo que hacen una obra patriótica para su país, pero yo no quiero nada con espías, y menos con los que les secundan.

Tampoco quiero mezclarme en cuestiones extra-nacionales.

Me han propuesto dos veces ir a Alemania, una vez por *El Imparcial* y otra por el Gobierno alemán, pero no he aceptado; no iría a Francia tampoco en tiempo de guerra, ni atado. El escribir para adular a los Gobiernos y al Ejército no está en mi temperamento.

Además, se encuentra uno hartado de leer necedades. Hace pocos días, rompiendo mi plan de no enterarme de la guerra, leí con un fin de negocio editorial, un libro de ese pobre hombre tan vulgar, Marcel Prevost, titulado: *D'un poste de commandement* y me pareció de una ridiculez tan completa que voy a seguir con mi método de ir quemando todos los folletos y libros que me envíen sobre la guerra sin leerlos.

Al principio leí algunos escritos y me dió la impresión de que el momento actual es un momento de estupidez en el mundo, sin precedente. Cuando se dijo que Melquiades Alvarez y Vázquez Mella habían apostado una cena a quien ganaba la guerra, me pareció una chabacanería digna de políticos españoles, ahora nada me parece tan necio como la misma guerra.

Algunos periódicos dicen estúpidamente que Francia está pagando con su heroísmo las locuras pasadas. Las locuras, sin duda, son haber echado los frailes y haber implantado el divorcio.

Para mí la locura es ésta. Yo creo que franceses y alemanes luchan actualmente por rutina y aun por cobardía, al menos por cobardía moral, yo creo que están dominados por una organización terrorista y que no son capaces de oponerse a ella.

XIV

LOS ESPAÑOLES DE AMÉRICA

UNOS españoles de la Argentina, los señores Corchon, Rodero y Bernáldez, me envían una carta y un artículo de un periódico, *La Crítica*. Estos señores me dicen que yo he servido de motivo para que un periódico argentino hable mal de España y que debo, por lo tanto, defender la obra de España en América.

Pocos días después me envían dos artículos más del mismo periódico y una caricatura mía.

Los artículos de *La Crítica* son una cosa grosera y soez, una serie de insultos contra mí y contra los españoles. Dicen que yo soy *gayego* y no vasco, que he sido mozo de tahona; que hablo mal de la Argentina, porque cuando estuve en Buenos Aires pedí un destino en una casa de comercio y no me lo dieron, que he vivido de *maquereau* en París y cosas igualmente exactas.

Lo que dice el periódico en contra de los es-

pañoles es por el estilo de necio, pero más banal. Yo no voy a contestar al periódico *La Crítica* porque no vale la pena. Los que me conocen ya saben como soy, los que no me conocen es lo mismo que piensen lo que quieran, los que saben que yo no he pasado el Atlántico no van a creer que porque no me dieron un empleo en Buenos Aires he hablado con rudeza de los americanos.

Como digo, no voy a contestar a *La Crítica*; pero sí a la pretensión de estos españoles que quieren que yo haga un ejercicio retórico cantando la obra de España en América. Para estos españoles de América que se las echan de patriotas, España no tiene más valor que un telón que les sirve para destacarse y para vender los géneros en su tienda.

Nosotros, los que vivimos en la península, no debemos intentar mejorar nuestra situación denunciando los males e intentando hacerlos desaparecer.

Si hay miseria, si hay emigración, si hay ignorancia, si hay caciquismo e injusticia, debemos callarlo, para que los españoles que viven en América puedan tener crédito y vender el bacalao, las latas de pimientos o el tabaco, en sus tiendas, con toda felicidad.

Es verdaderamente notable la pretensión de esos españoles que se van de su país porque les conviene (y están en su derecho, nadie lo niega), de creerse más patriotas que los

que quedamos aquí y que tenemos que padecer los males de la patria y reaccionar contra ellos.

Para esos españoles de América el español debe ser un canario que se dedique a lanzar trinos al aire, aunque sea sobre ruinas y sobre páramos.

No; nos importa muy poco la opinión que se tenga en América de España. Lo que queremos es que España mejore, que se robustezca, que llegue a ser una nación seria e inteligente, que realice la justicia en el mayor grado posible, que tenga una cultura vasta, original y múltiple.

Si nuestra bandera no les sirve a los comerciantes españoles de América para vender tachuelas o latas de conservas, que las vendan con cualquier otra.

—¡Ah! ¿Y el dinero que viene de allí?

—Yo no creo en el dinero, sino en la inteligencia y en la fuerza.

Los españoles hemos notado que mientras hemos vivido con la carga de América, hemos ido de mal en peor. Al soltarla es cuando ha comenzado a normalizarse la vida en España. Tarde o temprano el pequeño lazo que nos une con América, se ha de romper. Cuanto más pronto se rompa, mejor.

.....

En un libro titulado *Cinq-Mars*, de Alfredo

de Vigny, poeta que me parece bastante cómico, hay un capítulo titulado «La tempestad», que transcurre en los Pirineos, entre contrabandistas vascos. Estos contrabandistas cantan:

«Ai, ai, ai. ¡Jaleo! ¡Jaleo! ¡Jeunes filles, jeunes filles! ¿Qui veut m'acheter du fil noir?»

Y luego el autor, para demostrar sus grandes conocimientos vasco-pirenáicos-contrabandistas, pone una nota a «jaleo» así: «*Jaleo: Exclamation et jurement habituel et intraduisible.*»

Algunos americanos, a quienes ha parecido mal lo que he dicho de ellos en *Juventud Egotría*, me contestan como invitándome a una polémica.

Yo ya he dicho que no creo en las polémicas. Tampoco creo que lo que he dicho acerca de los americanos sea estrictamente justo, no. Los hombres son iguales en todas partes, en Europa, en América y Oceanía. Lo que a mí me irrita de los hispano-americanos es lo mal que legitiman su modernidad. No son capaces de crear una Universidad especializada, ni de tener grandes industriales, grandes inventores o grandes ingenieros, ni de lanzar una utopía al mundo, son negociantes en pequeño, y cuando quieren hacer algo espiritual, hacen versos o escriben una Sociología

traducida del francés. Están a la altura de lo peor que hay entre nosotros: del señorito.

Los escritores americanos ven que España se les va, se les escapa, que irá haciéndose cada vez más europea, más desligada de América.

La época de la *fioritura* de los Castelar, de los Labra, pasó a la historia; pronto pasará la época de los Salvador Rueda, de los Cavestany, de los López Muñoz...

Los loros y las cotorras no se verán, dentro de poco, más que en los jardines zoológicos. Y entonces se acabó, España se irá haciendo un país áspero, serio, industrial y minero, y todos los poetas americanos que vengan aquí, tendrán que quedarse con sus versos en el estómago.

Ai, ai, ai. ¡Jaleo! ¡Jaleo!, esto es lo que sienten los americanos, que se vaya. Discursos, comisiones, banquetes, kilómetros de percalina...

Ai, ai, ai. ¡Jaleo! ¡Jaleo! Odas a la Argentina, saluciones a Chile, Fiestas de la Raza, elogios a Colón y a su señora madre...

Ai, ai, ai. ¡Jaleo! ¡Jaleo! Castelar, Labra, Salvador Rueda, Cavestany, Zamacois, Villaespesa....

Nosotros, no sé si muchos, pero al menos algunos, que creemos tener una idea aproximada de lo que es España ante la cultura universal y de lo que podía haber sido, quisiéramos

mos hacer la experiencia de la raza libre de dos factores que han sido su ruina: el catolicismo y América.

A estos americanillos les asombra y les molesta que en España pueda haber gentes de pensamiento audaz, capaces de sobrepasar sus ideales. Ellos creen que con la República y la Democracia, y cuatro o cinco cantatas latino-ciudadanas, con las que nos están aburriendo desde hace muchos años, han llegado al término de todas las posibilidades. Y en esto se engañan. Nosotros, los españoles, podemos ser ignorantes y viejos, pero muchos estamos dispuestos a dar un salto hacia el porvenir con todas nuestras fuerzas.

Si pudiéramos haríamos toda clase de experiencias, desde la dictadura a la anarquía, y desterraríamos para siempre ese Ai, ai, ai, ¡jaleo! ¡jaleo!, que en tiempo de Cinq-Mars, según Alfredo de Vigny, era exclusivo de los contrabandistas vascos y hoy es tan del gusto de los americanos.

XV

DE PINTURA

JUAN Echevarría, el pintor bilbaíno, se ha puesto a hacer un retrato mío en un cuarto de la redacción de *España*.

Sentado en un sillón, sobre una tarima, me paso las horas muertas charlando. Según dice Echevarría, con la charla cambio demasiado de expresión, y mis cejas suben y bajan y no hay manera de inmovilizarlas.

Solemos tener muchas discusiones, sobre todo, y en particular, sobre pintura.

Lo mismo Echevarría, que Bagaria, que Juan de la Encina, tienen la tendencia de afirmar que no hay en la pintura más que un elemento sensorial y que hay que prescindir en ella de todo lo intelectual. Sorolla es también de los que creen que el que pinta un pimiento bien, es un pintor. Yo no lo creo. No creo que pintar un pimiento bien sea como pintar una cabeza bien; como decir en el teatro: «¡Buenas noches!» bien, no es lo mismo que

representar *La vida es sueño* bien. Yo no sé si la pintura tiene que tener necesariamente una intención histórica o anecdótica, supongo que no; pero tampoco se puede afirmar que la pintura que tenga esas intenciones, sea por necesidad mala.

Indudablemente, un cuadro no gana nada porque sus personajes sean los Apóstoles, Moisés, Jesucristo, Buda o Napoleón. Como cuadro lo mismo da que la escena pase entre dioses que entre carboneros. Cierto.

Esto no impide para que la concepción de una obra pictórica tenga valor, ¡y un gran valor!; lo que pasa es que este valor no es idéntico al valor del mismo asunto en literatura o en historia.

Concebir un asunto como cosa pictórica tiene que ser difícil porque se ve que la mayoría de los pintores actuales no sólo no dominan su arte, sino que conciben defectuosamente.

Para exculpase, nuestros pintores dicen que la pintura con asunto es una cosa anecdótica y que la pintura de historia tiene mucho de guardarropía.

Claro que se han hecho horrores en esta clase de pintura que se podía llamar intelectual, pero otros y no menos grandes absurdos se hacen en la pintura sensualista.

La palabra anecdótico no significa nada. Anecdóticos serían los frescos de Rafael y los

cuadros del Tintoreto; el «Entierro del conde de Orgaz», del Greco; la «Carga de los Mamelucos» y el «Fusilamiento de la Moncloa», de Goya.

Un tipo de cuadro nada anecdótico sería «El buey desollado», de Rembrandt, que está en el Museo del Louvre; pero si toda la pintura fuera así, yo, al menos, no iría a verla jamás.

La mayoría de los pintores actuales quieren huir de la literatura y de la poesía, pero, en general, no tienen necesidad de huir, son la poesía y la literatura las que huyen de ellos.

Nuestros neo-impresionistas tienen una estética bastante confusa; en los colores lo principal es la física, los complementarios, la armonía, etc., etc.; en cambio en la perspectiva ya la física no es trascendental y se ve un bodegón en donde la botella está torcida y la taza no guarda el equilibrio, y dicen: «Eso no importa.»

Para unas cosas la naturaleza y la física son respetabilísimas, para otras no tienen importancia.

Yo supongo que el valor de un cuadro debe ser múltiple, porque si dependiera sólo de una armonía de color, su mérito sería pasajero, una ligera combinación química de los rojos o de los azules acabaría con él. Y no cabe duda que hay cuadros que se defienden de las ligeras combinaciones químicas.

Ni aun siquiera la exactitud debe ser esencial. En estos últimos tiempos del impresionismo se hablaba de que un cuadro debía dar la sensación de la hora exacta en que ocurría; sin embargo, se ve que esto no debe ser lo más importante puesto que hay cuadros realistas, como la célebre «Ronda de noche», de Rembrandt, en que unos aseguran que es de noche y otros que es de día, y todos lo consideran como una gran obra.

LIBRO SEGUNDO

UNA EXCURSIÓN
ELECTORAL

I

VILADRICH

MIGUEL Viladrich es un pintor a quien conocí hace años, en tiempo en que se celebraba una exposición de pinturas.

Viladrich presentó un cuadro bastante extraño, que se titulaba «Mis funerales», y que tenía algo de tabla de primitivo y algo de broma actual y macabra. Por entonces, Viladrich era un joven menudito, afeitado y con una gran melena rubia.

En la calle producía la expectación del público.

Perdimos de vista a Viladrich, oímos algún tiempo después rumores de que el pintor catalán había hecho grandes extravagancias en París, y al cabo de siete u ocho años le hemos visto de nuevo en la redacción de *España* en compañía del escultor Julio Antonio.

El Viladrich de hoy es un nuevo Viladrich, lleva el pelo al rape, viste en buen burgués y usa corbata blanca.

Al pintor se le podría deducir una canción que cantaban los ciegos en Madrid cuando yo era estudiante del bachillerato:

Este no es mi Juan
que me lo han cambiao
aquel tenía pelo
y éste está pelao.

El nuevo Viladrich tiene también un lenguaje nuevo, nos habla de su vida retirada en Fraga, de cómo vive en un castillo antiguo que le ha cedido el pueblo y nos expresa sus entusiasmos de campesino y de regenerador.

Viladrich aparece con frecuencia en la redacción, habla, discute y Bagaria le hace una caricatura.

Comienza el período electoral, y se empieza a hablar en la redacción de elecciones. Núñez Arenas, que toma estas cuestiones con calor, lleva el alza y la baja de los candidatos, hace que proclamen candidato a Araquistain por Eibar y me dice a mí medio en serio, medio en broma, que debía encontrar un distrito donde presentarme.

—¿Le gustaría a usted?—me pregunta García Bilbao.

—A mí sí. Ahora he cobrado la segunda mitad de lo que me ha pagado la casa Calleja por las *Páginas escogidas*, es decir, 2.500 pesetas, y puedo cobrar otras 2.500 de otras casas editoriales. No tengo inconveniente en

emplear estas cinco mil pesetas en salir derrotado.

—Ah, pero, ¿usted quiere presentarse diputado?—me pregunta Viladrich al enterarse de esta conversación.

—Sí, ¿por qué no?

—Pues presentese usted por Fraga.

—No me aceptarán como candidato.

—Sí, hombre, con los brazos abiertos. Basta que se lo indique yo.

—Bueno. Entonces usted escriba allá a sus amigos, y si hay algún elemento que quiera presentarme a mí yo voy.

—¡Qué escribir! Pondremos ahora mismo un telegrama.

—Sí, sí—dicen en la redacción—, eso hay que llevarlo a la carrera, porque si no no hay tiempo.

Se redacta el telegrama y se envía. En la redacción de *España* hay mucha gente y se habla y se discute de política.

Bagaria dice que en cuanto llegue a Fraga debo prometer a mis electores que en el Congreso pediré inmediatamente que se sustituya el caramelo vulgar, anodino, insípido, por el riquísimo higo de Fraga; y pregunta a Viladrich si la célebre maza de este pueblo sirve para aplastar los higos.

Me marcho de la redacción porque es mi hora y alguien grita con voz de mitin: ¡Viva el diputado por Fraga! ¡Viva!—repite otro.

A los cuatro o cinco días se presenta Viladrich con una carta de uno de sus amigos de Fraga en la que no dice gran cosa. Yo creo que no está legitimado el que me presente candidato, y que no encontraré diputados a Cortes o diputados provinciales del distrito que me den a mí poderes.

Viladrich afirma que sí.

—Hoy mismo voy a verle a Miguel Moya—dice—. Si Moya le da poderes a usted, ¿usted se presenta?

—Sí; pero no los dará.

—Bueno. Yo voy a verle esta noche. Mañana por la mañana iré a casa de usted y le diré lo que haya ocurrido.

Al día siguiente Viladrich se presenta en mi casa.

—Moya ha rehusado finamente, pero ha rehusado—me dice Viladrich.

—Es natural—le digo yo—, Moya es un señor de los más adaptados a este ambiente político de componendas. No le puede hacer gracia un tipo como yo, que tengo fama de estridente y de agresivo. El es un hombre de justo medio, que se cree que tiene mucha fuerza, y la tiene de verdad, pero yo no le he pedido nunca nada ni pienso pedirle.

Nos despedimos Viladrich y yo.

—¿Así que renunciamos al proyecto?—me pregunta él.

—Renunciamos—le digo yo.

Viladrich se marcha a Fraga y yo me quedo en Madrid.

Al día siguiente por la tarde, después de comer, voy a dar un vistazo por una librería de viejo de la calle de Atocha, y a la vuelta entro en la redacción de *España*. En la redacción está mi hermano Ricardo con un telegrama de Viladrich. El telegrama dice que hay buenas impresiones acerca de mi candidatura, que vaya a una conferencia telefónica a las cinco y veinte y que prepare el viaje para Zaragoza.

Como uno no sabe nada de esto y cree que puede delegar en otro para que le represente como candidato en la proclamación, vamos García Bilbao, Juan de la Encina y yo, a casa de un notario de la calle de Cedaceros, pero el pasante nos dice que para hacer un poder es necesario, por lo menos, un día.

Salgo de casa del notario, tomo un coche, voy a casa, cojo un maletín y me dispongo a salir.

—¡Qué tontería!—me dice mi madre—. Parece mentira que hagas un viaje por una tontería así.

—¡Pse! Nos dejaremos llevar por la suerte.

A mi madre no le hace ninguna gracia el proyecto. Más bien creo que le asusta lo posibilidad del éxito que la derrota.

Tomo un coche y voy a Teléfonos.

La conferencia se retrasa. Dan las cinco y

media, las seis menos cuarto. Si tarda mucho ya no tengo tiempo de tomar el tren que sale a las seis y media.

Por fin habla Viladrich. Dice que se ha visto con personas, en Zaragoza, que le indican que me debía presentar, y como no hay tiempo de mandar poderes, lo mejor es que vaya yo.

—Bueno, ahora voy—le digo.

Salgo de Teléfonos, tomo el coche y a la estación del Mediodía.

El tren está lleno; en un departamento encuentro al pintor López Mezquita. Le saludo y le digo:

—¿No habrá un asiento vacío?

—Sí, el mío. Yo me quedo aquí.

—¡Hombre! Muchas gracias.

Mezquita me presenta a dos señoras, una casada y otra soltera, que van a Barcelona. Estas señoras son muy amables y muy inteligentes y hablamos de arte, de literatura, de la vida. El viaje me resulta rapidísimo.

Llego a Zaragoza, bajo en la estación y veo a Viladrich con dos amigos suyos, los dos escritores zaragozanos: el uno Felipe Alaiz, el otro Rafael Sánchez Ventura.

Tomamos el coche del Hotel Palace y vamos charlando. Son las tres de la mañana.

—Tenemos que salir a las siete—dice Viladrich—. ¿Qué le parece a usted mejor, acostarse o quedarse en pie?

—Hombre, yo creo que es mejor acostarse. Aunque no se duerma uno, por lo menos estará uno caliente.

—Bueno, pues, entonces a las siete estamos aquí.

Nos despedimos y yo subo a mi cuarto.

II

EL DÍA SIGUIENTE

SUBO las escaleras del hotel, precedido de un mozo, y con un viajante de comercio. Me meto en el cuarto. A pesar de que hay un radiador de calefacción, el cuarto está helado.

Como siempre se olvida uno de algo, esta vez me he olvidado del jabón.

—¿No hay jabón?—le pregunto al mozo.

—No; jabón, no.

—¿No podrían buscarlo?

—No, no lo hay.

El mozo parece decirme: Pida usted la vida de alguien, pero no pida usted un imposible.

Casi en ninguno de los hoteles españoles suele haber jabón. No parece sino que es una de las cosas más raras que se le puede ocurrir pedir a un viajero.

Me meto en la cama y oigo al poco tiempo las campanadas de un reloj, creo que del Ayuntamiento.

—Esto me va a despertar—pienso.

Yo, desde hace tiempo, tengo la costumbre, cuando salgo de casa y voy a algún hotel, de taparme los oídos con algodón, porque si no, entre los timbres, las campanas, los pasos y las conversaciones, no hay manera de dormir.

Encuentro un poco de algodón en un tubo de aspirina, lo saco, y me lo pongo en los oídos. Precaución inútil. El comisionista, que ha entrado en el cuarto de al lado, parece que tiene la misión de despertar a la gente: da portazos, gargajea.

—¿Cuándo se cansará este animal de meter ruido?—pienso yo.

El comisionista no se cansa. Y se pone a pasearse por el suelo de mármol, dando tacnazos.

—¿Qué demonio hará este tío a las cuatro de la mañana?

Y sigue tac tac... tac tac. Estoy por insultarle. Al poco tiempo, bum... bum..., la campana del reloj.

Me levanto, son las cinco en la gran esfera del reloj de enfrente. Me visto, y escribo algunas cartas.

Cuando bajo al portal del hotel están Viladrich y sus amigos.

—¡Bueno, vamos a la estación!

Viladrich está pintoresco con vendas de turista en las pantorrillas y una gran capa antigua con broches de plata.

Desayunamos en el restaurante de la esta-

ción y tomamos el tren, que viene con retraso.

Vamos en el tren charlando de pintura, de literatura, de todo menos de política. Miro alguna que otra vez por la ventanilla. El campo me parece árido y monótono.

—La verdad es que presentar por un pueblo de Aragón a un hombre que ha hablado mal de la jota y de Costa, es una verdadera fantasía—dice Alaiz.

—Sí creo que estamos en plena fantasía—le contesto yo.

Llegamos a Huesca y tomamos por una calle ancha, en cuesta, que va a dar a una plaza de abastos. A un lado, cerca de una iglesia románica restaurada, está la fonda que se llama Petit Fornos. ¡Qué nombres más ridículos encuentra esta gente para sus cosas!

En el Petit Fornos nos metemos en un cuarto en que entra el sol y luego vamos al comedor. Es una fonda española clásica, que está bien, donde la gente se saluda de una mesa a otra con familiaridad y en donde hay unos curas altos y grandes, que dicen que son canónigos de la catedral, que después de comer fuman y beben una copa de cognac.

Uno de ellos, que me ve a mí con boína, al pasar me saluda. Debe pensar: Este es de los míos.

Por la tarde Viladrich, Alaiz y Sánchez Ven-

tura comienzan sus gestiones. Ninguna sale bien. Nadie quiere apadrinar a un forastero, desconocido; cosa muy natural.

Vamos a casa del señor Bescós (Silvio Kosti), que me reprocha un poco melodramáticamente el haber atacado a Costa, y allí conozco a un joven periodista de Huesca, Salvador Goñi, muchacho muy simpático y de un espíritu entusiasta.

Prosiguen las idas y venidas de los amigos, cenamos en el Petit Fornos y después de cenar vamos a un bar, de aire modernista, que hay debajo de unos soportales.

—Amigo Viladrich—le digo yo—. Esto no marcha. No conseguimos que me proclamen candidato, y lo mejor, indudablemente, es dejarlo.

Estamos en el café viendo unas fotografías de monumentos del Alto Aragón, en donde hay cosas admirables; ya dispuestos a marcharnos a la cama, cuando aparece un amigo mío de San Sebastián, Bustinduy.

—Ya sé que te presentas candidato por Fraga—me dice.

—Lo voy a dejar—le contesto—. No se va a lograr que me proclamen candidato.

—Yo tengo poderes de dos exdiputados provinciales que pueden servirte. Con que se encuentre uno más, ya basta.

—Ese más no se va a encontrar.

—Mira, vete a la redacción de *El Porvenir*.

Allí estaremos nosotros y ya encontraremos otro exdiputado.

Le digo a Viladrich lo que pasa, y nuevo brote de entusiasmo de mi amigo.

Vamos a la redacción de *El Porvenir*. Es la una de la noche.

Llego a la redacción, se habla de quién podría darme poderes y se queda de acuerdo en que el único que podría hacer esto sería un señor Alvarez.

—¡Vamos a verle!—me dice el director, Pérez Barón, un joven simpático.

—¿Ahora?—le digo yo.

—Sí.

—Ese señor nos va a desear la muerte instantánea.

—¡Ah! Seguramente.

Marchamos por el Coso y cortando a la derecha, nos detenemos en una plaza que continúa luego por una calle hacia la catedral.

Pérez Barón da en la puerta de una casa unos aldabonazos, dignos del Comendador del Tenorio, y charlamos.

—Ahí, en esa casa de enfrente—me dice—, hay un cura que le lee a usted.

—¿A mí? ¡Qué extraño! ¿Y le gusta lo que yo hago?

—Parece que sí, aunque supongo que no estará muy conforme con sus ideas.

¡Pam!... ¡Pam!... ¡Pam!... Nuevos aldabonazos terribles.

Otro rato de charla entre el director y yo acerca de literatura, acerca de periodismo...

¡Pam!... ¡Pam!... ¡Pam!...

Ahora el director me habla de Vera, del Bidasoa, en donde ha estado por fiestas, y se ríe recordando que la gente de allí baila en todas partes: sobre la hierba, sobre los cantos y sobre todo.

Por fin sale una criada al balcón y luego el señor Alvarez.

—Despertarle a usted a esta hora es para matarnos—dice el director de *El Porvenir*.

—Sí, es verdad—replica el señor Alvarez, sin ningún acento de cólera.

El señor Alvarez habla claro: dice que está comprometido con uno de los candidatos y que no puede patrocinar a otro.

Salimos de su casa y yo me voy a la cama.

Momento trágico. ¿Qué pasará aquí?, me pregunto. ¿Habrá campanas? ¿Gritará el sereno? ¿Habrá algún vecino loco que recite versos?

Me meto en la cama y noto que el obstáculo es la mesilla de noche, que huele que apesta. El ácido úrico de veinte generaciones de canónigos se ha corrompido allí. Cojo la mesilla de noche y la quito de la cabecera de la cama y me duermo.

EL DOMINGO

POR la mañana oigo que dan golpes a la puerta. No hago caso, pero vuelven a repetir los golpes y tengo que levantarme y abrir. Es Salvador Goñi.

—¿Va usted a ir a la Audiencia a la proclamación de candidatos?—me pregunta Goñi.

—No. ¿Para qué?

—¿Irás Alaiz?

—No sé.

—Voy a verle.

—Bueno, yo me vuelvo a la cama.

A las once me levanto y me acerco a la Audiencia, que se encuentra en la plaza de la catedral. Está Alaiz en un grupo charlando, me reuno a él, damos unos paseos por la plaza y al poco tiempo baja Sánchez Ventura.

—Ha estado Viladrich a punto de reñir con uno en la sala. Ahora está discutiendo con Medina, uno de los candidatos por Fraga.

Quiere convencerle de que debe retirarse y dejarle a usted el puesto.

—Y Medina, naturalmente, no se vencerá.

—¡Cá!

—¿Vamos a verle?—dice Alaiz.

—Vamos.

Subimos al piso principal y entramos en un salón en donde todo el mundo está con el sombrero puesto.

Sigue la discusión Viladrich-Medina. Medina protesta.

—No hay tiempo—dice—, si no yo mismo hubiera sido el patrocinador de la candidatura de Baroja, pero ahora no, no, no puede ser.

Medina se acerca a mí y me dice que me llevan para hacer el juego a los reaccionarios. Yo le digo que no, que es una ocurrencia de Viladrich, pero que no hay reaccionarios de por medio.

Salimos del salón y bajamos al portal de la Audiencia. Se me acerca el presidente del censo de Tamarite y me pregunta si yo soy Pío Baroja y qué planes son los míos.

Yo le digo que Viladrich y sus amigos pretenden que yo he de tener votos en Fraga, que yo no lo puedo saber y que me enteraré.

—Nosotros, los republicanos, no le podemos votar a usted, al menos sin consultar a Madrid.

—Ah. Claro. Aquí Viladrich dice que le

convencerá a Medina que se retire. Si se retira me presentaré yo, y sino no me presentaré.

—Ah, pues tenga usted la seguridad de que no se retirará.

—Lo creo. No es cosa que me preocupe.

—¡Si hubiera sido antes!—dice el republicano—, porque este Medina nos va a poner en ridículo.

Vuelve el presidente del censo a la sala.

—Ya que estamos aquí vamos a ver la catedral—digo yo.

Entramos, vemos el magnífico retablo de Forment y en esto aparece Viladrich y nos lleva detrás del facistol del coro.

—He roto con Medina—dice—. Es un pobre hombre. Le he indicado que aunque él no se retire se presentará usted. Me han dicho que ha venido un maestro de escuela de un pueblo de los Monegros, un tal Borruei, y que si éste recomienda su candidatura ya se tendrá la partida ganada.

Salimos de detrás del facistol como conspiradores de ópera y vamos al «Petit Fornos» a comer.

De aquí al bar modernista, en donde uno nos cuenta los discursos que ha echado Medina en la Audiencia sobre su participación en la revolución de Portugal.

Salimos del bar y vamos a la casa de *El Porvenir* y entramos en una sala como de es-

pectáculos con unos letreros: *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea*.

En medio del cuarto hay una cama baja y grande, y en la cama el señor Borruel. El señor Borruel me parece un hombre basto, un tipo pedante que se las quiere echar cómicamente de personaje. Viladrich le dice lo que se desea de él, y él contesta de una manera ambigua, diciendo que escribirá unas cartas, recomendando a sus amigos, pero que no las escribirá de su puño y letra y que las dará al caer de la tarde.

Se me figuran demasiados misterios para tan poca cosa.

El señor Borruel me ha parecido ese tipo que se dá entre los socialistas, gente de cabeza estrecha e inflados de vanidad. Por lo que me dicen es un maestro de escuela que quiere imitar a Marcelino Domingo. De *El Porvenir* vamos a un café grande, en donde Viladrich se dedica febrilmente a escribir cartas y a lanzar telegramas. El amo del café, un letrouxista, está muy amable y no quiere cobrarnos nada.

En esto se presenta Medina con dos amigos, va rojo, inyectado. Se viene hacia mí, me da la mano y entabla de nuevo un diálogo violento con Viladrich. Yo no sé qué hacer, porque, la verdad, sea un Sócrates o no lo sea, este Medina ha trabajado su distrito y tiene algún derecho a él y yo no tengo ninguno.

—Tenga usted cuidado—me dice de nuevo—, le quieren hacer a usted cómplice de maniobras reaccionarias.

Viladrich y Medina se enzarzan en un diálogo vivo, en el cual Viladrich lleva la nota pintoresca y zumbona y Medina la melodramática.

Medina pone en duda mi republicanismo y Viladrich afirma radicalmente que yo soy el único republicano de España, cosa que nos hace reír a carcajadas.

A esto el buen Medina contesta con un aluvión de palabras y concluye diciendo:

—Nada me importa. Yo estoy empleado en mi república.

—¿Qué quiere decir con esto?—pregunto yo.

—Que es empleado de la república de Portugal.

Se va Medina, y Viladrich y los demás discutimos el plan que tenemos que seguir. Alaiz, Goñi y yo iremos por los Monegros a parar a Fraga y llevaremos las cartas del señor Borrue!; Viladrich y Sánchez Ventura irán directamente a Fraga y hablarán con la gente influyente de allí.

Queda la cosa decidida y salimos del café.

—Yo voy a ver a Borrue!—me dice Viladrich—. Usted vaya a visitar al gobernador y a pedirle permiso para dar reuniones y mitins en los pueblos.

—Bueno.

Vamos al Gobierno civil Alaiz, Sánchez Ventura y yo; entramos en un viejo caserón y preguntamos a un criado por el gobernador. Al poco rato nos dicen:

—Pasen ustedes.

Pasamos.

El gobernador está de pie, detrás de una mesa, con cierto aire que quiere ser solemne.

Yo le digo, quizás de una manera un poco insustancial, lo que pretendo.

El gobernador lo toma en un tono enfático.

—¿Cómo le voy a dar un permiso—me dice—, si no sé en qué lugares, en qué pueblos, a qué hora quiere usted celebrar sus reuniones? ¿Cómo voy?... etc., etc.

Yo, que no he pensado en nada de esto y que no he hecho más que dejarme llevar por lo que me ha indicado Viladrich, pregunto:

—¿Pero los demás candidatos no han pedido este permiso?

—No, señor.

—Entonces, nada. Perdone usted.

—Porque, ¿cómo se va a dar un permiso si no se sabe en qué condiciones?...

—Sí, lo comprendo. Perdone usted—y me despido y salgo.

—No nos ha recibido muy bien—me dice Alaiz.

—No.

—No le conoce a usted como escritor.

—¡Ah! ¡Claro!

Al salir del Gobierno civil contemplamos la estatua de Camo, el cacique de Huesca, hecha por Julio Antonio, y Alaiz cuenta algunas cosas chuscas de la estatua mientras estaba en el taller del escultor.

IV

DE HUESCA A SARIÑENA

Nos reunimos con Viladrich, que ha recogido las cartas de Borruei; cenamos, vamos al café y del café a la estación. Tenemos que ir Alaiz, Goñi, Ventura, Viladrich y yo juntos hasta Sariñena.

El tren, que es de mercancías, tiene sólo un vagón de viajeros, con un pequeño compartimiento de primera, otro de segunda y otro de tercera.

Como Medina y dos amigos suyos han entrado en el compartimiento de primera, nosotros pasamos al de segunda, ya que hemos roto nuestras relaciones con mi rival.

De los ventanillos de cristales que suele haber entre compartimiento y compartimiento, miramos al próximo y le vemos a Medina en un rincón con un aire muy fosco.

El tren echa a andar.

Vamos charlando, cuando la luz del vagón se nos apaga.

Viladrich al llegar a una estación grita que no tenemos luz, y un empleado nos trae una linterna de las que usan los vigilantes de las vías.

Ponemos la linterna en el banco, y alguien dice:

—¡Parece una linterna mágica!

—Saben ustedes lo que debíamos hacer—añado yo.

—¿Qué?

—Poner un papel en la linterna que dijera: «¡Medina, no serás diputado!», y proyectar el letrero por una de estas ventanillas al departamento próximo. Será una especie de Mane, Thecel, Phares para mi rival.

La idea parece divertida, pero no se puede realizar por completo.

Viladrich se contenta con poner el papel con el letrero sobre el cristal de la linterna y asomarla por el ventanillo, golpeando el tabique; pero el ciudadano Medina, que está enfrente, no oye, ni ve; duerme como un bendito.

Llegamos a la estación de Tardienta, donde hay cambio de tren. Allá está otra vez Medina, un poco molesto con nuestra presencia.

—¿No podrían hacernos chocolate?—le digo yo al del mostrador.

—No es hora de hacer chocolate—me contesta, de una manera dogmática.

—Bueno. ¿Se podrá tomar unos bollos y un poco de vino? ¿O tampoco es hora?

—Sí, eso se puede tomar.

Tomamos los bollos y como estamos en guerra no le ofrecemos ni a Medina ni a sus acompañantes.

Después de un rato nos dicen que van a cerrar la fonda.

—Vayan ustedes a la sala de espera.

—Nos vamos a helar.

—No, no; hay una estufa.

Salimos al andén, en donde hace mucho frío, y entramos en una cuadra oscura, malamente iluminada por una lámpara mortecina. Tiene aquello un aire de aguafuerte un poco siniestro. Hace frío; lo que no es obstáculo para que se sienta un tufo de carbón de piedra, asfixiante. Hay gente en los bancos: unos sentados, otros tendidos, pero no se les ve bien. En medio hay un banco y en él tres o cuatro hombres, uno de ellos con un pan en la mano.

Este hombre del pan charla por los codos. Es madrileño, tipógrafo, y tiene esa voz de canario flauta que suele oirse con frecuencia entre la gente pobre de Madrid, una voz de caña, en que las palabras salen recortadas como en un troquel, con todas las letras claramente pronunciadas.

El madrileño cuenta su vida con una mezcla de candor y de petulancia: dice dónde ha trabajado y lo que sabe hacer. Muestra un documento, que leen unos cuantos campesinos de manta que le escuchan.

—Si ustedes supieran lo que es una lino-
tipia...

El madrileño, después de hablar por los co-
dos y mostrar su superioridad, se pone a can-
tar la canción del día.

«Tadeo como es muy chulo
se lava con Carabaña
y se riza los bigotes
con un palillo de caña.»

Y repite el estribillo:

«Tadeo, Tadeo,
no te quites el bigote
que estás feo.»

Un muchacho que está tendido en un ban-
co lejano, se pone a vomitar en un rincón.

—¡Mala colambre!—dice uno.

El madrileño se arranca a cantar cosas
tristes:

«Cuando yo estaba en prisiones...»

Después de tantas pruebas de madrileñis-
mo y de superioridad, el tipógrafo se tiende
en el banco, pone el pan debajo de la cabeza
greñuda, y comienza a roncar.

Llega el tren, lo tomamos, y al poco rato
bajamos en la estación de Sariñena Alaiz,
Goñi y yo. Viladrich y Ventura siguen ade-
lante.

La estación está a tres o cuatro kilómetros

del pueblo. No hay nadie y echamos a andar a la luz de las estrellas.

El tren que hemos dejado parece un topo luminoso a lo lejos, al pasar por entre unos bosquecillos.

Charlando de política y de literatura marchamos por la carretera.

Este campo tiene un aire español castizo; algunos gallos cantan a lo lejos. Recuerdo aquel romance del conde Claros:

«Media noche era por filo;
los gallos querían cantar,
conde Claros por amores
no podía reposar.»

Antes de llegar a Sariñena vemos a un aldeano y Alaiz le pregunta dónde está la posada. Nos muestra, a mano derecha, un caserón grande y amarillo. Entramos, llamamos y yo doy unas palmadas. Sale un hombre del fondo de una escalera que baja a la cuadra, con un pañuelo en la cabeza y aire de pocos amigos, y llama a la moza. Sale también el amo de la casa, un hombre rechoncho y bajito, en camiseta y con los pantalones desabrochados.

La moza, que se ha levantado, viene a hacer nuestras camas.

Entro en el cuarto que me han destinado. Goñi me acaba de contar que cuando estuvo en la cárcel de Huesca, por un proceso de imprenta, los primeros días lo que menos

podía soportar era el mal olor de los colchones.

Con esta idea miro el colchón de mi cama y lo veo negro. Las sábanas están limpias, y me meto en la cama, pero al moverme en ella el colchón echa un olor infecto.

No sé qué hacer; por un lado en el cuarto hace un frío terrible, por otro la cama huele mal. No puedo dormir.

Me levanto a las seis. Al poco tiempo se levantan Alaiz y Goñi, y almorzamos un huevo frito y pan. El vino clarete es muy bueno.

Salimos de la posada en busca de un coche. El pueblo es bastante grande, con calles anchas; las casas son pequeñas, bajas, amarillentas, hechas de adoves. No se ve apenas una con escudo en la fachada. No hay tartana particular, únicamente puede utilizarse la del correo, que va tirada por un burro grande.

Nos acercamos a ésta.

—¿Van ustedes a Castejón de Monegros?— nos pregunta el tartanero.

—Sí.

—Pues suban ustedes.

Subimos y nos acomodamos los tres.

—Pues es extraño que les haya aceptado yo en la tartana—salta de pronto el tartanero.

—Pues, ¿por qué?

—Porque al que para en esa posada donde han estado ustedes yo no le acepto en mi coche.

—¿Están ustedes reñidos?

—Sí. Yo soy pariente del amo de la posada y me llamo Blas.

Sin embargo, al pasar por delante de una taberna, Blas se detiene a echar una copa y, al montar, una vieja le dice:

—¡Adiós, Petiforro!

¿Nuestro tartanero se llama Petiforro o se llama Blas? Se llama Blas, pero tiene por apodo Petiforro.

PETIFORRO O EL TROGLODITA

Como Unamuno ha hecho un uso tan continuado de esta palabra troglodita, apenas se atreve uno a emplearla, considerándola de propiedad del ex rector salamanquino, pero como yo la he empleado antes de la guerra y a raíz de la guerra, creo que tengo algún derecho a seguir empleándola.

Petiforro, nuestro tartanero, es un hombre de unos treinta y cuatro años. Se llama Blas Casañola. Tiene los pómulos salientes y puntiagudos, aire mongoloide, los ojos como de cristal azul, la nariz corta y el pelo tirando a rubio.

Petiforro es un hombre que tiene un rosario de imprecaciones y de blasfemias pintorescas, con las cuales va, digámoslo así, amenizando el viaje.

He aquí una lista de las que recuerdo:

Me c... en la campanilla del viático.

Me c... en las entrañas de un gato.

Me c... en la col de flor que ganas.

Me c... en el pichorríco de las monjas.

Todo esto y más se lo dirige al burro que lleva la tartana, mientras le harta de palos.

Petiforro se franquea con nosotros. Este troglodita es una mezcla de barbarie y de deseo de civilización un poco extraño.

Quiere que sus hijos sepan leer y escribir, y si tuviera les daría carrera. El ya no puede saber de letra.

—Pero usted todavía puede aprender a leer a escribir—le decimos.

—No. Porque con la gana que tengo de *aprendel* se me va a la cabeza y *paice* que me va a *dal* un soponcio.

Petiforro explica su iracundia por qué fué poco querido por su padre.

—Mi padre, de chico, me colgó de los pies —exclama—. ¡Me c... en Dios! Así tengo yo tan mala leche.

Petiforro nos cuenta que estuvo a los dieciseis años en la cárcel por haber pegado a uno una cuchillada. Petiforro habla de su época de cárcel como de la edad de oro de su vida.

—Me c... en la hostia—nos dice—. Si no fuera por mis hijos ya estaría yo en presidio.

Sin duda para Petiforro el presidio es como el doctorado de la vida.

En un momento de la charla Petiforro hace una extraña confesión.

—Porque, ¡qué sé yo!—dice—. Quizá tire yo más a cobarde que a valiente.

¡Admirable Petiforro; extraordinario troglodita, que tienes un momento de introspección curiosa!

Mientras Petiforro nos cuenta sus cuitas, vamos entrando por los Monegros, zona árida, entre arcillosa y caliza, sin árboles, únicamente con matorrales de romero grandes como arbustos.

Los Monegros es una región que está entre el Alcanadre, el Ebro y el Cinca.

Es un terreno de margas, que en otro tiempo, probablemente, sería un gran lago. Cruzamos el Alcanadre y pasamos por Pallaruelos de Monegros; la línea de colinas que se ve en el fondo es de la Sierra de Alcubierre.

Hay poco que contemplar y charlamos con Petiforro.

Petiforro tiene la gracia de gritar al conocido por él, cuando le ve: «¡Desgarrado!», que él pronuncia «¡Desgarrau!», con un final de ladrido.

Llegamos a Castejón de Monegros. La tartana para en una calle. Petiforro nos dice que esperará si tardamos poco.

Vamos a ver al primer agrario para entregarle la carta del señor Borruei. Se pregunta por este ciudadano en su casa y nos dicen que está en el Ayuntamiento. Vamos al Ayuntamiento y encontramos al supuesto agrario en el portal. Es un hombre moreno, de traza torva y sombría.

Alaiz le entrega la carta de Borrue!.

—Suban ustedes.

Entramos en la sala del Ayuntamiento, donde hay treinta o cuarenta hombres con la gorra puesta.

Yo tampoco me quito el sombrero.

Nos sentamos en un banco y el agrario lee la carta.

—¿Quién es Pío Baroja?

—Yo.

—¿Es usted del distrito?

—No.

—¿Aragonés?

—Tampoco.

—¿Esta carta es del señor Borrue!?

—Creo que sí. Yo no le he visto escribirla.

—No es su letra y podía ser falsa.

Yo me encojo de hombros.

—El señor Borrue!—dice después—, no tiene ninguna influencia aquí. Si se presentara él quizá tuviera algunos votos; no viniendo él, ninguno.

Alaiz y Goñi intentan explicar que yo no tengo interés particular en presentarme, lo que hace sonreír de una manera maliciosa y cazurra a los aldeanos.

—No perdamos más tiempo—le digo yo a los amigos—, la recomendación del señor Borrue! es una filfa. ¡Vámonos!

Salimos del Ayuntamiento, tomamos la tartana, y ¡ala!, de nuevo, guiados por Petiforro

el troglodita, por la carretera. Hay un nuevo viajero, una vieja que marcha a Bujalaroz. Es una vieja de una cara muy fina y muy inteligente. Nos cuenta que tiene un hijo que se ha marchado a Francia y una hija en el pueblo, con la que vive.

La vieja escucha las barbaridades que dice Petiforro con cierta complacencia.

Llegamos a la Almolda, que está a una lengua de Castejón, y entramos en una hermosa posada, donde encargamos la comida.

Vamos a un corral que está lleno de ramas secas de sabinas, que se cortan en el monte y se queman como leña.

Estamos en este corral al sol. La gente habla castellano, y, sin embargo, de lejos da la impresión de que está hablando catalán.

Nos ponen la mesa en un comedor muy obscuro, que tiene una ventana pequeña tapada con una cortina roja. Comemos allá bastante bien Alaiz, Goñi, Petiforro y yo.

Al salir de la posada, la vieja que está sentada en el suelo con la falda por encima de la cabeza sube en la tartana; entramos los demás, pasamos por Bujalaroz, se queda allí la vieja y seguimos hasta Peñalva.

—¿Tardarán ustedes mucho aquí?—nos dice Petiforro.

—No sabemos.

—Si no tardan ustedes mucho les esperaré.

Vamos a casa del segundo recomendado de

Borruel. No está. Le dejamos la carta y seguimos dispuestos a llegar al otro pueblo. Dejamos atrás Peñalva, después de cruzar una calle, y a unos cuatrocientos metros del pueblo Goñi se acerca a un joven que está arando con dos mulas. Para este mozo está destinada la carta de Borruel. El joven dice que allí Borruel no tiene ningún voto, y que todos votarán al candidato monárquico porque les ha llevado abonos y máquinas agrícolas.

—¿Así que no hay ninguna probabilidad?
—le pregunto yo.

—Ninguna. Pero quédense ustedes.

—¿Para qué?

—Se puede reunir el pueblo en el Ayuntamiento y se le puede explicar...

—¿Pero no dice usted que están decididos a votar al otro candidato?

—Sí, completamente decididos.

—Entonces no hay más que seguir adelante.

Nos alcanza la tartana de Petiforro y marchamos hacia Candanos. El burro de la tartana ha tomado un trotecillo, con el que va tragándose el camino.

Petiforro ameniza el viaje contando el crimen de un tal Alarcón, de Candanos, que asesinó a su padre y a su madre; el padre ciego y de más de setenta años, la madre también anciana e impedida. Petiforro cuenta cómo el asesino echó un nudo corredizo al

cuello de su padre y lo llevó al montante de una puerta y lo ahorcó; luego cómo bajó a la cueva en donde la madre estaba haciendo leña y de dos hachazos la mató.

Petiforro hubiese querido un castigo rápido y brutal. Petiforro tiene el temor de que al parricida lo van a salvar del garrote.

Alaiz trata de convencerle de que un bruto no es completamente responsable de su brutalidad; pero Petiforro no se convence.

—¿No lo ha hecho? Pues que lo pague. ¡Qué hostia!

VI

CANDASNOS

LEGAMOS a Candanos al anochecer. Un galgo gris nos precede. Petiforro mete su tartana en un cobertizo enorme, que servía antes para las diligencias que iban de Madrid a Barcelona y pasaban por este pueblo.

Entramos en la cocina, una cocina negra en donde arden ramas de romero. Unas cuantas mujeres entran y salen, y se presenta el patrón. Este es un hombre de facha agria; un tipo del español que describieron y dibujaron un poco en caricatura los franceses del tiempo de nuestra guerra de la Independencia. Lleva zorongo alto en la cabeza, un traje de pana, la barba de quince días y la mirada siniestra.

Se reunen el patrón, Petiforro, un gorrinero catalán, alto, esbelto, muy moreno, que viene de Lérida con un carro lleno de crías de cerdo, y un arriero de Tamarite, y se van a cenar.

A cada paso se les oye jurar y blasfemar a Petiforro y al amo de la casa.

—¡Me c... en Dios!

—¡Me c... en la Virgen del Pilar!

—¡Me c... en la divina custodia!

—¡Me c... en el copón!

Todo el mundo oye estas necedades imper-térrito.

La dueña de la posada y el ama nueva (llaman así a la mujer del hijo de la casa), no prestan atención a sus gritos.

La dueña es una vieja con aire de abadesa, muy pálida, con una mirada suspicaz y una verruga en la barba. Lleva una toca negra que le da un aire monjil.

La joven viste también de luto, tiene unos ojos de azabache brillantes y una boca pequeña, con los dientes muy blancos. Lleva un pañuelo negro en la cabeza y otro pañuelo en el pecho.

El ama joven prepara nuestra cena y echa al fuego grandes matas de romero, que despiden un olor perfumado. Después coge las tenazas y mueve las trébedes y las sartenes.

—Ese Petiforro, ¿es tan terrible?—le preguntamos.

—¡Cá! Si es un gallina—contesta ella con una tónica muy aguda—. Siempre está comiéndose los hígados de todo el mundo y luego es un blanco.

—Y al patrón, ¿qué le pasa?

—¿A mi suegro? Nada. Que tiene malhumor. Siempre está así, pero no hay que hacerle caso.

—¿Usted es el ama joven?

—Sí.

—¿No tiene usted hijos?

—No. Mi marido se conoce que no sirve. Habrá que cambiar de semilla—dice la mujer riendo y enseñando los dientes blancos.

Nosotros nos miramos un poco extrañados. Viene el marido del campo, que es un hombre joven, guapo, de barba rubia corta, de una cara seria y desdeñosa.

Le preguntamos acerca de lo que pasará en las elecciones.

—Aquí hacemos puchero—dice el hombre.

—¿Y eso en qué consiste?

—Pues, nada; se reúnen el secretario y el alcalde y meten en el puchero tantas papeletas como vecinos hay.

—¿Así que no vota nadie?

—Nadie. No, señor.

—¿Y todos los votos son para el candidato monárquico?

—Según. Si éste viene aquí y va primero de visita a casa de un rico del pueblo que se llama Fortón, tendrá todo el censo; pero si no va, no tendrá todo el censo.

Yo le pregunto qué secreto hay en tal alternativa, pero el hombre hace un gesto como indicando que no quiere hablar más.

El ama nueva nos dice que tenemos la mesa puesta.

Cenamos y nos vamos a la cama.

El cuarto que me destinan a mí es el del médico del pueblo, que en este momento está fuera. Es un gabinete con dos balcones a la calle y una alcoba, todo limpio y blanqueado.

Duermo muy bien. Por la mañana me levanto. Salvador Goñi está en la cocina.

—No tienen ustedes tartana; tendrán ustedes que ir en carro—dice el ama joven.

—Bueno. Es igual.

—¿A qué hora comerán ustedes?

—A las once.

—¿Qué, vamos a ver la iglesia?—le preguntó a Goñi.

—Vamos.

Echamos a andar por la carretera polvorienta. No se ven casas a un lado y a otro; no se ve ni un árbol, ni nada verde.

—Hace trescientos o cuatrocientos años esto estaría igual—digo yo—, un poco menos ruinoso.

—Sí; pero si traen el agua esto cambiará—contesta Goñi, que es un patriota.

—¡La verdad es que tenemos un país malo!—exclamo yo—. Quitando el contorno de la península y algunas cuencas interiores de bastante fertilidad, lo demás no vale nada.

A lo lejos se divisa un carromato destartado que viene bamboleándose, tirado por un mulo escuálido y un borriquillo. Van a pie, cerca del carro, un muchachito moreno y un hombre de calzones y sombrero ancho, con

los ojos inflamados, sin duda del sol y del polvo.

El hombre se me acerca al pasar. Yo le digo: ¡Adiós!, creyendo que me ha saludado.

—Digo que está muy bueno el *orache*—grita él.

—Ah; sí, sí.

Volvemos a reunirnos con Alaiz. Comemos muy bien, y después de comer vamos al antiguo patio de las diligencias y montamos en un carro que conduce el hijo de la casa.

La marcha es más lenta que con Petiforro. Vamos cruzando por campos yermos, en donde cae el sol sin encontrar apenas una mata.

A media tarde llegamos a la Venta del Rey, un parador del tiempo de las diligencias; un grupo de cuatro o cinco casas rojas, imponente por su soledad y por el aire trágico y desierto de los alrededores.

Nos paramos y subimos a la venta. La casa principal es grande, de ladrillo; tiene una alberca enfrente. Entramos y subimos una escalera ancha como de casa de Ayuntamiento, con dos tramos. En el primer descanso una puerta grande de cuarterones abierta. Encima un letrero, que dice: «Temor de Dios». El cuarto es grande, desnudo, con los balcones abiertos. Las paredes tienen restos de una pintura con pastorcitas y guirnaldas de estilo isabelino; hay, además, unas láminas de *El Motín* pegadas.

En una mesa larga está la ventera flaca y triste; y en la mesa hay un plato con higos y tres vasos, una botella de aguardiente y un botijo.

Comemos unos higos, bebemos un poco de agua y paseamos por la ancha estancia que suena a hueco. Esto que es tan desolado y tan triste, en la época de las diligencias estaría probablemente animado, y habría sus conversaciones y sus amores entre los viajeros y viajeras, y hablaría el canónigo gordo y el lechugino de bigote y perilla con la dama de miriñaque y pamela.

Me asomo al balcón. En la carretera no se ve a nadie, en el campo tampoco. Hay una desolación trágica en el sol, que cae de plano sobre esta llanura. No hay un árbol, ni un regato; piedras, estepas...

Salimos de la venta y montamos de nuevo en el carro.

La luz fuerte y la marcha lenta y monótona dan ganas de quedarse dormido. Para no hacerlo, entablo conversación con el carretero y le pido noticias de Fraga y de sus alrededores. Habla el hombre con un tono seco y desdenoso.

Dice que por esta tierra hay muy poca gente que sepa leer y escribir. El supone que de cada veinte mozos que vayan al servicio, habrá uno que sepa de letras. Me choca esto porque Viladrich habla de Fraga como de un pueblo bastante culto.

El carretero añade que, en general, por estos pueblos nadie se acuesta en cama hasta que se casa. Los mozos duermen en el pajar. Dice también que las mujeres de Fraga son bastante libres, y cuenta anécdotas de lo que hizo ésta y de lo que dijo la otra.

Presumo que este hombre de los Monegros tiene cierta antipatía por la ciudad, que, sin duda, le parece corrompida.

Al caer de la tarde comienza la carretera a hacerse sinuosa, y se empieza a bajar trazando curvas.

Al terminar la cuesta se presenta a lo lejos Fraga en un cerro de casas apiñadas y sobre una faja de verde.

Al acercarse al pueblo se entra en una larga alameda. Se ven hombres que vienen de trabajar del campo, con carros, con burros, con azadas al hombro.

Pasamos el puente sobre el Cinca y nos dirigimos a la plaza. En una calle en cuesta vemos grupos de mozas con corpiños claros, faldas cortas y moños altos, que van con el cántaro a la fuente. Parecen, por el tipo y hasta por el hablar, valencianas de la huerta.

Al poco rato les vemos a Viladrich y a Sánchez Ventura. Les contamos las impresiones de los Monegros, que son malas, y por el aspecto de Viladrich suponemos que las de allí no son tampoco muy buenas.

Viladrich me enseña un telegrama de mi

hermano en el que dice que sale para Fraga en compañía de Bagaria y de Julio Antonio. Parece que van a venir también unos jóvenes oradores de Barcelona y de Lérida.

—¡Nos vamos a lucir!—exclamamos.

Ahora que la cosa se pone mala, hacerles que vengan hasta aquí para tener que volverse va a ser una plancha morrocotuda.

VII

EN FRAGA

Oué hacemos ahora?—me pregunta Viladrich un poco tristemente.

—Vamos a ver el castillo donde usted vive—digo yo.

Es de noche. Dejamos la plaza del pueblo, que se llama del Sigoñet, y subimos por una callejuela estrecha y en cuesta.

Como Viladrich vacila en si será mejor subir por un lado o por otro, y los que le seguimos vacilamos, una mujer dice en catalán:

—Estos hombres ni siquiera saben a donde van.

Yo le comunico a Alaiz la observación de la mujer.

—Qué verdad dice esta mujer. No cabe duda que no sabemos a donde vamos.

Subimos al castillo, al que Viladrich llama, supongo que en broma, el castillo de Urganda la Desconocida. Viladrich se inclina junto a una puerta para coger una llave, pero no la

alcanza, tiene que echarse en el suelo y al fin da con ella. Abre la puerta y pasamos a una nave de una iglesia gótica, alta, vacía y obscura. Estamos un poco sorprendidos y amedrentados. Viladrich viene con un velón y nos enseña una escalera de caracol llena de calaveras.

—Son calaveras muy bonitas—dice cogiendo una en la mano y acariciándola.

—Y esta escalera, ¿a dónde va?—le preguntamos.

—Es la escalera de Urganda la Desconocida. Yo creo que esa dama viene aquí todas las noches.

Salimos de la iglesia, que a esta hora y sin luz está tétrica y vamos a una galería que tiene el castillo. La vista desde allí es fantástica. Hay luna y se ven todos los tejados negros del pueblo apiñados; luego una sábana de agua que brilla como un espejo: el Cinca, y más lejos el campo.

Viladrich muestra los árboles que ha plantado y nos lleva a su estudio. La conversación se aleja de la política, cuando se presenta un joven escritor y orador de Lérida, Maurín, a quien ha avisado Viladrich para que venga. Me presentan a él, charlamos y quedamos de acuerdo en ver al confitero y boticario Martínez, persona influyente en el pueblo, en hablar con él y decidir inmediatamente la cuestión de la retirada de mi candidatura.

Bajamos del castillo y nos acercamos a la tienda del confitero boticario.

—Aquí está él y aquí está Medina—dice Viladrich, mirando al interior.

—Vamos adentro.

Entramos. Somos ocho o diez, todos, menos yo, jóvenes.

Yo le digo a Medina que he visto esos pueblos de los Monegros, y que allí el candidato monárquico tiene todos los votos, que supongo que él no querrá retirarse y que me retiraré yo.

Medina, que como la mayoría de los republicanos españoles tiene la manía de la oratoria, se pone a hablar confusamente y de una manera melodramática.

El confitero boticario, que parece hombre inteligente, le ataja, y le dice:

—Mire usted, Medina, todo eso que dice usted sobra. El señor Baroja ha hablado con perfecta claridad. Ha dicho que aquí si se presentan dos candidatos radicales la derrota es segura. Que si usted no se quiere retirar se retirará él. ¿No es eso lo que ha dicho usted, señor Baroja?

—Eso mismo.

—Bueno. Pues Medina no se quiere retirar.

—Muy bien. Entonces vámonos.

Medina no se contenta con esto, dice que para él es un compromiso dé honor, etc., etcétera.

Salimos de la confitería y nos vamos a la fonda.

—¿Usted qué va a hacer?—me pregunta Viladrich.

—Me iré mañana a Lérida a esperar a mi hermano, a Bagaria y a Julio Antonio.

—Sí, es lo mejor.

—Nunca mejor que ahora le pueden decir a usted: «Baroja, no serás nunca nada»—me dice Alaiz.

—Sí, es verdad.

Después de cenar vamos al casino, pasamos una hora allá y volvemos a la fonda.

En el zaguán hay un magnífico automóvil que espera a Medina y a sus amigos. Mi contrincante lleva dos «autos» estupendos.

—Parece que le costea la elección Echevarrieta el de Bilbao—dice uno.

—Si se tratara de Disraeli o de Cavour, probablemente no le protegería—digo yo—. ¡Estos bilbaínos siempre tan acertados!

Baja Medina, y Alaiz y Viladrich, que le toman a broma, se ponen a discutir con él acerca de la revolución de Portugal.

Yo me voy a mi cuarto y me meto en la cama porque hay que levantarse a las cuatro, hora en que sale el coche.

Estoy en el momento de irme a dormir, cuando oigo la bocina de un «auto» y aplausos y gritos de: ¡Viva Medina!

Deben ser mis amigos porque luego oigo conversaciones y carcajadas.

Duermo un par de horas, me levanto y salgo del cuarto. Los demás se han ido también levantando. Viladrich está a la puerta, y vamos todos a la plaza del Sigoñet, de donde sale la tartana. Paseamos por la plaza, iluminada por cansadas lámparas eléctricas. Alaiz y Goñi van a Monzón; Sánchez Ventura, Maurín y yo, a Lérida.

Nos despedimos de ellos y tomamos la tartana, que sale de un zaguán. Hace mucho frío. El coche está abierto por delante. Comenzamos a subir una cuesta del pueblo y van cinco o seis hombres, embozados en mantas, detrás, andando. Al terminar la cuesta, los hombres suben a la tartana y el tartanero se sienta en la limonera.

Comienza a amanecer y nos empezamos a ver las caras. Hay dos mujeres en el carricoche, una de ellas vieja, que está enferma de los ojos y va a verse con un oculista de Lérida. De cuando en cuando le da un arrechucho de dolor y se dobla hasta acercar la cabeza a las rodillas.

Subimos un puerto y vemos a lo lejos unas luces.

—¿Es un pueblo?—pregunto yo.

—No. Es la central de la Canadiense—me dice Maurín.

Empieza a salir el sol; se ve el campo y los

árboles cubiertos de escarcha. Se divisa desde la tartana una gran llanura.

Llegamos a Alcarraz y nos detenemos. Entramos en el portal de una venta y encargamos que nos den huevos fritos.

La gente está reunida alrededor de una hoguera hecha en el mismo portal.

Nos traen los huevos y el vino en el porrón.

—¿Quiere usted un vaso?—me dice Maurín.

—No. ¿Para qué?

Me choca que uno de estos hombres bebe echando el chorro del porrón en el labio de arriba y Maurín me habla de cómo unos beben echando el chorro del vino en la lengua, otros sobre los dientes, otros sobre el labio y algunos debajo del ojo.

—Habrà que escribir un libro sobre las diferentes maneras de beber en el porrón—le digo yo.

Un catalán de aquellos se encara con nosotros a decirnos que beber en porrón es más limpio que beber en vaso, y que si nos reímos del porrón, no sabemos lo que nos hacemos.

—Está usted equivocado—le digo yo secamente—. Aquí nadie se burla de nada.

El catalán me mira durante todo el viaje con suspicacia; escucha lo que hablo, y cuando me pregunta Maurín qué pueblo más importante tiene cerca Vera, donde yo vivo, y le digo que Irún, el catalán suspicaz dice a su compañero:

—Irún. Es PROVINSIES VASCONGADES.

¡Qué extraña suspicacia y qué afán de comparación la de estos catalanes! Los demás españoles no tenemos esta vidriosidad; también es cierto que no tenemos esa curiosidad. Eso indica, indudablemente, algo mejor y algo peor.

Si en vez de ser catalanes los del coche hubieran sido vascongados, ninguno hubiera llegado a interesarse en la conversación de unos forasteros, hubieran hablado entre ellos de sus cosas; si hubieran sido castellanos o andaluces, hubieran intervenido en la conversación. Estos catalanes oían y oían con suspicacia.

VIII

EN LERIDA

LLEGAMOS a Lérida y vamos a parar a un hotel de la calle Mayor.

—¿Qué hacemos? ¿Damos una vuelta por el pueblo?

—Sí, vamos.

Salimos y paseamos por la calle Mayor y por la plaza.

—¿Arriba en el alto está la catedral?—le pregunto a Maurín.

—Sí. La catedral antigua y el castillo. Ahora es cuartel. ¿Subimos?

—¿Dejan entrar?

—Sí; pidiendo permiso dejan entrar.

Subimos a la fortaleza que es muy hermosa, pedimos permiso en un cuerpo de guardia y nos dejan pasar, y nos dan como guía un soldado riojano.

La catedral vieja es hermosa de verdad, tiene unos capiteles bizantinos complicados llenos de figuras y de quimeras, puertas gó-

ticas y en ciertos sitios adornos que parecen de algún edificio árabe.

La estancia de los soldados le da al viejo templo un aire pintoresco y curioso, más bonito, probablemente, que si estuviera en manos de arqueólogos.

El soldado que nos acompaña nos invita a subir a la torre, y subimos un poco fatigados hasta la azotea donde está el pararrayos. Desde allí el panorama es espléndido. Se ve el pueblo amplio, la llanura grande cruzada por el Segre, el canal de la Canadiense y los montes a lo lejos. En esta rápida ojeada a vista de pájaro se siente la filiación mediterránea y romana de la ciudad. La disposición del caserío, la forma de los tejados, el color de las tejas, todo nos recuerda a Roma más o menos vagamente.

En el Campo de Marte están haciendo el ejercicio los soldados, y otros en la muralla juegan a la pelota.

—En eso mis paisanos los vascongados serán los primeros. ¿Eh?—le pregunto al soldado.

—Sí, ha habido aquí un guipuzcoano y un vizcaíno que jugaban muy bien.

—¿Usted de dónde és?

—Yo, de la Rioja. De Briones.

—He estado allí.

—También he trabajado en Tolosa, en una fábrica.

—¿Y se está bien aquí?

—La comida es mala.

—¿Esto será muy sano?

—Hace mucho frío dentro.

—Esta tierra se parece a la Rioja; el paisaje más ancho todavía—le digo yo.

—Sí se parece, sí.

Bajamos del castillo y como Sánchez Ventura tiene curiosidad de ir al Museo, vamos al Museo, y de aquí a comer al hotel. Después de comer nos encaminamos a la estación. El tren de Zaragoza viene con algún retraso.

Esperamos y llega el tren. Bajan Ricardo, Bagaria y Julio Antonio, los tres con cara de haber dormido mal, parece que han tenido que pasarse la noche en claro en Zaragoza porque el tren de Madrid no llegó a empalmar con el de Barcelona.

—Pues no hay nada de las elecciones—les digo yo—. Me he tenido que retirar y tenemos que volvernos.

—¿Eh?

—Sí.

Y les cuento lo que ha pasado.

Salimos de la estación y vamos al hotel. Según Ricardo, Bagaria ha pensado en el camino un magnífico discurso para espetárselo a los ciudadanos de Fraga.

—¡Es una broma que ese Viladrich nos haya llamado!—murmura Julio Antonio, y añade después—. ¡Tengo más mala baba!

Llegamos al hotel, comen los viajeros y salimos de casa a pasear, a hacer tiempo. Entramos en un bar, en donde hay un muchacho que habla el catalán de una manera tan afeminada que el oírlo produce una risa tal a Bagaria, que se ríe como si se le fueran a escapar los ojos y los dientes de la cabeza.

Su risa parece que nos quita a todos la murria y nos sentimos animados.

Salimos del bar, pasamos el puente y vamos a pasear por el parque del pueblo. De allí volvemos de nuevo y Maurín nos lleva a un casino.

Bagaria y Maurín juegan al billar; Ricardo y Julio Antonio se sientan en un diván y se quedan dormidos; Sánchez Ventura y yo hablamos.

Al anochecer salimos a pasear por la calle Mayor, que está animada. Se nos reúnen algunos amigos de Julio Antonio y de Maurín y formamos un grupo un tanto exótico de gente de chambergo, pipa, etc., etc.

—*¡Quina coleccio!*—dice una chica, mirándonos y riéndose.

—¿Dónde vamos a cenar? ¿En el mismo hotel?—pregunto yo.

—No, no—dice Bagaria—. Mejor en una posada o taberna.

—Vamos por aquí—indica Julio Antonio, y se dirige hacia el puente.

Hace un viento frío que corta y Julio Anto-

nio ha tenido la ocurrencia de venir de verano, sin gabán y por todo abrigo, como dice Bagaria, con un bastón muy gordo.

Le vemos a Julio Antonio que se encorva, luchando con las ráfagas heladas, y llegamos a la otra orilla del río y entramos en la puerta de una posada. Es el hostel del Roch (escrito en catalán el Roig).

La posada es grande; pasamos una sala con mesas, en donde hay mucha gente, y entramos en un cuarto más pequeño, que tiene un ventanal que da a la cocina.

Las chicas que sirven son unas leridanas vestidas de blanco, muy ásperas en el hablar y de un aire muy meridional. Contestan de una manera irónica y desgarrada a lo que les dicen Julio Antonio y Bagaria en catalán.

La que nos sirve la mesa pone rápidamente el mantel, los platos y el porrón con el vino.

Bagaria comienza a recitar versos.

—¡En Borrás!—dice la chica irónicamente, aunque lo que pronuncia, para mis oídos, es: *¡An Burrás!*

—Amigo Bagaria—le digo yo—, le tratan a usted mal a pesar de ser catalán.

—Este señor no es catalán—replica la muchacha—, es un castellano de Barcelona (*un castellá de Barselona*).

Bagaria se dedica a la facecia y a hacer chistes con el porrón en la mano.

Comemos muy bien en el hostel del Roch.

La chica, que con nosotros está áspera, se ha sentado en una mesa próxima, al lado de un mozo moreno, afeitado, serio, que debe ser su novio, y que apenas le hace caso. Me da la impresión de una escena de Carmen la Cigarrera.

Concluimos de cenar y nos vamos. Mi hermano se detiene a contemplar un cuadro colgado en la pared.

—¿Qué? ¿No está bien?—le pregunta la muchacha con cierta ironía, dándole en la manga.

—Sí, sí...

—Es que el hostel del Roch es un hotel, y un buen hotel.

La chica parece que se humaniza al final y nos despide amablemente y hasta nos da la mano.

Otra vez cruzamos el puente, otra vez vemos a Julio Antonio capeando el temporal con su bastón, y vamos a la Fraternidad Republicana. En la misma mesa donde estamos nosotros se sientan varias personas de importancia y el alcalde de Lérida.

Se habla de política, y Bagaria, yo no sé si por influencia del porrón del hostel o solamente *ex-abundantia cordis*, habla mal de los políticos monárquicos; de Rodés, que parece que es el hombre de Lérida y de los regionalistas.

Dice que está viendo dibujarse sobre la cabeza de su amada Cataluña el tricornio del

alabardero y que va a llegar el día en que los únicos defensores del rey en España van a ser los catalanes. Los demás hacemos lo posible para que el *speech* de nuestro amigo y caricaturista no tome tonos agrios, y a eso de las doce nos dirigimos a la estación.

Cuando entra Julio Antonio en la fonda de la estación creemos que le va a dar algo. Se inclina sobre la mesa en una actitud de acabamiento. Se pide que le den un te, lo toma y esperamos a que venga el tren. Llega, por fin, con tres horas de retraso, y nos instalamos en un vagón y nos decidimos a dormir.

Bagaria se ha metido unos trozos de algodón con mentol en las narices porque está constipado. Al amanecer, dormido y algo inyectado, parece que se le ha reventado el cerebro dentro y que le sale por las narices.

Por la mañana llegamos a Zaragoza y nos dirigimos a la otra estación.

Yo creo que debemos tener aire de gente de circo porque los chicos nos miran con mucha curiosidad. Nos cruzamos con tropa que baja hacia el puente. Llegamos a la otra estación; tomamos café con leche y entramos en el otro tren.

Comemos en Calatayud y charlamos de muchas cosas, entre otras, de arte y de la guerra. Al llegar a Guadalajara hablamos de política.

—Usted se debía presentar diputado por

un distrito de Tarragona en las próximas elecciones—me dice Julio Antonio.

—No, no—le digo yo.

—Allí saldría usted, de seguro.

—No, no, no.

De noche llegamos a Madrid y cada cual se larga a su casa.

Siento una gran tranquilidad de ánimo al meterme en la cama y me parece que vale la pena de rodar unos días por posadas, aunque no sea más que por el gusto de volver a casa.

.....

Unos días después me encuentro a Azorín.

—¿Sabe usted? El gobernador de Huesca me telefoneó diciéndome que había usted ido a verle y me preguntó: ¿Ese Baroja, qué es? ¿Es algún periodista? ¡Haga usted treinta tomos para que no le conozcan ni siquiera de nombre!—termina diciendo Azorín con melancolía.

—Habrá que decir: Nuestro reino no es de este mundo; por lo menos no es del mundo de los gobernadores—digo yo.

Una semana más tarde le veo en la calle a J. Ortega y Gasset y le cuento mi excursión.

—¡Y luego nos quieren hablar del valor de la democracia y del sufragio!—dice él—. ¡Como si en todas partes y en todas épocas no hubiera sido una pequeña minoría

la que ha hecho todo, la que ha organizado todo.

.....

Si uno tomara las cuestiones del régimen parlamentario en serio, esta experiencia sería una nota más que serviría para demostrar el artificio y la mixtificación de las elecciones, pero como yo creo hace tiempo que el sufragio, en la práctica, es una farsa, este relato no puede tener más que el pequeño valor de una anécdota pintoresca.

LIBRO TERCERO

PRIMAVERA

I

LLEGADA AL PUEBLO

LA primera impresión de la llegada al pueblo es para mí una sorpresa. Siempre me choca el color tan verde del campo, la estrechez del valle, la proximidad de los montes, el color obscuro de las casas y el cielo menos luminoso, pero más azul allí donde las nubes le dejan mostrarse. Se ve cómo la memoria física no acompaña siempre a la memoria intelectual. Intelectualmente sabe uno que en estos valles estrechos hay menos luz que en Madrid, que la vegetación es más verde, y, sin embargo, la realidad produce una sorpresa.

Otra impresión también constante del primer día es encontrar al acostarse las sábanas húmedas; en cambio, cuando desde cualquier pueblo de la costa se va a Madrid, las sábanas dan la impresión de algo seco y parece como si estuviera uno envuelto en papel de fumar.

Casi todos los años que he venido al pue-

blo en primavera estaba lloviendo. Este año no, hacía buen tiempo y viento Sur. Hemos pasado la tarde del día de la llegada arreglando nuestras cosas.

A la mañana me levanto temprano y salgo a la huerta. Sigue el viento Sur. El angelito de la veleta de mi casa señala hacia un monte que se llama Santa Bárbara; el cielo está muy azul, con grandes nubarrones blancos y espesos; el campo de un verde sonriente.

Hace una temperatura templada; los gallos del corral cacarean y les contestan de lejos, de acá y de allá.

Todo está retrasado en la huerta, sin duda esta huerta es bastante fría; hay algunas florecitas en los perales y en los manzanos; los prados están verdes, con algunos botones amarillos y blancos, dos chopos van tomando entre sus ramas desnudas un tono gris verdoso de las hojas que comienzan a brotar.

Me asomo al borde de la tapia que da a un camino. El arroyo proximo tiene un color agrío, como de un verde gelatinoso. Por la carretera que va a Francia no pasa nadie. Mi hermano anda por la orilla del arroyo pescando.

Suenan campanas.

He salido de nuestra huerta a un campo con el objeto de coger puerros silvestres. El año pasado también los cogíamos y los comíamos.

La gente los desprecia. Un vecino me ha dicho que no se deben comer esos puerros porque adelgazan la sangre. No se comprende que ventaja puede haber en tener la sangre espesa.

He cogido los puerros y los he llevado a mi casa. Después me he metido en la biblioteca a leer. Estos primeros días del pueblo, como siempre, me parecen largos, siente uno que le sobra tiempo para todo.

Aun los encantos del campo, que para mí no tiene duda que existen, no me han llegado a prender.

II

DÍAS DE LLUVIA

HA cambiado la decoración, y a los días templados de viento Sur les han sustituido días de invierno, con lluvia, frío y nieves en las cumbres.

El paisaje parece distinto, lo que antes se veía como próximo ahora se ve lejano; la torre de la iglesia se envuelve en la bruma.

Van viniendo las nubes y las nieblas por el boquete del Bidasoa, sin parar, a llenar el valle; el pueblo está negro por la humedad. La perspectiva panorámica varía; los montes, que con el viento Sur y el cielo limpio de nubes aparecen todos en el mismo plano, se separan ahora y se ve que entre ellos hay valles y barrancos. El campo, envuelto en esta lluvia fría, está como más en su elemento; cuando deja de llover un instante aparecen las cumbres nevadas sobre las faldas de los montes que tienen todavía tonos de cobre.

En medio de esta gravedad huraña de la

naturaleza, algún albaricoquero, algún peral florido, muestra sus racimillos de colores como una sonrisa, los robledales van tomando un ligero matiz verde y las retamas lanzan sus flores de amarillo brillante. Hay que meterse dentro de casa y esperar. El tiempo no convida a andar por esas carreteras. Las habitaciones grandes están frías. Nos reunimos mi madre, mi hermano y yo delante de la chimenea del comedor. Aquí en el hogar hemos quemado gran parte del maderamen de la antigua casa, tablas viejas apolilladas de nogal y de castaño, zapatas de roble corroídas del alero, todo ha ido al fuego y ha salido en humo por la chimenea.

Ahora quemamos al mismo tiempo que maderas viejas leña fresca. Este olor de la leña quemada me gusta mucho. Me parece que me recuerda un período anterior de mi vida de salvaje.

El olor del fuego me encanta. En esta excursión electoral que hice por el distrito de Fraga, lo que me dejó un recuerdo admirable fué el olor de romero que se notaba al entrar en algunos pueblos.

También la higuera deja al quemarse un olor muy agradable. Ahora estamos quemando una cuyos troncos, todavía verdes, al arder, hacen un ruido como si se estuvieran friendo...

.....

Esta vida del campo no es tan aburrida como le parece al ciudadano. El mismo tiempo, tan variable, es ya un entretenimiento; ahora lluvia, ahora viento, ahora granizo.

Al principio de llegar aquí, yo al menos, siento cierta soñolencia y languidez. Parece que la vida de la ciudad, con sus pequeñas excitaciones, mantiene el tono, y al desaparecer éstas hay como una caída; luego la soñolencia y la languidez desaparecen, hay días en que se siente un bienestar como de nirvana y después se experimentan deseos de hacer algo y de moverse.

No cabe duda que la lluvia y el mal tiempo predisponen al aburrimiento, pero es al aburrimiento melancólico. Es muy diferente el aburrimiento de la lluvia al aburrimiento del sol.

El aburrimiento de la lluvia es un estado soñoliento y un poco lánguido de disminución de la energía, en cambio el aburrimiento del sol es para mí algo exasperado y enervante. Tampoco es igual el aburrimiento del campo que el de la ciudad. El aburrimiento en el campo no tiene punta, toca pero no pincha.

Hay sitios, en cambio, en donde el aburrimiento enfurece, por ejemplo, en un gran hotel o en una estación del ferrocarril. Parece que en medio de gentes que emplean una actividad mecánica intensa el estar quieto es una molestia. Yo, al menos, en las estaciones,

en los cafés, y en los casinos es donde más me he aburrido.

En cambio, en una casa de campo el aburrimiento es algo dulce. Se mira por una ventana, se sube y se baja la escalera, se enciende el fuego...

La juventud es también más propicia al aburrimiento. Pasando los treinta años el aburrimiento ya no produce angustia. En la adolescencia y en la juventud sí. Sin duda es la tristeza de las fuerzas no empleadas.

III

LA BIBLIOTECA

ME he decidido a encender fuego en la chimenea de la biblioteca y ver de arreglar un poco los libros comprados por mí este invierno. He hecho grandes hogueras con virutas, tablas y papeles. He salido a la carretera para ver cómo escapaba el humo de la chimenea. La casa parecía esos dibujos que hacen los chicos.

Este cuarto de la biblioteca es grande, bajo de techo, con tres ventanas y un balcón corrido.

He ido reuniendo cosas de aquí y de allí; tengo una estatuilla que me regaló Azorín, una o dos tablas antiguas, un modelo de barco, algunos mapas, algunos grabados y dos o tres mil libros.

La estatuilla regalada por Azorín está muy bien. Es un bajo relieve: una plañidera de un sepulcro gótico, de una simplicidad y de una expresión dolorida, admirable.

Las tablas no valen gran cosa; los mapas tampoco, pero hay alguno que otro curioso.

Si fuera rico me gustaría tener una colección de mapas antiguos; también me gustaría una habitación como alguna del Museo de los Uffizi, de Florencia, en la que hay pintados en las paredes mapas en relieve, con el mar azul, por el que van las carabelas y en cuyas olas se sumergen los tritones, y que tienen en un extremo una rosa de los vientos en relieve, pintada y dorada.

De libros no tengo nada extraordinario más que alguna que otra edición antigua; no he sentido nunca la afición del libro sólo por su aspecto; antes compraba los libros para leerlos y luego los prestaba y los perdía, hoy los compro para utilizarlos y leerlos, cosa que parece lógica, pero que para un bibliófilo es casi una blasfemia.

Únicamente de libros raros tengo el original de un nobiliario navarro de Azcárraga, de relativo valor. Entre los folletos hay alguno curioso, y entre los papeles tengo notas y cartas de Aviraneta, Zurbano, Maroto, etc.; y una correspondencia de don José de Somoza, el hereje de Piedrahita, a quien Azorín dedica una semblanza muy simpática en su libro *Al margen de los clásicos*. Esta correspondencia de Somoza va dirigida a la mujer del protestante madrileño Luis Usoz del Río. También tengo un diario, inédito, de éste, en que cuen-

ta sus impresiones de un viaje que hizo en 1841 por Inglaterra, Portugal y España.

El buen cuáquero se muestra a cada paso indignado con el abandono y la suciedad de los portugueses y de los españoles y con la influencia de los frailes.

Hay también en la biblioteca un modelo de galeón construido por mi hermano y un violoncelo que tocaba mi padre.

Estampas guardo muchas, pero pocas son de valor artístico. La estampa la he buscado, más que por su arte, como documento histórico.

En París es donde se pueden encontrar todavía muchas estampas de asuntos españoles. Allí he encontrado un retrato, en litografía, de Aviraneta y de otros jefes y cabecillas de la época constitucional y de la guerra carlista. En Madrid se veían algunas estampas hace años, pero ya han desaparecido.

Todavía los grabados se conservan, pero como a la litografía no se la ha dado valor en general, se ha perdido. En las capitales de provincia y en los pueblos no se encuentra una estampa ni por casualidad.

Otra cosa que tengo en la biblioteca es una caja de música que toca algunas canciones viejas, entre ellas el «Carnaval de Venecia».

Cuando está mi sobrino hay que tocarla a menudo. La quiere ver por dentro, y si se le dejara la rompería enseguida.

.....

Los gatos de casa, que no aparecían por la biblioteca cuando estaba fría y sin fuego, han hecho su presentación.

Antes había cuatro: dos grises y dos negros. Uno de los grises, que ya era viejo, se ha muerto el invierno pasado. A estos gatos grises, de reflejo azulado, he oído que les llaman en Madrid gatos malteses, pero en un libro de Zoología he visto que los denominan gatos de los Cartujos.

El gato es un animal independiente y divertido. Parece que a cada paso está diciendo: «No, no hay que extralimitarse conmigo. Cada uno que tenga su esfera de acción. Yo estoy aquí para cazar ratones; tengo derecho a la comida y a una buena alfombra o a un buen sillón cerca del fuego». Todos estos son derechos inalienables, como dicen los abogados.

A los perros se les tiene más cariño, a los gatos, yo al menos sí, más estimación. El perro parece un animal de una época cristiana; el gato en cambio es completamente pagano. El perro es un animal un poco histérico, parece que quisiera querer más de lo que quiere, entregar su alma a su amo; el gato supone que un momento de sentimentalismo es una concesión vergonzosa. El gato realiza el ideal de Robespierre de la libertad. Como bonito, no hay otro animal doméstico que se le asemeje. Tiene, además, su casta una fijeza y una inmovilidad completamente aristocrá-

ticas; en cambio el perro es una masa blanda con la que se hace lo que se quiere.

Los gatos más tontos son esos blancos con los ojos azules, de los cuales dicen los naturalistas que son sordos, cosa inexplicable pero que parece cierta.

En esta biblioteca no hay nada personal, ni retrato mío ni de mis amigos. Este cuarto lo mismo podría ser de un hombre de hoy como de un hombre de ayer. Las fotografías me fastidian, no tengo ningún retrato mío de joven, y me alegro, me molestaría verme cómo era hace treinta años.

IV

PEQUEÑO VIAJE

HA cesado la lluvia, ha salido un poco de sol y me he decidido a marcharme a San Sebastián. Se cansa uno de ser un hombre fantasma, que se pasa la vida entre la biblioteca y la huerta. Ya saliendo de casa cambio. Soy el señor de cierta edad que intenta a veces ser amable y se las echa de razonador. En San Sebastián voy a encargar unas plantas, y a comprar sulfato de hierro y sublimado para los rosales, que enferman del oidium.

Me he levantado a las seis y media y he marchado por un sendero que hay entre campos a salir a la carretera. La mañana es de invierno, brumosa y fría.

Están haciendo un puente delante de la estación a unos cien metros del viejo, el de San Miguel, que es un puente negro y muy bonito. Por este puente pasaron los generales Longa y Giron en 1813, y por él solía venir

Santa Cruz con su tambor batiente en la última guerra.

Llega el tren y lo tomo. Hace un tiempo variable. A veces sale un poco de sol, otras se oculta entre nubes. El trayecto de Vera a Irún es de quince kilómetros. El tren marcha al lado del río Bidasoa, que tiene pequeñas rápidas y remansos tranquilos y poéticos.

Este tren es un tren de parque, como de juguete. Siempre que paso al lado de una casa derruida del camino, cubierta de hiedras, con una bajada al río, recuerdo la impresión que me hizo este rincón romántico hace treinta años, pasando por primera vez con mi padre por la carretera.

Se ven a mitad de camino los fuertes abandonados de Endarlaza; después Biriatu en un alto y se entra en el valle ancho de Irún.

La estación de Irún-Ciudad está al lado de la del tranvía de la frontera, al que llaman el «topo» por que va siempre bajo tierra. Pasamos a la estación del tranvía y esperamos.

Se ha abierto la frontera. En uno de los andenes, esperando el tranvía que va a Hendaya, hay un grupo de franceses flacos, con largos bigotes. Llevan todos ellos panes debajo del brazo, algunos tienen redes llenas de provisiones.

En el andén de los que van a España hay obreros españoles que vuelven de Francia,

unos hombres débiles, amarillos, que parecen decolorados por el sol de la meseta central.

Entre estos tipos hay una porción de viejas siniestras con aire de brujas, cubiertas de mantos de paño pardo.

A estas mujeres las llaman trapicheras y contrabandean de aquí para allá y de allá para aquí.

Tomo el tranvía de la frontera y en el vagón entran las trapicheras. Todas son por el acento castellanas, aunque deben vivir en San Sebastián, porque tienen alguno que otro giro donostiarra. El grupo trapichero forma un verdadero aquelarre. Hay una vieja flaca, de cara larga, amarilla, que enseña una boca desdentada, con el labio bigotudo, del más puro Goya; hay otras dos o tres gordas rojizas con un aire brutal.

Mientras el topo corre en dirección de San Sebastián, las trapicheras hablan, diciendo de cuando en cuando alguna que otra barbaridad.

Llego a San Sebastián y voy a casa del doctor Larumbe.

—¿Qué tiene usted que hacer?—me pregunta.

Especifico las compras que tengo que hacer; vamos juntos; comemos en un restaurante y después de comer tomo de nuevo el tranvía de la frontera y vuelvo a Irún.

El cielo se ha nublado definitivamente y hace frío.

Voy a casa del doctor Juaristi. Está él, su amable señora, su hija, el doctor Bergareche y algunas personas más.

La casa de Juaristi tiene un ambiente de sencillez, de comprensión y de benevolencia. El doctor y su mujer forman una pareja perfecta. Sientan a su mesa al amigo que llega, sin preguntar demasiado qué hace o qué va a hacer.

El doctor Bergareche, íntimo de la casa, dice con ironía amistosa que Juaristi tiene inclinaciones parecidas a las de aquel don Lorenzo de Florencia, de la familia de los Médicis.

—¿Merendará usted aquí?—me dice madama Juaristi.

—No tendré tiempo. Sale el tren a las cinco y minutos.

—Quédese usted. Avisaremos a su casa.

—Bueno; me quedo.

—Además tenemos un pequeño espectáculo—me dice madama Juaristi.

—¿Pues?

—Van a venir dos cupletistas que trabajan en el «cine» de al lado y van a cantar aquí.

Con el aliciente de oír a las cupletistas llegan unas muchachitas jóvenes, amigas de la hija del doctor. La que más tiene dieciocho años. Hablan y ríen todas ellas constantemente.

Aparecen las dos cupletistas, las saludamos y cantan y tocan el piano.

Para que las chicas puedan dedicarse al

baile se empuja la mesa del comedor a un rincón, y bailan las muchachitas unas con otras. A veces el doctor Bergareche, que es el único soltero joven de la reunión, saca a alguna a bailar, pero como el doctor es alto, corpulento y rasurado, yo le digo que danza de una manera un tanto sacerdotal.

Estas chicas jóvenes, que muestran en el brillo de los ojos y en la sonrisa la alegría de vivir, antes, hace unos años, me hubieran producido un sentimiento de tristeza, ahora no, ahora me comunican algo de su animación.

Bailan y ríen todas de una manera loca, hasta la hora de cenar.

Cenamos y después de charlar largo rato, voy a dormir a una habitación de la clínica, que ahora está vacía; en el cuarto hay un calorífero eléctrico y en la cama una botella de agua caliente.

Cuando uno ha pasado los cuarenta años, estas cosas le regocijan el corazón.

Al día siguiente me levanto. Está lloviendo a chaparrón. Bajo al comedor de casa de Juaristi. Desde una de las ventanas de guillotina se ve un jardín delante con un lilo que empieza a estar en flor, luego se enfila la nueva avenida que va a Francia y se ve entre la bruma las casas del arenal de Hendaya y el mar.

El viento trae en ráfagas la lluvia que golpea los cristales.

Estamos todo el día de charla y al anoche-

cer vamos al cine, que está en la misma calle.

La sala se encuentra muy animada y brillante. Irún es un pueblo alegre, de chicas bonitas que ríen mucho. Quizá depende esto de la vida que se hace, quizá de la frontera o de la poca influencia clerical.

El caso es que a medida que se va metiendo uno hacia Navarra la gente es más triste, las muchachas no ríen tanto y la influencia del cura es mayor.

Vemos unas cuantas películas y volvemos a cenar. Después de la cena un hermano del doctor Bergareche, que vive en París, nos cuenta la impresión de los *raids* de los aeroplanos alemanes.

El lunes por la tarde voy a la estación en compañía de Juaristi y de Bergareche. Hace frío, los montes están llenos de nieve. Entro en mi coche.

Veo las luces de la carretera de Irún, Fuenterrabía sobre el mar, luego la obscuridad se echa encima... después brilla una luz en la estación de Enderlaza, más tarde otra en una electra que se refleja en el río...

Bajo en Vera y marchó corriendo hacia casa, luchando con las ráfagas de viento. En el comedor de mi casa mi madre está charlando con unas señoras delante del fuego. En la estancia grande y con vigas en el techo estas figuras, todas de negro, hacen una impresión de algo conventual.

V

MÁS DÍAS DE LLUVIA

HA nevado varios días y hace frío; la primavera se ha retirado rápidamente y ha aparecido de nuevo el invierno. Los montes están blancos y el aire viene helado. Ha habido que encender el fuego en las chimeneas.

La naturaleza tiene en este tiempo algo de fruta agria y verde, todos los árboles ostentan colores vivos y claros. El arroyo próximo a casa comienza a crecer, a murmurar, a marchar con una velocidad vertiginosa, y sus aguas amarillas se hacen amenazadoras.

El año pasado creció tanto que se apoderó del camino y casi nos rodeó la casa, dejándola como una isla.

Este arroyo, Shantell-erreca, según unos, Elzaurdy-erreca, según otros, viene de unos barrancos de la raya de Francia, que forman dos regatos principales, el de la izquierda Iturri-aundico-erreca, y el de la derecha

Anquetaco-errecá, pasa por delante de dos o tres caseríos se reúne en el pueblo con otro arroyo y formando uno bastante crecido desemboca en el Bidasoa.

Este Shantell-errecá siempre lleva agua, aunque poca en el rigor del verano. Antes, delante de la ventana de mi cuarto, había en medio dos piedras colocadas de tal manera que el agua producía en ellas un ruido que de noche parecía una conversación. Se quitaron las piedras y ahora Shantell-errecá no habla. En sus aguas suele haber pececillos, y a veces truchas gruesas y ánguilas.

Estos días nuestro arroyo ha crecido y lleva en sus amarillas linfas, entre pequeñas olas y blancas espumas, grandes troncos de árbol que van nadando como monstruos negruzcos que sacaran la cabeza para respirar.

¡Qué cantidad de arcilla y de materia orgánica habrá llevado un arroyo así desde que existe! ¡Y desde cuando existirá este arroyo sin nombre registrado! Miles de años, probablemente, cientos de miles de años llevará echando sus aguas al mar. Habrá arrastrado montones enormes de arcilla y de materia orgánica. Cuando miro este arroyo insignificante se me ocurre pensar en lo eterno de las cosas ante la vida nuestra. Es extraño que la conciencia más alta que hay en el mundo conocido, que es la del hombre, sea tan rápida y tan pasajera.

Cierto que este arroyo milenario, en realidad, no es cosa única. El agua que pasa es siempre distinta. Es verdad que en todo ocurre lo mismo, todo es múltiple y uno al mismo tiempo, lo vivo como lo muerto; sólo en lo vivo la conciencia se siente una.

En estos días tan lluviosos cuando escampa un momento salgo envuelto en el abrigo a la huerta.

Todo parece aletargado, los manzanos no dan sus flores, a los perales se les ha caído los frutos pequeños que tenían con el grani-zo, los rosales no abren sus capullos...

.....

El campo es como un fondo al que hay que ir animando con las representaciones propias. El que tiene una vida interior intensa puede vivir en el campo, el que no la tiene ni la necesita también se acomoda a gusto; en cambio, el que tiene una semi-vida espiritual es el que se encontrará peor en la soledad del campo. Ese tipo banal de la ciudad que se cree inteligente, porque repite los conceptos del artículo del periódico y se cree chistoso porque sabe los chistes desainete de moda, ese es encuentra sin apoyo en medio de la naturaleza.

A medida que uno vive en el campo se le acercan los objetos y se acortan las distancias, lo contrario de lo que pasa en las gran-

des ciudades. Dos curiosos que se codean mirando un escaparate en una gran ciudad están mucho más lejos espiritualmente uno de otro que dos campesinos que se contemplan de un monte a otro. En estos curiosos de gran ciudad, el uno puede ser un sabio, el otro un calavera; el uno un rabino judío, el otro un cura protestante; el uno un millonario, el otro un pordiosero. En cambio, en el campo los dos hombres que se miran de lejos son iguales saben mutuamente lo que hacen, y cuando uno de ellos hace un movimiento el otro sabe por qué lo hace y para qué lo hace.

El hombre modifica ante sí mismo el ambiente y lo alarga o lo acorta según sus necesidades.

.....

Otra de las cosas que saltan a la vista cuando se vive en el campo es la indiferencia de la naturaleza. La naturaleza no es teleológica, no tiene fines ni intenciones últimas; lo mismo crece en ella la simiente buena que la mala, lo mismo encuentra albergue en su seno el sapo que el cisne, la cizaña que el trigo.

Esta gran constructora, esta gran pródiga, es también enormemente destructora. Una helada mata millones de gérmenes que son, a su manera, perfectos; como un terremoto destrumba pueblos artísticos.

Todo en la naturaleza es perfecto porque

es necesario, tan perfecto es el cerebro de Platón como el de un mosquito, tan perfectos la Venus más hermosa o el Adonis más guapo como el bacilo de la tuberculosis.

La indiferencia de la naturaleza nos llega a veces a escandalizar, a nosotros que no podemos prescindir de los fines humanos. Cuando se ve un árbol corpulento, con un magnífico follaje, y se le ve carcomido por mil parásitos que van a acabar con él, dan ganas de mirar a derecha e izquierda y gritar: «¡Eh, señora naturaleza! Tenga usted cuidado. Lo está usted haciendo muy mal».

.....

Socialmente el campo es lo que debe ser, no pasa de ahí. Cuando Rousseau habla en el *Emilio* de cómo le gusta el campo y cómo quisiera que fuese su casa, se ve que habla el hombre que ha vivido en parques y en jardines, hombre para quien la naturaleza se parece a una pintura de Boucher o de Fragonard.

Rousseau habla de un campo con convidados alegres que canten, de damas a quienes gusten los juegos locos, de los invitados que vayan a buscar los postres en los mismos árboles.

El campo no es ni puede ser así, ni natural ni socialmente. La idea de la sanidad del campo es falsa. Cada especie botánica tiene un sinnúmero de enfermedades, de parásitos, de roñas.

El hombre que vive en el campo no es tampoco sano, ni de espíritu ni de cuerpo. Tiene muchas enfermedades, no tantas como las del ciudadano, pero tiene otras.

Desde el punto de vista moral, la gente del campo es, naturalmente, fanática, de espíritu estrecho y sin benevolencia. El campesino ni tiene ni puede tener una moral suave y dulce; por el contrario, es hombre de inquinas profundas, amigo del chisme y de la murmuración.

Es esto una necesidad dinámica. Si el campesino no tuviera una miopía que le hace ver los objetos abultados, se desesperaría y dejaría el campo o iría a parar a una especie de quietismo como el del padre Molinos. La gimnasia de su espíritu le exige darle a todo importancia.

Creer en la bondad de la gente del campo es un lugar común, como creer que no existen en las aldeas las malas pasiones de las ciudades.

Esta tendencia bucólica y de idilio rústico la puso últimamente a la moda el siglo XVIII.

Suponer que el campesino puede ser amable, generoso, espiritual, es una cándida ilusión. El campesino es casi siempre egoísta, roñoso, malo y fanático.

Para encontrar gente sencilla, amable y espiritual, hay que ir a las clases colocadas en altas regiones, que han podido medir la dis-

tancia que hay entre su altura y el suelo, y la que hay entre su elevación y el infinito.

La altura es la que tiene que dar la impresión de la pequeñez de las cosas. Al que vive en el valle estrecho cualquier cosa le parece grande; al que se encuentra sobre una cumbre, todo le parece pequeño.

Por eso es más fácil que un Marco Aurelio, dueño del mundo, o un príncipe como Sakiamuni, sean sencillos y humildes, que no que lo sea un indiano enriquecido o un dependiente de comercio.

.....

El campesino es también, naturalmente, reaccionario. No puede acercarse al punto de vista científico. Para el campesino la superstición es siempre una cosa más grata que la ciencia. Su cerebro responde mejor a la magia que a la lógica. Si a un campesino le dicen que para que su campo prospere más que ninguno hay que hacer una cruz o una señal diabólica, quedará inclinado a creerlo; solamente a fuerza de ver que ni la cruz ni la señal diabólica tienen influencia, empezará a dudar. En cambio indicadle un procedimiento científico y lo primero que hará es oponerse a él.

¿Cuántos siglos llevará viendo que la luna no tiene influencia en las cosechas? Sin embargo sigue creyendo en la luna.

Se nota en medicina lo mismo. Cualquier cosa absurda empleará el aldeano con más fe y con más gusto que lo que le indica el médico.

Y es que el aldeano cree, como el hombre de hace mil años, que en la naturaleza hay intenciones humanas, es decir, cree en la teleología.

VI

IMPRESIONES DE UN MAL LECTOR

LA lluvia le impulsa a uno a la lectura. Hay el lector bueno y el lector malo. El lector bueno es ese tranquilo que va recogiendo pausadamente las impresiones que le da el autor, sin impaciencia ni prisa; el lector malo es el que se impacienta en seguida, le aburren los pasajes sin interés y, en cambio, le excitan los interesantes de tal manera, que salta páginas para saber los resultados.

Yo soy de los lectores malos. Palabra por palabra no hay apenas libro que haya leído y mucho menos pronunciándolas mentalmente. Hay libros que he leído una porción de veces, pero siempre saltando algo que me aburre o que me impacienta.

Yo siento no ser un buen lector. No puedo leer mucho; no tengo las condiciones de leyente y de crítico del padre Ladrón de Guevara, que para componer su librito *Novelistas buenos y malos*, leyó dos o tres mil autores y

supo, además, resumir un juicio acerca de cada uno de ellos en dos o tres palabras. Verdad es que para eso se necesita estar asistido por la Divina Gracia y ser de la Compañía de Jesús, de esa Compañía ilustre que tiene hombres tan insignes como el padre Rodríguez, el padre López, el padre Iturrigoitia, el padre Ituribeitia y otros, que, como se sabe, han puesto las bases de las ciencias modernas que honran a Europa.

Yo, como digo, no pretendo colocarme a la altura del padre Ladrón de Guevara, tengo pocas facultades de lector, leo tres o cuatro libros al mes y no siempre.

Nunca he conseguido ser un buen lector. Los libros nuevos no me atraen gran cosa y casi todos los escritores que me gustaban en mi juventud, me han ido cansando.

Uno de los pocos por el que sigo teniendo afición es Dickens. A veces, de tarde en tarde, cojo un tomo de este autor y lo leo, empezando por cualquier parte, y me sigue gustando. Comprendo que tiene muchos defectos, muchas pesadeces, notas sentimentales y grotescas exageradas, y, a veces, trivialidades; pero aun así, me gusta mucho.

Este año pasado he releído el gran libro de Schopenhauer *El mundo como voluntad y como representación*, y no me ha producido el asombro que me produjo hace años.

En cambio he leído el teatro de Goethe y

un tomo de su *Correspondencia*, y me han dado una impresión de superioridad intelectual enorme.

La lucidez y la continuidad de la inteligencia en este hombre son maravillosas. Ni en su inteligencia ni en su voluntad hay eclipses ni confusiones. Siempre parece ecuánime, siempre curioso por todo, siempre capaz de comprender las cosas más diversas.

Tanto como su inteligencia y sus obras se puede admirar en el poeta su vida. Goethe convivió con los hombres más ilustres de su tiempo, y no sólo convivió con ellos sino que los comprendió.

Esto es lo que más envidia me causa. ¡No vivir entre brutos! Qué pocos tendrán esa dicha.

Leyendo esta *Correspondencia* me he interpelado a mí mismo y me he dicho:

—¿No es absurdo en uno que quiere ser intelectual no tener admiración y hasta un culto por este grande hombre?

Pensando en esto he visto que para mí Goethe no tiene motivos de efusión sentimental. Me apartan de él, primero su ecuanimidad, después su punto de vista conservador y principalmente su tendencia anti-metafísica.

Goethe decía que no le gustaba como a sus compatriotas habitar las noches cimerianas de la especulación.

Por muy confusas y obscuras que sean estas noches en sus sombras se encuentra lo más grande que ha creado el hombre. El arte al lado de la filosofía siempre parece un juego de niños.

VII

CUATRO LIBROS: LA "HISTORIA DE LA CREACIÓN NATURAL", DE ERNESTO HAECKEL

Yo soy un hombre que lee lo que va comprando al azar. Los libros grandes, serios, que exigen un poco de detenimiento, los dejo para Vera y muchas veces no encuentro tiempo para hojearlos. Quizá sea un procedimiento absurdo, pero yo no tengo otro.

Así he simultaneado en Madrid la lectura de un libro de Chesterton con la amena *Psicología* de William James y con los *Diálogos* de Luis Vives.

En este mes de lluvia he leído, con bastante calma, cuatro libros transcendentales, que alguno de ellos no conocía y otros conocía fragmentariamente. Estos libros han sido la *Historia de la creación natural*, de Haeckel; el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, de Bergson; la *Esencia del cristianismo*, de Feuerbach, y la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo.

Voy a hablar de estos cuatro libros. Como yo soy un hombre que casi todo lo que sé lo he aprendido por mí mismo, no tengo procedimientos de escuela. No uso el sistema de las notas y de las papeletas, y me sucede muchas veces que, inmediatamente después de leer un libro, no recuerdo con exactitud lo que he leído; así que mis comentarios críticos quizá vayan alrededor de la obra más que a su fondo.

Hablar de la *Historia de la creación natural*, de Haeckel, a los cincuenta años de ser publicada, no es ninguna novedad. Para mí lo es, porque yo, hasta ahora, no la había leído.

Hay en estos últimos años un prejuicio adverso sobre Haeckel por su teoría del monismo. Se le considera por muchos como un naturalista que ha hecho estudios serios en la primera parte de su vida, pero que después se ha dedicado a escribir libros de filosofía revolucionaria un poco banal.

Recuerdo haber oído en París a un profesor, que manifestaba un gran desdén por Haeckel, negarle por completo. Al mismo señor le oí la afirmación categórica de que Kant era incomprendible y Nietzsche absurdo. En cambio hacía grandes elogios de Augusto Comte. Respecto de las teorías de Haeckel opinaba que a lo más podían tener un valor popular.

Siguiendo la orientación de este profesor comencé a leer el primer tomo de la *Filosofía*.

positiva, de Comte. El libro me pareció de una lectura difícil y pesada, páginas y páginas farragosas, con conceptos que quizá en su tiempo eran de una gran novedad, pero que hoy están incorporados a la ideología corriente.

En vista de que no me atraía, corté la amarra con este Comte aburrido y volví a mis ideas antiguas.

Hace unos días he comenzado a leer la *Historia de la creación natural*, de Haeckel, y, aunque saltando algo, la he concluído.

Para un hombre actual es difícil encontrar un libro tan a base de hechos demostrados como este de Haeckel. No sabemos qué le parecerá al lector de dentro de doscientos años.

Como no está uno bien enterado de la marcha científica del mundo, yo no sé si respecto a la teoría de la evolución habrá hoy algún libro sintético del valor del de Haeckel, en donde entren los nuevos descubrimientos hechos desde entonces acá.

La *Historia de la creación natural* la componen unas cuantas conferencias que dió Haeckel en la universidad de Jena, donde es todavía profesor.

El punto de vista filosófico del naturalista alemán no me parece del todo firme. Considere como sistemas antagónicos el mecanicismo y el vitalismo; al primero lo tiene como un sistema causal, al segundo como una concep-

ción teleológica, es decir, de fines o de intenciones lejanas.

No creo yo que este punto de vista sea completamente exacto; el vitalismo, como el mecanicismo, ambos convertidos en sistema, son teleológicos. Lo mismo es un concepto metafísico el espíritu que la materia, la substancia como la fuerza, tan lejos están uno y otros de ser una realidad inmediata.

El espíritu y la materia no son más que posibilidades, los sistemas basados en esos conceptos son como escuadrones formados por jinetes fantasmas.

Haeckel no ha querido ser en su libro un naturalista sólo, ha querido ser un filósofo (¿ha hecho bien?, ¿ha hecho mal?), y ha fundado el monismo.

El principio de Schelling: «Todo es uno y lo mismo», se une en el sistema haeckeliano con el principio materialista «Todo es materia.» Si a mí me dieran a elegir entre los dos principios, elegiría el primero como más próximo a la razón, pero ninguno de los dos puede darse como científico.

La ciencia no puede cerrar el círculo de los conocimientos más que dando hipótesis en calidad de hipótesis; cuando lo cierra deja de ser ciencia y se convierte en un sistema teleológico.

La ciencia no puede hacer más que alejar el eterno enigma. Al lado de un hecho nuevo

que se descubre aparecen varios desconocidos y así se sigue siempre en la misma progresión, cada vez con más número de datos y cada vez con más número de incógnitas.

Haeckel abandona pronto el punto de vista filosófico, actitud lógica para un naturalista. Un filósofo debe hacer siempre la salvedad de la insuficiencia de nuestros medios de conocer y dejar siempre sentada la afirmación expresada por nadie mejor que por Kant de que *el espíritu humano prescribe las leyes a la naturaleza*.

Esta frase, leyéndola por primera vez, se puede tomar en dos acepciones; la primera falsa, retórica, que consistirá en suponer que el espíritu humano puede modificar las leyes de la naturaleza; idea de tanmaturgo o de prestidigitador; la segunda, la que le dió Kant la de afirmar que aunque las leyes de la naturaleza existan fuera del hombre, cosa que no sabemos, han tenido que pasar por la inteligencia humana para existir en tanto que leyes. De aquí que la forma popular de la filosofía de Kant es la schopenhaueriana: «El mundo es mi representación.» Y no hay posibilidad de encontrar otra cosa.

La naturaleza es un monstruo confuso e informe, al cual el hombre hace saltar por los aros de papel que le va presentando.

Indudablemente las leyes del espíritu son las leyes de la naturaleza; el mundo no es más que nuestro reflejo.

Cuando se piensa en esto se asombra uno de la audacia del hombre y se recuerda a Kant, un buen señor de Kœnigsberg, metódico y de aspecto vulgar, que levanta el velo de la esfinge sin que le tiemble la mano. El y Copérnico son dos de los hombres que más admiración producen, quizá más Copérnico, porque su descubrimiento es más evidente. Tener la audacia de cambiar el sistema del mundo y dejar las estrellas fijas y hacer que la Tierra vaya dando vueltas alrededor del Sol es de lo más maravilloso que ha producido la inteligencia del hombre.

Si no es tan ostensible el descubrimiento de Kant no es por eso menos grande. La naturaleza no tiene leyes mientras el hombre no las descubre, es decir, que la ley es un concepto sensible, humano, emanado del espíritu, que para un no humano, para un posible habitante de otro sistema planetario podría ser otra cosa o sencillamente no ser.

Esto que expresó Kant con el máximo de clarividencia lo había comprendido el filósofo griego Protágoras, cuando dijo: «El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen como existentes: de las que no existen como no existentes.»

Haeckel, como indicábamos, no se coloca en una posición exclusivamente filosófica más que al principio de su obra, después la abandona, va dirigido por la filosofía, pero de lejos.

Haeckel expone las hipótesis de la creación del mundo, las sobrenaturales y las naturales, y se detiene en la teoría kantiana de la evolución del universo o teoría cosmológica de los gases que también se llama de Kant-Laplace.

Después de la exposición de esta teoría el naturalista insiste en la unidad de la materia orgánica y de la inorgánica, y afirma la generación espontánea, lo que como actual hecho es demasiado afirmar. Puede haber existido la generación espontánea o cosa parecida y hoy no existir.

Claro que dentro de la lógica humana hay que sacar las cosas de donde hay algo. No hay otra solución al problema: o se admite que la vida ha salido de la materia cósmica o hay que admitir el milagro.

Una cosa por otra no cabe duda que es más lógico suponer que de una substancia que no sabemos lo que es salga la vida, que tampoco sabemos lo que es, que no suponer una escena teatral de un Dios que se pasea entre bambalinas y dice: «Hágase esto. Hágase lo otro.»

Esta ridícula taumaturgia no puede servir más que para los bosquimanos, los hotentotes y los católicos, que son en su mayoría hotentotes honorarios.

Creendo como lo único posible que la vida ha brotado de la substancia que forma

nuestro planeta, ¿de dónde ha podido salir? Todo hace pensar que de los mares.

Así lo cree Haeckel, así lo han creído Huxley y otros naturalistas.

Rene Quinton ha sacado deducciones de esta posibilidad.

Así como la primera célula animal—viene a decir este investigador—vivió en el mar, es decir, en un líquido salino que estaba entonces en una temperatura superior a los cuarenta grados, nuestras células actuales viven bañadas en la sangre, que es un líquido salino de una temperatura elevada.

Esta semejanza del agua del mar con nuestra sangre se ha llevado a la terapéutica y parece que el agua del mar en inyecciones intra-venosas puede reemplazar la parte de sangre que falte en un herido.

Huxley, abundando en las ideas de Haeckel, creyó encontrar en el fondo del mar una materia protoplasmática viva a la que llamó *Bathybius Haeckeli*. Luego, examinando mejor la substancia, vió que no estaba viva, y así lo reconoció como un noble investigador que era.

Con relación al punto concreto de los orígenes de la vida, no se conoce caso actual de cambio de materia inerte en materia viva. Se sabe sí que la materia inorgánica se puede convertir artificialmente en orgánica. Es ya un paso. En cambio milagro no se ha comprobado todavía científicamente ninguno.

Otra hipótesis del origen de la vida que imaginó el físico inglés Thomson fué la de suponer que los primeros gérmenes de la vida en nuestro planeta pudieron venir en los meteoritos, que son fragmentos de mundos hechos pedazos y en otros tiempos poblados, hipotéticamente, de seres vivos.

Se ha discutido esta hipótesis y no parece que sea tan absurda como algunos han querido indicar.

Dejando esta cuestión de los orígenes de la materia viva, veamos las evoluciones de la primera célula viviente o monera.

Esta, según Haeckel, aparece en el período de la formación laurentina y se perfecciona en el período cámbrico y siluriano.

Haeckel en este punto tuvo un raro éxito. Recuerdo haber leído el caso, hace ya mucho tiempo, en un libro de Embriología, y no sé si lo relataré con exactitud.

Parece que Haeckel, estudiando y comparando el embrión humano con el de algunos animales invertebrados, vió que la forma llamada por él gástrula era tan esencial y tan permanente en la evolución del óvulo que supuso por inducción que en la naturaleza debía existir una forma parecida en un período primitivo y efectivamente se encontró.

Haeckel estudia el árbol genealógico de los distintos animales, y, por último, el del hombre. Seguramente habrá en sus hipótesis mil

faltas y omisiones, pero la arquitectura del plan evolucionista subsiste.

¿Cuánto tiempo se habrá necesitado para tanta transformación? Seguramente el mundo nuestro, la Tierra, tiene millones de años.

Respecto a la antigüedad del hombre, ya hecho hombre en el planeta, todo hace creer que los cuatro mil y tantos años del padre Petavio hay que convertir en cuatrocientos mil, quizá en un millón.

¡Y qué perspectivas extrañas y fantásticas abre la ciencia sobre la historia de los seres! ¡Qué diferencia de esto a esa creación mosaica de guardarropía con su paraíso de bambalinas y sus fieras de cartón!

Edgard Quinet, en su libro *La Creación*, ha escrito un capítulo elocuente sobre el primer ojo que apareció en la naturaleza: el trilobites. Este trilobites es ya un animal complicado y diferenciado, y su ojo es el precursor de los ojos de los grandes animales del período paleozoico.

Haeckel, dentro del terreno de la hipótesis probable, estudia la genealogía del hombre desde la monera, pasando por distintas especies que tienen hoy su representación en los amphioxus, en los monotremas, en los lori, los maki y los gorilas.

Hecho el árbol genealógico del hombre, estudia el punto de su aparición. Entre la India y la isla de la Sonda, Madagascar, y el Africa

sud-oriental, existía, según Slater, un continente: la Lemuria. Este continente desapareció, según algunos, con el levantamiento del Himalaya, dejando el océano índico lleno de islas. En esta Lemuria apareció el mono ya transformado en hombre, según Haeckel.

De esta manera Haeckel se afilió a los que se llaman monogenistas, que creen que el hombre se formó en un sólo punto geográfico, que la especie humana es una y que hubo grandes emigraciones. Los poligenistas, como Broca y otros muchos, suponían que los hombres nacieron en varios puntos, que las razas son verdaderas especies distintas, y que los pueblos viejos son autóctonos.

Broca y Quatrefages discutieron este punto, hace tiempo, sin llegar, naturalmente, a dilucidarlo.

A mí me parece más lógico el poligenismo y creo que la mayoría de las razas antiguas han nacido en el país donde viven.

Respecto a las leyes del darwinismo o teoría de la selección, Haeckel comenta a Darwin, sin añadir, a mi modo de ver, gran cosa.

Desde que se publicó la obra del naturalista alemán hay nuevos hechos, que han modificado, en parte, las ideas evolucionistas, y entre ellos están los observados por el botánico holandés Hugo de Vries.

La exposición de la lucha por la vida nos recuerda los trabajos de algunos escritores

modernos que se han preocupado de lo que se llama darwinismo social.

Ciertos escritores, Novicow, Loria, Kropotkin, llevados de un optimismo revolucionario, han querido demostrar que el principio de la lucha por la vida no rige en muchas sociedades animales, ni tampoco en la humana.

Se sabía hace tiempo, desde Darwin, que existía la asociación para la lucha. Los casos que citan estos escritores no tienen gran novedad.

Se dice que en los campos de América viven asociados ratones, buhos y serpientes, en las mismas cuevas, buscando la utilidad común.

Aún fuera del principio de utilidad se citan relaciones románticas y desinteresadas, y se cuenta del cangrejo paguro que alimenta a una estrella de mar y la cuida sin ventaja egoísta alguna.

Respecto a la extensión del concepto de la lucha por la vida a la cuestión social, todavía no es científica. Las teorías de los Novicow, Loria y Kropotkin, no llegan a ser más que literatura humanitaria.

VIII

“LA ESENCIA DEL CRISTIANISMO”,
POR LUIS FEUERBACH

HABÍA oído hablar de este escritor alemán, pero no había caído en mis manos ninguno de sus libros. Este, traducido al francés por Joseph Roy, es el primero que leo.

Ya el prólogo me ha producido sorpresa por el tono de violencia, de furia y de energía, llena de amargura.

Feuerbach es un radical, ateo y materialista. Estas tres tendencias reunidas existieron en los escritores franceses del siglo XVIII: Diderot, Holbach, Helvetius, y en los filósofos sensualistas ingleses; pero Feuerbach no se parece nada a ellos. El materialismo de los ingleses y franceses es sensual, alegre y un poco vulgar, de ellos sale en literatura *El Tom Jones*, de Fielding, y *La locura española*, de Pigault-Lebrun; el materialismo de Feuerbach es un materialismo desgarrador y trágico, como la religión de Kierkegard.

Los incrédulos ingleses y franceses del siglo XVIII tienen el ateísmo del caballero de la buena sociedad, Feuerbach, no; siente el drama religioso y el heroísmo patético del que no puede esperar socorro.

En el libro *De Alemania*, de madama Stael, está traducida *La visión*, de Juan Pablo Richter, que pinta la desesperación de las almas al saber que el mundo es huérfano.

Los muertos resucitados buscan a Dios y no lo encuentran, y se dirigen a Jesucristo y le preguntan si hay Dios, y Cristo les responde:

«No lo hay. He recorrido los mundos, me he elevado por encima de los soles y allí no está Dios; he descendido hasta los últimos límites del universo, he mirado en el abismo y he gritado: ¡Padre! ¿Dónde estás? Y no he oído más que la lluvia que caía gota a gota en el abismo, y la eterna tempestad que ninguna orden rige, me ha respondido solamente.»

De un fondo así de desesperación, de amargura, como el de la visión de este Cristo de Richter, que dice, encontrando el cielo vacío, a los niños que le siguen: «Hijos míos, Dios no existe; ni vosotros ni yo tenemos padre»; parece nacer la irreligiosidad de Feuerbach.

Feuerbach comprueba con dolor el carácter fabuloso de los mitos cristianos. El es un cristiano retardado. Renán, tan artista, tan exqui-

sito, en su admirable libro *El porvenir de la Ciencia*, cita a Feuerbach con simpatía.

Se podría encontrar cierta semejanza en los conceptos de Feuerbach y de Augusto Comte, que escribieron sus obras por la misma época; pero ningún parecido se hallará en el tono, ni en el espíritu de ambos escritores.

Los dos tienen un concepto mecánico del mundo, los dos son enemigos de las religiones y los dos partidarios de una vaga religiosidad humanitaria; los dos tienen la tendencia de ir en contra de la metafísica cósmica, que considera, naturalmente, a la Tierra como un planeta sin importancia de un Sol de segundo orden; los dos quieren que se haga caso omiso de las ideas de espacio infinito y de materia infinita y se limite el horizonte cósmico y se acerque todo al hombre; los dos pretenden ser realistas y sólo realistas. Mas, como digo, no se parecen ni en el espíritu ni en el tono. Comte se acerca al sensualismo francés e inglés y es siempre un político; Feuerbach al misticismo alemán y es un poeta.

A Feuerbach, él lo dice en el prólogo de su libro, probablemente por su especialidad religiosa (religión y anti-religión tienen muchos puntos de contacto), se le cita en unión de Bruno Bauer y de Strauss.

Bauer, cuya obra no conozco, parece que tomó como objeto de su crítica la teología bí-

blica, Strauss la vida de Jesús; Feuerbach estudia el cristianismo en general.

Feuerbach cree que Dios es la revelación del hombre interior. Para él el secreto de la teología no es otro que la antropología; así cuando el hombre adora a Dios no hace más que adorarse a sí mismo en su imagen ampliada y embellecida.

Las derivaciones de esta tesis las expone con un gran fuego y una gran elocuencia. Feuerbach no es un lógico de estos fríos y ceñidos, es más bien un poeta exuberante, y, a veces, extravagante.

Si los apellidos indicaran, como los motes, las condiciones actuales de una persona, el apellido Feuerbach sería para el que lo llevó de los más propios. Feuerbach quiere decir, en alemán, arroyo de fuego.

Para Feuerbach las religiones y el cristianismo con ellas, que no son más que antropología, tienen un período fuerte, clásico, y otro de decadencia y de rutina, en el que estamos.

Por la semejanza de conceptos y por la manera de buscar la explicación a los mitos religiosos, se podía encontrar cierto parecido de este libro, *La esencia del Cristianismo*, con otro célebre por su mala fama entre los católicos, que se publicó a fines del siglo XVIII, me refiero al ORIGEN DE TODOS LOS CULTOS, de Dupois. Dupois, en su explicación de los mitos por la astronomía, sigue la tendencia

del sensualismo francés y es hombre un poco *terre a terre*; en cambio Feuerbach es siempre místico y metafísico y siempre vuela alto.

La explicación naturalista de los misterios cristianos que da el autor alemán, basándose en ejemplos históricos y siguiendo su teoría antropológica, no es fácil de comprobar, pero siempre es audaz, atrevida y genial.

Feuerbach, lo dice él mismo, es un hombre que ha violado las leyes de la etiqueta y del buen tono. Es un hombre rudo y exaltado, que dice las cosas por sus nombres, que tiene el tono y la clarividencia de un apóstol.

Al parecer, en su tiempo todo el mundo se puso contra él y su insolencia impía.

Feuerbach, negador de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, fué desautorizado por sus antiguos amigos los hegelianos y combatido por sus enemigos.

He visto un retrato de Luis Feuerbach; tiene una cabeza fuerte de alemán y de revolucionario.

IX

"ENSAYO SOBRE LOS DATOS INMEDIATOS DE LA CONCIENCIA", POR ENRIQUE BERGSON

CORRE en Francia y en los países latinos, como un axioma, la idea de que los escritores franceses tienen el talento de hacer fácil y claro lo que otros han pensado, expresándose de un modo difícil y obscuro. Es una pretensión absurda. En francés, como en cualquier otro idioma, la filosofía y la matemática son abstrusas.

Aquí está el caso de Bergson, filósofo a la moda estos últimos años, hombre que tiene fama de orador fácil, amable y galante. Se ha dicho que la filosofía de Bergson estaba al alcance de todo el mundo, pero esto se ha dicho no cabe duda, por los que no la habían saludado ni desde lejos. Se ha dado una fama a Bergson de escritor fácil y ameno; según la opinión general William James y él han conseguido hacer de la psicología una cosa tan divertida como una novela.

De este primer libro del filósofo francés, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, no se puede decir que sea ameno, ni fácil de entender. A mí, al menos, la coordinación de las ideas del autor se me ha escapado algunas veces. Tendría que leer el libro de nuevo y con gran atención para comprenderlo íntegramente. No creo que esta obra sea más asequible que la de cualquier otra de filósofo alemán que se tenga por oscura y complicada.

¿Por qué se llama este libro *Los datos inmediatos de la conciencia*? Indudablemente esto quiere decir que el autor se ha colocado, o ha tratado de colocarse, en una actitud de independencia con relación a las ideas establecidas; en una actitud sin prejuicio, que hoy se llamaría fenomenológica. ¿Está legitimada esta pretensión? ¿Está conseguida? Yo creo que no.

En primer término, es imposible que el filósofo escuche a su conciencia con la ingenuidad de un niño que oye por primera vez el sonido de una flauta; después, también es imposible que el filósofo no tenga una intención anterior a los datos que adquiera, y este filósofo la tiene.

A medida que se lee el libro de Bergson se pregunta uno: ¿Cuál es la intención de su obra? A mi entender la intención del autor es abrir una brecha en el concepto del determinismo para dejar que penetre en el campo de

la metafísica y tome lugar con amplitud la idea de la libertad.

Quizá la intención del filósofo no es completamente científica, pero la ciencia no puede tener amigos ni enemigos. Los enemigos para ella son también amigos. La ciencia se fecunda lo mismo con el adicto que con el contrario. Es una de tantas cosas en que se diferencia de las demás instituciones humanas, sobre todo de la religión.

La religión siempre ha guardado rencor para el que ha intentado renovar el problema de los orígenes. La ciencia no, la ciencia se ha enriquecido con los que han abordado la crítica de los orígenes.

En la ciencia no hay herejes.

Un Copérnico, un Newton, un Galileo, un Darwin si hubieran dirigido sus investigaciones a los estudios religiosos serían herejes. En la ciencia no pueden ser santos ni apóstoles, son investigadores.

El libro de Bergson, como toda obra filosófica que quiere ser fundamental, aborda un problema de orígenes y tiene el carácter de una nueva revisión de valores metafísicos.

A juzgar por la fecha de su publicación Bergson concibe su obra en un momento en que el mundo intelectual está harto de positivismo en filosofía y de realismo en arte.

Parece que Bergson rechaza las explicaciones sumarias del positivismo y pone como

ejemplo de ligereza y de falsedad en la interpretación la de Spencer, que considera la gracia únicamente como una economía de esfuerzo.

En el fondo de toda la metafísica de Bergson se ve que su galería subterránea marcha directamente a buscar la afirmación de la libertad humana.

El camino que sigue el autor—y no estoy seguro de haberlo seguido bien en sus curvas y zigzag—, es éste:

El punto de vista de Kant, de considerar las tres categorías que tenemos para abarcar el mundo exterior—Espacio, Tiempo y Causalidad—como productos del espíritu, como formas de nuestra intuición sensible, más que como realidades que están fuera de nosotros, es un punto de vista inatacable.

El tal concepto puramente subjetivo tiene su representación en la fisiología y en la psicología experimental.

Estas nociones, principalmente la del Espacio y la del Tiempo, son como proyecciones de la conciencia, que tienen un signo diferente pero que en su creencia deben ser idénticas. Así se nota la inclinación que hay de aplicar al tiempo nociones espaciales y al espacio nociones temporales. Se dice, por ejemplo, corrientemente: «Entre los iberos y los celtas hay un largo espacio de tiempo», y se dice también: «Entre Madrid y Alcalá hay seis horas de camino».

Kant, después de haber asentado de una manera clara y definitiva sus premisas subjetivistas en la *Crítica de la razón pura*, llegó al momento en la *Crítica de la razón práctica*, en que tuvo que afirmar la moral, y, por lo tanto, la libertad.

Al poner frente a frente dos principios contradictorios como la libertad y la causalidad, el uno exigido por la conciencia, el otro afirmado, *a priori*, por la razón; supuso que el transcendental era el principio exigido por la conciencia.

Es decir, de los tres principios—Espacio, Tiempo y Causalidad—Kant intentó demoler el postulado de la Causalidad. Bergson con el mismo objeto intenta destruir el principio del Tiempo como concepto puro y homogéneo...

.....
No voy a pretender definir el Espacio, el Tiempo y la Causalidad.

Las definiciones clásicas son casi siempre inútiles. La definición puede tener alguna utilidad cuando se trata de cosas particulares, artificiales y concretas, creadas con un fin humano; pero cuando se trata de cosas o de hechos generales, naturales o abstractos, no sirve para nada.

Se puede definir muy bien un alicate, un martillo, un participio, un triángulo; pero definir la causa, el efecto, un caballo o un monte, es imposible.

La definición de cosas generales puede valer algo cuando reúne una serie de sinónimos que aclaran el sentido de la palabra, pero nada más.

Respecto a las cosas naturales: un árbol, un caballo, una lombriz, no se pueden definir, lo único que se puede hacer es describir. Esas definiciones clásicas, teológicas, con que todavía se entretienen en los institutos y universidades, son juegos sin ningún valor.

Decir «el hombre es un animal racional», es no decir nada; habría que definir en seguida qué es un animal y qué es ser racional.

Cuando se trata de ideas tan extensas como las del Espacio, el Tiempo y la Causalidad, la definición sirve lo mismo que un paraguas para cubrir la catedral de Toledo.

Las definiciones que se dan de ideas tan extensas no son más que un circunloquio, lo que se llama en lógica tautología, es decir, un artificio, en donde se mete más o menos disimuladamente el definido en la definición.

Muchos de los axiomas no son más que tautologías. No hay efecto sin causa. ¡Naturalmente! Efecto presupone causa. Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. ¡Claro! Cosa, presupone ser.

Otra tautología es la de los que nos dicen que dos y dos serán cuatro en la Tierra como en Sirio, siempre que en Sirio exista la idea de unidad. No se puede dudar de esto, pero

es porque en la unidad están comprendidos todos los números.

Otro lugar común por el estilo, dice Voltaire, ejerciendo de deísta cuando afirma: Que es preciso estar loco para sostener que un reloj no supone un relojero.

Lo que había que demostrar no es que un reloj supone un relojero, cosa que no tiene duda, sino que un reloj y el universo son cosas similares.

No intentaremos, pues, definir lo que es indefinible.

.....

De las tres categorías que tenemos para asir el mundo exterior, la primera, el Espacio, es la más simple de todas, la más pura, la más homogénea según Bergson.

Indudablemente, parece que el Espacio se puede concebir en reposo y sin necesidad de que intervenga el tiempo, en cambio el Tiempo no se puede concebir fuera del Espacio.

Suponemos espacio y no tenemos necesidad de pensar el tiempo que dura porque la idea del espacio puede ser actual, en cambio no suponemos momentos sino en alguna parte.

Cierto que podemos suponer el Tiempo como algo más interior que el espacio, pero no de una manera neta.

El tiempo, sin fenómenos que se intercalen

en él, no es fácil de concebir con claridad. Concebimos un momento y después otro momento, pero no concebimos una serie de momentos seguidos como una unidad; los momentos anteriores los vemos distintos, condensados, comprimidos, como en proyección sobre el presente, porque la conciencia de lo pasado no es más que un hecho de conciencia actual.

Siguiendo la terminología de los pragmatis-
tas, se puede decir que la idea del tiempo es una idea cómoda, una idea de utilidad práctica.

¿Podemos afirmar que el momento anterior y este momento que le sigue son idénticos en su esencia? En absoluto, no. En un mundo en que todo evoluciona perpetuamente, en que todo cambia y nada es porque todo tiende a ser, cabe la posibilidad de que el tiempo se transforme constantemente y vaya también a un *devenir*.

Desde este punto de vista las cosas, en conjunto, en el momento que las vemos, son eternamente nuevas, y para lo que es eternamente nuevo no hay tiempo.

No serían, pues, las horas como tiras de un cañamazo en que vamos bordando acontecimientos más o menos ramplones, sino que cada hora, cada trozo de cañamazo, sería nuevo y distinto.

•Nadie se baña en el mismo río dos ve-

ces—dijo Heraclito—, porque todo cambia incesantemente en el río y en el que se baña.»

.....

Las deducciones que a mí se me ocurren después de la lectura de este libro, y que no sé si serán igualmente ciertas para los demás, son éstas:

Que la más simple de las tres categorías, Espacio, Tiempo y Causalidad, la más homogénea, como dice Bergson, es el Espacio.

Que el Espacio se puede concebir en reposo (es decir, homogéneamente en su pureza) o en movimiento (es decir, en combinación con el Tiempo).

Que el Tiempo, siendo una sucesión de existencia de cosas—este circunloquio parece que aclara algo—no es, indudablemente, un concepto tan simple como el del Espacio en reposo.

Por último, que el concepto de Causalidad no es más que una variante del concepto del Tiempo, pues así como el Tiempo relaciona la existencia de dos estados de una misma cosa, la Causalidad relaciona la existencia de dos cosas diferentes.

Esta última categoría, concepto que brota del espíritu y que se traduce en el axioma tautológico: No hay efecto sin causa, produce la necesidad de afirmar el determinismo y de negar la libertad humana desde un punto de vista metafísico.

Así como Kant encontró falible el principio de Causalidad, Bergson quiere ir más lejos y encontrar falibilidad en el Tiempo.

En esto, como decíamos antes, no hace más que exponer la trayectoria de Heraclito.

Explicar como de la no homogeneidad del Tiempo, de la no transcendencia, de la no pureza de este principio saca Bergson un posible indeterminismo científico sería para mí un poco largo y difícil. Ciertamente, también lo es para él y el filósofo tiene que hacer grandes equilibrios sobre la cuerda floja, llevando la libertad en la espalda y aun así no nos convence siempre de que su juego sea del todo limpio.

“HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES”,
 POR MENÉNDEZ Y PELAYO

DE esta obra, célebre en España, conocía, hasta hace poco, algunos capítulos del tomo tercero. Estos días la he leído completa. ¿Qué clase de hombre era este Menéndez Pelayo? Sus panegiristas le han llamado genio portentoso, han dicho que era un león y han abusado de la hipérbole, de la manera clásica, a la que son tan aficionados los españoles. Generalmente para nosotros entusiasmo es sinónimo de retórica. El entusiasmo produce retórica, como el hígado produce bilis y la parótida saliva. Entusiasmo sin retórica, entre nosotros, no se concibe; retórica sin entusiasmo, se concibe muy bien.

¿Cómo se presenta Menéndez Pelayo a un lector moderno? Leyendo *Los heterodoxos* lo que se advierte a las pocas páginas es que el autor es un católico a macha martillo, un tradicionalista rabioso y un patriota intransigente.

Menéndez Pelayo tiene la feliz idea de exponer en una obra la vida y las ideas de los pensadores españoles que se han separado de la iglesia católica desde los tiempos remotos hasta nuestros días.

El autor de esta obra es un gran investigador y un gran clasificador; busca el origen de las ideas, las expone con claridad, las encuentra su filiación. Además de ser erudito e investigador, ¿es algo más? ¿Es un espíritu noble? ¿Tiene intuiciones profundas? ¿Sabe elevarse a buscar las leyes de las cosas? Yo creo que no. Yo no he encontrado en este libro nada fundamental, ninguna intuición nueva o profunda sobre las ideas o sobre los hombres.

Después de un trabajo así, grande, como el de Menéndez Pelayo, de aporte de datos, ¡qué de cosas no hubieran dicho sobre ellos un Herder, un Carlyle o un Renán!

Por encima de la documentación y de la erudición se cierne en el autor español un espíritu localista limitado, un ímpetu plebeyo, que es como la expresión literaria del ¡Vivan las *caenas!*, de 1823.

Algunos han comparado a Menéndez Pelayo con Taine; hay en uno y en otro, indudablemente, la misma mezquindad, la misma miopía, el mismo sentimiento de patriotismo llevado al absurdo. Taine es más seco, más duro en el fondo determinista; Menéndez Pelayo es más jugoso, más erudito a la antigua.

Alguno de los panegiristas de Menéndez ha hablado del valor del autor montañés al publicar un libro como *Los heterodoxos* en la época que se publicó, es decir, en plena Restauración.

Así se comprenden las cosas en España. En un país católico como el nuestro, en donde el rey y la corte y el ejército y la magistratura y la burguesía y la aristocracia y el pueblo son católicos fanáticos, el hacer la apología de la tradición católica indica valor. ¡Qué ridiculez! El terrible enemigo de nuestra tradición, y, por tanto, de Menéndez Pelayo, en el tiempo que publicó sus *Heterodoxos*, era un grupito de krausistas del Ateneo, insignificantes por todo.

El valor de Menéndez y Pelayo no pasará a la historia en unión del canciller Morus o de Giordano Bruno.

Menéndez Pelayo como erudito español siente una gran antipatía por lo general y por lo germánico, que es la quinta esencia de lo general. Menéndez Pelayo hubiera deseado que no hubiese más pensamiento que el latino y el católico, lo demás, para él, sobra.

Estos escritores alemanes, Nietzsche, Feuerbach, Schopenhauer, cada cual en su esfera del pensamiento, como antes Kant, Herder, Goethe, tienen el sentido humano sin localismo alguno. En un Taine, en un Sainte-Beuve, ya esto se restringe, ya sus ojos no son sólo

de hombre sino de francés; en Menéndez Pelayo la restricción aún es mayor, es un español el que habla y un español tradicionalista.

A Menéndez Pelayo se ve que le molesta la preponderancia que en su tiempo había tomado ya el pensamiento alemán y quiere negarlo, y hasta pasando por su catolicismo quisiera que los herejes españoles de su época se inspiraran en los antiguos herejes nuestros mejor que en los filósofos alemanes.

La pretensión es absurda. ¿Qué nos va a interesar la herejía teológica de un pensador del siglo xvi? Absolutamente nada. Aunque las ideas de uno de estos hombres tuviera algo aprovechable hoy, el pensar que es necesario ir a buscarlas es una muestra de un historicismo cándido. Es como querer que el que marcha en automóvil sepa cómo se viajaba antes por la carretera por dónde va. ¿Para qué? Una de las primeras condiciones de la vida es el olvido.

Por otra parte hay que suponer que todo lo fundamental, todo lo útil que haya pensado un escritor de hace doscientos o trescientos años ha sido pasado por mil cedazos y se ha depurado y analizado.

Los que creen que la ciencia es algo como un juego, como don Juan Valera, afirman que casi todos los descubrimientos modernos estaban indicados por los antiguos; así, por ejemplo, Valera dice que las doctrinas del

darwinismo están en el libro *El ente dilucidado*, del padre Fuente de la Peña. También en este mismo libro del padre Fuente se asegura que se podrá volar, pero de decir eso a inventar el aeroplano, como lo hicieron Lilienthal y los Wright, hay una diferencia considerable.

Para ponernos a tono con Valera en estas cuestiones contaremos una anécdota sevillana.

Un señor que había estado en Egipto contaba en Sevilla lo que había visto en el país de los Faraones.

—Y en un sótano de una tumba egipcia—decía—se encontró un manojito de alambre, lo que hace sospechar que los antiguos egipcios conocían la telegrafía.

—Pues aquí, en Sevilla—le replicó uno que le oía—en un sótano de una casa muy vieja no se encontró nada, lo que hace sospechar que los sevillanos antiguos conocían la telegrafía sin hilos.

Esta anécdota es tan seria como lo que afirma Valera.

Valera tiene también el tupé de hablar al mismo tiempo del darwinismo y del espiritismo, queriendo dar la misma importancia a una superstición ridícula que a la doctrina más profunda y más documentada que ha producido en biología el siglo XIX.

Esto, en el fondo, no es más que una de tantas manifestaciones de petulancia y de aldeanismo español. Casos parecidos se podrían

citar muchos en nuestra literatura actual. Así Pérez Galdós, en *Doña Perfecta*, dice de su personaje, un ingenierito español, que no creía en las locuras de Darwin y Haeckel. ¡Así son la mayoría de los ingenieros españoles! No creerán en Darwin, pero, en cambio, creerán en Maura.

Campoamor afirmó que las doctrinas de Darwin eran de un mozo de mulas. Este buen hombre, el autor de las *Doloras*, creía que sus aleluyas y sus versitos de pastelería eran de mucha más transcendencia que el transformismo.

Aquel otro vacuo e infatuado Cánovas, cuando estuvo de moda el naturalismo, dijo que entre los escritores realistas la Pardo Bazán era superior a Zola, porque tenía mejor gusto, etc., etc. No comprendía el *monstruo*, como le llamaban sus amigos, que en la obra de Zola hay un valor universal, histórico, que abarca una época y que en la obra de la Pardo Bazán no hay más que un relativo valor regional.

Esta falta de medida es en nosotros constante. Unamuno también es de la misma escuela, intentará demostrar al mismo tiempo que cualquier escritor portugués o sudamericano es una gran cosa y que en cambio Kant, Schopenhauer, Goethe o Nietzsche no son nada. Es el eterno aldeanismo, rebozado con una punta de envidia.

España, como país de cultura periférica, ha tendido casi siempre a burlarse y a negar las ideas de la cultura de la Europa central. A veces ha acertado como en el *Quijote*, en cambio todo lo que ha hecho después en este sentido, desde el Fray Gerundio, hasta Menéndez Pelayo, Valera, Pereda u Ortí y Lara, no ha tenido el menor valor universal. El localismo, el aldeanismo natural del español se intensifica en Menéndez Pelayo por su tendencia ultramontana y le hace llegar al absurdo.

En los dos primeros tomos el autor guarda un poco la serenidad. No tiene nunca, claro es, la contemplación poética de Renán. Para Renán los sistemas filosóficos son, como grandes construcciones, dignos de admiración y de estudio, la misma verdad que puedan encerrar no le preocupa; para Menéndez Pelayo los sistemas filosóficos son como andamiajes del demonio.

De algunos filósofos heréticos da Menéndez Pelayo datos nuevos y poco conocidos; en el estudio de otros no añade nada original. De Averroes, por ejemplo, que parece el hombre más interesante de los pensadores nacidos en España, no dice más que vulgaridades.

En el segundo tomo los capítulos dedicados a los dos Valdés y a Servet son más completos y tienen cierta generosidad.

Si en estos dos primeros tomos de *Los heterodoxos* el autor conserva el decoro, en el

último ya se vuelve loco de furor. Es un seminarista atacado de hidrofobia.

Voltaire, según él, es un hombre bajo y ruín, que vivió de pensiones y hasta del tráfico de negros. Es un lacayo, un miserable, un entendimiento mediano, incapaz de enlazar ideas o de tejer sistemas.

A esto no se puede contestar más que encogiéndose de hombros misericordiosamente.

Todos los que colaboran con Voltaire en la *Enciclopedia* son vulgares y tabernarios. El ser ateo es una brutalidad sin chiste, propia de gente soez y de licenciados de presidio... El darwinismo es cosa tan baja que no cabe más. Hay que volver a encogerse de hombros. Para este señor, Demócrito y Epicuro, Protágoras y Lucrecio, Hobbes y Spinoza, Kant y Laplace, Lamarck y Lalande, eran licenciados de presidio.

¡Cuánta más exacta y más profunda la manera de Nietzsche cuando habla de los pálidos ateos y los recrimina, no por su anti-cristianismo sino por considerarlos demasiado cristianos!

Alguno supondrá que esto es una paradoja, pero no lo es. ¡Qué duda cabe que hay más sentido cristiano en el anarquista ateo y materialista, capaz de sacrificar su vida por una locura, que en el cardenal del Renacimiento, amigo de pompas y de esplendores!

Sólo a los hombres de un espíritu mezqui-

no y sacristanesco se les ocurre pensar que el ateísmo o el materialismo o cualquier otro sistema, deducido, mejor o peor, de una idea científica, puede ser de gente soez o tabernaria y responder al objeto de olvidar con el pensamiento el castigo ultra-terreno.

Hay gentes que tienen un concepto tan vil de los demás, que quieren creer que no se puede hacer nada en la vida más que por un egoísmo práctico; así para éstos el hombre que pide la abolición de la pena de muerte es porque teme que le quieran matar a él; si trabaja por la mejora de las cárceles o de los manicomios, es porque piensa parar en una cárcel o en un manicomio...

Esta es la manera de discurrir de la mayoría de los clericales españoles, y esta, en parte, es la manera de pensar de Menéndez Pelayo.

Para él las turbas no quieren creer en Dios para entregarse a todos los excesos. Así, claro es, todos los liberales son gentes satánicas, gárrulas, vulgares... En cambio, los ultramontanos son para Menéndez gente superior.

Además de lo que ataca Menéndez Pelayo con pasión, habla de cosas para él indiferentes, demostrando que no las leyó o que no las comprendió.

Decir, por ejemplo, que Jorge Borrow, el autor de *La Biblia EN ESPAÑA*, demuestra una sandia simplicidad y una escasa cultura, es un absurdo.

Un erudito me decía no hace mucho que había comprobado que Menéndez Pelayo hablaba de libros que no había leído, aprovechándose de resúmenes y de noticias, sobre todo alemanes.

En donde el autor de *Los heterodoxos* mezcla la saña con la sátira es al hablar de los krausistas españoles. No cabe duda de que Sanz del Río no tuvo gran acierto al importar de Alemania la filosofía de Krausse, que, además de no tener prestigio en Europa, se prestaba a la charlatanería; tampoco cabe duda de que Sanz del Río era un escritor confuso; pero aun así, un crítico noble hubiera reconocido en esa especie de secta del krausismo un sentido de humanidad y de universalidad importante.

También Menéndez Pelayo obra de mala fe, confundiendo a Pi y Margall que es un escritor limpio y claro y que dice siempre lo que se propone con los oradores y escritores krausistas que se dedicaban al logógrifo.

Valera hizo algo parecido atacando a Pi y Margall de mala fe por un motivo de política.

Menéndez Pelayo, ya viejo, reconoció la acritud y la virulencia de su libro, y dijo para legitimarse que había peleado por una idea.

A mí no me parece mal la acritud ni la virulencia; pasaría por ellas con facilidad y pasaría también por la negación de las ideas que yo creo buenas si en esta *Historia de los*

heterodoxos hubiera algún punto de vista nuevo, pero ni en este libro, ni en otro que he leído del mismo autor, *La historia de las ideas estéticas* hay para mí más que una sabia compilación.

Menéndez Pelayo ha servido de modelo para la mayoría de nuestros eruditos provincianos. El tipo del historiador y del arqueólogo se han vaciado en su molde, porque antes él se había vaciado en el molde del erudito español: clásico, reaccionario, tradicionalista, un poco frailuno...

Muchos de los discípulos se lamentan de que los libros de Menéndez Pelayo no se lean por la gente. ¿Quién los va a leer?

El español de la calle, el médico, el industrial, el ingeniero a quienes gusta leer, probablemente, se encontrarán más cerca de un Nietzsche, de un Tolstoi, de un Bernard Shaw, a pesar de ser estos hombres de países lejanos, que no de un historiador tradicionalista de gentes de su raza.

Menéndez Pelayo me da la impresión de un escritor que marcha entre dos corrientes; una, la más limpia, es la del humanista que puede llegar a saborear el gusto pagano de una obra latina o griega; la otra, la más turbia, es la del tradicionalismo español exclusivista, limitado y pobre.

¡Y fuera de esas dos corrientes hay todavía tantas cosas en el mundo!

XI

EL BUEN TIEMPO

TRAS la larga temporada de lluvias otra vez viene el buen tiempo. Los campos están al sol y los campesinos comienzan a preparar las heredades para sembrar el maíz.

Ellos saben lo que buscan y por qué se afanan; los que contemplamos el paisaje ¿qué buscamos?

Cada uno exige del campo una cosa distinta; el uno quiere monte y terreno quebrado, al otro le gusta la llanura que se pierde de vista, a éste le atrae el mar, al otro el río caudaloso.

A mí me basta con que en el campo haya verde; no exijo grandes paisajes, ni castillos en los montes, ni riscos, ni cataratas, una mancha de verde donde descansar la vista me parece bastante.

El agua también me parece indispensable en el paisaje.

El agua distrae mucho. Yo, con frecuencia,

paso el tiempo mirando desde un puente el arroyo próximo a casa con sus pececillos que aquí llaman chipas, y los hidrometras que marchan por el agua sin mojarse. El agua corriente me atrae, cuando está inmóvil me impone. Esos estanques tranquilos, quietos, a mí no me agradan y si en ellos hay, como en Versalles y en la Granja, figuras de bronce en la superficie, entonces no sé a punto fijo por qué me producen una impresión desagradable.

¡Qué misterio tiene el agua para el hombre!, ¡y qué variedad! Esa agua espumosa que corre clara entre piedras, ¡qué distinta parece al agua oscura y misteriosa de los estanques y de los pantanos!

Un campo que tenga algo de agua, algo de verde, me basta.

Sorolla me decía una vez:

—Aquel verde-reuma que hay en su país no me entusiasma.

A mí sí.

Cierto que hay una divergencia entre lo que me atrae y lo que me conviene. El clima alto, seco, de poca vegetación, me da más tono; pero en la cabeza y en los ojos tengo el amor por el clima húmedo y los prados verdes.

Los prados de los valles vascos son pequeños, pero en primavera están muy bonitos. Cuando nuestro campo se afea es en verano, con el maíz; el maíz tiene todo el aire de

una planta americana, su hoja es grande, dura, y su color es de un verde negruzco.

Con este tiempo hermoso estoy a cada paso en la huerta. No hago nada de provecho; si me propongo trabajar con la azada, me canso en seguida.

La huerta de la casa es bastante grande; la arreglamos y la ensanchamos hace tres años. En uno de sus lados, que tiene una tapia hacia un camino, al cavar con profundidad, comenzaron a aparecer huesos humanos, largos fémures y mandíbulas con los dientes completos, todo lo cual demostraba que la gente enterrada allí era joven y fuerte. Estos esqueletos se encontraban los unos paralelos a los otros y con la cabeza hacia la tapia. Recordando lo que se dice, que la casa sirvió de hospital durante la guerra de la Independencia, he supuesto que estos huesos son de los ingleses del ejército de Wellington. Resultado de un crimen no es probable que sean, porque de un crimen en donde murieron diez o doce —y aún deben quedar más restos a lo largo de la tapia— quedaría memoria. De ser muertos en las guerras carlistas estarían enterrados en el cementerio y alguno que otro en el campo.

Indudablemente deben ser estos huesos de ingleses, muertos en la casa cuando era hospital, y, como protestantes, no enterrados en el cementerio. El sistema dentario y la longitud de los huesos abonan esta hipótesis.

¡Qué pronto aparece la historia en los países viejos! Y eso que el país vasco ha sido uno de los menos aficionados a la historia que puede haber en el mundo.

Le hablaba a un amigo francés de este camino que pasa al borde de casa y le decía que la gente del pueblo lo suponía hecho por Napoleón.

—Naturalmente, es mucho más viejo—le decía yo.

—Yo creo que es una calzada romana—afirmó él.

Aun en estos lugares que parece que permanecieron aislados de la civilización romana se encuentran vestigios de ella. Hace un par de años, en la orilla del Bidasoa, al hacer un canal de un salto de agua, se encontraron una porción de monedas romanas de distintas épocas, quizá de algún tendero que tendría su establecimiento al comienzo del barranco del río, que entonces sería selvático y tenebroso.

Toda esta parte vasca o, por lo menos, la mayoría, debía estar llena de selvas y debía habitarla una población escasísima, porque es extraño que no se encuentren rastros de la vida pasada. Cavernas que hayan servido de vivienda al hombre, apenas hay en el país vasco; monumentos negalíticos se encuentran solamente en el monte Aralar. A veces se pregunta uno si esto de la antigüedad de los vascos será una mixtificación que hemos in-

ventado para darnos tono; tonta mixtificación, porque a mí, al menos, la vejez nunca me ha parecido una gran gloria.

.....

Mientras ando curioseando por la huerta, hay un chiquillo que cuida de un rebaño de ovejas que pasta en un campo vecino. Este chiquillo canta una canción popular y repite claramente dos estrofas de la canción.

Es curioso en estas canciones vascongadas, que tienen a veces una melodía y un ritmo muy poéticos, lo prosaico y lo torpe de la letra.

Esta canción del chiquillo que cuida del rebaño no es, por su melodía, de las más bonitas, pero sí es, por su letra, de las más pedrestres y realistas. Dice así:

Andre Madalen, Andre Madalen
 laurden erdi bat oliyo
 aita jornalac irabastia
 ama pagatuco diyo.

(Señora Magdalena, Señora Magdalena. Un medio cuartillo de aceite. Cuando el padre haya ganado el jornal, la madre se lo pagará).
 La segunda estrofa es esta:

Andre Madalen errotacua
 Iriqui nazu atia
 Zure senarra datorrelaco
 Arduaz ondo betia.

(Señora Magdalena del molino, abramé usted la puerta, porque su marido viene completamente lleno de vino).

Yo me figuro que la mayoría de estas canciones han degenerado; debieron tener una letra noble y otra avillanada; aquella se perdió y ésta es la que perdura. En muchas cosas han debido hacer lo mismo los vascongados, perdiendo la tradición noble y quedándose únicamente con la villana.

.....

Sigo mi paseo por la huerta; miro como marchan los rosales y las enredaderas, los manzanos y los perales, las habas y los guisantes. Todo está un tanto atrasado. Las últimas heladas han matado los brotes. Muchas plantas que apenas habían comenzado a echar hojas ya están enfermas, algunos rosales se hallan atacados por el oidium, los manzanos tienen el pulgón, los tilos aparecen con las hojas carcomidas.

¿Qué es esto? ¿Es que la tierra y el aire están infectados? No cabe duda que desde hace tiempo ha debido de haber una serie de epidemias en los árboles que han venido de Francia. Han muerto todos los castaños y robles de una gran zona. Otra causa de la debilidad de las plantas es que se traen especies y variedades exóticas que sin duda no están aclimatadas al país.

¡Cuántos enemigos tienen los árboles y las plantas! ¡Qué labor de destrucción más completa! Mirad, por ejemplo, el pulgón del manzano, llega, yo no sé de dónde, y se planta en el revés de la hoja, allí se dedica a hacer una operación que consiste en cortar fibras aquí y allá, y a consecuencia de esta operación, que un médico llamaría tenotomía, abarquilla la hoja, y cuando ya tiene un hueco comienza dentro su nido.

Las orugas de las coles hacen también una obra terrible de destrucción. Un día de primavera empiezan a aparecer mariposas blancas, grandes, muy hermosas. Quizá si tenéis una superstición literaria creeréis que es un presagio de buena suerte. Las mariposas se detienen en vuestras coles, ponen sus huevos y al cabo de un mes empiezan a aparecer orugas como pequeños agremanes, que en poco tiempo dejan las hojas de la berza como una criba. Desgraciadamente, para estas orugas y afortunadamente para los hortelanos hay otro insecto parásito, de la familia de los icneumones, el mierogaster glomeratus, que se dedica a comerse las ninfas de las orugas.

De estas relaciones no solo de primer grado, sino de segundo y de tercero, hay muchas en la naturaleza. Una de las más curiosas, observada por Darwin en Inglaterra, es la que hay entre las praderas del trébol rojo y los gatos. Donde hay muchos gatos hay mucho trébol

rojo. ¿Por qué? La razón es esta: La fructificación del trébol rojo depende de una clase de avispas que, al libar en la flor, ponen el polen en contacto con el estigma. Darwin ha comprobado que el trébol rojo, protegido de los avispones, no produce semilla. Ahora el número de avispones depende de unas ratas de campo del género arvícola, que son sus enemigos y a su vez el número de arvícolas de los gatos. He aquí por qué donde hay muchos gatos hay mucho trébol.

Carlos Vogt, alargando las consecuencias, ha deducido que donde hay muchos gatos hay pocas arvícolas, donde hay pocas arvícolas hay muchos avispones, donde hay muchos avispones hay buen trébol rojo, donde hay trébol rojo hay buen ganado y donde hay buen ganado la gente se alimenta bien y por lo tanto discurre bien.

He aquí la inteligencia inglesa de los Bentham y de los Stuart Mill deducida del número de gatos.

En general, siempre hay algo bueno en lo malo y al contrario.

El mérito del filósofo es darse cuenta de ello.

Grandes daños suelen hacer también en las huertas las babosas y los caracoles, que tienen un apetito insaciable.

Un insecto voraz es el grillo talpa, que aquí llaman *lugarza*. Este grillo, cavador, es un

animal feo y feroz, que vive de insectos y de raíces. La hembra suele escavar un agujero oval en la tierra, con galerías en diversos sentidos, y en ellas deposita sus huevos.

Otro sitio que mirar en la huerta es el gallinero. ¡Qué crueldad! ¡Qué ferocidad la de las gallinas! Es difícil ver un animal, entre los domésticos, tan bárbaro como éste. Si hay alguna débil o que tenga una herida, las demás se lanzan contra ella y si pueden la matan. He visto cómo a una gallina joven, que tenía un prolapso de la cloaca, se echaron las demás sobre ella, le arrancaron las entrañas a picotazos y la dejaron muerta.

El odio al enfermo y al débil es normal en la naturaleza, tiene razón Nietzsche, pero había que hacer lo posible para que no fuera lo mismo en el hombre.

La huerta tiene como un pequeño mirador, desde donde se ve la carretera que va a Francia. Es una carretera esta bonita, que sube trazando curvas hasta el puerto de Biandiz.

Desde el alto se divisa San Juan de Luz, Bayona y la llanura de Francia hasta donde alcanza la vista.

La carretera tiene también su aspecto dramático, porque es un punto de cita de contrabandistas. Estos hacen ahora contrabando de pan y de comestibles a Francia, y, a veces, se ven carabineros que vuelven cargados con cajas y sacos que han aprehendido.

Cada contrabandista se saca un jornal de veinticinco y treinta pesetas por noche.

En este camino hay un abrevadero en donde un naturista del pueblo se suele bañar de noche, y una vez dió un terrible susto a una mujer de un caserío, que al ver salir un cuerpo desnudo del abrevadero, lo tomó por un fantasma.

Por la tarde el sol aprieta un poco, no mucho; la gente de aquí, que parece que tiene mucho miedo a Febo, se pone sombreros y pañuelos en la cabeza.

El final de la tarde es melancólico; el aire parece más azul; las golondrinas, que ya han aparecido, trazan un laberinto de rectas y de curvas por encima del suelo.

En nuestra casa no anidan las golondrinas, sin duda es fría. Como nos hubiera gustado que estos simpáticos pájaros hicieran el nido en Itzea, pusimos debajo del alero una caja de puros. Una pareja de golondrinas la adoptó, aunque de mala gana; sin duda le desagradaba el aire poco natural de la caja o el olor a tabaco, el caso es que al poco tiempo abandonaron la caja y no volvieron más.

En San Sebastián, cuando yo era chico, había enfrente de casa un señor que se llamaba don Fernando y que decían que era protestante.

Este señor salía al balcón a leer un libro y echaba migas de pan a las golondrinas, que

tenían un rosario de nidos en el alero. Cuando se marchó don Fernando, el amo de la casa fué con un palo y quitó todos los nidos. Así que en el diccionario de la infancia yo tenía estos sinónimos: «Protestante: hombre que lee un libro y le gustan los nidos de las golondrinas. Católico: hombre que no lee nada y tira los nidos de las golondrinas.»

.....

Viene la hora triste en que la gente vuelve a sus casas, se oyen las esquilas de los rebaños y las campanas de la oración...

XII

SALPICADURAS DE LA GUERRA

La guerra hace que periódicamente se presenten desertores en Vera. Los ha habido de casi todas las nacionalidades del grupo de los aliados; algunos muy pintorescos, como un oficial yanqui, que luego resultó gallego; un oficial servio, varios rusos, varios belgas. Lo extraño es que casi todos ellos pasaron la frontera vestidos de uniforme y recorrieron grandes distancias, andando de noche y durmiendo de día.

El mayor número de desertores ha sido de vasco-franceses de las aldeas próximas. La gente de aquí, del pueblo, les trata bien, y encuentran muy lógico que se escapen. Cosa extraña. Los franceses trataban mal a los desertores españoles que se escapaban por no ir a la guerra de Cuba o de Marruecos.

Hay siempre en el francés esa ridícula petulancia patriótica y esa falta de humanidad que no les ha permitido nunca tener héroes

naturales. *¡Qu'il mourut!* Esta frase de Corneille es la quinta esencia de la majadería francesa. ¡Cuándo un romano de verdad iba a decir esta tontería!

.....
Se está produciendo una gran hostilidad entre los vascos de aquí y los de allá. Los vasco-franceses, durante mucho tiempo, se han acostumbrado a mirar por encima del hombro a los vascos españoles. Ellos pertenecían a una *grand nation* en donde no había agitaciones ni disturbios, podían llegar a esa suprema gloria de los parisienses de pronunciar la *r* como *g* y a esa no menos sublime belleza de poder lanzar sonidos nasales por sus hermosas narices vascas como cualquier galo chato y braquicéfalo. Además su dinero valía más.

Ahora, aunque sea momentáneamente, ocurre lo contrario, hay calma en España y agitación en Francia, nosotros hemos tenido el cinismo de no ir a una guerra y el dinero español vale más, cosas ambas que a estos franceses de la frontera les irrita.

—*Diru ciquiñ ori* (ese sucio dinero)—dicen por el español.

No hay duda, el dinero español es una cosa sucia; no lo es menos el francés. Con uno y con otro se han hecho muchas bellaquerías, más, naturalmente, con el francés, porque hay más.

Esta mayor o menor suciedad del dinero no nos debe dividir. Todos los dineros son una porquería.

.....

He estado hablando con un muchacho que lleva pan a Francia. Le pagan una peseta por kilo de pan que deja en la raya, y lleva de noche veinticinco o treinta kilos. El kilo cuesta aquí setenta y cinco céntimos y en la frontera lo pagan a 2,50 francos, o sea en moneda española de 1,50 á 1,60.

—Y estos cincuenta o sesenta céntimos de más, ¿quién se los queda?—le pregunto al muchacho.

—El contratista—me dice él.

—¿Pero vosotros qué necesidad tenéis de contratistas?—le pregunto yo.

El muchacho supone que el contratista paga a los carabineros para que dejen pasar el pan.

Aquí hay alguna dificultad para el paso de comestibles, en cambio en Irún no ha habido ninguna hasta este momento. Ahora sí, parece que hay gran cantidad de judías y de lentejas detenidas.

Una muchacha de Irún me decía que todo el sótano de su casa estaba convertido en almacén de lentejas. Añadía que las lentejas deben dar mucha sed a las ratas porque cuando dejaban en el patio una cazuela con agua, in-

mediatamente iban las ratas, por docenas, a beber...

.....
El cambio de hora decretado por el Gobierno quizá sirva de algo en las grandes ciudades. En los pueblos pequeños no sirve para nada. Eso sí, nos dará unas tardes de verano inacabables.

Con relación a la hora va uno a vivir esta temporada en plena confusión. El reloj de casa no siempre marcha bien con el de la parroquia. Este adelanta, según unos, por el capricho del sacristán; según otros, porque le falta un diente (al reloj), y todavía hay otros que atribuyen las variaciones a los cambios de temperatura.

El reloj de la parroquia no siempre va de acuerdo con el de la estación, y ahora, gracias al decreto del ministro, ni el de mi casa, ni el de la parroquia, ni el de la estación, van con el sol.

.....
No sé quién habrá inventado una historia absurda de una mujer que se le ha aparecido a un carretero y le ha dicho que la guerra se acabará en dos meses.

La historia estaba aderezada con todas las de la ley. Algunos han supuesto que sería Nicasio, el estanquero del pueblo, que es hombre guasón, pero él ha asegurado que no. Sea por lo que fuere, la historia no ha cuajado.

XIII

LOS AGOTES

Dos amigos de Irún, Figueredo y el doctor Juaristi, han venido el día de Corpus en automóvil a buscarme. Vamos a ir a Arizcun a ver el pueblo de los agotes. El día está fresco, gris, al pasar por Sumbilla vemos la procesión que cruza el puente. Yo he escrito este artículo que se ha publicado en *El Bidasoa*.

La limpieza de sangre

«Al comparar el autor de Zaratustra el cristianismo con el budismo, hace una de sus observaciones siempre llenas de su gran penetración psicológica. El budismo, según él, se desarrolló en una raza excesivamente elaborada: de una sensibilidad hiperestésica, raza tardía y vieja que se había vuelto buena, dulce y espiritual. Al cristianismo no le pasó lo propio, salido del *subterráneo*, como dice

Nietzsche, del antro de los subyugados y de las razas consideradas como viles, tenía que hacerse dueño de las hordas bárbaras de la Europa central, tenía que dominarlas, y al inculcar en la sociedad del tiempo el fanatismo morboso del semita, su crueldad y su materialismo, tuvo que aceptar del bárbaro gótico el orgullo de la casta, la brutalidad y la insensibilidad.

Ciertamente, en todas las razas han existido separaciones, pero en ninguna tan fuerte como en las arias. El sentimiento de la aristocracia, el culto de la limpieza de sangre, son ambos ario-cristianos.

El feudalismo, condición de esa manera de sentir, ha dominado únicamente los países poblados por las hordas centro-europeas convertidas al cristianismo. La exaltación de unas gentes, por una noción tan fantástica como la limpieza de la sangre, tenía que traer, naturalmente, el desprecio por otras gentes. Así, mientras el mundo cristiano medioeval se llenaba de condes, de barones, de caballeros y de hidalgos, iba formándose al margen la capa de los detritus con las razas despreciadas: los moriscos, los gitanos, los agotes, los *cagots*, los chuetas, los marranos, los *collibert*, los vaqueros.

El mundo brillante y el mundo horrible procedían los dos del mismo mito ario-cristiano: de la limpieza de la sangre.

La humillación ancestral

Los agotes aparecieron en las dos vertientes del Pirineo a principios del siglo XIII.

¿De dónde venían? No se sabe a punto fijo. Lo único que se sabe es que la población vasca y gascona les recibió de tal manera que formó entre ellos y los recién llegados una barrera infranqueable.

Durante siglos y siglos estos agotes han vivido separados de los vascos a quien ellos llamaban *perlutas*; durante siglos y siglos la iglesia en Francia ha puesto en el registro de los matrimonios, detrás del nombre de los casados, un paréntesis (agotes), y en España, en Arizcun, otro paréntesis (de Bozate). El mismo paréntesis ignominioso aparecía al lado de los bautizados. La Revolución Francesa acabó en Francia con el *inri* de los agotes; en España, hasta hace poco tiempo, se ha seguido poniendo en Arizcun la nota: de Bozate. Los apellidos de los agotes son los mismos que los de los demás vascongados. Hay entre ellos Echeverri, Salaverri, Echeagaray, Amorena, Bidegain, Aguerre, Gaztelu, Zamacois...

La iglesia, como la sociedad civil, se constituyó en enemiga de los agotes. En casi todas las parroquias donde había poblados de agotes como en la de Luz, había una entrada aparte; en algunas entrada y sitio aparte, en todas ellas tenían éstos pilas de agua bendita

especiales y no podían mojar los dedos en la de los demás parroquianos.

En la iglesia de Arizcun los hombres del barrio de Bozate, los agotes, se ponían separados, hoy las mujeres de ese barrio se colocan las últimas. Los agotes no podían ser curas ni frailes. En Arizcun, iban en las procesiones los primeros y no podían sentarse en los bancos del cementerio a esperar la misa. Su inferioridad civil era también grande. En plena Edad Media tenían que presentar siete testigos para contrarrestar el testimonio de un *perluta* (vasco). No podían ir por el camino sin zapatos para no contaminar su peste y llevaban un pedazo de paño rojo en forma de pata de ganso, en la ropa, para distinguirles desde lejos; se les acusaba de vanidosos, de petulantes y de lascivos. Hoy mismo en el Baztán no son concejales los del barrio de Bozate y apenas les dejan bailar la carrica danza a las muchachas bozatenses en la plaza de Arizcun.

Impresión de Bozate

Bozate es un barrio pobre, erguido en un altozano, con unas cincuenta a sesenta casas bastante miserables y descuidadas. Tiene como vigilándole, apartado de él, una vieja torre solar, la de Ursua, la antigua dueña de las casas de Bozate, que cobraba los pechos. Al

lado de la carretera hay un palacio grande: Lamiarrieta.

Al entrar en Bozate se nota que no hay ninguna casa solariega, ningún escudo, ningún adorno, pocas flores, se siente un ambiente de tristeza, de suspicacia y de humillación. Es la miseria ancestral, la injusticia y el odio que al pesar sobre los habitantes los ha empequeñecido.

Si se fija uno en los hombres, en las mujeres y en los chicos, se vé que debajo de la máscara común de tristeza y de sospecha hay un tipo de raza especial.

Es un tipo de cara ancha y juanetuda, esqueleto fuerte y pómulos salientes; distancia bizigomática grande, ojos azules o verdes, claros, algo oblicuos, cráneo braquicéfalo, tez blanca pálida y pelo castaño o rubio.

Este tipo, que no se parece en nada al vasco clásico, es un tipo de la Europa del centro y del Norte. Este tipo existe aunque no con tal abundancia como en Bozate, en toda la comarca, y se extiende hasta Santesteban por lo menos. Hay viejas en Bozate que parecen retratos de Alberto Durero, de aire completamente germánico. Al mismo tiempo que este tipo de cara cuadrada y ojos claros, se ve en Bozate otro de facies más alargada y de tez más obscura que recuerda al del gitano.

Así como las aristocracias se buscan, lo mismo pasa con las gentes humilladas y caí-

das; los agotes han entroncado con los gitanos; los cascarotes de Ziburu (cas-agotes) son seguramente producto de una de estas mezclas.

Los agotes de Bozate, como los de fuera de Bozate son molineros, carpinteros, canteros y tejedores, hay entre ellos muchos pescadores y también tuntuneros y tamborileros.

Algunos agotes ricos intentaron después rehabilitar legalmente a los suyos y borrar las diferencias con los otros vascos ante la iglesia y la sociedad civil, pero, prácticamente, no lo consiguieron. El mito de la limpieza de sangre siguió separando unos hombres de otros.

Un antiguo poeta, agote del Bearn, dejó unos versos que comienzan así:

«Encuer que cagots siam,
Nou nom dām;
Touts sem hills deu pai Adam.»

(Aunque somos agotes, poco nos importan las palabras; todos somos hijos del padre Adán.)

No, querido poeta agote; no es el parentesco con el padre Adán, muy problemático para los antropólogos, el que conseguirá que la división de los agotes y los perlutas desaparezca. Es la civilización y la cultura las que van haciendo que todos los hombres seamos iguales y las que impulsan a que no haya en-

tre nosotros más distinción que la que producen el trabajo y la inteligencia.

La razón del odio

Se han ideado muchas causas para explicar la separación y el odio a que han sometido los vascos a los agotes. Las tres versiones principales son éstas: primera, la que supone que los agotes son de una raza distinta; segunda, la que supone que son de una secta religiosa herética, y tercera, la que supone son descendientes de leprosos.

Respecto a la primera hipótesis mi opinión es que existe en ellos un elemento de raza distinta a la vasca. Los agotes no deben de ser del mismo origen étnico que los vascos.

¿Son restos de los visigodos vencidos por la espada de Clodoveo en la llanura de Vouillé; son moros desbaratados por Carlos Martel? Todo hace pensar que han de ser más próximos a los primeros que a los segundos; más bien arias que semitas.

Esta misma diferencia de raza, si existe en otras partes, ha producido la esclavitud, pero no el odio.

La versión de la diferencia de raza no legitima, pues, el aislamiento.

La segunda hipótesis, de que los agotes proceden de una secta cristiana distinta a la católica, tiene mucha base.

En algunas partes del Bearn se les ha llamado *crestiás* (cristianos), dando a entender con esto que eran cristianos nuevos. Probablemente los agotes son reliquias de los albigenses de la comarca de Tolosa. Esto explicaría más que nada la enemistad sañuda de los vascos por ellos. Sólo un fanatismo religioso puede alcanzar tan gran violencia.

Una vieja de Arizcun, para legitimar la animosidad contra los agotes, decía que éstos habían dado informes falsos a la Virgen, y que cuando ella preguntó por el camino de Errazu, le indicaron el de Maya.

La tercera hipótesis, de haber padecido los agotes la lepra, acaso sea cierta, pero hay datos para creer que esta enfermedad no fué en ellos continua. Los agotes eran tejedores y molineros. ¿Cómo el *perluta*, si abrigaba el temor de contaminarse, podía tomar la harina y el paño para vestirse, de un trabajador leproso?

Además, lepra ha habido en casi todas las regiones de la Europa meridional y no se ha promovido en todas ellas una casta aislada y odiada.

Por estos datos, lo lógico es concluir que ha sido el fanatismo religioso el que ha aislado a los agotes.

El porvenir de los agotes

¿Durará todavía mucho tiempo este poblado

de Bozate aislado en medio del país vasco? Todo hace creer que no. Ya en pleno siglo XVIII, un Goyeneche, conde de Saceda, y nacido en Arizcun, quiso sustraer a los habitantes de Bozate al desprecio con que se veían tratados por los vecinos, y los trasladó y les dió tierras en la provincia de Madrid, en el partido de Alcalá de Henares, y fundó el pueblo Nuevo Baztán, pero los bozatenses echaron de menos su país y sus montes y volvieron a Bozate.»

.....

Aquí la gente empieza a dejar de ser crédula. Todavía hay supersticiones en el país, pero no muchas; es más, parece que las supersticiones que hay no son originales.

Esto, para el etnólogo y para el filólogo, constituye un desencanto, porque de las supersticiones actuales hubieran podido inducirse los mitos antiguos. Se ve que el vascongado no es tan tradicionalista en sus ideas como se cree. Es el aislamiento el que le ha hecho así. Desaparecido éste, desaparecerá aquél.

.....

En el puesto avanzado de la frontera, en el alto de Biaudiz, hay tres casuchas, una de los carabineros y las otras dos en donde se vende vino. Ahora, los domingos por la tar-

de, suelen subir una porción de franceses y de francesas al puesto avanzado a merendar.

Las dos barracas suelen estar llenas los domingos, pero una de ellas, que tiene más espacio, es la que sirve de salón de baile cuando llueve.

El público está formado principalmente por desertores vasco-franceses, mozos con bigote, de aire de gallo, y por algunas chicas de Urruña y de Oleta, que vienen a España de su país, en donde hoy apenas se ven hombres jóvenes y se encuentran en la «murga» en minoría, cada una solicitada por cinco o seis muchachos.

Cuando no llueve suelen salir de la barraca a un prado a bailar. El del acordeón se sienta en la hierba, las parejas se van acercando a él.

—Andar, no seais primos—les dice un carabinero andaluz a los mozos—; agarradlas del «bullarengue», que ellas lo agradecen.

Españoles y franceses fraternizamos en la misma raya de la frontera. Ha habido domingos en que hemos visto un capitán francés con su familia comiendo chorizo de Pamplona rodeado de desertores. El otro día hubo una cuchipanda de carabineros españoles y de gendarmes franceses.

Los gendarmes creían que el vino de Alicante que se vende por aquí es igual que el

de Francia y sufrieron los efectos del alcohol, de tal manera, que el sargento y uno de sus números tuvieron que echarse en la hierba y pasar la tarde dormidos, recibiendo chaparrones uno tras otro. Fraternalizamos.

XIV

LOS VECINOS

DELANTE de la fachada de Itzea hay dos casas viejas, una tiene dos pisos, la otra debía ser más alta y quedó desmochada, probablemente, por algún incendio.

El amo de una de ellas, Pachi, es un hombre de más de sesenta años, trabajador, regañón, hombre que no quiere que se cambie nada. Para él todo debe estar como antes, ese es el gran mérito.

Pachi ha debido considerarnos a nosotros como gente bastante absurda por nuestro afán de cambiar y modificar en la casa. Sin embargo hay algo que le ha parecido bien, ha sido el poner una veleta en el tejado.

Pachi mira constantemente a nuestra veleta y de sus cambios saca el pronóstico para el tiempo.

Pachi, como digo, es tradicionalista y no cree que se puede hacer gran cosa leyendo libros. Hace unos años a mi hermano se le

ocurrió hacer sidra y se agenció un tratado para estudiar como se hacía.

—¿Con lo que dicen los libros quiere usted hacer sidra? No, no le saldrá a usted—aseguró Pachi.

Sin embargo salió; pero no creo que esto haya modificado el tradicionalismo de nuestro vecino.

Al lado contrario de la fachada de nuestra casa, hacia el Norte, hay en un alto un caserío y en la parte baja un molino.

En ese pequeño molino vivía hasta hace poco una francesa rubia y un gitano, que tenían un chico y una chica de cinco o seis años y un niño de pechos.

El gitano y la francesa habían venido al comienzo de la guerra. No debían estar casados porque la chica, Mari, decía que tenía el apellido de la madre.

Mari, que era la mayor, y el chico Michel correteaban todo el día por los alrededores del molino y cogían caracoles.

La pequeña Mari era de la piel del diablo, llevando al chiquillo en brazos y seguida de Michel correteaba con los pies desnudos y se metía en el arroyo. Algunos de la vecindad aseguraban que se llevaba a casa calabazas y otras cosas de las huertas.

En poco tiempo Mari aprendió el castellano, aunque lo hablaba chapurreado de vascuence y de francés.

Un día al pasar por el molino vi seis o siete chicos que le habían cercado a Mari y le tiraban piedras. Ella había cerrado la puerta de casa y salía a la ventana a tirar también cascotes.

—¿Por qué le tiráis piedras?—les pregunté a los chicos.

—Por que nos insulta—dijeron ellos.

—¿Qué os dice?

—Nos dice: «*Tete de bóche!* Español come garbanzón y españolic cap de burric.»

—Y vosotros, ¿no le decís nada?

—Este le dice: «Francesa, mala *cabesa.*»

Al día siguiente le vi a Mari seguida de Michel, que llevaba una blusa larga y una boina de hombre que le tapaba la cara.

—¿Para qué insultas a los chicos?—le dije yo.

—Ellos también *me hasen miserias*—me contestó.

La francesa y el gitano desaparecieron con Mari y Michel y ahora el molino está abandonado.

Un poco más lejos del molino hay un case-río, Truqueneco-borda. Desde hace poco vive en él un muchacho joven del pueblo que ha venido de América del Norte, de un pueblo de Nevada, en donde estaba de minero. Este muchacho cuenta cosas curiosas de aquella gente y de la vida de los europeos, de los indios y de los chinos.

Un poco más arriba de Truqueneco-borda hay otro caserío, Larun-choco, que también es de un americano, pero éste ha venido de la Argentina, donde era carpintero. El mismo día que llegaba al pueblo venía yo en el mismo tren y él hablaba con un cura en vascuence y le decía que en América había gentes de todas castas y religiones, pero que no se molestaban unos a otros porque había entre ellos respeto humano. Estas dos palabras *respeto humano*, metidas en la conversación en vascuence, se destacaban de una manera rara.

El americano del respeto humano es un gran trabajador. Cuando paso por la carretera de Francia le veo siempre trabajando solitario, en su casa también solitaria.

XV

UNAS RUINAS

LA primavera va tomando vuelos, los robles de un robledal que está en un monte que se ve desde casa, se han puesto en pocos días completamente verdes; las golondrinas pasan raudas; van estallando los capullos de las rosas, y ha comenzado a cantar el cuco.

Según los aldeanos, ésta es la más auténtica señal de buen tiempo.

El cuco es un pájaro de quien se cuentan muchas historias y que ha dado origen a un sin fin de supersticiones; sin duda su aparición en la primavera contribuye a ello. La superstición más corriente con relación al cuco consiste en asegurar que si se le oye cantar y en aquel momento se tiene dinero en el bolsillo, durante todo el año se tendrá dinero; por el contrario, si no se tiene un cuarto al oírlo, todo el año será de miseria.

Animado por el buen tiempo, he salido de

casa y he ido por un barrio que se llama de Illecuenta, hacia la falda del monte Larrún.

En este camino hundido, sobre el que pasa un puentecillo, hay una casa antigua con unas ventanas góticas, en donde nació el guerrillero del país Fermín Leguía, y una ermita con su altar y unas imágenes un poco cómicas, pero que hacen su efecto. La ermita tiene unas rejas de madera y en el dintel de la puerta unos versos en vascuence acerca de la muerte.

A la vuelta del paseo me he detenido en una fábrica de hierro en ruinas que se llama Olaundia y que la están destruyendo ahora con cartuchos de dinamita para aprovechar las piedras y las grapas de hierro. Cerca hay una grúa de madera que sirve para levantar los troncos.

Esta fábrica arruinada tiene un aire imponente; queda de ella un gran patio con columnas y sin tejado, que hace un efecto fantástico.

Hacia el arroyo (Lamiocingo-erreca), presenta el aspecto de un viejo castillo y hay una plazoleta que parece el fondo de una de «Las tentaciones de San Antonio», de Teniers, que está en el Museo del Prado. Las clemátides, las parietarias, las sanguinarias y los solimanes, crecen con tal ímpetu, que ocultan las piedras.

He estado parado contemplando estas rui-

nas, que parece que se están rejuveneciendo al ser destruidas.

El lugar común al contemplar unas ruinas es evocar el pasado. Parece que es el único valor literario que pueden tener unas ruinas, éste de la evocación. Aquí ocurrió tal cosa. Allí pasó tal otra...

En la literatura castellana tenemos como caso típico la poesía *A Itálica*. Los Césares, el anfiteatro, la púrpura, etc., etc.

Aquí, en estas ruinas de una fundición de hierro del siglo XIX, no hay manera de hacer ninguna evocación histórica y, sin embargo, estas ruinas hacen su efecto.

¡Qué hay tan melancólico como los acueductos rotos de la campiña romana! Tampoco acerca de ellos se pueden hacer grandes evocaciones históricas y, sin embargo, para mí es una de las cosas que me ha parecido más triste.

Esto demuestra que en las ruinas hay para nuestro espíritu algo más que evocación histórica, hay un factor humano más próximo y más fuerte.

Un temperamento anarquista, dionisiaco, contemplador de la naturaleza, tendrá amor por las ruinas. En el origen de este amor late quizá un fondo de odio contra la obra del hombre.

Hay en nuestro corazón como dos fuerzas impulsivas; una constructora, clara, apolínea,

que intenta crear una obra separándola de la naturaleza. Esta fuerza nos impulsa hacia la ciencia, hacia el arte; nos lleva a poner marco a las cosas para separarlas del cosmos ciego y dominado por la fatalidad.

La otra fuerza es la tendencia dionisiaca, pánica, que ansía fundir las cosas en el Gran Todo, romper los marcos y deshacer lo artificial para volverlo a naturalizar.

El Baco que llevamos dentro no gusta que su campo se acote, como no les gustaría, si pudieran opinar, esta limitación de la naturaleza al jabalí o al oso.

Apolo puede desear la complicación, el arte, la limitación y la medida; Pan, el Gran Pan, la esencia de las fuerzas de la naturaleza; el Gran Todo tiene que buscar la simplicidad, la extensión, la unidad...

Quizá en este instinto panteísta y báquico esté la razón de la impresión honda que nos producen las ruinas, aunque no nos sugieran el pasado, ni vayan acompañadas de evocaciones históricas.

XVI

LA SOTANA EN EL HORIZONTE

PERO usted en todo ve la sotana—me dice uno del pueblo.

—¿Y aquí en nuestro país en donde no se ve la sotana?—pregunto yo.

A pesar de lo que creen algunos de mí, yo no soy de los anticlericales furiosos. Si a mí no me molestan yo tampoco molesto. Yo no tengo acerca de los curas una idea estilo *El Motín*, no creo que sean viciosos, mujeriegos, etc. Al menos en el país vasco no lo son. Serán hipócritas, toscos, farsantes, amigos del mando; pero crapulosos no. Sus defectos son los defectos del país y de los dogmas que defienden.

El cura va viendo que los dogmas religiosos cristianos están heridos de muerte y se encuentra rodeado de enemigos. El cura coge el hisopo y rodeado de sus fieles tiene que formar el cuadro. Todo lo moderno es enemigo suyo: el libro, el periódico, el tren, el

telegrafo, el cinematógrafo, todo, al fin, según ellos, va contra la iglesia, y tienen razón.

La ciencia ha desmoronado a las religiones. Si se pudiera explicar claramente en los pueblos y en las aldeas el sistema de Copérnico, la teoría de la evolución, la teoría parasitaria, la mitad de los creyentes dejarían de serlo. ¿Qué no daría la iglesia porque el sistema de Copérnico fuera falso?

Un libro ya tan viejo como el de Fontenelle acerca de la Pluralidad de los Mundos sería vulgarizado, mucho más revolucionario que todos los tópicos anti-clericales, únicamente por tener una explicación amena del sistema de Copérnico. La idea de la pequeñez de la Tierra, de su rotación alrededor del Sol, de lo que son los eclipses no ha llegado aún a la gente.

Para la mayoría de los aldeanos el cielo está arriba, el infierno abajo, para la mayoría de ellos Dios ejerce unas funciones de vigilante y de policía. Nuestros aldeanos de hoy tienen la misma idea monoteísta que los judíos de hace tres mil años y que los mahometanos.

Yo he oído discutir en el pueblo a dos mujeres acerca de las vigiliass últimamente suprimidas por el Papa, y una de ellas decía que no debía ser verdad porque las vigiliass las había mandado Dios. Luego se pusieron a hablar de lo que obligaba y de lo que no obligaba la religión, como un recluta de la ordenanza.

Cuando la gente adquiriera un ligero conocimiento de astronomía no será posible que tenga estas ideas que responden a la época de la edad de piedra.

Como disciplina moral no creo en el catolicismo. Yo, prácticamente, no me fío más en el católico fervoroso que en el hombre de poca religión.

El vicario que estaba en Cestona, cuando yo era médico allí, me decía:

—Yo siento decirlo, pero voy notando desde hace tiempo que ni las ideas políticas ni siquiera las religiosas hacen buenos o malos a los hombres. Conozco—añadía—en San Sebastián una familia de judíos excelente, conozco carlistas muy buenos, republicanos muy buenos, carlistas muy malos y republicanos muy malos.... No creo en las ideas.

Tenía razón el buen vicario. Ni la religión, ni la irreligión llevan por sí bondad, ni amor, ni benevolencia por las gentes.

.....

Los pragmatistas conservadores actuales que son incrédulos, y que admiten que la *élite* de un país no tenga creencias, afirman que es conveniente que las tenga el pueblo.

Para ellos las creencias son un lazo de unión entre las generaciones pasadas y las venideras. En el sentir pragmatista lo importante no es la verdad de una teoría o de unos

sentimientos, sino la comunidad de ellos. Naturalmente, esto da unión y consistencia.

La cohesión en un momento de peligro puede ser útil, pero nada más. Se puede asegurar que si España no hubiera sido íntegramente católica y fanática no se hubiera podido defender de Napoleón, es cierto, pero también se puede asegurar que si no hubiera sido tan católica y tan fanática no hubiera decaído como decayó, de una manera tan profunda.

.....

Desde un punto de vista cultural el catolicismo es una fatalidad, porque el catolicismo español, y, sobre todo el vasco, no es el catolicismo yanqui, ni el alemán, ni el francés, ni el romano, es el catolicismo exasperado que forma el cuadro. Los pueblos vascos viven en plena teocracia, el cura interviene en todo. La gente cree que el parroco puede mandar, y como los alcaldes en general son pobres diablos, mandan de hecho.

En Madrid, un amigo que no ha vivido en este país suele decirme:

—A usted le pasa como a los realistas de la Restauración en tiempos de Luis XVIII y Carlos X, que creían que todo lo malo que ocurría en Francia era la culpa de Rousseau y de Voltaire:

«C'est la faute a Voltaire,
C'est la faute a Rousseau.»

Usted cree que de todo tiene la culpa el cristianismo.

Y es cierto. Si no hay escuelas y la gente no sabe leer es porque el cura les convence que la verdad está en rezar y no en leer; si las alcantarillas están sucias y hay enfermedades, es porque el cura les ha convencido que sólo Dios da y quita los males; si la gente no es capaz de dar un céntimo para cosas del municipio, es porque todos sus ahorros los gasta en la iglesia en escuchar el latín de cocina de los clérigos.

Cuando alguna vez las luces eléctricas del pueblo se apagan, yo siempre lo achaco al catolicismo. Los que me oyen creen que hablo en broma, pero no, lo creo así. En un pueblo de dos a tres mil almas debía haber, por lo menos, quince, veinte, treinta personas que leyeran de noche y otras tantas que estuvieran en un casino, y todas ellas tendrían interés grande en que no se apagara la luz.

Si se piensa por qué no hay esas personas que les gusta leer, se verá que una de las causas principales, la principal quizá, es el catolicismo, que proscribía todos los libros.

.....

Cuando veíamos a lo lejos cómo pasaba la procesión del Corpus por el puente de Sumbilla, yo pensaba en la imposibilidad que ha-

brá en el porvenir de sustituir tales fiestas.

Estas procesiones de pueblo me sugieren la idea de la fuerza de organización del catolicismo. Como todo lo que ha nacido en Roma, la iglesia ha tenido una técnica, un talento para organizar, asombroso.

Probablemente la sociedad no volverá nunca a ser tan homogénea como en el momento álgido del catolicismo. Esa disciplina, ese acompañamiento del hombre desde que nace hasta que muere, las fiestas, los cultos, nada de eso se podrá volver a crear, a base, de ideas filosóficas ni de dogmas ciudadanos.

De esta idea ha nacido, seguramente, la tendencia del nacionalismo francés de última hora; pero esa tesis pragmatista que lleva a defender una religión, más que por su verdad por sus resultados sociales de conservación de un país, no puede durar.

Probablemente Juliano el Apóstata veía también el paganismo de una manera pragmatista; veía la religión que había dado la gloria al Imperio Romano, y, sin embargo, la religión gloriosa tuvo que morir ante otra obscura, desarrollada en una raza despreciada y vil como la judía.

.....

El doctor Achucarro era un vasco joven, nieto de noruegos, que tenía un gran entu-

siasmo por la ciencia, probablemente era su abolengo germánico el que le había dado este gran amor por la investigación.

Achucarro estaba haciendo trabajos importantes; escribía en revistas alemanas; había sido llamado, hace unos años, para dar un curso de histología del sistema nervioso en un laboratorio de los Estados Unidos.

Achucarro estaba enfermo y ha muerto. Ni un periódico de la región se ha ocupado de él ni ha dado la noticia de su muerte. Si se hubiera tratado de una zarzuela de Usandizaga, de un orfeón, de un torero, de un cantante o un pelotari, nos hubieran estado aburrriendo días y días con ello.

Este amor por el brillo es una de las manifestaciones más desagradables de la plebeyez actual. Tiene, indudablemente, este entusiasmo la misma raíz que el gusto de los negros por las baratijas y los collares de cristal.

En general, nuestros pueblos no han pasado de esa admiración primaria por lo que brilla. Claro que no se puede admirar más que lo que se conoce en parte. Los habitantes de la Tierra del Fuego, según cuenta Darwin, admiraban las chalupas de los viajeros y no hacían caso del barco grande. Ellos no pensaban en la posibilidad de hacer un gran barco y sí en la de hacer una lancha. Los habitantes de estos pueblos piensan en la lancha, y a poder ser en la lancha de día de fiesta con

banderas y percalinas. Siempre hay alguno que aspira a ser un Gayarre, un Sarasate o un Guerrita. Es lo fácil. Aspirar a ser un Virchow, un Pasteur o un Roberto Koch, eso es más difícil.

XVII

NOCHE DE SAN JUAN

EN término de Yanci, que es una aldea de las Cinco Villas de Navarra, hay una pequeña cueva convertida en ermita y dedicada a San Juan, con una fuente próxima. Esta fuente es milagrosa, el que se lava con su agua se cura inmediatamente, y la toalla con que se seca debe tirarla a las zarzas.

La especialidad del agua de la ermita de San Juan es curar las enfermedades de la piel.

En general, los romeros marchan a esta ermita a media noche, con lo cual hay su jaleo correspondiente, porque en Yanci como en todas partes no todo el monte es orégano. Esta romería, en el solsticio de verano, se ve que es un recuerdo del culto al Sol.

El agua de la fuente de San Juan cura, según la superstición popular, erupciones, inflamaciones de la piel, que probablemente se considerarían antes producidas por el sol. Así

la ablución era una forma de aplacar a la divinidad.

Se ve como cambian los mitos y sin embargo como persisten. Muchos de los milagros que cuenta Herodoto hace cerca dos mil quinientos años, se cuentan ahora de la Virgen de Lourdes; curaciones como hace la fuente de San Juan, de Yanci, las hacía hace siglos la fuente de la Verdad de Patras, en Grecia, que en vez de tener en su ermita una imagen de San Juan tenía una estatua de la deesa del lugar y otra de la Tierra.

Se asegura por los romeros que van enfermos, que en las toallas que echan a las zarzas después de lavarse queda su enfermedad; pero los gitanos no deben creer esto porque el día de San Juan van a la ermita y recogen una buena cosecha de pañuelos, toallas y servilletas. Parece que los tales impíos bribones no se contentan con esto, sino que muchas veces fuerzan el cepillo que hay debajo del santo y se llevan los cuartos.

El año pasado, por alguna imprudencia del guardián, se incendió el santo, que estaba ya bastante negro y chamuscado, y este verano se ha sustituido por otro.

No he ido a Yanci este año, pero por lo que han dicho, la romería ha estado muy concurrida.

.....
Al anochecer, en la carretera, delante de

casa, unos chiquillos han encendido una hoguera con ramas y han estado saltando por encima de ella. Esto, que parece tan natural y espontáneo, es también resto de una antigua ceremonia de purificación.

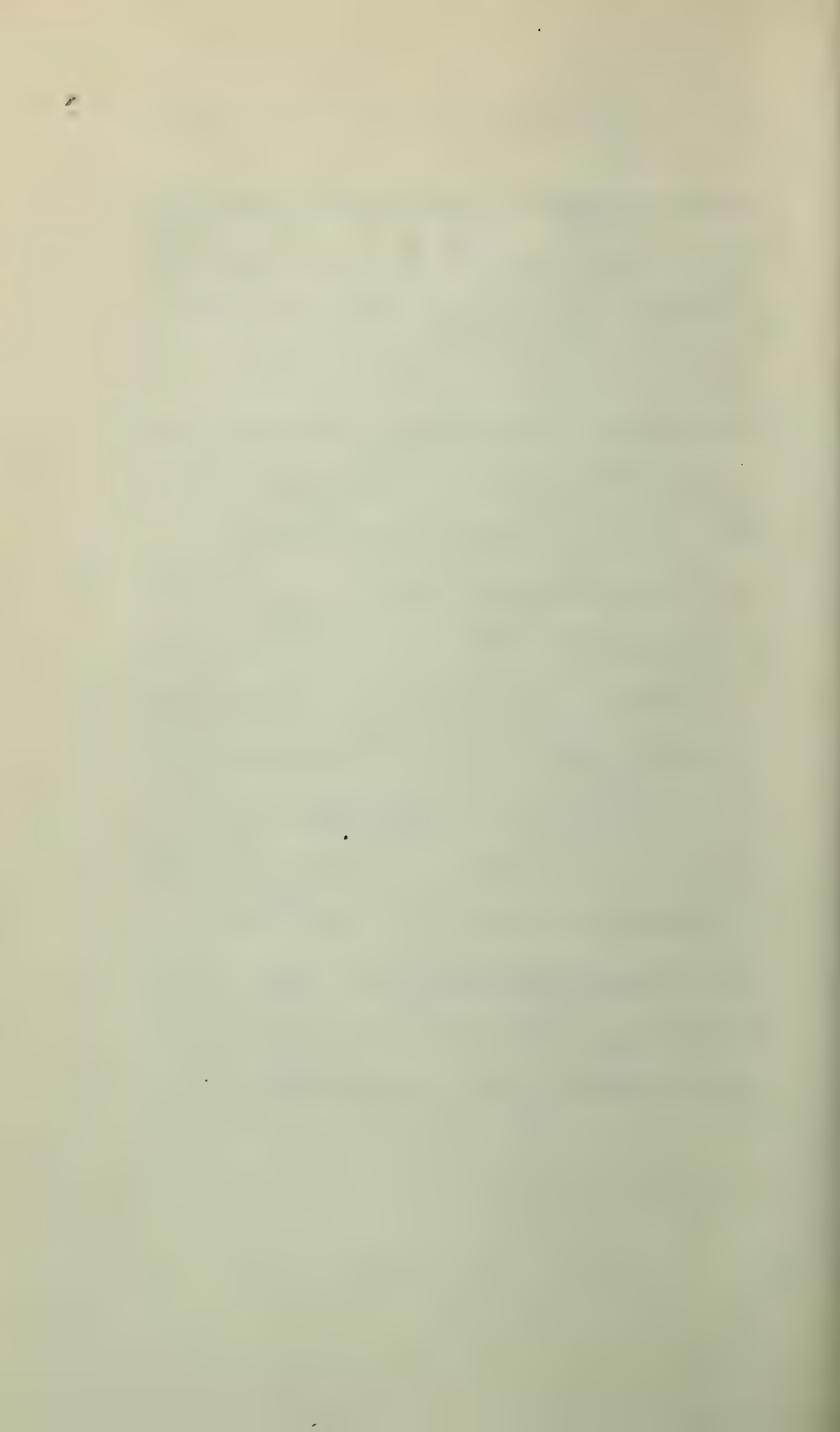
.....

He salido de casa después de cenar y he ido marchando por la carretera. El cielo está entoldado. A veces se ve el resplandor de la luna, que luego cubren grandes nubarrones. Se oye por todas partes el chirriar de los grillos. La noche está templada. Al subir por la carretera se comienza a oír a lo lejos el ulular de un buho.

De pronto, en un descampado, aparece una hoguera. Me quedo contemplándola absorto, en la obscuridad del monte resplandece, inmóvil y misteriosa; corazón encendido en llama, cuyo vértice mira a las estrellas.

A veces una ráfaga de aire agita este ardiente y sereno corazón de la montaña y al conmooverlo brotan de él corvas lenguas de fuego.

Me he acercado a la hoguera, que ya se va apagando. La luna ha aparecido en el cielo. Grandes masas turbias de humo rojizo salen de la hoguera y van arrastrándose pesadamente por el suelo hasta elevarse en el aire.



LIBRO CUARTO



EL VERANO

DIVAGACIONES

ESTE mes de Junio, que ha tenido días de verdadero verano, vuelve a ser primavera.

Mi casa está ahora muy bonita. Parece una pequeña isla rodeada de flores. Hay rosas blancas y rojas sobre las paredes y las tapias.

Las flores toman un gran valor al anocheecer. Yo estoy convencido de que es la luz fuerte lo que afea todo. Cuando la luz fuerte desaparece los colores son más vivos, más puros. Hay dos cosas en el campo que me fastidian: la luz fuerte y el viento Sur.

Yo prefiero con mucho los días grises, frescos, aunque sean lluviosos. Cuenta Chamfort que un Mr. Ximénez de su época, probablemente algún español, prefería la lluvia al buen tiempo, y cuando oía cantar a un ruiseñor decía: «Ah, maldito animal.»

Yo, en la cuestión del tiempo, soy un poco parecido a este Ximénez.

Todos pensamos ser hombres muy razonables, aun los más insensatos, y creemos marchar impulsados por la gran sindéresis, como dice Gracián, y sin embargo hacemos proyectos suponiendo que vamos a encontrar horas de placidez, de calma y de encanto en aquellos lugares en donde en circunstancias parecidas no hemos encontrado más que aburrimiento y molestia.

Un pesimista transcendental dirá que la vida es como un telón con bambalinas, que no tiene de real más que la última perspectiva, que es la muerte.

Pero, ¿qué importa la realidad o no de las cosas, si obran como reales?

Yo, al menos, soy de los que se contentan con lo relativo en la vida.

Lo absoluto no entra para nada en mis proyectos, lo que no es obstáculo para que éstos me salgan mal la mayoría de las veces.

.....

Hoy ha venido un fraile a mi casa con un señor a quien no conozco. Este fraile, profesor de matemáticas, ha charlado conmigo y en todo lo que hemos hablado estábamos conformes. No sé si cedía yo o cedía él, pero yo no he creído ceder en nada.

Ha visto mis libros y me ha preguntado.

—¿No tiene usted nada de matemáticas?

—No.

—¿No conoce usted la Geometría de Lobatchewsky?

—No.

—¿Ha oído usted hablar de ella?

—Sí, pero ni siquiera comprendo el enunciado de esa Geometría no euclidiana. He leído una explicación de las teorías de Lobatchewsky sobre el espacio esférico y la cuarta dimensión en un libro acerca de los trabajos de Henri Poincaré y no saqué una idea clara. Me pareció o un juego o nada.

—Si insistiera usted, corregiría usted su idea—me asegura el fraile.

—No sé, creo que no. De la lectura de aquel libro no saqué más que dos consecuencias: una que los axiomas de la Geometría no son más que definiciones disfrazadas, en lo cual yo, como hombre de inclinaciones kantianas, estoy de acuerdo; la segunda, que las matemáticas están tan avanzadas que desde los cursos superiores que se estudian en las facultades hasta donde empiezan los trabajos de Poincaré y sus colegas hay aún una gran distancia, lo que hace que el número de personas que puedan comprender bien el trabajo de estos sabios sea pequeñísimo.

—Y a usted ¿qué le parece mejor—me dice el fraile—, este aristocratismo de la cultura o la vulgarización?

—¿Qué sé yo? Indudablemente generalizar la alta ciencia es imposible. Lo más que se

podrá llegar es a generalizar la enseñanza primaria.

—Enseñar lo necesario para la vida, pero más ¿para qué?

—Sí, claro.

—La ciencia, el arte, la moral, todo lo refinado estará siempre en una pequeña minoría.

Yo he asentido a lo que él decía, pero había una ligera diferencia en nuestro asentimiento y era que él afirmaba con cierta satisfacción y yo asentía con cierto pesar. A mí no me gustaría ser un príncipe en medio de esclavos, ni un sabio en medio de idiotas, sino un príncipe en medio de príncipes y un sabio en medio de sabios.

.....

Se ha celebrado en la Academia Española la recepción de don Javier Ugarte.

«La docta Corporación—dice el *A B C*—celebró, para recibir al señor Ugarte, solemne sesión pública, que presidió el señor Maura, a quien acompañaban en la mesa el nuncio de Su Santidad, los obispos de Sión y San Luis de Potosí, el general marqués de Tenerife y los señores Cotarelo y Commelerán.»

Realmente es difícil reunir gentes tan pintorescas, tan de guardarropía y de tan poco prestigio literario.

El discurso de Ugarte es una de esas cosas ramplonas, vulgares, llenas de lugares comu-

nes, en donde marcha todo pesadamente, sin una idea original, sin una expresión nueva.

Según el *A B C*, el señor Cortázar, en su breve discurso, hizo una primorosa apología del señor Ugarte en sus múltiples aspectos de jurista, político, poeta, parlamentario y sociólogo.

De lo que no habló el señor Cortázar es de la personalidad del señor Ugarte como acusador de Ferrer. El señor Ugarte tuvo una participación en el fusilamiento de Ferrer; una participación un tanto fea y siniestra que trae a la imaginación las bellaquerías del tiempo de Fernando VII y de Calomarde.

El señor Ugarte es posible que crea que le honran sus procedimientos en el asunto Ferrer, como a su compañero de Academia, Cotarelo, le honra también el haber denunciado a los Humbert.

Si sigue así la Academia, que antes al menos tenía la defensa de ser inútil, se va a convertir en una delegación de policía.

II

FIESTAS EN IRÚN

HE pasado dos días en Irún en las fiestas de San Marcial. Estaba cerrada la frontera y no había apenas franceses.

—Es lástima—le decía al doctor Juaristi—, si hubiera estado abierta la frontera esto se hubiera llenado con nuestros vecinos.

—No crea usted. Viene relativamente muy poca gente.

—¿No han aumentado con la guerra las relaciones entre Hendaya e Irún?

—Muy poco. Estando tan cerca, siendo los dos pueblos vascos, hablando los de un lado y otro el vascuence, no hay más que un trato muy superficial. Ahora, con la guerra, la gente de Hendaya viene a comprar aquí, pero nada más.

Se ve que el internacionalismo, prácticamente, no es nada. En pequeño se observa que Hendaya se hace cada vez más francés e Irún cada vez más español. Yo me figuro que

en casi todas las fronteras pasará lo mismo. El único internacionalismo verdadero es el de la cultura y ese era más profundo y más arraigado en el tiempo del Renacimiento y de la Reforma que en esta época de estúpido nacionalismo en que vivimos.

.....

Hemos ido de noche a presenciar el correcales, Juaristi, su mujer y yo. Estábamos aguardando a que pasara la avalancha de chiquillos y de mozos y mozas por el paseo de Colón, cuando un sapo ha comenzado a cruzar la calle.

—Es un sapo suicida—he pensado yo, y le he ido espantando para que cruzara pronto el paseo, pero el animalito se paraba. Sin duda su instinto de conservación no le decía lo que le esperaba.

La avalancha se le ha echado encima y la sustancia del sapo habrá servido para lubricar las alpargatas de los correcalleros.

.....

Esta fiesta del correcales tiene gracia. Es un espectáculo completamente báquico. En algunos pueblos se hace en forma de cadena, que es lo clásico; en otros, como Irún, que son ya grandes y en los que vienen muchos forasteros y no puede hacerse la cadena, va la gente, chicos y chicas, agarrados del brazo

o de la cintura, en filas, al compás de los tambores y de la música, corriendo y saltando.

La fiesta parece que es antiquísima, los griegos ya la tenían, la fiesta de la grulla, inventada por Teseo, era una especie de corre-calles. Ha debido existir siempre en el mediodía de Francia y en el Pirineo.

En vascuence se le llama «calegira» y «carrica-dantza», en otros lados se le llama ronda. En castellano la palabra para designar esta fiesta debía ser farándula, pero esta palabra con el tiempo ha cambiado de sentido y hoy significa la vida y los hábitos de los cómicos pobres.

Modernamente donde esta fiesta se practicó más fué en el mediodía de Francia, en la Provenza, en donde se llamaba la «farandole».

En la reacción de a principios del siglo XIX, en tiempo de Luis XVIII, en algunas ciudades francesas monárquicas las «farandoles» se convertían en movimientos populares en que se asesinaba a los bonapartistas y republicanos.

Se comprende que este barullo en una fiesta así, de noche, sin luz, tumultuosa, podría ser muy propicio para una venganza popular.

III

EL TRANVÍA DE LA FRONTERA

EL tranvía de San Sebastián a Hendaya es en verano, cuando está abierta la frontera, lo más internacional que hay en España.

Cuando deja uno el tren del Bidasoa, en el que vamos casi todos aldeanos, vestidos de negro, y tomamos este tranvía, se nota el cambio de lo rural a lo internacional. Muchos franceses, algunos alemanes, una porción de joyeros judíos, rumanos, búlgaros, turcos. Más cambiante claro es la gente masculina que la femenina. Entre las mujeres se ven francesas, inglesas y españolas de todas las regiones.

Como el trayecto es corto y no es bastante para que invite a la charla y se adquiriera confianza hay en general una tendencia al reconocimiento tácito.

—¿Quién será esta mujer?—se pregunta el hombre.

—¿Quién será este hombre?—se pregunta la mujer.

A veces hay una comprensión inmediata de la personalidad de la mujer o del hombre que se tiene delante.

Cuando la persona va sola y no habla ya es más difícil. El que no habla, o la que no habla va a la defensiva, como si el mundo que le rodeara fuera su enemigo.

Esta posición defensiva, como es muy general, da un carácter confuso a la persona a quien se observa; más comienza a hablar y el enigma se resuelve, la que habíamos pensado que era una gran dama es una institutriz, el que habíamos supuesto si sería un diplomático es un tonto y el que parecía un criminal es un pobre señor.

Lo que no marra casi nunca es la risa. La persona que ríe se descubre. Reirse es como quitarse la careta.

¿En qué puede consistir que los rasgos de una figura repercutan en nosotros produciendo una simpatía o una antipatía? Indudablemente, cada cara es una promesa o un peligro. Ese conjunto de rasgos agradables o desagradables, tiene una conciencia, es una fuerza que en una circunstancia dada puede obrar a favor o en contra de nosotros. Esa figura representa una fuerza que puede ayudarnos o por el contrario estorbarnos en nuestras inclinaciones y en nuestros afectos.

Muchas veces en el tranvía no se ve a una persona, pero en cambio se oye su voz.

La voz parece menos enigmática que la figura, y que nos da de pronto el fondo del del temperamento; pero de una manera tan clara que nos sorprende.

En una época en que yo quise aprender inglés y que no lo aprendí porque no llegué a la quinta lección, en un libro de trozos escogidos había esta frase de William Cooper que me chocó:

«Hay en las almas simpatía por los sonidos.»

La frase ésta, dicha de una manera mística y poética, encierra la verdad de que se siente predilección por ciertos sonidos y que la voz es uno de los mayores vehículos de la simpatía.

Muchas veces la voz no está en consonancia con el rostro, y entonces cabe el pensar qué será la verdad si lo que expresa la voz o lo que indica la fisonomía.

Parece que la voz da la verdad del momento, en cambio la cara da la verdad de siempre. Por eso es más fácil engañar con la voz que con la cara.

Esto depende de que la voz responde mejor a la voluntad que otros órganos de expresión. Un hombre profundamente emocionado puede llegar a hablar con una voz tranquila, pero le será imposible si se le dilatan las pupilas contraerlas o si se le saltan las lágrimas impedirlo, porque el funcionamiento de la retina o de

la glándula lagrimal es inconsciente. Como decimos, la cara indica más el hombre que la voz.

La cara tiene siempre una serie de datos históricos que se prestan a la interpretación y al análisis, en cambio la voz no tiene historia, da una síntesis momentánea. Así pensamos. ¿Quién será ese hombre tan antipático que habla ahí? ¿Quién será esa mujer que tiene una voz tan suave?

IV

DECEPCIONES DE SAN SEBASTIÁN

CUANDO ya estoy un poco harto de soledad y de silencio voy a San Sebastián, que es un pueblo que me cansa enseguida y que me parece aburrido. Así ando huyendo de la tristeza de la aldea y del aburrimiento de la ciudad sin saber en donde quedarme.

Hoy he ido a San Sebastián con la lista de unas cuantas cosas que necesitaba y de las cuales no he encontrado ninguna. Para mí San Sebastián es un escaparate en donde no hay nada de lo que busco.

En cambio de lo que no busco hay mucho; por ejemplo, curas, frailes y demás gentecilla.

En el tren de Irún he ido con unos frailes de Lecaroz, después, en el tranvía de la frontera con unos frailes franceses, que por lo que han hablado han venido de Oriente; en el restaurante he comido cerca de unos curas de la provincia que han charlado y han bebido de lo lindo.

San Sebastián es una pequeña Roma de verano, hay dos o tres monseñores casi constantemente y se ven curas, frailes y monjas a todas horas y por todas partes.

.....

Quince días después vuelvo a San Sebastián con el objeto de pasar la tarde yendo y viniendo.

En el tranvía me encuentro un amigo con su señora y su hija.

Llegamos a San Sebastián, y mientras la señora y su hija hacen sus encargos el amigo y yo entramos en una librería y después en una tienda de flores. Quisiera comprar dos rhododendros para el jardín de mi casa, pero no los hay en ninguna parte.

—¿Y por qué no los hay?—pregunto yo a la señorita del mostrador.

—Es que se traían de Bélgica como las camelias y las palmeras.

—¿Y aquí no saben cultivar esas plantas?

—No, sin duda.

Es un absurdo que me pone de mal humor.

Este es un país donde no se conoce más que el cultivo del cura.

.....

Nos encontramos de nuevo con la familia de mi amigo y como su hija dice que le gustaría ver el nuevo paseo del Castillo, vamos

hacia él. El sol da de lleno en aquel momento y las señoras renuncian a la idea de recorrer el paseo.

Estamos delante de una casita próxima al rompeolas. Sobre la puerta se lee un letrero: «Museo naval oceanográfico.»

—Vamos a entrar en ese Museo—indica la señora de mi amigo.

Entramos; en el vestíbulo hay varias vistas y unas pieles de cocodrilo. ¿Tiene algo que ver el cocodrilo con el océano? A nosotros nos parece que no.

Nos encontramos en la escalera con un miquelete y un soldado de marina que nos dan unos billetes y subimos a una sala en donde hay una porción de modelos de casas antiguas de marinos de Guipuzcoa y de retratos.

Cuando empezamos a mirar los retratos nos encontramos sorprendidos al ver figuras del Greco convertidas en almirantes y capitanes vascos. Allí están don Rodrigo Vázquez, don Diego de Covarrubias con su sobrepelliz y otros tipos del Greco y de Velázquez copiados y bautizados de nuevo.

El amigo, que es hombre de cultura artística, dice:

—¿Qué es esto? Estos retratos los he visto yo.

—Sí, no cabe duda que los hemos visto.

—Nos están dando la castaña de mala manera.

Es una falta de sentido el hacer mixtifica-

ciones tan burdas. La gente que haya visitado los museos se ha de reír al ver esto.

El miquelete que nos acompaña no comprende bien que criticamos y se esfuerza en ser un cicerone amable.

Nos enseña una cocina de marinero vasco que está bien, aunque no es una cosa completamente de museo.

Después nos pregunta si queremos ver el acuarium. Bajamos al sótano y nos enseña un acuarium pequeño, de esos que se llaman de salón, con unos cuantos cajoncitos de cristal de un metro de ancho, en el que cabrán cincuenta u ochenta litros de agua en cada uno.

—*Peses* no tenemos—nos dice el miquelete con un aire infantil y bonachón.

Este «*Peses* no tenemos» nos produce cierto cosquilleo, que se traduce en risa al salir a la calle.

—No parece que haya aquí gran cosa—dice la señora de mi amigo.

—No hay nada serio, pero en cambio hay muchas mixtificaciones—digo yo.

Es una falta de respeto para todo lo que sea cultura la que hay en este pueblo, que verdaderamente indigna.

En San Sebastián no se han convencido aún de que las cosas no se improvisan, sino que se hacen con esfuerzo y con tiempo. Así es que todo cuanto se refiere a cultura es una farsa burda.

NUEVAS DECEPCIONES DE SAN SEBASTIÁN

TOMAR como laboratorio una ciudad y una ciudad pequeña, tiene sus inconvenientes teóricos y prácticos; también tiene sus ventajas.

San Sebastián es una ciudad síntesis de la vida española actual, de la burguesía. No tiene el espejismo engañoso de lo pintoresco que tienen Sevilla o Granada; no tiene el elemento obrero de Barcelona o de Bilbao, que da a estas ciudades un aire serio y grave; no tiene tampoco el ambiente de intriga política y el afán de arrivismo que se nota en Madrid. San Sebastián es como un barrio de Madrid en donde se reúne la gente que por un momento o por toda la vida no siente el aguijón de la necesidad.

Este aluvión de burguesía madrileña cae sobre un pueblo que parece que no tiene ningún carácter y que, sin embargo, lo tiene.

.....

Una de las cosas que caracteriza al donostiarra es el amor a la ciudad y el odio a lo individual. El donostiarra acepta como un mal el tener que vivir del forastero, pero lo acepta porque beneficia a la ciudad.

Todo lo que no tiene que ver con la ciudad, le molesta.

Se ha hecho el donostiarra una moral que tiene algo de veneciana y de jesuítica. Esa cosa anónima de la ciudad es lo único que le mueve. Todo lo que no esté inspirado en ese sentimiento le parece un estorbo.

Así, por ejemplo, Zuloaga, hombre de fama universal; parecería lógico que siendo este pintor guipuzcoano San Sebastián tuviera intentos de atraerlo. Pues no hay nada de eso. La fama de Zuloaga no está relacionada con San Sebastián, por lo tanto, no es una fama grata. Esta desaparición del hombre en la ciudad ha producido una democracia cerril. Parece que el mérito de un donostiarra para otra es no ser nada. Todo el que quiera ser algo es ya un enemigo.

—Cuando ví que quería usted ser diputado—me decía un donostiarra—, pensé: ¡Bah, ese también es como todos! ¡Un ambicioso!

—¿Y por qué no? Yo quisiera ser diputado y ministro y presidente de la república y archipámpano. ¿Por qué no? Lo que no quiero serlo es de una manera vil.

Esto no se acepta. Es decir, que uno quiere

distinguirse. No ser como los demás. ¿Vivir sin sumisión? ¿Ser político sin adulaciones? No. Esto no lo puede consentir un donostiarra.

Claro que el donostiarra no odia lo distinguido en él; odia lo distinguido en los demás. Hay actualmente aquí una verdadera pasión de honores, de riquezas, de darse tono. Todo el mundo aspira a dominar, a lucir; quiere la igualdad para los otros y ser como una rosa en medio del desierto. San Sebastián es un conglomerado de familias trepadoras. De aquí la imposibilidad, cada vez más creciente, de admirar o de estimar a alguien; de aquí el descanso de poner las efusiones en una cosa anónima como la ciudad.

Amar lo distinguido en los demás puede llevar hasta la vileza, hasta la esclavitud; pero en cambio odiar lo distinguido en los demás conduce a una beocia cerril y antipática.

Entre tener el culto por el hombre ilustre o tener el culto por la ciudad, prefiero tener el culto por el hombre ilustre. No quiero cosas anónimas.

Hoy entre las ciudades españolas prefiero Madrid, que no tiene sentido municipal ninguno, a Barcelona, a Bilbao, o a San Sebastián, que son esencialmente municipales. Entre que haya grandes hombres o grandes ciudades, para mí es más grato que haya grandes hombres. Para el donostiarra no, lo primero es la ciudad.

Se vé aquí cómo el vascongado, mezclado con el castellano, ha hecho la Compañía de Jesús.

San Sebastián siente la compañía anónima de la ciudad, como pocos pueblos.

.....

En los monumentos de San Sebastián se ve que la inspiración ha partido de contratis-tas, de maestros de obras y de concejales.

Hay una mezquindad y una insolencia en las gentes que viven en estos pueblos modernos, que la comunican a todos los objetos del exterior. Así las calles, las tiendas, las casas, todo responde a su manera de ser, seca y aparatosa; todo es feo, mezquino y triste.

La fealdad de la construcción, más que un fenómeno local es un fenómeno general. En España, quizá se pueda decir que en el mundo, no hay arquitectos. Y no hay arquitectos porque quieren ser individualistas y la arquitectura debe ser un arte colectivo. La casa de hoy debe tener el carácter de hoy y no debe ser ni gótica, ni del Renacimiento, ni estilo Luis XIV, debe ser de hoy y nada más.

En nuestro país se le está dando muchas vueltas a la casa de estilo vasco, estilo que no existe ni ha existido nunca. La casa vascongada es la casa centro-europea de la zona lluviosa: casa rectangular o cuadrada, sin patio. El señor Lampérez la llama la casa céltica,

oponiéndola a la casa romana con patio. Yo no creo en la exactitud ni en la justeza de estas denominaciones. Me figuro que sería más exacto clasificar las casas por los climas, así se podría decir la casa de la nieve, la casa de la lluvia y la casa del sol.

La casa de la nieve con los tejados muy apuntados y las ventanas pequeñas, la casa de la lluvia con los tejados más planos y aleros salientes y la casa del sol con patio y tendencia a sustituir el tejado parcial o totalmente por la azotea y a edificar sobre ésta una especie de torre o minarete.

Estas tres clases de casas están producidas por el clima, pero actualmente nuestros arquitectos hacen un chalet suizo en Málaga y una casa árabe en Fuenterrabía, así resulta ello.

.....

En San Sebastián se nota cómo no hay apenas vida social en España. Hemos llegado a ponernos como plan, si no de una manera expresa, de una manera tácita, el no ocuparnos del vecino para nada. Es decir, que entre los españoles se da como un mérito el no pensar en los demás; cosa bárbara y estúpida, que demuestra, no un refinamiento de las costumbres sino todo lo contrario, una regresión. Se explica la tendencia solitaria, individual, del tipo raro, pero el robinsonismo de la familia normal y vulgar es una de las cosas más absurdas que se pueden dar.

A esta falta de sentido social contribuye, indudablemente, mucho la manera de ser del español, que casado es celoso y soltero toma un aire de tenorio, un tanto cómico, ante cualquier mujer que no sea fea ni vieja.

Se nota en España la inferioridad cultural en que la clase rica es menos civilizada, en el fondo, que la clase pobre. Cualquiera que viaje unas veces en coches de tercera y otras en vagones de lujo, notará el ambiente de simpatía, de cordialidad y de gracia que se desarrolla, a veces, en un coche de tercera, cosa que jamás sucede en los vagones de los expresos, en donde hay un desdén mutuo verdaderamente ridículo y poco aristocrático, además, porque siempre parece que va uno en compañía de criados de casa grande, de comisionistas catalanes y, a lo más, de algún teniente coronel.

En San Sebastián se nota mucho este tonto desdén de unos para otros y esta falta de organización y de efusión social.

La gente no tiene idea de lo que es la conversación, la sociedad. A la mayoría le divierte mucho más ir en un tranvía o estar en un cinematógrafo que hablar.

Por un lado la Prensa ha quitado atractivo al placer de contarse hechos; por otro la religión llena de peligros y de pecados la charla.

Otra de las cosas que contribuye a la poca espiritualidad de nuestras costumbres es el

elemento que viene de fuera. El americano rico es, casi siempre, de lo menos intelectual que puede darse. Hasta los mismo franceses, que en Francia leen bastante, aquí no leen. En cualquier jardín de París se ven hombres y mujeres dedicados a la lectura; aquí, en San Sebastián, ni los mismos franceses leen, parece que los traen expresamente de algún sitio cerril donde no se sabe leer.

Algunos dicen:

—Eso de leer libros de entretenimiento es perjudicial. Vale más vivir; leyendo se hace uno sedentario.

Afirmación falsa; Inglaterra y los Estados Unidos son los países que consumen más libros de entretenimiento, y, sin embargo, no han perdido sus energías de acción.

Sólo de Dickens parece que circulan por el mundo más de treinta millones de volúmenes.

.....

En Pasajes había antes en la casa antigua donde vivió Víctor Hugo un pequeño museo, que no tenía nada de interesante, instaurado por Deroulede, que, como se sabe, era un fantasmón, pero en fin, el museo tenía el nombre y el recuerdo.

El Ayuntamiento de Pasajes no contaba con consignación para sostener un mozo que le pasara el plumero al busto del gran poeta francés y pidió al de San Sebastián una ayu-

da, el de San Sebastián dijo que no tenía nada que ver con ello y el pequeño museo de Víctor Hugo se cerró.

El Ayuntamiento de San Sebastián no supo tener en cuenta que Víctor Hugo ha sido un gran poeta, de fama universal, que ha hablado repetidas veces con simpatía de los vascos, que ha hecho que el nombre de un pueblo de la provincia de Guipúzcoa, Hernani, corra por el mundo entero.

Un poeta es poca cosa para un concejal donostiarra. ¡Si al menos hubiese sido gentil-hombre de cámara! ¡Si hubiera estado siquiera rociado por el agua lustral de una sacristía!

.....

La vida de San Sebastián en pleno verano es tan mecanizada que parece que hombres y mujeres son monigotes que hacen un papel sin poner en ello ni gracia ni entusiasmo.

Hay algo dogmático en el español, por lo menos poco plácido, que no permite el ambiente laxo de las ciudades de moda y de diversiones del extranjero. Todo el mundo conserva aquí el engolamiento y la tirantez; la moral es rígida y el *sport* no gusta.

Hay que tener ese fondo de candidez, de seriedad y de alegría que tienen los ingleses para tomar el *sport* como una cosa seria, importante y divertida.

VI

LA VIDA ACOTADA

EN la juventud, la vida española me daba una impresión de acotamiento; me parecía que todo estaba vallado, reservado. Ahora me vuelve a parecer lo mismo.

Se piensa en los medios de ganar y se ve que están acotados de tal manera que no dejan apenas margen a los que están fuera del coto; se echa una mirada a la política sucede igual, es un coto redondo con una puerta herméticamente cerrada en donde no hay manera de meter los dedos; todo lo que produce algún dinero está rodeado de vallas, zarzas y de cercas con pedazos de cristales.

Únicamente la literatura y el periodismo han estado gracias a los escritores de nuestra generación un poco abiertos durante algún tiempo, quizá porque no producen a la mayoría más que disgustos.

La sociedad española parece los alrededores de esos pueblos en donde no se puede

andar por ningún lado porque no hay terrenos comunales.

Esta es la característica de los pueblos viejos y pobres. Lo mismo, aunque en menor grado, ocurre en Italia.

La vida en San Sebastián y en casi todas las ciudades de España me recuerda a los bailes de máscaras de Madrid en mi época: la Alhambra y la Zarzuela.

A estos bailes había que ir con la pareja contratada, casi con un contrato en regla, porque si no se encontraba a nadie, más que algún monstruo sin figura femenina con quien bailar y convidar a cosas delicadas como una ración de callos o un pedazo de bacalao.

Este acotamiento de todo quita a la vida lo imprevisto, que podría ser lo más agradable y lo más sugestivo.

En la sociedad española no hay nada flo tante, todo está remachado, atornillado, es como una cadena sólida.

Esta cadena, por mucho que se la agite y se la arrastre sigue siendo igual. Los eslabones no cambiarán de sitio.

En todas partes la sociedad da una impresión parecida, en donde creo que el hombre debe tener una sensación de hondura es en Londres. El inglés audaz que viva en Londres tiene que encontrarse allí con grandes profundidades y con grandes posibilidades.

Los que vivimos en estos viejos pueblos latinos vivimos como peces en estanques de poco fondo. Antes todavía, cuando las aguas eran turbias, se podía pensar en la inmensidad de las aguas que le rodeaban a uno; ahora ya es imposible, se ve el fondo del estanque con claridad y se conocen con exactitud sus dimensiones. Cosa triste.

VII

SOBRE LA BELLEZA DE LAS MUJERES

SOBRE la belleza en general se ha dicho mucho y muy vago, Stendhal asegura que es una promesa de felicidad, pensando sin duda alguna en una felicidad sexual. En cambio Leonardo de Vinci y Schopenhauer han hablado de la belleza como si fuera un narcótico del instinto sexual, cosa que no me parece nada cierta.

Acerca de este punto creo que es necesario hacer una distinción. Hay, indudablemente, una belleza que no tiene nada que ver con la felicidad. Es la belleza panorámica, del mar, del cielo, etc.

Esta belleza es sin duda indiferente, generosa, no produce la apetencia de la posesión, puede sí impulsar a un vago panteísmo y a un deseo de fusión con la naturaleza, pero nada más; no se puede decir que en ella haya un deseo de apoderamiento ni una promesa de felicidad.

Respecto a la otra belleza, a la belleza humana, no cabe duda que va acompañada siempre de un deseo de posesión y de una promesa de felicidad.

En el cerebro del macho la belleza femenina produce un efecto que tiene un reflejo poderoso en las vesículas seminales, en cambio en el cerebro de la hembra el reflejo va a obrar en el ovario.

Se puede decir que el hombre mira a la mujer tanto con los ojos como con las vesículas seminales, y que la mujer contempla al hombre más con el ovario que con los ojos. Creo que en el amor místico pasa igual y que Santa Teresa pensaba en Cristo más que con el cerebro con el ovario.

Desde el punto de vista de la belleza humana, Stendhal tiene razón; la belleza es una promesa de felicidad, es decir, de placer.

Podrá haber una belleza poco sexual, es indudable, pero una belleza asexual es imposible. Estas figuras de sexo indefinido, como las que pintó Leonardo de Vinci, fueron probablemente creadas desde un punto de vista homo-sexual, producen un efecto de confusión. ¿Esto qué es?, se pregunta uno; como en los hoteles cuando le dan a uno un plato raro que no sabe uno si es carne, pescado o verdura. Indudablemente, la primera impresión que produce la belleza es el deseo de apoderarse de ella.

Así la historia mítica de los hombres está llena de raptos; el de Elena, el de Proserpina, el de Europa, el de Deyanira... Y para los que miran con entusiasmo los efebos griegos y las figuras de sexo indeciso de Leonardo hay también como símbolo el rapto de Ganymedes, por Hércules.

De todas maneras dentro de lo normal o de lo anormal el efecto inmediato de la belleza es el deseo de posesión.

.....

Hay mujeres a quienes se quisiera dominar y mujeres a quienes se quisiera únicamente hablar; hay mujeres que hablan sólo a las glándulas seminales y otras que tienen un atractivo menos exclusivamente sexual. Hay mujeres que parece que llevan una atmósfera de cantárida. En ellas el movimiento, la sonrisa, todo es sexual. En España hay una palabra poco distinguida para señalar a estas mujeres. Los franceses, que tienen palabras más literarias y menos desgarradas, las llaman *allumeuses*.

Esta aura sexual que tienen algunas mujeres no es más que una irradiación de la función del ovario; existe también en las hembras de los animales. Estas mujeres uterinas suelen tener la conciencia de su fuerza y les gusta soliviantar al otro sexo.

En nuestra sociedad, como el cristianismo

ha considerado la sensualidad como pecado, los hombres han identificado la mujer de malos instintos con la mujer erótica. Naturalmente, cuando se hace una depresión en la playa el agua la tiene que llenar.

La mujer erótica pobre va a parar a la prostitución, en donde se reúnen la abyección, el vicio y el crimen.

Por sugestión de las ideas del ambiente, una mujer erótica, aunque sea de buenos instintos, se cree mala y acaba siéndolo.

¿Qué pensarían nuestros católicos si les dijeran: «Ve usted esta criatura que usted considera mala por su erotismo? Pues sin confesiones ni rezos ni otras monsergas vamos a aplacar su erotismo con baños o con bromuro o con lo que sea.»

Pecados que se curan con higiene, con gimnasia o con medicinas. ¡Cuántos hay! Cada vez más.

Todo lo que se refiere a la cuestión sexual, en nuestra sociedad está perfectamente mal organizado.

El cristianismo condena el amor físico en bloque. El instinto sexual es, según él, lujuria y siempre pecado. Para el cristiano el ovario y la glándula seminal son como bombas de dinamita que estallan produciendo pecados. No sabemos si los cristianos del porvenir encontrarán que la función de las parótidas y de las cápsulas suprarrenales son muy pecaminosas.

El cristianismo no se ha preocupado nunca del punto de vista que ahora se llama eugénico; no le importa si en la pareja que se casa los dos están sanos o no lo están, si se quieren o no se quieren, si es posible que tengan hijos fuertes o no. El cristianismo necesita un telón para cubrir el apetito sexual e inventa el matrimonio, que es, como se sabe, un sacramento.

Desde el momento que el cura echa la bendición a los casados, el espermatoó se adocenta, deja de ser un golfo, y va con levita, corbata blanca y sombrero de copa a fecundar el óvulo de una manera respetable.

En todo cuanto se refiere a la vida sexual las ideas son bárbaras y contradictorias.

La castidad es una gran virtud, pero todo el mundo se ríe de las solteronas, y se reiría de los solterones si no se tuviera la conciencia de que para un hombre es fácil saltar por encima de muchas cosas sin detrimento de su fama.

VIII

EVOLUCIÓN DE LA IDEA DEL AMOR Y DE LA AMISTAD

LA amistad la cantaron los griegos de una manera excesiva. En cambio el amor lo consideraron como un sentimiento privado y de poca belleza. Ese culto de la amistad llegó a producir el homosexualismo. El homosexualismo entre los griegos debió de ser una aberración de origen casi intelectual. El homosexualismo entre los modernos es una aberración de orden sensorial. Para un griego la mujer era una semi-persona, no tenía para ella la efusión que nosotros sentimos; tampoco tenía el culto a la naturaleza, que en los modernos es una religión. El homosexualismo de hoy tiene un impulso más claramente anormal que el antiguo, pues necesita vencer el culto a la naturaleza y la irrisión de la gente.

Dejando a un lado este aspecto triste y feo de la cuestión, no cabe duda que los griegos llegaron a divinizar la amistad.

Castor y Poloux, Harmodio y Aristogiton...

los ejemplos de los grandes amigos y de los grandes ciudadanos son constantes en la mitología y en la historia de Grecia.

En la Edad Media, el culto de la amistad y el de la ciudadanía bajan y les sustituye el culto del amor y de las virtudes familiares. El caballero medioeval es, principalmente, cristiano y enamorado. «Por su Dios y por su dama», es su lema.

No se dan casos de amistades célebres, en cambio de amores célebres los hay en todos los países. Los caballeros tienen algo de Amadis, y don Quijote, aunque es su caricatura, los representa aún mejor que su retrato.

En la Edad Moderna, en las sociedades que se van haciendo prácticas, la amistad y el amor van poco a poco tomando tierra y haciéndose naturales, es decir, perdiendo su exaltación.

En pleno siglo XVIII se nota que el amor toma un carácter fisiológico y la amistad baja.

El romanticismo se encarga de aupar el amor y de darle un carácter refulgente y sombrío.

La vida sin el amor es algo bajo y negro para los románticos; no hay más que las grandes pasiones que valgan la pena de vivir.

La gente contagiada y sugestionada tiene amores como Werther y se desespera como René, pero cae el romanticismo y vuelve el

amor y la amistad a tomar un aire fisiológico y naturalista.

En esta cuestión del amor hay siempre un equívoco. Los naturalistas dicen: «El amor en los animales.» El místico dice: «El amor de Dios.» El ciudadano: «El amor de la patria.» Una cosa se refiere exclusivamente a la unión sexual y la otra no puede referirse a eso, de manera que la palabra es, indudablemente, demasiado extensa.

Limitándose al amor humano, la tendencia actual parece poco romántica y literaria. Se va hacia el realismo y se intenta casi siempre acoplar los intereses sociales y económicos con la inclinación fisiológica y sexual. No puede ser éste un momento literario de grandes amores; las pasiones románticas tienen que ser una excepción.

Para el hombre las dos inclinaciones fuertes son comer y tener resuelta la vida sexual. Si se llama amor a la función sexual, el amor tiene una gran parte en la vida del hombre joven; ahora si sólo se llama amor a la pasión, a lo novelesco, entonces hay que reconocer que el amor tiene muy poca importancia en la vida del hombre en general.

El amor, la mujer en general, y más la española, lo ve en forma de matrimonio. Para la mujer de la clase media y rica el matrimonio tiene, naturalmente, grandes ventajas. El instinto sexual, que es pecado fuera del matri-

monio, dentro de él se santifica, según los cristianos. Para la naturaleza será un poco cómico, pero para la religión parece que no lo es.

Se explica que la mujer vaya a la caza del hombre joven y rico con todas sus trampas. En el caso de conseguir su objeto resuelve de golpe todo. La vida material, la cuestión sexual, el gusto de divertirse, la posición en la sociedad, etc.

Fuera del matrimonio en las mujeres españolas el amor toma o un aspecto místico e idealista o un aire puramente sensual y trágico.

Respecto de la amistad ocurre lo propio. No hay amistades heroicas; se tienen amigos para pasar el rato.

IX

ELEMENTOS DE TRANSFORMACIÓN

(La moda, el lujo y el cinematógrafo.)

Los clásicos elementos de transformación y de cultura: el libro, la Prensa y la escuela, no cambian gran cosa a estos pueblos modernos.

Aquí, en San Sebastián, es difícil que la gente experimente la influencia del libro porque apenas lee, el teatro tampoco es un gran agente de evolución y el periódico si obra es muy a la larga. Además, el periódico español está siempre en un período de estancamiento y no sabe o no puede avanzar con rapidez.

Lo que influye de una manera preponderante en estas ciudades es la moda, el lujo y, como diversión, el cinematógrafo.

La moda es un producto del instinto de imitación que tenemos todos los hombres; su fuerza es extraordinaria, pero por lo mismo que es pasajera y su radio de acción se limita

hoy al vestuario y al mobiliario, no obra profundamente en las ideas.

Hace ya mucho tiempo que no hay modas intelectuales, lo cual es un perjuicio; toda la acción de la moda se reduce en nuestros días a variar la forma de los sombreros y de las faldas y la altura de los tacones de los zapatos.

Antiguamente hubo modas de pensamiento. Así, por ejemplo, en el siglo XVIII hubo la moda bucólica, después la moda de la filosofía; luego, en el siglo XIX, la gran moda del romanticismo.

Que estas modas tenían un valor intelectual lo demuestra el hecho de que nuestras abuelas leían más que las señoritas de hoy. Yo al menos he conocido señoras viejas que en su tiempo habían leído los libros de Chateaubriand, de Dumas y de Eugenio Sue. Hoy las biznietas de aquellas señoras no leen nada. Van vestidas a la moda, pero sólo por fuera, como puede ir con cintajos un caballo o un mono.

No se nota, y es cosa triste, que la mujer española evolucione hacia la cultura.

Parece que no tiene condiciones para ello. La mujer se va desprendiendo de fórmulas antiguas de cortesía y de política y tomando un aire más suelto, pero no sustituye lo que deja con algo nuevo.

Es extraordinario el tipo de la señorita de

buena posición que se ha creado desde hace poco tiempo acá. Obligaciones, ninguna; conocimientos, ídem, vanidad y deseo de divertirse, ilimitado.

Alguno me dirá:

—¿Usted no es partidario de que todo el mundo tenga libertad de hacer lo que quiera?

—Sí, libertad, pero con vida interior, con deberes morales, con deberes intelectuales.

Entonces la libertad es interesante porque hay posibilidad de conflictos; la libertad de una vaca o de un caballo no le interesa a uno. Y la mujer actual elegante no tiene vida interior ninguna. Parece que el poco cerebro que tenía se le ha evaporado. Lo único que le queda fuerte es la religión, pero como una ramificación del egoísmo. Como la mayoría creen que después de la muerte se va a volver a vivir, se quieren preparar un sitio confortable para más allá; lo mismo que se piensa en invierno en la villa que se va a alquilar en verano.

.....

Yo, en Madrid, de joven, miraba como tipo de la mujer inútil, haragana, embustera, erótica y ansiosa a una señorita de la vecindad que se llamaba Lola. Lola era una mujer morena, verdosa, con la cara llena de polvos de arroz, inmediatamente que veía a algún joven y hablaba con él se derretía, perdía el decoro;

siempre estaba en el balcón, mandando una carta a uno y a otro. A su padre y a su madre los trataba mal, con una aspereza y un desdén tales que sublevaban; con las criadas tenía unas amistades estrechísimas, alternadas con riñas feroces. No creo que hubiese leído nunca nada, más que algunos ecos de sociedad. Tenía un entusiasmo por los ricos que llegaba a la vileza.

En la calle todo era mirar aquí y mirar allá y sonreír al que le seguía, si yendo con la madre las convidaba algún pollo, Lola se mostraba como el espíritu del ansia y de la gorronería.

Esta mujer acabó no trágicamente, pero sí mal. Se casó con un empleadito, y yo, por un azar del ejercicio de la medicina, supe que Lola había tenido amantes y que su marido, el pobre diablo lo sabía. El hombre que mientras vivió fué un calzonazos tranquilo, cuando enfermó gravemente adquirió una extraña energía y al acercarse su mujer a la cama desviaba la mirada de ella con repugnancia. Lola quedó viuda, y antes de perderla yo de vista tenía una casa de huéspedes.

Yo creía entonces que este tipo de Lola era una excepción del género femenino, después creía que era una variedad, hoy creo que es casi el género entero, con algunas excepciones.

La fuerza del sexo nivela a todas las muje-

res. Esa presión del ovario y de la matriz es tan fuerte que no las permite diferenciarse bien.

Recuerdo que cuando fui por primera vez a París hace veinte años me hice amigo de un joven periodista de Burdeos que se llamaba Damery-Cantenac, que vivía en plena miseria en un chiscón de detrás del cementerio de Montparnasse.

Damery era hombre guapo, conquistador y sarcástico, venía de Argelia de cumplir el servicio militar, tenía la cara tostada por el sol de Africa. Una noche íbamos dos españoles y él por los bulevares y al pasar por delante del teatro de Varietés vimos una señora tan guapa, tan decorativa, que nos quedamos mirándola quizá con demasiada curiosidad y hasta hicimos alguna exclamación de asombro.

Un caballero ya viejo que iba con ella se acercó a nosotros con viveza. Damery se plantó desdeñosamente a oír la reclamación de aquel señor. El caballero, entre otras cosas, dijo con altivez que aprendiéramos a distinguir una señora del gran mundo de una *cocotte*.

A esto Damery contestó con tono sarcástico:

—Para mí, señor, entre una *cocotte* y una mujer del mundo no hay más diferencia que ésta; que cuando se acuesta uno con una *cocotte* paga y cuando se acuesta uno con una mujer del mundo no paga.

—Es usted un impertinente—gritó el señor con voz de falsete.

—Me llamo Damery-Cantenac. Vivo en la calle de Gassendi, detrás del cementerio Montparnasse, en un hotel, por cierto bastante miserable, que se llama Hotel Gassendi. A su disposición. Buenas noches, caballero.

Y Damery hizo un saludo militar.

Muchas veces recuerdo la frase de Damery, que me pareció desvergonzada y cínica. Hoy no me lo hubiera parecido tanto.

Ciertamente no es raro que las mujeres casadas que tengan amantes se puedan identificar con las cortesanas; tampoco es extraño que nuestras señoritas se diferencien tan poco de las cocineras; lo que sí es raro es que las vírgenes locas de una burguesía gazmoña como la nuestra sean espiritualmente iguales a las mujeres de los burdeles.

.....

Después de escribir esto pienso que mis reflexiones son absurdas. Sin embargos, los hechos son ciertos. Las mujeres de por aquí van tomando, con relación a la vida sexual, una soltura, una audacia, que antes no tenían.

En estos pueblos se nota más la evolución porque no va acompañada de otra evolución intelectual clara que le sea paralela. La emancipación se refiere únicamente a las relaciones de los sexos. Las mujeres parece que quieren

afirmar que esta cuestión de los noviazgos, de la coquetería, de los adornos, etc. etc., no es cosa de segundo término y para estar relegada a un rincón, sino que es algo serio y transcendental y que tiene derecho a la luz del sol.

Al mismo tiempo, las mujeres van rápidamente echando por la borda todo lo que les estorba en este sentido, en la moral sexual, y afirmando como nunca en la realidad la importancia de la vida genésica. Es posible que ellas, siguiendo esta tendencia, en cierto sentido emancipadora, transformen a la larga la vida de estos pueblos.

Claro, a nosotros viejos intelectualistas encenagados en la rutina de pensar, gente para quienes el mundo exterior no es más que una realidad problemática, para nosotros que creemos que lo transcendental es comprender las cosas y que lo demás no tiene importancia, no nos puede entusiasmar esta evolución de las mujeres hacia su emancipación que tiene hoy por hoy, como base, la función de la matriz y del ovario más que la función del cerebro.

.....

Otro elemento de cambio en una sociedad es el lujo. Hablar de lujo se ve que produce un gran entusiasmo en estos pueblos nuevos.

—Hay un lujo...—dicen a todas horas las señoras.

Al decir esto parece que el lujo les molesta, pero la verdad es que les encanta; las telas ricas, las joyas, los diamantes, todo eso les entusiasma.

Este amor, por lo fastuoso y lo superfluo, que indica el lujo, no sólo no se ha refinado sino que se ha vulgarizado. Antes la joya no era sólo dinero, sino que era arte. Hoy parece que se tiende a que no sea más que dinero.

He pasado por los escaparates de las siete u ocho joyerías que hay en el Bulevar. No hay una joya trabajada, artística, con rubíes, esmeraldas o turquesas, que incite al que tenga cierta sensualidad por los colores; la mayoría son diamantes, brillantes, perlas, todo sin color y ostentoso. He visto una sortija para hombre con un brillante de quince mil pesetas. Me ha producido risa. Me he estado riendo solo, pensando que si me la dieran por diez céntimos, con la obligación de no venderla ni regalarla, no la tomaría.

No son estas joyas para magnates ni para damas refinadas, son para rastacueros americanos, para jugadores gananciosos y para gente de la misma calaña.

.....

Estas ciudades modernas, que visten a la moda y que tienen la adoración por el lujo, han encontrado la diversión más a propósito para sus gustos: el cinematógrafo.

El cinematógrafo impresiona la vista, pero no el espíritu; no hay necesidad de razonar, ni discurrir, con él todo es cortical.

A pesar de esto, tal es la cantidad de modernidad que llevan algunas invenciones, que el cinematógrafo será con el tiempo uno de los elementos mayores de divulgación y de cultura.

LA MORAL DEL MAQUILLAJE

EN San Sebastián no hay una armonía entre las costumbres y las ideas de los hombres ni de las mujeres.

Los hombres, en general, son insignificantes. En todas las ciudades de España el hombre produce una sensación de insignificancia extraordinaria, insignificancia que no está del todo en la raza porque en el campo el español tiene carácter, a veces demasiado carácter.

La mujer en estas ciudades está a la altura del hombre. En general da la impresión de un animal lascivo y religioso que hace cabriolas bajo el látigo del confesor.

Sobre todo, las mujeres de la burguesía que no leen nada ni quieren enterarse de nada, ni creer en nada más que en lo que les dice el cura, tienen algunas un aspecto de actrices o de cocotas extraño. Usan las modas más excitantes, practican el maquillaje.

Por poco que uno haya viajado ha visto en

hoteles del extranjero mujeres que se entretienen en encender los deseos de los hombres, pero generalmente son mujeres de cierta moral laxa, un poco pervertidas por la literatura, neurósicas, que buscan sensaciones.

Lo que indudablemente es absurdo es ver muchachas que se pintan y muestran sus atractivos y toman una actitud extravagante con el objeto de casarse y de ser después presidentas de una asociación piadosa. «Maquillaje ad majorem Dei gloriam.»

Es lástima que estemos en la época de los jesuitas estóridos y cerriles, porque si estuviéramos en el tiempo de los Molina, de los Escobar, de los Sánchez y de los demás maestros de la moral laxa de que habla Pascal en sus *Provinciales* hubieran hecho un entretenido estudio sobre el maquillaje, definiendo cuando se puede pintar una mujer los ojos, cuando los labios, cuando está legitimado ponerse un lunar, y este estudio, que estaría lleno de distingos y de reservas mentales, nos hubiera divertido.

Prácticamente el maquillaje con fines matrimoniales parece de poco resultado porque el señorito español no es generalmente un romántico que se lance al matrimonio con una muchacha extravagante, sino que pesa el pro y el contra y hasta se entera de la cuenta corriente, si es que la tiene la familia.

Entre las modistas y las chicas de taller se

ve también algunas muy peripuestas y algo maquilladas, pero si alguien las dice alguna galantería, no sonríen, como sonríe una francesa, con alegría y con gracia, sino que se muestran desdeñosas o contestan de una manera áspera y desagradable.

Se ve que el aire de modernidad y de suavidad de las chicas de este pueblo es aparente.

En estos jóvenes donostiarras, como en las muchachas, late la timidez y la torpeza ancestral de una raza que ha vivido aislada.

La seriedad española no nos permite dar a las cosas de la moda su verdadero valor, las hacemos en seguida transcendentales y serias. Y es que debajo del español aparece siempre el cura.

El maquillaje debe tener su moral. Practicarlo con otros fines de los naturalmente suyos parece un poco absurdo.

XI

LAS CLASES

UNA de las palabras que se emplea mucho en San Sebastián es la palabra «clase». «No es de su clase.» «Sí es de su clase.» Se ve cómo el sentido aristocrático se desarrolla en los pueblos nuevos.

Este sentido aristocrático es en San Sebastián especial, a la americana.

En San Sebastián apenas quedan familias antiguas, tradicionales. Pueblo que se quemó casi por completo en 1813 y que hoy tiene sesenta mil habitantes, ha ido creciendo con elemento advenedizo.

El donostiarra considera que la clase elevada se forma con el dinero y los padres. En los abuelos ya nadie se fija; pero a pesar de esta facilidad de ser aristócrata, no por eso el aristocratismo es laxo, al revés.

Este brote de aristocratismo es general en todos los pueblos que crecen. Larra en su tiempo se lamentaba de que en España, en

Madrid, no se sintiesen las clases sociales. Larra en esta cuestión era un tanto cursi, como decimos ahora; se puede tener talento y ser, en ciertas cosas, un pobre hombre. El caso de Balzac, empeñado en ser aristrócrata, es de los más característicos.

Yo no soy demócrata de estos del voto y del sufragio, pero me parece muy bien que no haya clases sociales mientras las clases sociales no ofrezcan alguna ventaja. Una clase debe poder defenderse por algo. Somos los magos que estamos estudiando las formas en que se manifiesta la divinidad. Somos los adivinos o somos las vestales. Somos la familia de los Hipócrates que estudia la medicina en la isla de Cos. Muy bien. Estas agrupaciones tenían un objeto y podían pedir un privilegio. ¿Pero, qué objeto pueden tener unos cuantos aristócratas o pseudo aristócratas reunidos en un gran hotel, en compañía de unos americanos ricos, de unos cuantos políticos chanchulleros de Madrid y de algunos navieros bilbaínos? ¿Por qué va a tener privilegios esta gente? ¿Qué utilidad nos presta a los demás?

Ni siquiera son capaces de dar el tono de las modas o de las costumbres. Esto sólo bastaría ya para tener por ellos consideración, pero no están a la altura de las circunstancias. No tienen, tampoco, sentido social; instinto de dirigir; gastan su dinero roñosamente, y

miran con temor y con suspicacia a las gentes que no tienen medios.

Desde la familia real, con su aire burgués, hasta el marqués pontificio, la aristocracia española es fundamentalmente ramplona.

La verdad es que a pesar de lo que se habla, los aristócratas cada vez tienen menos prerrogativas y llegarán a no tener ninguna.

La desigualdad de la naturaleza es la que va ganando terreno. La juventud, la belleza, la inteligencia, la fuerza, eso es lo único que ya puede tener privilegios, y eso no es exclusivo de ninguna clase.

XII

LA VIDA ELEGANTE

UNA señora medio francesa, madama X, me ha dicho varias veces que debía escribir algo de la vida elegante, aristocrática.

Esto de la vida elegante y aristocrática no es una cosa muy clara. Que hay elegantes no cabe duda; gente, en general, desocupada, rica, que se viste bien, va perfumada, etcétera; que hay aristócratas tampoco cabe duda, pues sabe uno que este señor se llama el conde de Tal y esta señora la marquesa de Cual; pero como todos ellos no viven de la misma manera, hay que saber en qué consiste la vida elegante y aristocrática.

Indudablemente uno de los caracteres del elegante, como del aristócrata, es contar con el tiempo. Para esto es necesario disponer de alguna fortuna.

Encontramos la primera condición del elegante: ser rico.

Entre los ricos hay personas que tienen afi-

ciones exclusivas: los hay políticos, los hay coleccionistas, los hay bibliófilos. El hombre que tiene tales aficiones ya en grado fuerte, empieza a estar muy ocupado y deja de ser elegante.

Segunda condición del elegante: ser desocupado.

Entre los ricos desocupados hay algunos capaces de pasiones fuertes, violentas, que los alejan de la vida social. Estos tampoco pueden ser elegantes.

Tercera condición del elegante: no ser apasionado.

Entre los ricos, desocupados y fríos, puede haber—lo da esa clase de vida—hombres inteligentes, de una visión clara, un poco irónica, de las cosas; pero éstos se hallarán siempre fuera del lugar y desagradarán a los demás.

Cuarta condición del elegante: no ser inteligente.

Entre los ricos, desocupados, no apasionados y no inteligentes, puede haber gente cándida, de buena fe, pero como estas condiciones han de producir risa, el elegante deriva hacia la malevolencia.

Quinta condición del elegante: no ser bondadoso ni cándido.

Ahora, mi querida madama X, ¿creerá usted que cuando veo un conjunto de personas ricas, desocupadas, no apasionadas, no inte-

ligentes y que tienen malevolencia en vez de candidez y de buena fe, no se me ocurre acercarme a ellos? ¿Creerá usted que la única palabra que me viene a la boca es la palabra de Cambronne?

Usted dirá que soy un salvaje. Cierto. Que soy un hombre incivil. Es probable. Lo que no cabe duda es que no soy el hombre más a propósito para ser un escritor de la vida elegante.

XIII

EL CALOR

Ni en Junio ni en la primera quincena de Julio ha hecho calor.

Ahora al entrar la canícula parece que el verano quiere resarcirse de su timidez pasada y el sol viene armado de punta en blanco lanzando rayos de fuego. Todo brilla de una manera terrible, todo se enciende y rezuma. Al salir de casa ese primer momento de una bocanada de calor fuerte casi me gusta, pero pronto la temperatura alta me fastidia y me exaspera.

Estos días en la biblioteca de Itzea, que se halla orientada al Norte y al Oeste, con las maderas entornadas se está bien. No pasa la temperatura de 21 a 22 grados. Algún día de gran bochorno se acerca a 23, pero al anochecer refresca mucho y las noches son casi frías.

La tarde me suele impacientar por su longitud. Esta hora de más con que nos ha obse-

quiado el Gobierno es una hora exasperante y aburrida.

.....

Muchas tardes al salir a la huerta contemplo en una tapia el espectáculo extraordinario de la caza de moscas por unas cuantas arañas.

Esta tapia, que suele estar al sol y a medias cubierta por una enredadera, es un nido de arañas. Unas son de las que hacen telas, otras de esas pequeñas vagabundas que se llaman vulgarmente alguacilillos. El alguacilillo es un verdadero monstruo, con sus tres filas de ojos, su agilidad, sus saltos. Un bicho así del tamaño de un perro sería algo horroroso.

El alguacilillo, como la araña tejedora y sedentaria, que son tan terribles para las moscas, se baten en retirada cuando aparece volando una especie de mosquita larga y estrecha: el pompilo. Inmediatamente que la distinguen se ve a las arañas, azoradas, que se esconden y buscan un agujero, pero el pompilo es implacable, las persigue, las coge, las da un lancetazo que las paraliza, las mete en un agujero de la pared, pone sus huevos y cierra.

La caza de la mosca es una de las cosas más interesante y más dramática que se puedan ver. Los dos procedimientos de caza, el de la telaraña y el de la persecución son terribles, más traidor, claro es, de la tela. ¡Qué

ejercicio gimnásticos hacen las arañas sobre sus cuerdas! No hay marinero que las iguale. Cuando tienen su presa la agarrotan con su hilo en un momento y les sorben los jugos.

El alguacilillo más noble en su caza es como un tigre o un león; tiene unos movimientos rápidos, unos saltos terribles y unas emboscadas traidoras.

.....

Nos están sacando una porción de árboles de los montes. Sin duda el Ayuntamiento los ha vendido. Diariamente pasan por la carretera grandes troncos cortados. Una arboleda que había cerca del puente de Lesaca, en un sitio que se llamaba *Bazar-lecu*, lugar de aire misterioso y romántico ha desaparecido. ¡Qué lástima! Nos van a dejar sin un árbol.

El otro día bajaban unas mulas arrastrando un gran tronco. El carretero, un chato torpe para dirigir el ganado, para lo único que se mostraba hábil era para decir bestialidades y para pegar de una manera cruel al macho de delante.

—Ese carretero debe ser de la Ribera de Navarra—le dije a una muchacha.

—Sí, así es.

—Ya se conoce.

Lo único que nos puede consolar de que se nos lleven los árboles es que no nos hacen falta. El español no aprecia el vivir en paisa-

jes suaves con árboles. Es gente de desierto, de aduar. Es por lo tanto lógico que los ayuntamientos vendan los árboles y que un carretero chato de la Cafrería o de la Ribera de Navarra se los lleve entre gritos, brutalidades y palos a las mulas.

Ahora nos estropean los montes; en el Baztán han tirado en poco tiempo árboles por valor de cuatrocientos mil duros; antes, en los años anteriores, nos han estropeado el río.

El Bidasoa ya no es un río, sino una serie de presas y de canales a cual más antipáticos.

Hablaba hoy de este afeamiento sistemático del país con un señor en el tranvía de la frontera.

—Sí, es verdad—decía él—, pero eso da dinero.

—¿Y qué ventajas reporta ese dinero?—decía yo—. Yo no veo ninguna. Si se notara con la industrialización del país un aumento de cultura, me parecería bien; pero yo no advierto eso. Lo único que veo es que cada vez hay más fábricas y cada vez más gente de esa.

Y mostraba un lego con un aire de patán que iba rascándose las barbas.

La verdad es que cortar árboles y estropear ríos, para dar como producto espiritual a los frailes, no es, desde un punto de vista de la cultura, un buen negocio.

.....

Al anochecer suelo regar el jardín, aunque no lo bastante, pues queda siempre seco.

En la huerta es curioso el aire decorativo y estilizado que toman algunas plantas forrajeras; así, por ejemplo, las lechugas florecidas parecen los remates de un edificio gótico, se ve cómo este arte se inspiró en las formas de los vegetales más humildes; las cebollas tienen unas flores redondas, formando grandes cabezas, de un color gris azulado precioso; las acelgas, al segundo año, crecen y toman un aspecto semejante al de las plantas crasas del período carbonífero.

En el jardín es ahora el período de las dalias de todos colores, de las pomposas hortensias y de las coralinas salvias. Este período espléndido decae cuando comienzan a brillar las estrellas amarillas de los helianthus y acaba con las constelaciones de los crisantemos.

.....

Algunos días que está muy seco subo a un alto próximo y me suelo sentar o tender en la hierba.

Los mirlos y las malvises pasan volando rápidamente; cantan los jilgueros y los pinzones en los setos; juegetean los petirrojos, pican en las flores silvestres y se alejan, con su vuelo bajo, para colocarse sobre una rama alta y mostrar los colores de su pecho.

Las palomas de casa suelen hacer evoluciones por el aire, trazando grandes curvas, acercándose a la iglesia, bajando en vuelos planeados al arroyo.

.....

Cuando se echa uno en el campo y se mira, en una postura no acostumbrada, se pierde la noción de la medida de las cosas. Al poco rato un moscardón o una mariposa próximos se le presentan a uno como un monstruo; en cambio un águila en el horizonte lejano se confunde con un mosquito.

Un fisiólogo ha dibujado el campo sensorial del Yo como un espacio cómico de la naturaleza, con el vértice en el ojo y sombreado por la ceja. No cabe duda que la idea del espacio ha sido creada por los sentidos, principalmente por el ojo. En los bastoncitos y conos de la retina tiene que estar gran parte del secreto de la idea del espacio.

.....

Algunas noches, muy pocas, suelo ir al pueblo; vuelvo por la calle desierta y tomo después por un camino de losas.

En las noches oscuras no se ve nada en esta senda y tengo que ir tanteando para no dar un traspies.

Enfrente suele brillar en mi casa la luz de mi ventana. Cuando la noche está clara las

estrellas alumbran vagamente el suelo, y encima de un cerro suele brillar la Osa Mayor.

Las noches de luna tiene el campo un aire fantástico e Itzea un aspecto de casa misteriosa. En el pequeño jardín que hay delante parece que se ha de ver algún embozado que luego huya por la carretera, que brilla como una lámina de plata y se esconde entre grandes árboles. Estas noches de luna ladran más los perros y cantan más los grillos.

Muchas veces suelo salir a la huerta de noche a fumar. Los domingos se suele oír el sonido de algún acordeón y gritos de jóvenes que pasan saltando por la carretera.

Algunas noches se ven en la carretera luces que deben ser de contrabandistas que hacen alguna seña, y no es raro oír tiros que disparan los carabineros contra algún desdichado que lleva unos cuantos panes a Francia.

Rara vez también suele poner su campamento cerca de la carretera algún gitano o algún paraguero ambulante que va con su mujer y sus hijos, y a primera hora de la noche se ve la llama de la hoguera que brilla en medio de la obscuridad.

Suelo avanzar por la carretera de Francia, y a veces por un camino estrecho próximo al arroyo.

En estas noches templadas de verano domina el canto del buho, que en la obscuridad y en la soledad es algo triste. Parece un alarido

débil como el de una criatura que se asesina. Muchas veces delante de un grupo de árboles en donde entra la luna, o delante de un tronco en la obscuridad, se siente uno turbado y asustado. Es el miedo a lo maravilloso.

Hablando de esto me decía un señor el año pasado que este temor a lo maravilloso era una prueba de la condición espiritual del hombre, porque los animales no lo tienen.

—Oh. El hombre es un animal religioso y lo será siempre—afirmaba.

Leyendo a William James he visto que este miedo a lo maravilloso no es exclusivo del hombre. Cuenta este autor en su *Psicología* que un amigo suyo, el profesor Brooks, hizo con un perro inteligente la experiencia de ponerle un hueso atado por un hilo invisible y arrastrarlo de un lado a otro. El perro cayó enfermo de un ataque de epilepsia, de miedo.

Es indudable que a los perros les asusta todo lo que no tenga aire natural. Si ven a una persona con la cabeza tapada con un trapo ladran furiosos. Lo mismo sucede si ven a un hombre encorvado que les mira por entre las piernas.

Se advierte que el miedo a lo maravilloso es un fenómeno no sólo humano sino animal, algo muy fuertemente instintivo. Cuando el hombre llega a un alto estado de cultura y de

gran dominio sobre sí mismo entonces lo llega a perder.

.....

El miedo a lo sobrenatural tiene, para mí, dos aspectos distintos, que corresponden, aunque no con exactitud, a dos clases de espíritus religiosos: el uno es el temor de Dios, de los pueblos semitas y semitizados por el cristianismo; el otro es el temor vago a la naturaleza, de los pueblos primitivos. En la Europa meridional y occidental se puede llamar a una de estas formas espirituales semítica o cristiana, a la otra céltica.

El temor de Dios de los cristianos (como en los judíos y mahometanos), es un sentimiento de dependencia con la divinidad. Dios fiscaliza y pide cuentas de todos los actos del hombre, hasta de los más pequeños. El temor sobrenatural céltico es la sospecha de fuerzas misteriosas adversarias del hombre.

El tipo cristiano cree que un accidente o una desgracia puede ser una advertencia o un castigo de Dios, que le vigila paternalmente; el tipo céltico no cree esto. Supone cierta mala intención misteriosa a las cosas naturales.

Entre estas dos ideas: la naturaleza paternal dirigida por Dios y la naturaleza hostil, yo encuentro más exacta esta segunda. Claro que no es que yo suponga que la naturaleza sea

hostil para el hombre como un designio, no, esto es absurdo, pero su indiferencia con relación a nosotros nos parece hostilidad.

Una serie de enemigos nos acecha en la obscuridad: el bacilo de la tuberculosis, que está en todas partes; el hemameba, que viene en los mosquitos anofeles; el bacilo del carbunco, que lo transmiten las moscas, y una porción de gérmenes que ahora se cree se transforman unos en otros y que bailan a nuestro alrededor la más terrible de las zara-bandas.

Para el hombre moderno los espíritus malignos se han convertido en microbios.

Se explica que estas dos tendencias, la semítica y la céltica, hayan nacido la una en el desierto, la otra en las selvas. El pastor de las llanuras concibe la unidad, el paisaje para él es uno, las horas de todos los días son iguales. Esta unidad tiene que tener un jefe único, que pasa pronto a ser Dios. El hombre de la selva tiene en el alma la variedad, el mundo se le presenta en trozos innumerables, el tiempo es cambiante, los fenómenos de la naturaleza tienen inmensa diversidad, hay en el paisaje bosques, cavernas, ríos, lagos...

El pastor del desierto que tiende a la unidad, al afirmar ésta, al darse un jefe absoluto y despótico, se hace humilde e inventa la religión. El hombre de la selva que cree encontrarse entre fuerzas divergentes y enemigas

inventa la magia. Así el semita balbucea humilde ante los altares de su Dios, mientras el celta emplea orgullosamente sus fórmulas fantásticas para forzar a la naturaleza como un químico moderno o un experimentador.

.....

Yo no siento, no he sentido nunca ni remotamente esa dependencia mística con la divinidad, ni ese placer de llamarse esclavo, como los cristianos. Aunque llegara a creer en lo sobrenatural no podría sentir la responsabilidad, por lo tanto no podría sentir la justicia del castigo o del premio. Así como no me alcanza esa aura semítica y cristiana, me llega todavía un ramalazo del sentimentalismo de los pueblos primitivos de Europa: el temor de las cuevas, del pantano inmóvil y negro, de las arboledas, de las fuentes de agua limpia y misteriosa...

XIV

FIESTAS DEL PUEBLO

LAS fiestas son en casi todos los pueblos el momento álgido del verano. Para esa época se blanquean las casas, se matan cerdos y patos, se guardan huevos. Todo se hace para las fiestas.

Luego resulta, cosa muy natural, que de las fiestas lo menos divertido son las fiestas mismas.

Estas consisten en comer, en bailar, en ver partidos de pelotas y fuegos artificiales.

Como este pueblo donde vivo tiene dos barrios y las fiestas son tres días, se dividen, día y medio en el barrio de Vera y día y medio en el de Alzate.

Nuestro barrio, el de Alzate, tiene cierta fama de inmoralidad, se dice que las parejas se abrazan en los maizales o en los callejones. Yo no sé si es verdad o no, pero creo que no es cosa de asustarse.

Un amigo nuestro, a quien se le conocía

por el mote poco distinguido de *Bacalao sin tripas*, decía:

—En Vera hay un veinticinco por ciento de diversión; en Alzate un setenta y cinco por ciento.

La fiesta de noche en el barrio de Alzate tiene un aspecto de baile de suburbio parisiense: ponen un túnel de lámparas eléctricas, que ya están un poco cansadas, y la gente pasea y baila debajo. Al final de la calle hay un juego de pelota y una capilla moderna con un Cristo comprado en Bayona y que lo pasaron de contrabando. Algunos guasones dicen que cuando lo pasaban, los carabineros dieron a los contrabandistas el alto, de noche.

—¿Quién va?—les dijeron.

—¡Cristo!—murmuró uno de los contrabandistas, y dejó la imagen entre las zarzas para recogerla al día siguiente.

Este año en las fiestas ha hecho buen tiempo y ha habido mucha gente de Irún, de San Sebastián, de los pueblos del Bidasoa y sobre todo muchos franceses.

En estas fiestas siempre me acuerdo de la poesía de Víctor Hugo, *Gastibelza o el loco de Toledo*, y que empieza así:

«¡Chantez, dansez villageois!...»

Verdaderamente es extraordinario que en un mundo en donde hay tantas cosas horri-

bles como en el nuestro, los curas lo más tremendo que encuentran para corregir es el que alguna muchacha lleve un escote pronunciado o que dos novios se hayan besado en un maizal.

Además debían de pensar que la predicación es bastante inútil, puesto que de los tiempos del pitecántropo acá no parece que haya variado mucho el procedimiento de nacer los hombres.

.....

De todos los festejos de los pueblos los que más me gustan son los fuegos artificiales. Es una cosa infantil, pero que tiene su interés siempre. Algunos sabios de las ciudades, cuando van a las fiestas de los pueblos, se encogen de hombros al ver los fuegos artificiales. Son pobres diablos que creen que hay categorías en los juegos. Como si no fuera lo mismo jugar al aro que al billar, a los botones como a la ruleta.

A mí me gustan mucho los fuegos artificiales. La serpiente que persigue a la mariposa, la rueda que gira, la fuente de chispas de oro y de plata, el castillo y luego esos grandes lagrimones rojos, azules, blancos, de color violeta, que bajan despacio en el aire obscuro de la noche, mientras todo el público hace involuntariamente: ¡Ah!... ¡Ah!...

Es cosa muy divertida.

.....

El tercer día de fiesta se han presentado en Vera los *boy-scouts* o exploradores. Han hecho no sé qué mojiganga patriótico-militar en el Ayuntamiento, que yo no he presenciado. Lo que sí he visto es que han dado a la calle del barrio de Alzate una gran animación.

Entre estos *boy-scouts* había unos jóvenes de sombrero ancho, estilo mejicano o yanqui, y otros con una gorrita de cuartel. Los trajes también eran distintos y abigarrados. Esta nube de jovencitos, entre los cuales había algunos machuchos, ha dado un aire pintoresco a la calle y ha proporcionado buenos bailarines a las chicas.

A veces creíamos que estábamos en un pueblo del frente viendo tres o cuatro mozos, ya talluditos, con sus gorras de cuartel; a veces pensábamos que estábamos en una zarzuela.

Claro que esta historia de los *boy-scouts* tiene más de zarzuela que de otra cosa, sobre todo tomándola en serio, pero sea que estos *boy-scouts* que han venido a Vera no lo han tomado en trágico o que yo les he visto después de la mojiganga, el caso es que me han parecido bien. Han bailado con las francesas y españolas polkas, paso dobles y jotas. Se han divertido ellos y nos han divertido un poco a nosotros.

«¡Chantez, dansez, boy-scouts!»

.....

He estado a la puerta de una taberna oyendo cantar. Era una verdadera batahola, unos cantaban una cosa, otros otra, cada cual iba por su lado. De cuando en cuando dominaba el tumulto la voz aguda de un navarro de la Ribera que cantaba una jota. Parecía que quería decir: «Ahora callad todos, porque esta es la verdadera canción.»

Claro que nadie callaba, cuando concluía sus jotas petulantes otro navarrito jiboso, con un pañuelo rojo en el cuello, se levantaba y cantaba bailando y castañeteando los dedos:

Que tanto que saber coser,
que tanto que sabes bordar,
y me has hecho unos pantalones
con la bragueta «pa» atrás.

Esta letra grotesca, después de la jota arrogante, la ridiculizaba hasta tal punto que he estado riendo a carcajadas de los productos musicales del padre Ebro.

LA "ROULOTTE" ELEGANTE Y LOS HÚNGAROS

CASI siempre en época de fiestas pasa por la carretera un carro de saltimbanquis, una *roulotte*.

Va generalmente muy cerrado, arrastrado por un caballo, y lleva atrás colgando un cubo.

A pie suele ir un hombre de cincuenta a sesenta años, con el bigote gris y un perro. El hombre va vestido con traje azul ancho, de aire transpineraico. Sin duda es algún titirite-ro francés que hace un pequeño recorrido por España entrando por la parte de Añoa y Urdax y saliendo por aquí.

No se ve nunca quien va dentro del carro, probablemente algunas mujeres.

El carro suele subir la cuesta de la carretera despacio hasta que se pierde en lo alto.

.....

Este año ha habido una *roulotte* con saltimbanquis que se ha detenido en el pueblo una

roulette elegante. Los titiriteros, que eran seis o siete, han dado una representación en la plaza el último día de fiestas. Llevaban un caballito amaestrado y un mastín muy hermoso. Unos parecían franceses y otros gitanos. Al día siguiente de la fiesta se fueron por la mañana y volvieron de noche.

Por lo que dijeron en el pueblo el mastín de los titiriteros mató en el camino varias ovejas, y los *artistas*, reclamados por el juez, tuvieron que pagarlas, y las pagaron sin replicar.

.....
Unos días después, al pasar por la carretera que hay entre Vera y el barrio de Alzate, he visto unos húngaros. Llevaban un oso, un perro y una mona.

Eran un hombre de unos veintitrés o veinticuatro años, barbudo, greñado, con los ojos grandes y tristes y un sombrero hecho girones; una mujer alta, rubia, con la cara lánguida y suave, con un niño en la espalda, y dos chiquillos rubios, descalzos y harapientos.

Al llegar al barrio nuestro, mientras la mujer iba de puerta en puerta, diciendo con voz lastimosa: «*Siñorina*, una perrita», el hombre ha comenzado a tocar el pandero y a cantar y a hacer bailar al oso.

La chiquillería del barrio ha formado círculo alrededor. El húngaro llama al oso «*Mariano*» y a la mona le decía «*Popinari*».

«Mariano» ha bailado con el palo pasado por encima de los hombros, se ha echado al suelo y se ha arrodillado, pero los chicos no han celebrado sus habilidades y hasta le han tirado piedras. En cambio la mona «Popinari», cínica y desvergonzada, ha tenido un gran éxito.

El húngaro me ha preguntado si había alguna dificultad para pasar a Francia, le he dicho que no sabía y me ha enseñado un pasaporte suyo con un nombre que me ha parecido ruso.

—Somos de un pueblo de los Balcanes... cristianos—me ha dicho con su voz quejumbosa.

Mientras el hombre hablaba, el oso me miraba con sus ojos pequeños y brillantes, de una expresión casi humana.

Unas horas después han pasado por delante de mi casa. Yo estaba en la carretera y los chicos que jugaban por allí, entre ellos mi sobrino, un poco asustados al ver el oso, se han acercado a mi alrededor.

—¡Pobres!—he dicho yo.

—¿Por qué son pobres?—me ha preguntado mi sobrino.

—Porque no tienen casa... ni buena comida.

—¿Y quién es más pobre de todos?

—El oso.

—¿Y por qué?

—Porque los demás van contentos; el hombre y la mujer se han guardado los cuartos, el perro va libre y satisfecho, la mona también, en cambio el oso va preso, con su anillo en la nariz, que le hace daño, sin poder correr.

—¿Y si se escapa?

—¿Adónde va ir? ¿No ves que están quitando todos los árboles de los montes? Los osos sin montes no pueden vivir. Ahora, ya dentro de poco, no habrá árboles aquí.

—¿Pues qué habrá?

—No habrá más que postes de telégrafo y en vez de hierba habrá periódicos manchados con grasa y alguno que otro tomillo. El mundo de hoy no es para los osos. Es para las monas.

—¿Y para los sapos que tienen veneno?

—Para los sapos que tienen veneno, también.

.....

El ver a estos pobres desarrapados que iban por la carretera de Francia arriba con sus chiquillos harapientos me ha recordado la estampa de los «Bohemios», de Callot.

«Ces pauvres gueux peins de bonadventures
ne portent rien que de choses futures.»

Me han recordado la estampa por la idea nada más, porque los «Bohemios» de Callot,

como vistos por un francés, no tienen realidad, son amanerados y académicos (Callot se parece a Goya como un perro de lanas a un león). Los húngaros han comenzado a subir la cuesta, los chiquillos, descalzos, se han acercado a los caseríos pidiendo limosna y, por último, se han ocultado entre los árboles de la carretera.

LIBRO QUINTO

CREPÚSCULOS
DE OTOÑO

ALEGORÍA AL ESTILO ANTIGUO

EL otoño es para mí la época más agradable en el campo y en la ciudad. Después da ese ardor pesado y enervante de los días de Agosto las primeras frescuras otoñales son una delicia. La lluvia benéfica va cayendo suavemente sobre la tierra, y parece que es una voluptuosidad nueva mirar el paisaje y respirar.

¡El otoño, qué admirable estación!

.....

Otoño es una dama aventurera saciada de amores y de frutos; en el mediodía, en las tierras del vino, muestra la carnación abundante de una Venus de Rubens, es barroca, espléndida, tiene el color dorado del sol y en el cabello el adorno de los pámpanos y de las hojas de viña; en los países del Norte menos opulenta y más discreta, es una ninfa pálida, engalanada con flores, que marcha por

prados entre las altas hierbas humedecidas los girones flotantes de bruma.

Otoño es ver las mañanas que brotan radiantes por entre la gasa blanca de niebla que envuelve el valle; recibir la caricia del sol, ya enfermizo, que tiene un calor dulce al mediodía y respirar al anochecer el aire fresco y perfumado de los montes. Otoño es el olor del heno, la sazón de los prados. Otoño es ver caer la lluvia menuda en un día gris luminoso y plácido a través de los cristales de la ventana, oír el rumor del viento en el follaje, marchar por la carretera haciendo crujir bajo los pies las hojas amarillas de los árboles, oír las campanadas de la oración desde lejos, entre el ramaje desnudo del bosque y encender al lado del camino una hoguera de ramas secas.

Otoño es pasear bajo la bóveda celeste en la noche limpia y profunda, recoger en el fondo del alma el ritmo del universo en el parpadeo confidencial de las estrellas y presenciar las fantasmagorías de la dama errante de la noche, que juega a los misterios con su luz espectral en las rocas y en los arroyos, en los estanques y en los troncos viejos de los árboles.

Otoño es ver pasar por encima de nuestra cabeza los pintados pájaros de otros climas y contemplar las bandadas de aves que vuelan en lo alto formando un triángulo y van lanzando gritos estridentes. Otoño es amontonar

en los desvanes el grano dorado, las calabazas ventrudas y disformes y guardar en los armarios de nogal las gruesas manzanas olorosas.

Otoño es pararse, de noche, en la plaza del pueblo ante un balcón iluminado a oír una lección de Czerny que escapa del piano confusa y temblorosa. Otoño es mirar ensimismado los cipreses agudos del cementerio y sentir como van hiriendo en nuestro corazón las horas una a una. Otoño es acompañar a una mujer lánguida del brazo, al anochecer, y hablar con ella de la vida, de las ilusiones pasadas, mientras los gusanos de luz brillan misteriosos entre las hierbas.

¡Admirable y romántica estación!

Al principio el otoño tiene el recuerdo del sabor del verano, pero pronto llega Octubre con su aire frío y sus colores calientes y nos va dorando con sus purpurinas las faldas de los montes, y nos pinta de rojo los árboles y nos platea las hojas caídas en el camino.

Por las noches hay que encender el fuego en el hogar, lo que produce siempre una gran sorpresa como si fuera una novedad ver la llama.

.....

En vascuence el otoño se llama «verano último», es decir, no tiene nombre original. Probablemente en la antigüedad no señalaban

los vascos más que dos estaciones: verano e invierno. Parece que en muchos pueblos septentrionales de Europa pasaba lo mismo, y que en la formación del otoño influyó bastante el cultivo de la viña.

Indudablemente, en los países meridionales el otoño está estrechamente unido a la vendimia. El grano de uva que se va dorando o amaratando en el racimo marca el final de la fuerza del sol. La recolección con sus fiestas báquicas coincide con la época equinoccial.

En el país vasco, donde apenas hay vino, el otoño no tiene aire báquico, es un verano lánguido, suave y tardío.

II

EL CASTILLO DE SAN TELMO

A orillas del mar esta estación otoñal ofrece verdadero encanto; los días claros son admirables; ya la arena de la playa no ciega con su blancura y el mar no tiene esos reflejos centelleantes que hieren la retina. No hay tampoco esa monotonía del agua azul y del cielo azul; en otoño la masa de agua y la masa de aire cambian con frecuencia y producen una inmensa variedad de efectos.

.....

El mar me parece un amigo a quien no quiero tener siempre delante. Así, de tarde en tarde, cuando oigo de lejos su canción y pienso: «Ahí está», siento una gran alegría.

Acostumbrándose a la estrechez del valle, es un gran placer sentarse una tarde, al comienzo del crepúsculo, a la orilla del mar y llenar la pupila con sus colores cambiantes y ver la puesta del sol, los volcanes, los drago-

nes del cielo, las islas y palacios de nubes que se derrumban, los ríos incandescentes.

.....

En la punta del cabo Higuer, que es el final del monte Jaizquibel, a orillas del mar, en la desembocadura del Bidasoa, hay un castillo viejo y arruinado. Todavía quedan en él algunas garitas y se adivinan salas y mazmorras.

Este castillo se hizo en tiempo de Felipe II, para reprimir los latrocinios de los piratas.

A la puerta del castillo queda aún un magnífico escudo de los Austrias con una inscripción en latín que dice lo siguiente:

PHILIPUS II HISPANIARUM, INDIARUMQUE REX,
AD REPRIMENDA PIRRATORUM LATROCINIA
HOC SANTERMI CASTELLUM EXTRUERE MANDAVIT
ANNO D. O. M. MDXCVIII
• SIENDO DON JUAN VELASQUEZ
CAPITAN GENERAL DE ESTA PROVINCIA.

He estado largo rato en este castillo, hoy convertido en humilde vivienda. El colono sin duda estaba paseando o trabajando en sus campos.

El panorama desde el castillo es soberbio. Se ve el mar, una gran extensión del golfo de Gascuña. En la desembocadura del Bidasoa las dos peñas de Hendaya que llaman las Tumbas y también las dos Hermanas, el cas-

tillo de Abbadie, luego los acantilados de Biardart, Biarritz, Bayona y después una línea blanca de la costa francesa lejana...

En el mar, casi debajo del castillo de San Telmo, hay un malecón que forma un puerto de refugio. Veo salir de aquí una lancha cargada, que se dirige a dar la vuelta al cabo Higuer.

Pienso en lo azarosa que sería la vida de aquellos marinos antepasados nuestros que iban, en épocas remotas, a la pesca de la ballena y al Banco de Terranova. ¡Quién sabe si su vida, a pesar de la barbarie del tiempo, sería más bella y hasta más agradable que la nuestra! Esta desconfianza en la civilización nos queda siempre a los vascos. No es uno un tipo social y late confundidamente dentro de nuestro espíritu el instinto de las razas viejas individualistas y aventureras.

Un poco más lejos del castillo arruinado está el faro del cabo Higuer y al lado un cuartel de carabineros. En la punta del cabo hay un islote, el islote Amuco.

Por el otro lado del Jaizquibel se ve la costa brava. He estado sentado en la hierba. No es fácil comprender por qué la contemplación de la naturaleza salvaje le llega a uno tan dentro, al alma. Hay, indudablemente, en esto un residuo de algo instintivo y lejano.

Me he asomado a una peña y me he tenido que retirar inmediatamente, perturbado por el vértigo.

III

DISQUISICIÓN CIENTÍFICA SOBRE EL VÉRTIGO

ESTA impresión de vértigo que he tenido en Jaizquibel me ha hecho leer en casa los libros que pueden hablar de ese fenómeno.

Wundt en su *Psicología fisiológica*, ya clásica, habla como de una hipótesis, aún no demostraba, del papel de los canales semicirculares del laberinto del oído interno en la producción del vértigo y en la sensación del espacio. Desde entonces acá parece que la hipótesis se ha comprobado.

Estos canales semicirculares, en número de seis, que están llenos de un líquido: endolinfa, son como niveles que hacen percibir los movimientos de la cabeza y del cuerpo.

En este líquido o endolinfa que llena esos canales penetra el nervio auditivo que se supone que tiene filetes que no contribuyen a la audición. Estos filetes terminan en unas células erizadas de filamentos que se bañan

en la endolinfa. A su vez en la endolinfa hay flotando una masa de cristales calcáreos, los otolitos, que al moverse y desplazarse con el líquido excitan los filamentos nerviosos.

Cada otolito de estos debe ser como el dedo que toca en un timbre. Después el cerebelo parece que es el órgano encargado de comunicar al cerebro la impresión del vértigo que le dan los canales semicirculares.

Estos canales semicirculares del oído interno deben servir al mismo tiempo de estabilizador, de barómetro y de brújula en el hombre y en los animales.

Luego, como contraste de la realidad, viene la vista, que hace como de palo de ciego para tantear en las cosas.

Así como estudiando la mecánica del vuelo de las aves se ha llegado a la aviación, ¿quién sabe si en el mecanismo del oído interno no se encontrará el sistema de dar estabilidad al aeroplano?

IV

LA SALA DE JUEGO

Voy a pasar unos días a San Sebastián a casa de mi amigo el doctor Larumbe.

Esta época de otoño es la más agradable de la playa de moda.

Hay en el pueblo menos gente, pero hay la necesaria para que se halle todo animado. No se habla de toros, ya esto para mí es algo simpático y agradable, y tiene el final de temporada un carácter plácido y tranquilo.

Alguna que otra vez voy al casino, a la sala de juego, que está en el primer piso. Yo no he jugado más que muy pocas veces, no me ha producido sugestión ninguna el juego.

La primera impresión de esta sala es espléndida. Hay mucha gente conocida y muchas cocotas elegantes. Entre los hombres se da el hombre de carrera de caballos y ese tipo, nuevo en España, de judío turco, búlgaro y rumano, corredor de alhajas.

La impresión segunda, la del crítico, es que

San Sebastián no tiene el público de Niza, de Montecarlo ni aun el de Biarritz.

Se ve que este mundo del juego, del turf y de la galantería no está aquí como en su propia casa.

Algunos dicen que cuando se acabe la guerra se marchará. No es cosa que yo lo sepa.

San Sebastián no es ciudad para esa clase de gente; ese mundo elegante e INTERLOPE no le gusta ni al donostiarra ni al madrileño. Al donostiarra porque ofende su mojigatería; al madrileño porque le humilla con su dinero.

El donostiarra no facilitará la llegada de colonias yanquis o rusas, permitiendo que se levanten capillas protestantes u ortodoxas en el pueblo, como han hecho en Biarritz; al madrileño no le gusta tampoco encontrarse con gente que puede gastar en un día lo que él gasta en un mes o en un año.

San Sebastián se encuentra ahora entre dos períodos: uno es el San Sebastián de la reina doña Cristina, un pueblo ñoño, moral, jesuítico, de burguesía madrileña; el otro, el San Sebastián que quiere ser cosmopolita, un pueblo de jugadores ricos y de carreras con caballos de Vanderbilt.

La guerra impulsa a este San Sebastián cosmopolita, pero el donostiarra y la colonia veraniega nacional tienen la tendencia a volver al San Sebastián de la reina madre, un

poco cursi, un poco jesuítá, esencialmente español.

.....

Para el que no juega, porque no tiene dinero ni afición, como me pasa a mí, es entretenido observar a los jugadores; se obtiene el resultado de que todos son supersticiosos. Indudablemente no hay jugador de raza que no crea en la suerte y un tanto en la jettatura.

Delante de un tapete verde siempre es curioso ver la actitud de los jugadores, los gestos de satisfacción unas veces y de inquietud disimulada otras. Algunos hay que pierden y ganan sin pestañear; pero a la mayoría se les conoce.

Muchos se burlan del que lleva un amuleto para jugar y piensan en cambio que las cuentas y combinaciones que hacen sobre un cartón son de valor.

El jugador, en general, no cree en el determinismo absoluto, que consideramos como lógico la mayoría de los hombres razonables.

Para el jugador hay otro determinismo inventado por él: Ha salido tres veces el negro, pues ahora hay más probabilidades de que salga el blanco.

No; hay las mismas.

Si fuera posible una explicación científica de lo que se llama casualidad, el jugador sería el mayor enemigo de esa explicación.

El jugador no quiere nada con la lógica corriente y cree haber encontrado por su experiencia leyes a la suerte, es decir, quiere encontrar leyes a lo que se llama así, precisamente porque no obedece a leyes.

—¿Cómo que no tiene leyes la suerte?—preguntará alguno, y contará mil casos que demostrarán que hay sus leyes.

Desde un punto de vista metafísico la suerte no existe, no es más que un nombre para una cosa que no es nada, pero desde un punto de vista humano esta cosa que no es nada influye como una realidad.

Aquí la frase de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas, de las que existen como existentes, de las que no existen como no existentes.» Es decir, que las cosas que no existen, si parece que existen, existen también para el hombre, para el hombre que cree en ellas.

¿Cómo se puede explicar este dualismo al parecer contradictorio? En la vida la suerte actúa muchas veces como si existiera.

Schopenhauer cita en español este adagio de verdadera fuerza: «Da ventura a tu hijo y échalo al mar.»

La palabra que parece que dice más desde este punto de vista fatalista es esa «ventura». Más que suerte, más que fortuna, más que sino, indica esa palabra: «ventura».

.....

Distraído con mis reflexiones me encuentro con un señor que me saluda efusivamente, es un antiguo conocido de Madrid a quien yo siempre he oído que le llamaban el Marqués. Yo no sé si posee éste título o no.

El Marqués es hombre delgado, esbelto, que ha tenido muy buena presencia. Tiene ahora una palidez de cera y unos ojos amarillos. Cuenta ya sus cincuenta años, pero está muy bien entre gente joven. Es una figura tan fina, que da la impresión de que no pesa. Parece que ha nacido para acompañar a dos señoras en un salón.

Es este amigo un hombre crapuloso, con un cinismo tan absoluto que sorprende y divierte. El Marqués, en su juventud, ha tenido grandes éxitos entre las mujeres. El no se preocupa de si hay virtud o no en ellas. Cada mujer le parece un logógrifo, ¿se puede resolver?, muy bien, ¿no se puede resolver?, pues se deja. Lo demás no le preocupa.

Dentro de su especialidad de las mujeres es hombre inteligente, ameno y cínico. Sacándole de ella es un tonto y un tonto agresivo. Se indigna hablando de Besteiro y de Marcelino Domingo y quisiera fusilarlos.

Si a mí no me hubiera conocido hace años me tendría odio, pero como hemos andado los dos en nuestro tiempo en los Jardines del Retiro detrás de unas coristas italianas cree que yo soy un ¡viva la virgen!, como dice él,

y esto le da confianza y simpatía por mí y hasta por los libros que he escrito.

.....

El Marqués me presenta siempre como hombre de gran penetración. El motivo de este juicio alhagüeño para mí es un pequeño éxito de inducción que tuve con él. Hará de esto diez o doce años. Existían aún los Jardines del Retiro. Yo solía ir casi todas las noches de verano a pasar unas horas allí y a oír ópera barata.

Al principio de la temporada solía estar aquello bien, luego quedaba lánguido y triste con un aire provinciano, y nos conocíamos todos los concurrentes. En las pequeñas tertulias se murmuraba y se contaba la vida y milagros de la gente. En el grupo a donde iba yo había algunos conquistadores, grandes paseantes, que iban allí a *trabajar*, como decían ellos, y dos o tres gandules entre los que me contaba.

Había hablado yo un día entre mis amigos de las deducciones del policía aficionado Dupin, de *La carta robada* y de algunos otros cuentos de Edgard Poe y de la posibilidad de que por lógica se llegara a obtener un resultado de averiguación.

Días después, un domingo ya de final de Agosto estábamos sentados alrededor de la pista el Marqués, un amigo estudiante de

arquitectura gallego, enamorado perpetuo de una tiple, y yo, cuando entraron en los Jardines un señor de aire amable, de barba cana, con dos muchachas bonitas vestidas de claro. Eran sin duda padre e hijas. El señor tenía buen aspecto, las hijas parecían modestitas.

—¿Quién demonio es esta gente?—dijo uno de nosotros—. No han venido nunca aquí.

—¿Serán forasteros?

—¡Forasteros en Agosto en Madrid!

—Quizá de algún pueblo de al lado.

El señor y sus hijas no parecían conocer a nadie.

—A ver esa lógica—me dijo en broma el Marqués—. A ver si deduce usted quienes son ese papá y sus niñas por el sistema del señor Dupin.

—Va uno a quedar mal—pensé yo—. No encontraba indicio alguno que pudiera darme la menor luz.

Representaban *Sonámbula*. Estuvimos al lado del padre y de las niñas y les oímos hablar. Acabó el segundo acto de la ópera, y de pronto dije triunfante a mis amigos:

—Ya sé quienes son el padre y las hijas.

—¿Quiénes son?

—Pues son unos ferreteros alaveses que viven en la calle de Toledo o de los Estudios, gente de buena posición, que se llaman Zárate, Bengoa, Zúñiga o algo parecido.

Se rieron mis amigos y dijeron:

—Vamos a seguirles cuando salgan.

El Marqués consideraba que no tenía que *trabajar* aquella noche.

Efectivamente, salieron padre e hijas y salimos nosotros detrás. Las chicas creían que íbamos tras ellas con intenciones amorosas y se hablaban y se reían.

—Con que alaveses... ferreteros... de la calle de los Estudios... y Zárates—repetía el Marqués con sorna.

—Y que no me vuelvo atrás—decía yo.

Recorrimos la calle de Alcalá, cruzamos la Puerta del Sol, tomamos por la calle Mayor, luego por la plaza del mismo nombre entramos en la calle de Toledo, luego en la de los Estudios, y se detuvieron el padre y las dos hijas delante de una casa con una tienda.

Hubo un momento de asombro entre mis dos compañeros, del que participé yo.

En el rótulo ponía: «Ferretería de Ortiz de Zárate.»

—¿Estas señoritas viven aquí?—preguntó el Marqués, con su desparpajo habitual, al sereno.

—Sí, señor; aquí viven.

—¿Son de la ferretería?

—Sí, señor.

Nos volvimos al centro.

—Vamos que nos ha tomado usted el pelo —me dijo el Marqués—. Usted conocía a las chicas.

—No las conocía.

—¡Bah!

—De verdad.

—Pues ¿cómo ha averiguado usted quiénes eran? ¿Se lo han dicho a usted?

—Ya ha visto usted que no he hablado con nadie.

—Pues ¿cómo ha sido?

—Por inducción. No se ría usted, es verdad. Yo he estado pensando, como ustedes, si estas muchachas serían madrileñas o serían forasteras y cuando las he oído hablar me he confirmado en la idea de que eran madrileñas ellas, pero el padre no. La voz del padre me pareció de riojano o de navarro. ¿Madrileñas y con este aire modestito y encogido?, me pregunté. Y se me ocurrió si serían chicas de familia comerciante de un barrio apartado. Estaba en este momento de formación de mi juicio sobre ellas, cuando he visto que las saludaba muy afectuosamente, desde lejos, don Ricardo Becerro de Bengoa, que ha sido profesor mío en el Instituto de San Isidro. Este Instituto está, como saben ustedes, en la calle de Toledo. Ya tenía estos datos, medio seguros, medio hipotéticos: chicas modestitas, de familia comerciante de un barrio apartado, amigas de Becerro de Bengoa, que es alavés y profesor de San Isidro. De aquí deduje: El padre no es riojano, ni navarro, sino alavés. ¿Qué comercio tienen preferentemente los ala-

veses? La ferretería. ¿Hacia qué barrios? Hacia la calle de Toledo. Becerro de Bengoa probablemente conoce a esta familia por ser alavesa y la trata porque tendrán su comercio cerca de San Isidro, donde él da clase. Con estas suposiciones, como ven ustedes, bastante fundadas, me he lanzado a hacer mi afirmación.

El marqués y mi amigo el estudiante me felicitaron por mi pequeño éxito, que no lo he podido repetir muchas veces.

De aquí que el marqués crea que yo soy hombre de gran penetración.

PERFILES DE CORTESANAS

EL Marqués se brinda a servirme de cicerone y me presenta a varias cocotas que bullen por allá.

La mayoría son inteligentes como mulas, tienen una mirada puramente animal, sonríen porque su oficio es sonreír; pero se ve que fuera de ganar dinero, de comer, de beber y de dormir no tienen ningún otro deseo. ¿Cómo se va a poder sostener una ligera sombra de personalidad llevando la vida absurda que llevan? El pequeño espíritu que puede tener una mujer así ha tenido que ir ahogándose en la fatiga sexual y en la fatiga de beber, de gritar, de hacer mil cosas estúpidas por sistema, sin afición, sin alegría.

¡La verdad es que el mundo del vicio es ridículo! Sino fuera por la religión, que ha puesto encantos al vicio, éste estaría tan desacreditado que todo el mundo se reiría de él.

Le hago observar al Marqués que el nivel

estético de esta cocotería cosmopolita es inferior al de los años anteriores. Mi cicerone lo reconoce. La causa, según él, es la entrada de los americanos en la guerra y el prestigio de su dinero, que hace de bomba aspirante con todos los artículos de comer, beber y arder, incluyendo en este último las cocotas.

Mi amigo el Marqués me presenta a una mujer inteligente: la señorita Dahlmann. Como me interesa su conversación, le invito a entrar en el bar. Está lleno.

Hay una mujer muy elegante con un viejo. Es una judía rumana, según dice la Dahlmann. Tiene un perfil aguileño y los ojos verdosos, tristes. En la boca sobre todo se nota la semita, la africana.

Una francesa, con unos labios gruesos y una cara cuadrada, ríe a carcajadas.

—¡Aj! ¡Qué alegres son estas francesas!— dice la alemana.

Le invitamos a tomar algo y la Dahlmann bebe cerveza y pide bocadillos.

—¡Aj! Siempre tengo hambre y sed—dice.

Voy haciendo la identificación de la Dahlmann. Marta Dahlmann es de la Prusia oriental, mixta de rusa, es alta, gruesa. Tiene la piel muy blanca, el pelo rubio, la cara ancha y los ojos azules algo oblicuos. Ha vivido en Viena y en Berlín, la guerra le cogió en París donde pasaba por polaca.

Es mujer muy leída, sabe cinco idiomas.

Tiene un cinismo sentimental, extraño. Habla de su padre y de su familia con un acento grande de verdad.

Dice que no le divierte mentir, debe ser verdad. Cuenta sus amores, y dos abortos provocados, con una sangre fría, terrible. Sabe de memoria algunas poesías de Goethe. Ideas religiosas ninguna. Es perfectamente materialista. Me dice que quiso ir en Berlín a las conferencias filosóficas de Simmel.

—¿Usted ha oído alguna vez explicaciones sobre los varios conceptos de la palabra *Werden*?—le pregunto yo.

—Oh, sí. ¡*Werden*! ¡Qué hermosa palabra! ¡Aj! ¡*Werden*! Los franceses no tienen esa palabra. Dicen *devenir*. Es una mala traducción de la nuestra ¡*Werden*! ¡Aj! Ya lo creo.

La Dahlman está deseando que derroten a los alemanes. Es entusiasta de Francia y de París, lo cual no es obstáculo para que no le gusten los franceses como tipos. Todavía cree que puede vivir idílicamente con un hombre.

¿Después de los abortos provocados, después de la crápula el idilio?, estoy por preguntarle.

No hago la pregunta. Cada cual tiene el derecho de concebir su vida a su modo.

La alemana habla por los codos. Tiene muy mala idea de los españoles; en cambio le gustan las españolas, habla de ellas sonriendo. Esas mujeres pequeñitas, de ojos negros, que

van a la iglesia con su mantilla, le parecen muy bien.

Este gran *papillon* nocturno, a pesar de su cabeza inteligente y fuerte, tiene una inconsciencia de gitana. Le gusta dejarse llevar por la corriente y su espíritu de contradicción y de complicación le permite marchar espiritualmente en todas direcciones.

Tal mujer no tiene idea del pudor, lo que me parece muy bien dada su situación. Habla de que ha tenido enfermedades y del cultivo del gonococo.

Mi amigo el Marqués no puede con ella, sus bromas no tienen valor; ante una mujer que acepta todo, como un tratado de medicina legal, el ser pillín es una ridiculez.

La Dahlmann no considera que su vida ha terminado, supone que todavía puede desarrollarse; quiere llegar a su *developpement*, como dice ella. Este *werden* es sin duda algo esencialmente alemán. Por otra parte, a la alemana no le importa el día de mañana, si marcharan mal las cosas, se suicidaría.

.....

Estamos hablando los tres y se presenta una francesa.

—La estaba buscando a usted—le dice a la Dahlmann.

—Aquí estoy.

—Siéntate, Fifine—le indica mi amigo.

Fifine tiene aire de gran dama, parece una avispa. Es de cerca de Angulema, según ha dicho la Dahlmann. Ella cree que del campo. No es bonita, tiene la cara cuadrada y huesuda, pero sí muy distinguida. Viste bien, sin exageración. Su preocupación es el juego. Parece que todas las noches se pasa haciendo combinaciones en un cartón para jugar después.

Habla de una manera tan redicha y tan remilgada, que parece que debía ser abadesa. Esta heroína de Racine ha sido institutriz. Es patriota, aunque dice que ha conocido alemanes que eran muy *chic*. Es la discreción personificada; tiene una de circunloquios elegantes para decirlo todo, que a mí me impacientan.

No dirá nunca el querido o la querida, sino el amigo de la Tal, la amiga de Cual. Fulana recibe sus amistades en este sitio, lo que quiere decir que esta prostituta va a esta o a la otra casa de trato.

Una palabra que emplea mucho es la palabra *sensualité*, que pronuncia con un aire de satisfacción y de regodeo *sansualité*.

Es esta la palabra más atrevida de su vocabulario, de aquí no pasa. A todo lo que sean brotes de la realidad, de la realidad horrible de su vida de prostitución, opone un aire de candidez y de sorpresa. «¡Ah, no!», dice a cuanto sea truculento. Cualquiera diría que la

vida de la buscona es algo así como un curso en el Sacre-Cœur.

Habla Fifine de no sé quién que tiene una combinación, una martingala, para ganar en el juego.

—¡Qué estupidez!—digo yo.

—¿Cómo estupidez, señor?—pregunta con un aire fino y afectado.

—No hay combinación ninguna para ganar—contesto yo secamente—. La única combinación posible sería la dobla sino hubiera puertas o ceros y la postura no estuviera limitada.

La Fifine al poco rato se levanta y se va.

—Se marcha descontenta—dice la alemana.

—Pues, ¿por qué?

—Porque ella cree en las combinaciones del juego y se pasa la vida pensando en eso.

Según dicen la alemana y el Marqués, Fifine no habla, ni en confianza, de su vida, y tiene para toda pregunta directa una evasiva.

La alemana dice que Fifine es muy enamorada y siempre tiene algún *amant de cœur*, que suele ser algún francés de estos desertores que pululan por aquí, medio chulos, medio apaches, medio chauffeurs.

A la alemana no le atrae nada de esto. Ella se siente más intelectual y el tipo del hombre joven golfo no le llama la atención. A ella le gustaría viajar, ir a la India, a la Amé-

rica, con un explorador o con un gran negociante.

.....

Mientras hablamos, entra en el bar y se acerca a la mesa una muchacha española, Blanca.

Blanca es de un pueblo del Ebro, entre Navarra y Aragón. Es una muchacha preciosa: pequeña de cuerpo y morena, con una corrección de líneas y un aire virginal. Cara de Dolorosa, raza ibero-semítica, producto de algún resto de judaizantes, que abundan en la orilla del Ebro.

Blanca viste bien, pero fijándose en ella se ve que su elegancia es algo postizo.

Está muy pálida. Tiene una manera de hablar de carretero: iracunda y violenta. Se le invita a sentarse y se sienta.

Esta Blanca es también, a su manera, locuaz y confidencial. Su familia es pobre; su padre es peón en el campo. Ella ha estado trabajando en una fábrica de conservas. Cansada de esta vida, se fué con uno que tenía un cinematógrafo; no porque estuviera enamorada, no. Ella no se ha enamorado nunca. Hace dos años y medio que se escapó del pueblo y ha reunido muchos miles de duros, que tiene en papel del Estado.

—El mejor día se enamora de un chulapón peinado *pa alante*—le dice mi amigo el Marqués a la alemana.

—¿Yo?—y Blanca suelta unas cuantas exclamaciones de carretero—. ¡Nunca me enamoraré!

—Esta pequeña—dice la Dahlmann en francés, en voz muy baja—, es avara.

—Claro, ahora estás muy solicitada—dice el Marqués—, pero más tarde, ¿quién sabe? Figúrese usted que hace conquistas hasta en las mujeres. Hay una señora que llaman madama Safo, que le quiere dar cien duros a esta, no sé por qué—agrega riendo.

—¡Que se los dé a su madre!—dice la pequeña con su irritación habitual.

—¡El homosexualismo!—exclama la alemana con indiferencia, como diciendo: «Esto pertenece al capítulo tercero del libro cuarto.»

Le pregunto a Blanca el por qué de su aire malhumorado. ¿Es que echa de menos su vida pasada? No, dice, es que está mala del estómago. La vida de noche no le prueba. Le da asco toda la gente. Quisiera que se murieran todos los que están allí.

—Les daría usted la muerte dulce, la Euthanasia—le digo yo.

—Por mí aunque murieran como perros rabiosos me daría lo mismo.

—Eso ya está mal.

—¿Por qué no vas a vivir al campo?—le pregunta el Marqués.

—Quiero tener más dinero—contesta ella con un aire de terquedad.

Le pregunto si en su pueblo la gente va mucho a la iglesia. Dice que sí. Le digo si ella se confiesa con frecuencia; me mira y no contesta. Sin duda esto la intranquiliza.

Blanca quiere sujetar a Fifine, por quien tiene una amistad celosa y de tarde en tarde, a pesar de su avaricia, le da algún dinero para jugar; Fifine admira a la alemana y la tiene como a una sabia; en cambio la Dahlmann mira a la española como una de las mujeres más divertidas y extraordinarias que puede haber.

Las tres, según dice mi cicerone, viven en la misma casa. Esta asociación me recuerda la de los ratones, buhos y serpientes de las cuevas de América, de que habla Darwin.

.....

¿Qué opinión tienen de su estado, profesión o como quiera llamársele estas tres mujeres?, pienso al ir a casa. La alemana tiene un cinismo cándido, supone que ejerce una función social, como la de un barbero o la de un callista, y como además cree que marcha a su *developpement*, no parece que la idea de la deshonra le preocupa; la francesa tiene una idea literaria de su vida, se considera algo así como una aventurera romántica; la española se encuentra aplastada por la deshonra.

VI

NUESTRA INMORALIDAD

QUINCE días después vuelvo a San Sebastián, me quedo de noche y voy a la sala de juego. Está la sala mucho más despejada que hace días.

Mi cicerone, el Marqués, se ha debido marchar ya porque no le veo.

En la cocotería elegante hay grandes bajas. Entre las que bullen veo una rusa que hace cinco años andaba por el Barrio Latino de París, una mujer estúpida, pero que tiene algún éxito.

Me siento aburrido. Se acerca a mí un señorito donostiarra a quien conozco. Me dice que hay algunos jóvenes del pueblo que viven con estas cocotas explotándolas, esto me lo dice como si fuera un timbre de gloria para el pueblo.

Se acerca también una manicura medio alcahueta y un señor a quien apenas he hablado dos veces y por el cual no siento gran simpatía.

No sé quien es este señor ni sé su apellido. Lo suelo ver en Madrid en el Círculo de Bellas Artes, pero no he tenido nunca curiosidad de saber quien es. Supongo que será un jugador, quizá algún estafador. Me parece que debe ser un hombre insignificante.

Nos sentamos en una banquetta.

Un *croupier*, amigo del señor del Círculo de Bellas Artes, nos habla indignado de los puntos que juegan y de las señoras que, según él, tratan de levantar muertos siempre que pueden.

La manicura está enterada de las damas que tienen líos, de las entretenidas, de las citas en la playa y de las mujeres y los hombres que se tiñen la cara y el pecho con tintura de iodo para parecer morenos, cosa que más que una inmoralidad me parece una tontería.

Alguien pregunta por una virago, una mujer muy conocida, una marimacho que ha dado mucho que hablar. Este año no ha venido.

Se cuentan anécdotas de ella. Los españoles somos un poco cándidos y provincianos en esta cuestión de la inmoralidad, cualquier cosa nos parece una montaña.

He aquí las anécdotas que cuentan de la ausente:

Una vez estaban en un palco del Real esta virago con una amiga que tenía un amante.

Esta vió que el marido de su amiga venía con otros varios, y dijo: «Ya empieza la función, ya vienen los mansos.» Y la amiga le dijo: «No, todavía no ha venido tu padre.»

El padre de la virago tenía fama de gran cornúpeto.

El viejo del Círculo de Bellas Artes, que tiene también un gran honor en conocer a la gente de la aristocracia, nos explica una reunión que había en no sé qué café de San Sebastián hace años, en donde Albareda solía decir a la madre de esta virago: «La verdad es que usted y yo hemos sido muy p...»

El joven cuenta que un día entrando en Novelty, un café que había en el Bulevar, el marido de esta virago al verle a ella y a su hermana decía:

—Ahí están esas zorras, porque no las llevarán a la cárcel.

—Como está la aristocracia—exclama el viejo.

—Bah—digo yo—, la abuela de esta mujer vendía sardinas en San Sebastián.

—¡Ca! Imposible.

—No sé; a mí no es cosa que me preocupa, yo se lo he oído decir a un hombre que conocía muchas historias antiguas.

El joven donostiarra asegura que no puede ser. El acepta todo menos lo de las sardinas.

—¡Qué diablo!—dice—al fin y al cabo es algo pariente mía.

VII

UN SEÑOR PESADO

COMO la sala de juego no tiene público ni interés más que para los que juegan, salimos del casino.

El joven se marcha y el viejo y yo entramos en un bar, en donde espero a un amigo. Este señor, que yo supongo que es un jugador o un estafador, tiene una manera de hablar insinuante y quiere convencerme de que yo debo tener sus gustos y no los míos.

—Usted tiene una visión unilateral—me dice.

—No conozco a nadie que la tenga bilateral.

—¿No se pueden comprender al mismo tiempo los dos términos de una cuestión?

—Sí. Lo que no se puede es querer dos cosas que se niegan una a la otra. Yo dudo de los que se las echan de muy comprensivos. Yo considero imposible en un aficionado a las artes que tenga un entusiasmo semejante por Racine y por Shakespeare, por Cha-

teaubriand y por Dickens, por Anatole France y por Ibsen, por D'Annunzio y por Dostoiewski, por Poussin y por Goya. Cada obra de arte es una serie de afirmaciones y de negaciones que engranan o no con las que hace uno interiormente.

—Usted habla de afirmaciones y de negaciones sociales...

—No hay arte sin intenciones sociales.

Este señor me reprocha con tono agridulce el que haya hablado con poco entusiasmo de la literatura española actual.

—Usted afirma eso por singularizarse— dice él.

—Lo mismo podía decir yo de usted.

—Es que yo tengo la opinión general.

—Habría que demostrar que la opinión general es siempre la mejor.

—¿De verdad no le gusta a usted nuestra novela del siglo XIX?

—A mí muy poco o nada.

—¿Y nuestro teatro?

—El teatro no me interesa mucho en ningún lado.

—¿Así que usted no encuentra los libros de Pereda bonitos, simpáticos?

—Yo, no.

—¿Qué defectos les encuentra usted?

—El principal: que no me interesan. Dirá usted que este libro está bien construido, que los personajes hablan bien. Quizá sea verdad,

pero nada de eso se intercala en mi vida. En cambio los libros de Dostoiewski, de Stendhal, de Nietzsche y otros muchos se han convertido dentro de mí en acontecimientos. Lo mismo me pasa en pintura con algunos cuadros del Greco y de Goya, me parecen sucesos que han ocurrido dentro de mí. Esto es lo que yo le reprocho a la literatura española actual, que no me impresiona fuertemente.

La discusión entre el señor y yo sigue con cierta acritud mal disfrazada de su parte, y un tono de brutalidad por la mía.

—Lo que veo en último término—dice él—es que usted tiene una gran hostilidad por la vida española.

—No cabe duda, y cuanto más católica sea, más.

—Así que usted de España no puede amar más que la tierra, y a lo más la gente, poco culta.

—Eso es—digo yo con sorna—, la que tenga menos tradición católica y menos tradición latina.

—¿Así que el mundo elegante, el mundo literario, la buena sociedad, para usted no son nada?

—Nada. Lo más una mixtificación.

VIII

UN PERIODISTA

EN esto llega mi amigo con un periodista, y el señor del Círculo de Bellas Artes se marcha.

—Siempre disputando—me dice el amigo.

—El caso es que yo no busco las disputas—exclamo yo—. Al revés, las rehuyo. Lo que me sucede es que me encuentro con gente que tiene antipatía por mí, por mi manera de ser, y quiere manifestármela. En un artículo que ha publicado Azorín, acerca de mi última novela, *La veleta de Gastizar*, dice que mis libros producen en el lector un sentimiento de rencor por ser yo un espíritu anti-tradiconalista. Esto debe ser cierto porque he encontrado gentes que tenían una antipatía marcada por mí, producida por haber leído algún libro mío. Yo encuentro esto muy natural y lógico. Por mi parte siento muchas más antipatías que simpatías literarias por los vivos, pero no voy a buscar al que me produce an-

tipatía para decírselo más o menos disimuladamente.

—Usted lo escribe.

—Que lo escriban ellos también. Yo me reía el otro día leyendo un artículo de *La Lectura Dominical*, en que me atacaban a mí porque he dicho que los revolucionarios españoles han sido siempre de camama, y me reía más viendo que este artículo es igual a otro que publicó Samblancat en *El Diluvio*, de Barcelona, contra mí, por los mismos motivos.

—Se reía usted, pero le molestaba—dice el periodista.

—Crealo usted así si quiere. Me es igual. A mí me parece muy bien el ser atacado por motivos ideológicos. Encuentro bien que el francófilo exaltado crea que yo no tengo sentido, como es lógico que yo crea que el que no tiene sentido es él; me parece muy justificado que el admirador de D'Annunzio no tenga devoción por Dostoiewski o por Tchekoff, como yo no tengo entusiasmo por D'Annunzio.

—¿Así que no le gusta a usted D'Annunzio?

—Me aburre. Cuando he leído algo suyo he sospechado que debe haber cosas que estén bien en sus libros, pero me aburre.

—¿Y Anatole France?

—Tampoco me gusta. Me parece su obra cosa vieja, retocada. Claro que esto es lo

que produce el entusiasmo del público. Pasa en la literatura como en la música, que en general hasta que no se recuerda la melodía no gusta. Todo lo que sea recapitulación tiene siempre éxito, porque encuentra el ambiente hecho. Esto ha pasado con France, con Rostand, con Sinkievicz; entre nosotros con los escritores de más éxito. Toda obra literaria es en su esencia una recapitulación. En literatura, como en todas las artes, se cumple la ley que Fritz Müller expresó así: «La ontogenia es una recapitulación de la filogenia.» En estas recapitulaciones hay a veces un elemento nuevo, pero al público le gusta la recapitulación cuanto menos nuevo haya en ella.

He debido decir algo molesto para el periodista porque éste pregunta en tono agrio:

—¿Y en este momento qué es lo que le parece original?

—Lo que es original en este momento se verá probablemente mañana mejor que hoy.

—¿Y hoy no?

—Hoy no tan claramente. Hoy se sospechará. Yo creo que la obra original no parece bella hasta que pierde su modernidad, hasta que comienza a ser un lugar común.

—Usted no tiene objeto ninguno más que negar, destruir—me dice el periodista con un tono agresivo.

—Negar y destruir lo que me parece malo,

para dejar el paso franco a lo que me parece bueno.

—¿Y qué sería bueno para usted?

—En la literatura lo fuerte, lo original, cosa que es indudablemente difícil de señalar. Respecto a la vida, para mí sería lo bueno organizarla de una manera natural y científica. Es decir, aprovecharla.

—Yo también estoy con usted—dice mi amigo.

—Quizá esta organización científica, natural de la vida—añado yo—, produjera en vez de una elevación de la sociedad un descenso, una especie de Beocia triste y mansa, la *entropía* que los físicos han supuesto que existe en el universo; pero aunque fuera así, aunque haya quimeras vitales, especie de alcoholes de la conciencia colectiva, no sabríamos deliberadamente inventarlos.

—Bueno, bueno—dice el periodista echándose las de sarcástico—; les dejo a ustedes entregados a esas confusiones. Que les aproveche.

—Este también se va incomodado con usted—me dice el amigo.

—¡Que se vaya!

—No sé cómo es usted. Siempre ha de estar riñendo con unos o con otros—me dice el amigo—. Vale más que se quede usted en Vera.

—El caso es que yo no busco las disputas.

—¡Claro, usted nunca tiene la culpa!

—Y es verdad. En general no tengo la culpa. Crea usted que si mañana veo a ese señor o a este periodista, no les buscaré para hablar con ellos. No los quiero convencer, ni menos persuadir. Me parece bien que haya diversidad de opiniones. ¿Para qué vamos a estar de acuerdo estos señores y yo? ¿Qué importa que nos entendamos? Que ellos sigan creyendo en sus cosas, yo seguiré creyendo en las mías. Ellos tienen su paisaje, yo tengo el mío. Los montes no dan siempre el mismo contorno desde todos los puntos, desde donde se los mire. Que cada cual los vea a su manera.

—Es que ese desdén para lo opinión ajena es ofensivo.

—¿Cómo ofensivo? ¿Es decir, que uno no tiene derecho a mirar con sus propios ojos? Pues estaría uno divertido.

—Es que usted no acepta nada más que lo suyo. Es mucha intransigencia.

—Pero reconozca usted que yo no quiero imponer a nadie mis opiniones. Esta sería la intransigencia.

—Bueno, dejemos esta cuestión.

—Vamos a dar una vuelta por el puerto—le propongo a mi amigo.

Vamos al puerto, avanzamos por el muelle y estamos contemplando el mar. Se oye el golpe rítmico de la ola en la escalera de piedra y brilla la espuma fosforescente en la oscuridad. Un vapor de pesca sale y toca la sirena.

IX

LOS VALSES

ESTOY sentado contemplando el mar. La orquesta toca un vals tziganesco, y mientras tanto anochece; hay un reflejo de púrpura sobre las olas suaves y en la bruma fina que se va apoderando del aire.

Allí, a lo lejos, el cabo de Machichaco avanza como una niebla gris sobre el mar plumizo. La bahía ha tomado un aire helado, triste y romántico como un *fiord* del Norte. El viento está tibio y trae un olor fuerte y sensual de marisco y algunas gotas de agua.

Cuando oigo como ahora uno de estos valeses de tziganos la imaginación se me va hacia la vida fastuosa y espléndida.

Los valeses tienen siempre para mí gran sugestión. A pesar de estar ya tan usados, tan gastados, tan manoseados, siguen haciéndome efecto.

Este vals tziganesco que tocan ahora me recuerda los casinos, las playas, Niza, Monte-

carlo, pero de una manera irreal, falsa, con una luz de teatro. Mujeres pintadas y extravagantes pasan por delante de mis ojos con indumentarias fantásticas. Oigo el rumor del mar y me parece también una orquesta que toca algo alegre y dionisiaco.

De la música sensual ninguna me hace tanta impresión como los valeses. Es, indudablemente, el ritmo más apasionado y el que ha respondido mejor a la manera de ser romántica.

Los valeses de Weber me dan una impresión de nostalgia, son algo admirable, por lo ardientes, por lo voluptuosos, parecen como una carrera desenfrenada hacia lo desconocido. Me hubiera gustado saber bailar y no marearme, como me mareo en seguida, para poder bailar alguna vez la «Invitación al vals», de Weber.

Los valeses de Chopin los encuentro excesivamente lacrimosos y melodramáticos. Chopin es la medida de lo sublime para el buen burgués. Para mi gusto es demasiado gesticulador. Más lánguido aún que Weber, de una sensualidad erótica mayor, me parece Strauss en sus valeses: «El hermoso Danubio azul» «Las hojas de la mañana»... Cuando oigo estos valeses me figuro un salón de la corte de Viena; mujeres rubias, opulentas, de ojos azules, que bailan con oficiales y chambelanes; por todas partes gasas, armiños, plumas;

todo esto girando vertiginosamente debajo de torrentes de luz.

Un parecido carácter nostálgico tiene para mí la música de Offenbach, y en mucha menor escala la de las operetas vienesas actuales.

No comprendo por qué la música alegre y brillante me produce como una amargura, como un dolor interior. Seguramente es algo que no depende de la música misma, sino de los callejones enrevesados del espíritu.

.....

Han concluído el vals y ahora tocan algo de Wágner, muy solemne, muy kolossal.

El anochecer de Septiembre está plácido, sereno. El cielo empieza a mostrar estrellas. De la superficie del mar se ha retirado el resplandor del crepúsculo y comienzan a brillar luces alrededor de la bahía.

X

SENSACIONES CAMPESTRES

DURANTE el otoño el campo comienza a ofrecer nuevo interés. Es necesario recoger los frutos, echar abono, arrancar plantas parásitas y quemar las ramas y las hierbas secas.

El hacer hogueras tiene su encanto y el contemplarlas también.

Este humo espeso que brota por entre las hierbas, unas veces negro, otras rojizo, el viento que tan pronto lo echa a uno a la cara como lo aleja y parece escamotearlo en el aire; los tallos verdes que crepitan en las llamas, todo esto tiene su interés siempre renovado. De lejos la hoguera, en el crepúsculo de la tarde, es algo religioso y solemne.

.....

Este otoño apenas salgo de casa y me dedico a andar por la huerta, así estoy saturado de crepúsculos. El anochecer dura mucho. El

sol se oculta en una altura próxima y deja la huerta en sombra. La claridad solar se va retirando del valle y escalando luego los montes de un lado.

El viento cesa. Es la hora tranquila. Cuando nos hemos olvidado del sol lo encontramos que todavía brilla sobre el follaje de un roble-dal en una cima lejana.

.....

Mi madre y una señorita amiga de casa, Maximina, cuidan y arreglan los crisantemos. Dentro de unos días harán con ellos guirnal-das para llevarlas al cementerio el día de Todos los Santos. Son flores bonitas las del crisantemo, parecen estrellas, su olor es agradable, pero un poco triste.

—Yo no encuentro que haya olores tristes—me dice mi madre riendo cuando le digo esto.

—¿No? Pues yo creo que sí. No se le ocurriría a nadie llamar triste al olor de la canela, o de la naranja, pero a este sí.

Mi madre se encoge de hombros, y dice:

—Yo creo que los crisantemos parecen tristes porque son plantas de otoño y se llevan sus flores al cementerio el día de Todos los Santos.

—Sí. Es una razón intelectual—digo yo—, yo creo que hay otra razón sensorial.

—¿Y es?

—Que estas flores tienen un olor algo parecido al de la manzanilla, que, naturalmente, se toma cuando se tiene el estómago malo. De aquí esta relación de cosa triste.

Mi madre mueve la cabeza como diciendo que no vale la pena pensar en tales cosas.

.....

Por las tardes, con frecuencia, quedamos solos en el jardín mi madre y yo. Mi madre, que tiene más actividad que yo, corta las flores marchitas, riega algunas plantas y echa granos de arroz a las palomas. También solemos charlar de cosas actuales y de cosas pasadas.

Conozco muchas personas que no tienen una comunicación afectuosa con su madre y que apenas hablan con ella.

Es más frecuente y sin duda más natural la hostilidad clara o velada por el padre.

Recuerdo un condiscípulo mío que estaba constantemente riñendo con su padre.

—Quiere imponerme su tiempo—me decía—como el más trascendental de la historia, los acontecimientos que él ha presenciado son únicos, sus amigos han sido todos valientes, generosos e intrépidos, al mismo tiempo quiere denigrar nuestra época y nuestras ideas, cosa que yo no acepto.

Estas hostilidades entre padre e hijo tienen remotamente un motivo sexual, es el gallo viejo contra el gallo joven.

Así sucede que las hijas, en las que no hay esta rivalidad velada, tienen un cariño más fácil por los padres que los hijos.

Desde este punto de vista del afecto por uno o por otro de los ascendientes se podrían dividir los hombres en paternales y maternales.

Yo creo que he sido siempre más maternal que paternal.

.....

Este hombre decrepito se sienta en su huerta al caer de la tarde y está con las manos en las rodillas, mirando vagamente el campo. Me recuerda esos viejos de café que hay en Madrid, que suelen pasarse la vida sentados en su mesa y ensimismados.

¿Quién será más feliz? ¿El viejo de la huerta del pueblo o el viejo del café de la ciudad? Probablemente una vida y otra tendrán sus compensaciones.

.....

A veces se despierta uno al amanecer y oye el sonido lejano de la campana de la iglesia que toca la oración. Es una campana rota que tiene un tañido triste y lamentable. A pesar de su son quejumbroso no llega a conmoverme. Me parece algo como un «¡Hermano, morir tenemos!», de los trapenses, al cual se encuentra uno acostumbrado.

El hombre está organizado de manera que no le hacen mella los peligros más que cuando están muy cerca. Decirle morir tenemos al que está, por el momento, sano, es como decirle al gastrónomo que se halla en funciones de engullir que existe la gota, la apoplejía y el catarro gástrico.

Tenemos la bella inconsciencia de no asustarnos de las desdichas más que cuando las tenemos encima. Si no fuera por eso, la vida sería insoportable. Al menos a mí el «¡Hermano, morir tenemos!», que creo oír en el tañido de la campana me deja sonriente y tranquilo; en cambio el «¡Hermano, sufrir tenemos!», ese me alborota y me pone tembloroso.

XI

LAMENTACIÓN PEDANTESCA

ACERCA DE LA ATARAXIA

AL llegar aquí y poner fin a este libro, no tengo más que una idea muy confusa de lo que he dicho en él. Si mi descanso fuera plácido y alegre me quedaría a descansar un año o toda la vida, pero mi descanso es inquieto y poco apacible, así que tengo que ponerme a escribir de nuevo, no por entusiasmo, ni porque sienta ninguna esperanza, sino por lo poco gratas que son para mí las ideas del reposo.

Me pasa como a esos caballos de que habla un cochero humorista de Dickens, que tienen que ir siempre tirando del carricoche porque están tan cansados que si los desenganchan se caen.

.....
¡Ataraxia! ¡Ataraxia! ¡Serenidad! ¡Serenidad!
¿Qué diablo haces que no vienes a mi espíritu?

Ya es hora de llegar. Ya empieza uno a tener las sienes blancas y a romper las botas por la punta, como los carcamales.

¿Qué más condiciones se exigen para entrar en el salón de madama Eufrosina? ¿No he mirado siempre con desdén a la baja canalla semítica, adoradora de la sangre y de los milagros? ¿No he puesto siempre por delante la duda agnóstica y filosófica? ¿He ansiado alguna vez cruces, medallas, placas o cualquier otra baratija de honorífica quincallería? ¿He predicado los mitos aduladores de la democracia, como los galos, o el culto bárbaro del Ejército y de la Patria, como esos chinos tenaces del centro de Europa? No. Y, sin embargo, esa ataraxia no llega.

¿Es que los discípulos de Pirron y de Epicuro vamos a tener que encender velas en el altar de Santa Eufrosina? ¿O es que esa ataraxia no se consigue más que con la salud completa y entonces no depende de uno sino de las fuerzas ciegas del Destino?

¡Ataraxia! ¡Ataraxia! ¿Serás también tú un mito? ¡Serenidad! ¡Serenidad! Si existes, ¿por qué te olvidas así de mí?

Itzea, otoño de 1918.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO..	9

LIBRO PRIMERO

VIDA DE INVIERNO

I.—Los libros viejos.	25
II.—Agnosticismo y teleología.	31
III.—Córdoba.	34
IV.—Kierkegaard.	37
V.—Málaga.	41
VI.—Otra vez Córdoba..	52
VII.—El cura Santa Cruz y el monoteísmo de los vascos.	58
VIII.—Una reunión.	61
IX.—A pan y agua.	67
X.—Bilbao.	70
XI.—Sobre la manera de escribir novelas.	79
XII.—Una carta y algunas divagaciones.	83
XIII.—Xenofobia.	95
VIX.—Los españoles de América.	99
XV.—De pintura.	105

LIBRO SEGUNDO

UNA EXCURSION ELECTORAL

I.—Viladrich.	111
II.—El día siguiente.	118

	<u>Págs.</u>
III.—El domingo..	124]
IV.—De Huesca a Sariñena.	131
V.—Petiforro o el troglodita.	138
VI.—Candasnos.	145
VII.—En Fraga.	153
VIII.—En Lérida..	160

LIBRO TERCERO

PRIMAVERA

I.—Llegada al pueblo.	171
II.—Días de lluvia	174
III.—La biblioteca.	178
IV.—Pequeño viaje.	183
V.—Más días de lluvia.	189
VI.—Impresiones de un mal lector.	197
VII.—Cuatro libros: La «Historia de la creación natural», de Ernesto Haeckel.	201
VIII.—«La esencia del cristianismo», por Luis Feuerbach.	213
IX.—«Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia», por Enrique Bergson.	218
X.—«Historia de los heterodoxos españoles», por Menéndez Pelayo.	228
XI.—El buen tiempo.	239
XII.—Salpicaduras de la guerra.	250
XIII.—Los agotes.	254
XIV.—Los vecinos.	265
VX.—Unas ruinas.	269
XVI.—La sotana en el horizonte.	273
XVII.—Noche de San Juan.	281

LIBRO CUARTO

EL VERANO

I.—Divagaciones.	287
II.—Fiestas en Irún.	292
III.—El tranvía de la frontera.	295

	<u>Págs.</u>
IV.—Decepciones de San Sebastián.	299
V.—Nuevas decepciones de San Sebastián. .	303
VI.—La vida acotada.	311
VII.—Sobre la belleza de las mujeres.	314
VIII.—Evolución de la idea del amor y de la amistad.	319
IX.—Elementos de transformación (La moda, el lujo y el cinematógrafo).	323
X.—La moral del maquillaje.	332
XI.—Las clases.	335
XII.—La vida elegante.	338
XIII.—El calor.	341
XIV.—Fiestas del pueblo.	352
XV.—La «roulotte» elegante y los húngaros. .	357

LIBRO QUINTO

CREPÚSCULOS DE OTOÑO

I.—Alegoría al estilo antiguo.	365
II.—El castillo de San Telmo.	369
III.—Disquisición científica sobre el vértigo. .	372
IV.—La sala de juego.	374
V.—Perfiles de cortesanas.	384
VI.—Nuestra inmoralidad.	393
VII.—Un señor pesado.	396
VIII.—Un periodista.	399
IX.—Los vales.	404
X.—Sensaciones campestres.	407
XI.—Lamentación pedantesca acerca de la ataraxia.	412



155900

B264h

Author Baroja, Pio

Title Las horas solitarias (notas de un aprendiz de psicologo)

NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket Under Pat. "Ref. Index File" Made by LIBRARY BUREAU

